

TRILOGÍA DE HAN SOLO

LA GUERRA DE LAS GALAXIAS

STAR WARS™

2. LA MANIOBRA HUTT

martínez roca

A. C. Crispin

Lectulandia

Han Solo, que había sido uno de los cadetes más brillantes de la Academia Imperial, se ha convertido en un fugitivo que huye de la Armada. Pero ha encontrado a un amigo muy valioso en un antiguo esclavo wookiee llamado Chewbacca, quien considera que ha contraído una deuda de vida con Han y ha jurado hacer honor a ella. Han va a necesitar toda la ayuda que pueda conseguir, porque los hutts ylesianos han enviado al temido cazador de recompensas Boba Fett tras su pista, para que les traiga al hombre que ya demostró ser más listo que ellos en una ocasión. Pero Han y Chewie van a encontrarse metidos en un lío mucho mayor cuando accedan a trabajar para Jiliac y Jabba el Hutt, dos temibles señores del crimen. Los dos contrabandistas tendrán que librar una desesperada batalla contra el aplastante poderío del Imperio y los maquiavélicos planes de los hutts..., ¡y esta vez la victoria puede acabar significando la muerte!

Lectulandia

Ann C. Crispin

La maniobra Hutt

Trilogía de Han Solo

ePUB v1.0

jukogo 03.11.11

más libros en lectulandia.com

Título: La Maniobra Hutt (The Hutt Gambit)

Autor: A.C. Crispin

Colección: Trilogía de Han Solo N°2

Editorial: Martínez Roca

Páginas: 380

Cronología: 5 años A.B.Y (Antes de la Batalla de Yavin)

Este libro está dedicado a mi buen amigo y colega escritor, Kevin J. Anderson, con agradecimiento por toda la ayuda y estímulo.

AGRADECIMIENTOS

Tal y como señale en mi anterior novela, *La Trampa del Paraíso*, que te animen a escribir en el universo de la Guerra de las Galaxias se parece bastante a ser adoptado por una gran familia. Los escritores y fans comparten información, anécdotas, e historias de cuanto se han divertido en el universo de la Guerra de las Galaxias en los últimos años.

Me siento privilegiado de ser el primer escritor en producir un libro con la información ampliada y las imágenes proporcionadas por las nuevas ediciones especiales de la Guerra de Las Galaxias, *El Imperio Contraataca* y *el Retorno del Jedi*. Fue de gran ayuda ver las películas recién restauradas con las secuencias añadidas (especialmente la escena donde Jabba se mueve por su propios medios).

Con la advertencia de que todos los errores aquí cometidos son míos, me gustaría agradecer a las siguientes personas su ayuda:

Primero y más importante, mi amigo Steve Osmanski, quien me ayudo con toda la información militar, estratégica y técnica, contestando pacientemente mis cientos de preguntas, y revisando las escenas de batallas en numerosas ocasiones.

Mi amiga Mary Fred, esposa de Steve, por permitirme “tomar prestado” a su marido durante horas hasta que planificamos batallas y repasamos estrategias.

Tim O’Brien, experto en todos los aspectos del Ejército Imperial, que constestó preguntas y dio consejos pacientes.

(Steve and Tim O’Brien diseñaron la estrategia para la Batalla de Nar Shaddaa, y estaré siempre en deuda con ambos por su experiencia en Star battlegaming Wars.

Bill, Peter y Paul, de West End Games, que contestaron mis interminables preguntas sobre el universo de la Guerra de las Galaxias y sus habitantes.

Michael Capobianco, fan de la Guerra de las Galaxias en secreto, que uso su experiencia como presidente de SFWA para ayudarme con toda la trama de las intrigas de Hutt. Michael también mantuvo mi viejo ordenador en funcionamiento.

Pat LoBrutto y Tom Dupree, mis editores en este libro. Gracias, señores, por toda la ayuda, y por su paciencia y comprensión. Gracias también a Evelyn Cainto, que mantiene las cosas funcionando sin problemas en el departamento de Bantam de la Guerra de las Galaxias.

Nancy Wiesenfeld, una revisora de textos de primera.

Sue Rostoni de la película de Lucas por su minuciosa revisión del libro.

Mis compañeros autores de la Guerra de las Galaxias, que me dieron ayuda, consejos, y me prestaron generosamente sus personajes para que pudiera usarlos en este libro: Vonda N. McIntyre, Michael A. Stackpole, Kristine Kathryn Rusch y Kevin J. Anderson.

Vosotros, los fans de la Guerra de las Galaxias, por tener tanto interés en este

proyecto desde sus inicios.

Y, como siempre, George Lucas, por empezar todo esto, hace veinte años.
¡Que la Fuerza os acompañe!

Capítulo 1

Nuevos amigos, viejos enemigos

Han Solo, antiguo oficial imperial, estaba sentado con el rostro ensombrecido delante de una sucia mesa en un bar de cuarta categoría de Devarón, tomando sorbos de una cerveza alderaaniana de bastante mala calidad y deseando estar solo. No es que le molestara la presencia de los otros ocupantes del bar, con una mayoría de cornudos machos devishianos y peludas hembras devishianas a la que había que añadir unos cuantos no humanos procedentes de otros mundos. Han estaba acostumbrado a los alienígenas: había crecido rodeado de ellos a bordo del *Suerte del Comerciante*, un gran navío mercante que recorría los caminos espaciales de la galaxia. Cuando sólo tenía diez años, Han ya era capaz de hablar y entender a la perfección media docena de lenguas no humanas.

Lo que le molestaba no era estar rodeado de alienígenas..., sino única y exclusivamente el alienígena que estaba sentado junto a él. Han tomó otro sorbo de su cerveza, torció el gesto al notar su desagradable sabor a rancio y lanzó una rápida mirada de soslayo a la causa de todos sus problemas. La gigantesca criatura peluda le devolvió la mirada con sus grandes ojos azules, que estaban llenos de preocupación. Han dejó escapar un largo suspiro. «¡Oh, si por lo menos se fuera a su casa de una maldita vez...!» Pero el wookiee-Chew-algo— se negaba tozudamente a volver a Kashyyyk, a pesar de que Han le había apremiado repetidamente a que lo hiciera. El alienígena afirmaba haber contraído algo llamado «deuda de vida» con el ex teniente imperial Han Solo.

«Una deuda de vida, ¿eh? Estupendo, de veras... No cabe duda de que es justo lo que necesitaba —pensó Han con amargura—. Sí, es exactamente lo que necesitaba: una enorme niñera peluda que me sigue a todas partes y que no para de darme consejos, se preocupa por si bebo demasiado y siempre me está repitiendo que cuidará de mí. Estupendo, sencillamente estupendo...»

Han contempló su cerveza con el ceño fruncido y el acuoso brebaje casi incoloro le devolvió el reflejo de su rostro, distorsionando sus facciones hasta tal extremo que le parecieron casi tan poco humanas como las del alienígena. ¿Cómo diablos se llamaba aquel condenado wookiee? Chew-algo, ¿no? El wookiee se lo había dicho, pero aunque entendía perfectamente su lengua, Han era incapaz de pronunciar aquellos complicados sonidos.

Y además, no quería saber cómo se llamaba aquel wookiee en particular. Si llegaba a saber cómo se llamaba, probablemente ya nunca conseguiría librarse de su sombra peluda.

Han deslizó cansinamente una mano sobre su rostro, sintiendo el roce de una

barba de varios días. Desde que le habían echado a patadas del servicio, siempre se le estaba olvidando que debía afeitarse. Durante todos los años en que fue primero un cadete y luego un subteniente y, por fin, todo un teniente de primera, Han siempre había cuidado meticulosamente de su aspecto, de la manera en que debía hacerlo un oficial y un caballero. Pero todo aquello pertenecía al pasado, y teniendo en cuenta cuál era su nueva forma de vida... Bueno, ¿qué más daba?

Han levantó la jarra con una mano ligeramente temblorosa y engulló la repugnante cerveza que sabía a rancio. Después dejó la jarra vacía encima de la mesa y recorrió el bar con la mirada, buscando al tipo que servía las bebidas. «Necesito otra jarra. Una más y me sentiré mucho mejor. Sólo una jarra más...»

El wookiee dejó escapar un suave gemido. El fruncimiento de ceño de Han se volvió un poco más marcado.

—Guárdate tus opiniones para ti, bola de pelos —dijo secamente—. Cuando haya bebido suficiente, lo sabré enseguida. Lo último que necesito en estos momentos es un wookiee que quiere jugar a las niñeras conmigo.

El wookiee —Chewbacca, eso era— respondió con un delicado gruñido, sus ojos azules ensombrecidos por la preocupación. Los labios de Han se curvaron en una sonrisita llena de sarcasmo.

—Soy perfectamente capaz de cuidar de mí mismo, y procura no olvidarlo. El mero hecho de que evitara que tu peludo trasero acabara convenido en vapor no significa que estés en deuda conmigo. Ya te lo he dicho no sé cuántas veces: hace mucho tiempo una wookiee me hizo muchos favores. Me salvó la vida un par de veces, ¿entiendes? Bueno, pues yo te salvé la vida porque estaba en deuda con ella.

Chewbacca emitió un sonido que estaba a medio camino entre el gemido y el gruñido. Flan meneó la cabeza.

—No, eso no significa que tú estés en deuda conmigo. ¿Es que no puedes comprenderlo? Yo estaba en deuda con ella, pero no podía devolverle el favor. Por eso te ayudé, y eso quiere decir que ahora estamos... en paz. Así pues, ¿quieres aceptar de una maldita vez esos créditos que te ofrecí y volver a Kashyyyk? Te aseguro que no me estás haciendo ningún favor quedándote aquí, bola de pelos. Me haces tanta falta como una quemadura de desintegrador en el trasero.

Chewbacca, muy ofendido, se irguió cuan alto era —lo cual quería decir mucho, tratándose de un wookiee— y dejó escapar un ronco gruñido gutural.

—Sí, ya sé que tiré mi vida y mi carrera al cubo de la basura el día en que impedí que el comandante Nyklas te pegara un tiro en Coruscant. Pero es que no aguanto la esclavitud, y ver cómo Nyklas usaba un látigo de energía no es un espectáculo que me parezca particularmente agradable. Conozco a los wookies, ¿entiendes? Cuando era un chaval, una wookiee fue mi mejor amiga. Sabía que te lanzarías sobre Nyklas incluso antes de que tú mismo supieras que ibas a hacerlo..., de la misma manera en

que sabía que entonces Nyklas desenfundaría su desintegrador. No podía quedarme cruzado de brazos y contemplar cómo te hacía un agujero en el pecho. Pero no intentes convertirme en alguna clase de héroe, Chewie. No necesito un socio, y no quiero un amigo. Mi nombre lo dice todo, chico: me llamo Solo.

Han se señaló el pecho con el pulgar.

—Me llamo Han Solo, y quiero estar solo. ¿Lo has entendido? Así están las cosas, y así es como me gusta que estén. Por lo tanto... Bueno, Chewie, no quiero que te ofendas, pero... Oye, ¿por qué no te largas de una vez? Lo que quiero decir es que me gustaría verte desaparecer, y de manera permanente.

Chewie contempló en silencio a Han durante un momento muy largo y después dejó escapar un bufido lleno de desdén, giró sobre sus talones y salió del bar.

Han se preguntó si realmente habría logrado convencer a aquella boba montaña de pelos de que le dejara en paz. Si lo había conseguido, entonces habría que celebrarlo. Era una razón más que suficiente para tomarse otra jarra.

Mientras volvía a recorrer el bar con la mirada, vio que varios clientes se estaban sentando alrededor de una mesa en una esquina del local. Resultaba obvio que se estaba empezando a formar una partida de sabacc, y Han se preguntó si debía tratar de tomar parte en ella. Repasó mentalmente el contenido de su bolsa de créditos, y acabó decidiendo que tal vez no fuera mala idea. Normalmente siempre tenía mucha suene en el sabacc, y últimamente cada crédito importaba.

Últimamente...

Han suspiró. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde aquel día fatídico en que le habían ordenado que echara una mano al comandante Nyklas con la cuadrilla de trabajadores wookies que debían terminar una nueva ala en la Sala Imperial de los Héroeos? Han empezó a contar, y torció el gesto al darse cuenta de que llevaba muchos días rondando por bares como aquél y comprender que esos días seguramente habrían transcurrido entre una oscura neblina de cerveza y recriminaciones llenas de amargura. Dentro de dos días haría dos meses.

Tensó los labios y deslizó una mano temblorosa por entre los rebeldes mechones de su cabellera castaña. Durante los últimos cinco años la había llevado muy corta, como se esperaba que debían hacer los militares, pero sus cabellos estaban empezando a crecer y no tardaría en necesitar un buen corte de pelo. Una vívida imagen mental del aspecto que tenía antes de ser expulsado de la Armada invadió su cerebro —el uniforme immaculado, las insignias frotadas hasta hacer que brillaran, las botas relucientes—, y después el corelliano bajó la mirada y se contempló a sí mismo.

¡Qué contraste entre el Han de aquellos días y el nuevo Han! Llevaba una camisa grisácea y llena de manchas que en un lejano pasado había sido blanca, una chaqueta de neocuero gris igualmente llena de manchas que había comprado en una tienda de

ropa usada, y unos pantalones de estilo militar azul oscuro con su franja de sangre corelliana descendiendo por la costura exterior. Sólo las botas eran las mismas. Se las hacían a medida a cada cadete cuando obtenía su primer nombramiento de destino, por lo que el Imperio no había querido recuperarlas. Han había obtenido su primer destino hacía poco más de ocho meses, y en toda la historia del Imperio ningún subteniente había estado más orgulloso de su rango..., o de aquellas botas relucientes.

Las botas estaban sucias y llenas de arañazos, y empezaban a parecer viejas y gastadas. Los labios de Han se curvaron en una sonrisa llena de melancolía mientras las contemplaba. Viejas y desgastadas por la vida, con el brillo y la elegancia convertidas en un mero recuerdo del pasado... Sí, esa descripción también resultaba muy adecuada para él.

En un momento de dolorosa honestidad, Han admitió que probablemente nunca habría podido permanecer en la Armada Imperial ni aun suponiendo que no le hubieran expulsado del servicio por haber rescatado y liberado a Chewbacca. Han había iniciado su carrera militar sintiéndose lleno de grandes esperanzas, pero la desilusión no tardó en adueñarse de él. Los prejuicios contra los no humanos ya habían resultado bastante difíciles de soportar para alguien que había crecido de la manera en que lo hizo Han, y sin embargo Han consiguió morderse la lengua y callar. Pero el laberinto interminable de estúpidas reglas burocráticas, la ciega estupidez de tantos y tantos oficiales... Han ya había empezado a preguntarse durante cuánto tiempo sería capaz de seguir soportándolo.

Pero nunca había imaginado que tendría que enfrentarse a una expulsión deshonrosa, la pérdida de la pensión y las pagas pendientes y —lo peor de todo— la inclusión en la lista negra de los pilotos. No le habían quitado la licencia, cierto, pero Han no había tardado en descubrir que ninguna firma que se moviera dentro de los límites de la ley estaba dispuesta a contratarle. Había pasado semanas enteras caminando de un lado a otro sobre el permacreto de Coruscant entre una borrachera y la siguiente, buscando un trabajo..., y había descubierto que todas las puertas respetables estaban cerradas para él.

Y entonces, una noche, mientras se dedicaba a recorrer las tabernas de una sección de la ciudad de dimensiones planetarias que se encontraba cerca del ghetto de los alienígenas, una gigantesca sombra peluda había surgido de las sombras más oscuras de un callejón y se había plantado delante de Han.

Durante unos momentos interminables el cerebro de Han, enturbiado por la cerveza, ni siquiera había sido capaz de reconocer a aquel wookiee como el trabajador al que había salvado. Han no se dio cuenta de quién era hasta que Chewbacca empezó a hablar, dándole las gracias por haberle salvado la vida y haberle liberado de la esclavitud. Chewie, cuyo pueblo nunca se andaba con rodeos, había sido muy directo y muy claro. Él, Chewbacca, había contraído una deuda de vida con Han Solo y había

jurado saldarla. Allí donde fuera Han, desde aquel día en adelante, él iría también.

Y así lo había hecho.

Cuando Han por fin consiguió encontrar una manera de sacarlos de Coruscant, pilotando una nave que transportaría un cargamento de contrabando a Tralus (la carga estaba sellada magnéticamente en la bodega, y Han no disponía del equipo o las energías necesarias para forzar los sellos y averiguar qué clase de mercancía de contrabando estaba transportando), Chewbacca había ido con él. Durante la semana que duró el viaje, Han empezó a enseñarle los rudimentos del pilotaje. Viajar por el espacio era muy aburrido, y por lo menos eso le daba algo en que pensar aparte de en los futuros perdidos.

Una vez en Tralus, Han entregó su nave y su cargamento y después empezó a buscar otro empleo como piloto. Acabó en el Depósito de Naves Espaciales Usadas del Honrado Tory1, y le pidió trabajo al durosiano. Tory1 era un viejo conocido suyo, y sabía que Han era un piloto experto en el que se podía confiar.

El Imperio estaba reforzando incesantemente su poder, para lo que les arrebatava sus derechos tanto a los planetas como a sus ciudadanos. Duro había desarrollado una industria de construcción de naves casi tan importante como la de Corellia, pero las nuevas directrices imperiales acababan de prohibirle instalar sistemas de armamento en sus naves. El cargamento clandestino transportado por Han acabó resultando ser un envío de componentes que servirían para armar naves.

Cuando llegaron a Duro, Chewie ya estaba a punto de convenirse en un buen copiloto y un magnífico artillero. Han esperaba que enseñar esas habilidades al wookiee haría que le resultara más fácil librarse de él en algún planeta. Si sabía que el wookiee podía encontrar trabajo como piloto o copiloto, Han no vacilaría ni un segundo en dejarlo tirado en el primer espaciopuerto que visitaran para despegar al instante..., o eso era lo que se decía así mismo.

Una vez en Duro, Han gastó una parte de los beneficios de su misión en bebida mientras esperaba que alguien se pusiera en contacto con él para ofrecerle otro trabajo de piloto. Su paciencia se vio recompensada el día en que un sullustano se sentó junto a él y le ofreció una atractiva suma de dinero a cambio de que llevara una nave desde Duro, cruzando una tercera parte del diámetro de la galaxia y evitando hacer escala en cualquier puerto imperial, hasta Kothlis, una colonia bothana.

La nave que tendría que pilotar, pequeña, esbelta y muy veloz, estaba «caliente», naturalmente, ya que había sido robada de la pista particular de su rico propietario. Han tuvo que recordarse así mismo que ya no se ganaba la vida haciendo respetar la ley, sino quebrantándola.

En consecuencia, se limitó a apretar las mandíbulas y pilotó la nave robada hasta su nuevo hogar en Kothlis. Después empezó a buscar un nuevo trabajo, y acabó encontrando uno. A primera vista, aquel empleo era totalmente legal. Han tendría que

transportar un nalargón de grandes dimensiones desde Kothlis hasta Devarón.

Han nunca había oído hablar de los nalargones, lo cual no tenía nada de sorprendente dada su escasísima aposición a cuanto tuviera que ver con la música. El nalargón acabó resultando ser un instrumento gigantesco que era operado mediante un teclado y un juego de pedales. Una serie de conductos acoplados a generadores de resonancias subarmónicas producían sonidos en muchas longitudes de onda distintas. Los ritmos del jizz se habían puesto de moda en toda la galaxia, y había una gran demanda de aquellos instrumentos.

Así pues, el gigantesco instrumento musical fue subido a la nave que le habían asignado a Han, y una vez dentro de ella fue atornillado a la cubierta dentro del compartimiento de carga, donde pasaría el resto del viaje.

Han fue a investigar el instrumento en cuanto él y Chewie hubieron entrado en el hiperespacio. Le dio golpecitos y palmaditas, lo conectó y después trató de presionar las teclas y los pedales. No obtuvo absolutamente ningún sonido, salvo los que produjo al tratar de conseguir que funcionara.

Pero sus golpecitos enseguida le demostraron que había algo dentro del instrumento. Han se echó hacia atrás hasta quedar apoyado sobre los talones y contempló la enorme mole del nalargón. Resultaba obvio que el instrumento era falso, un mero cascarón hueco que estaba siendo utilizado como escondite. ¿Qué podía ocultar?

Gracias a su período de servicio en la Armada Imperial, Han sabía que Devarón estaba pasando por una etapa bastante agitada de su historia. No hacía mucho que un grupo de rebeldes se había alzado contra el gobernador imperial y había exigido la independencia del Imperio. Los labios de Han se curvaron en una mueca desdeñosa. Así que creían que podían enfrentarse al Imperio, ¿eh? Condenados estúpidos... Setecientos rebeldes habían sido capturados hacía unos meses cuando las tropas imperiales irrumpieron en la antigua ciudad sagrada de Montellian Seras. Los rebeldes capturados fueron ejecutados sumariamente sin juicio previo, lo cual equivalía a decir que habían sido asesinados sin compasión. Los rebeldes restantes todavía se estaban ocultando en las colinas, resistiendo y lanzando ataques al estilo comando, pero Han sabía que el que quedarán aplastados bajo el talón de Palpatine sólo era cuestión de tiempo. Después su mundo quedaría rígidamente controlado por el Imperio, tal como le había ocurrido a otros muchos mundos.

Mientras contemplaba el nalargón, Han hizo unos cuantos cálculos mentales basados en la suposición de que el instrumento estaba hueco. Oh, sí... Había justo el espacio suficiente para que aquel cascarón pudiera contener un cañón láser móvil de corto alcance. Ese tipo de arma podía ser instalada encima de un deslizador de superficie, y era capaz de abrir fuego sobre blancos de pequeñas dimensiones —un edificio, o un caza imperial de corto alcance— y dejarlos hechos añicos.

También podía tratarse de rifles desintegradores, por supuesto. Si habían sabido disponerlos con la habilidad suficiente, el nalargón podía contener diez o quince rifles.

Fuera cual fuese el contenido del nalargón, Han comprendió que acababa de aceptar un trabajo que olía francamente mal. Decidió que llevaría la nave hasta el puerto más cercano, y que luego se iría a toda prisa sin mirar hacia atrás. Disponía de unos códigos de descenso falsos proporcionados por los bothanos, así que los utilizaría y después se largaría lo más deprisa posible.

Han meneó la cabeza, sintiéndose un poco aturrido y empezando a desear no haberse tomado la última jarra de cerveza. El regusto a rancio seguía flotando en su boca, y notaba un molesto zumbido en los oídos. Volvió la mirada de un lado a otro en un giro tozudamente desafiante, y vio que el local no se movía. Perfecto. No estaba tan borracho como para no poder jugar al sabacc y ganar. «Manos a la obra, Solo. Cada crédito al que puedas echar mano será muy bienvenido...»

El contrabandista se levantó y atravesó el bar con paso firme y decidido hasta llegar a la mesa.

—Saludos, caballeros —dijo, hablando en básico—. ¿Hay sitio para otro jugador?

El encargado de repartir las canas, un devaroniano, volvió su cabeza de cuernos impecablemente restregados y encerados para lanzar una mirada interrogativa a Han. Al final debió de llegar a la conclusión de que el recién llegado podía ser admitido en la partida, porque se encogió de hombros y señaló la silla vacía.

—Bienvenido, piloto —dijo—. Y mientras te duren los créditos, seguirás siendo bienvenido... añadió con una sonrisa que puso al descubierto sus afilados dientes de fiera.

Han asintió y tomó asiento.

El corelliano había aprendido a jugar al sabacc a los catorce años. Han echó unos cuantos créditos en el contenedor de las apuestas altas, la «olla del sabacc», y después cogió las dos cartas que se le acababan de repartir y las examinó, todo ello sin dejar de estudiar disimuladamente a sus oponentes ni un solo instante. Cuando le tocó el turno de hacer su apuesta para la mano, también arrojó el número de créditos requerido en aquel contenedor.

Han había recibido el seis de báculos y la reina del aire y la oscuridad, pero el encargado de repartir las canas podía pulsar un botón en cualquier momento, y eso haría que los valores de todas las cartas cambiaran de repente. Han contempló a sus oponentes: un diminuto sullustano, una peluda hembra devaroniana, el devaroniano que se encargaba de repartir las canas, y una gigantesca barabel, una criatura reptiloide procedente de Barab Uno. Han nunca había estado tan cerca de una de aquellas criaturas, y enseguida se dio cuenta de que eran realmente impresionantes. Con sus más de dos metros de altura recubiertos de unas escamas negras tan duras

que podían repeler incluso una descarga aturdidora, la barabel tenía una boca llena de dientes tan afilados como dagas y una gruesa cola parecida a un garrote que, según se decía, convertía a los nativos de Barab en unos enemigos temibles a la hora de pelear. Pero aquella hembra, que se había presentado como Shallamar, parecía bastante pacífica. La barabel cogió la ficha-carta que le acababan de entregar, y sus pupilas verticales estudiaron atentamente su mano por entre las rendijas de sus párpados entrecerrados.

El objeto del sabacc consistía en obtener cartas que igualaran el número veintitrés, ya fuera en positivo o en negativo, sin superarlo. En caso de un empate, los totales positivos se imponían a los negativos.

En aquel momento las cartas que formaban la mano de Han tenían un valor numérico de cuatro positivo, ya que el valor de la reina del aire y la oscuridad era de dos negativo. Han podía arrojar esa carta al interior del campo de interferencia, que «congelaría» su valor, y luego podía albergar la esperanza de obtener el Idiota y una carta que tuviera un valor facial de tres. Dado que el valor del Idiota era cero, eso le proporcionaría un «despliegue del idiota», el cual vencería incluso a un sabacc puro, entendiéndose por tal a cualquier mano de cartas cuyo valor total, negativo o positivo, fuera de veintitrés.

Mientras Han titubeaba con los ojos clavados en su reina, las fichas-carta ondularon y se alteraron. Su reina acababa de convenirse en el rey de las espadas. El seis de báculos había pasado a ser el ocho de vasijas, con lo que el nuevo total de Han era de veintidós positivo. Han esperó mientras los otros jugadores examinaban sus fichas-carta. La barabel, la devaroniana y el encargado de repartir las cartas alzaron las manos en aparatosos gestos de disgusto: todos habían «estallado», ya que los valores de sus nuevas manos estaban por encima del veintitrés.

El sullustano subió las apuestas, y Han las igualó y volvió a subirlas.

—Voy a enseñar mi mano —dijo el diminuto alienígena, colocando sus fichas-carta encima de la mesa con un floreo del brazo—. Veinte —anunció.

Han sonrió y puso su mano encima de la mesa.

—Veintidós —anunció despreocupadamente, mostrando sus fichas carta—. Me temo que el dinero es mío, amigo.

Los otros jugadores gruñeron y refunfuñaron mientras Han recogía sus créditos. La barabel siseó y le lanzó una mirada que habría podido derretir el titanio, pero no dijo nada.

El sullustano ganó la mano siguiente, y el devaroniano que repartía las cartas ganó la que jugaron a continuación. Han contempló el creciente montón de créditos depositado en el centro de la mesa de sabacc y decidió que intentaría hacerse con una suma lo más grande posible.

Siguieron jugando durante varias manos más. Han volvió a ganar las apuestas de

una mano, pero hasta el momento nadie había conseguido hacerse con el contenido de la ‘olla del sabacc’. Han arrojó el tres de monedas y el Idiota dentro del campo de interferencia, y la suerte no le falló: el cambio de canas que se produjo a continuación le dejó sosteniendo el dos de vasijas.

—Despliegue del idiota... —anunció con jovialidad, dejando caer el dos de vasijas junto a las otras dos cartas del campo de interferencia—. La olla del sabacc es mía, damas y caballeros...

Han se inclinó hacia adelante para recoger los créditos, y la barabel dejó escapar un rugido.

—¡Tramposo! ¡Tiene que estar usando un alternador! ¡Nadie puede tener tanta suerte!

Han se echó hacia atrás y la miró fijamente, sintiéndose muy ofendido. Había hecho trampas montones de veces en las mesas de sabacc, tanto usando alternadores —el nombre con que se conocía a unas cartas manipuladas que asumían distintos valores cuando les dabas un golpecito en el canto—, como de otras maneras. ¡Pero esta vez había ganado limpiamente y sin emplear ninguna clase de truco!

—¡Puedes coger tus acusaciones y metértelas en la oreja! —replicó con indignación. La barabel no tenía orejas visibles, naturalmente, pero el insulto era lo suficientemente claro para que pudiera entenderlo sin ninguna dificultad. Han permitió que su mano derecha descendiera hasta su muslo y, sin hacer ningún ruido, soltó la tira que mantenía cerrada la parte superior de su pistolera—. ¡No he hecho trampas! —añadió mientras meneaba vehementemente la cabeza—. ¡He jugado mejor que tú, hermana, y eso es todo!

Han extendió la mano izquierda por encima de la mesa, cogió un puñado de créditos y se los metió en el bolsillo. Nadie se movió o habló, por lo que Han volvió a extender la mano para coger el puñado de créditos que habían quedado encima de la mesa..., y entonces la mano derecha de la devaroniana salió disparada hacia adelante como un borroso torbellino de pelaje rojizo para rodear la muñeca de Han y dejarla inmovilizada sobre la mesa.

—Puede que Shallamar tenga razón dijo, hablando en básico con un marcado acento—. Deberíamos registrarlo para asegurarnos de que no ha hecho trampas.

Han la fulminó con la mirada.

—Quítame las manos de encima —dijo en voz muy baja y suave—, o haré que lo lamentos.

Algo en sus ojos y en su voz debió de impresionar a la alienígena, porque le soltó y retrocedió.

— ¡Cobarde! —rugió Shallamar, encarándose con la devaroniana—, ¡No es más que un insignificante humano!

La devaroniana meneó la cabeza y dio un par de pasos hacia atrás, indicando con

ello que no quería seguir tomando parte en el conflicto.

Han sonrió con sarcástica satisfacción mientras alargaba la mano hacia el centro de la mesa. Su sonrisa hizo que la barabel volviera a rugir. Una mano recubierta de duras escamas cuyos dedos terminaban en afiladas garras descendió para asestar un terrible golpe que partió la mesa por la mitad, haciendo que los dos trozos de tablero, los créditos y las fichas-carta volaran por los aires.

— ¡No! —gruñó la barabel, avanzando hacia Han—. ¡Te voy a arrancar la cabeza de un mordisco, tramposo! ¿Crees que serás capaz de seguir haciendo trampas cuando te hayas quedado sin cabeza?

Han echó un vistazo a sus enormes fauces entreabiertas, comprendió que eran lo suficientemente grandes para que la barabel pudiera llevar a la práctica su amenaza, y decidió usar su desintegrador. Su mano derecha se deslizó por encima del muslo en un movimiento rapidísimo y una fracción de segundo después la culata llena de arañazos y desgastada por el uso ya estaba allí, pegada a su palma.

La mano de Han, que seguía moviéndose a una velocidad extraordinaria, empezó a subir mientras iniciaba el gesto de desenfundar el arma...

¡... para quedar totalmente inmóvil cuando el desintegrador se negó a salir de la pistolera!

Han apenas dispuso de un segundo para darse cuenta de que la mira delantera del desintegrador, que estaba colocada encima del extremo del cañón, había quedado atascada en el fondo de la pistolera. El corelliano empezó a tirar de la culata, tratando de liberar su arma.

La barabel se lanzó sobre él. Han retrocedió de un salto, pero no consiguió echarse lo bastante atrás. Las enormes y afiladas garras de Shallamar se cerraron sobre la pechera de su chaqueta y se abrieron paso a través del duro neocuero con tanta facilidad como si fuera papel. Han, que seguía tirando de su desintegrador enganchado, se vio elevado hacia las fauces abiertas de par en par de la barabel a tal velocidad que se le nubló la vista. El corelliano dejó escapar un jadeo ahogado cuando un chorro abrasador de pestilente aliento reptiloide le envolvió la cara.

Y entonces Han entrevió un borroso manchón amarronado en el límite de su campo visual justo en el mismo instante en que un tremendo rugido casi le dejaba sordo. Un largo brazo peludo se deslizó alrededor del cuello de Shallamar y tiró de él, obligando a retroceder a la barabel y apartándola de Han.

— ¡Chewie! —gritó Han, que en toda su vida jamás se había alegrado tanto de ver a alguien.

La barabel le devolvió el rugido al wookiee y soltó al corelliano mientras giraba sobre sus talones para enfrentarse a su atacante.

— ¡Entretenla durante un segundo, Chewie! —chilló Han, tirando de la parte inferior de su pistolera mientras hacía girar la culata del desintegrador entre los

dedos.

¡Por fin! Han consiguió extraer el arma de la pistolera y apuntó con ella a la barabel mientras ésta luchaba con el wookie, pero no logró obtener una línea de fuego despejada.

Las dos inmensas criaturas fueron de un lado a otro del bar, gruñendo y siseando mientras derribaban mesas y sillas. Los otros jugadores de sabacc y el resto de la clientela del local se apresuraron a dispersarse ante la frenética batalla, gritando consejos y maldiciones en múltiples lenguas.

El sullustano bajó la mano hacia su desintegrador, pero cuando vio que Han ya estaba armado, se dio la vuelta y saltó por encima de la barra para desaparecer detrás de ella.

Shallamar y Chewbacca siguieron tambaleándose de un lado a otro, atrapados en una terrible parodia de un abrazo de enamorados, con cada uno poniendo a prueba las fuerzas del otro mientras intentaba desequilibrar a su contrincante.

— ¡Vamos, Chewie! —aulló Han—. ¡Salgamos de aquí!

Chewbacca y Shallamar giraron vertiginosamente en un confuso torbellino de pelaje marrón y escamas negras, y de repente la barabel bajó la cabeza y cerró sus fauces alrededor del brazo del wookie. Sus dientes, afilados como agujas, arrancaron un pedazo de carne y pelos. El wookie dejó escapar un rugido de agonía y, en un desesperado esfuerzo, agarró el brazo de la barabel y la hizo girar con cegadora velocidad, impulsándola tan deprisa que los pies de Shallamar dejaron de estar en contacto con el suelo. Mientras caía, Chewie también la agarró de la cola, y la empujó con tanta potencia que la barabel salió volando por los aires.

Chewbacca soltó a la barabel con un último aullido de triunfo y permitió que la gigantesca reptiloide atravesara el local en un incontenible vuelo planeado mientras todo el mundo se hacía a un lado para esquivar su trayectoria. Shallamar aterrizó sobre la espalda entre un confuso montón de mesas, sillas y fichas-carta de sabacc.

«Una descarga aturdidora no servirá de nada, y no quiero matarla...» Un caos de pensamientos encontrados desfiló a toda velocidad por la mente de Han mientras hacía girar el dial de ajuste de potencia del desintegrador hasta dejarlo a media intensidad, apuntaba el arma y disparaba contra la aturrida Shallamar, dándole justo debajo de una gigantesca rodilla. La barabel dejó escapar un siseo de dolor y cayó de espaldas, con sus negras escamas humeando y crujiendo.

— ¡Vamos, Chewie! —gritó Han, disparando una descarga aturdidora contra el repartidor de cartas de sabacc, que estaba apuntando al wookie con un desintegrador.

El devaroniano se derrumbó sin emitir ni un sonido. Chewie, goteando sangre, pareció materializarse detrás de Han mientras éste echaba a correr hacia la salida, derribando las escasas mesas y sillas que aún seguían en su sitio.

La propietaria de la taberna, una devaroniana, les obstruyó el paso aullando

maldiciones y amenazas, pero Han la apartó con un feroz golpe del cañón de su desintegrador y siguió corriendo. Su hombro chocó con la puerta, y rebotó en ella. ¡Estaba cerrada!

Mascullando juramentos en seis lenguas no humanas, Han puso el indicador de su arma a máxima potencia y derribó la puerta. La propietaria lanzó un nuevo aullido de protesta, pero el corelliano y el wookie ya habían desaparecido.

Han y Chewbacca huyeron a toda velocidad por el mísero callejón y después salieron a la calle, con sus edificios de rústico aspecto de permacreto estucado y la madera azul nativa. Una brisa helada hizo estremecerse al corelliano. La primavera ya casi había llegado al continente del casquete polar sur de Devarón.

Han enfundó rápidamente su desintegrador y convirtió su carrera en un rápido caminar.

—¿Qué tal va ese brazo, amigo?

Chewie respondió con un gemido que acabó transformándose en un gruñido. Han bajó la mirada para inspeccionar los daños.

—Bueno, fuiste tú quien tomó la decisión de volver —observó—. No es que lamente que lo hicieras, desde luego. Yo... Eh... En fin, lo que quiero decir es que..., que te agradezco que me salvaras el trasero.

El wookie emitió un sonido interrogativo. Han se encogió de hombros.

—Bien... Claro, supongo que sí... —farfulló—. Nunca he tenido un socio, pero... Sí, ¿por qué no? La verdad es que si no tienes a nadie con quien hablar, todos esos largos vuelos espaciales pueden acabar resultando muy aburridos.

A pesar del dolor que sentía, Chewie no pudo reprimir un gorgoteo de satisfacción.

—No abuses de tu buena suerte —dijo secamente Han—. Oye, tenemos que ir a que le echen un vistazo a esa herida. Hay una clínica de androides médicos al otro lado de la calle, así que vayamos allí:

Una hora después los dos volvían a pisar la calle. El brazo de Chewie había tenido que ser envuelto en un vendaje protector después de que hubiera recibido un tratamiento bacto, pero el androide médico que los atendió les había asegurado que los wookies se recuperaban muy deprisa.

Chewbacca acababa de comentar que tenía hambre cuando Han oyó que alguien le llamaba desde un portal.

—Piloto Solo... —murmuró una voz.

Han se detuvo, miró por encima del hombro y vio a un durosiano que le estaba haciendo señas. Después miró a un lado y a otro, pero la calle devaroniana se hallaba prácticamente desierta. Aquella sección se encontraba cerca de la plaza central, y estaba reservada a los peatones.

—¿Sí? —replicó Han, también en voz baja.

El devaroniano de piel azulada le hizo señas para que le siguiera hasta un callejón cercano. El corelliano fue hasta la entrada del callejón, dobló la esquina y después se detuvo, apoyando la espalda en la pared con la mano sobre la culata de su desintegrador.

—Fin de trayecto, amigo: no voy a ir más lejos hasta que no sepa qué es lo que quieres.

La lúgubre expresión del duroso se volvió todavía más melancólica.

—Eres un humano muy desconfiado, piloto Solo. Un amigo mutuo al que llaman el Honrado Toryl me habló de ti. Me dijo que eres un piloto excelente.

Han se relajó ligeramente, pero no apartó su mano del desintegrador.

—Soy bueno, desde luego —dijo—. Y si dices que el Honrado Toryl te ha enviado... Bueno, me gustaría que me lo demostraras.

El duroso le miró fijamente. Sus ojos, que tenían el mismo color que la adularia, no podían estar más impasibles.

—Me dijo que debía decirte que el *Talismán*, la nave que te trajo hasta aquí, ya no existe.

Han apartó la mano del desintegrador.

—De acuerdo, me has convencido de que te ha enviado Toryl —dijo—. Ahora explícame qué quieres de mí.

—Necesito que alguien entregue una nave en Nar Hekka, en el sistema de los hutts —dijo el duroso—. Estoy dispuesto a pagar bien, piloto Solo..., pero si llegas a tropezaste con alguna patrulla, no debes permitir que los imperiales suban a bordo.

Han suspiró. Más intrigas, ¿eh? Pero la oferta del duroso le interesaba. Volver a Nar Shaddaa, la «Luna de los Contrabandistas» que orbitaba Nal Hutta, siempre había figurado entre sus planes. Aquel momento era tan bueno como cualquier otro. Una vez estuviera en Nar Hekka, no le costaría mucho encontrar una nave que lo llevara hasta Nal Hutta o Nar Shaddaa.

—Quiero saber algo más sobre el asunto.

—Sólo si puedes despegar en un plazo máximo de dos horas —dijo el duroso—. Si no puedes hacerlo, dímelo y empezaré a buscar un piloto en algún otro lugar.

Han reflexionó durante unos momentos antes de replicar. —Bueno, quizá podría cambiar mis planes... a cambio de una compensación adecuada, claro.

El duroso respondió con una cifra.

—Y la misma suma cuando entregues la nave —añadió después.

Han soltó un resoplido y meneó la cabeza, aunque en su fuero interno estaba bastante sorprendido ante la generosidad de la oferta inicial con que el duroso había abierto el regateo.

—Vamos, Chewie —dijo—. Tenemos que ir a muchos sitios, y hemos de ver a un montón de gente.

El durosiano, reaccionando demasiado deprisa, recitó otra cifra más elevada.

«Este tipo tiene que estar realmente desesperado», pensó Han mientras fingía titubear durante unos momentos. Después meneó la cabeza.

—No sé... Si los imperiales andan buscando esa nave tuya, pilotarla podría hacer que acabara teniendo problemas realmente serios. ¿Qué carga hay que transportar?

La expresión del durosiano no se alteró en lo más mínimo.

—No puedo decírtelo. Pero te diré que si entregas la nave y el cargamento intactos a Tagta el Hutt, éste se sentirá muy complacido..., y prácticamente todos los seres inteligentes de la galaxia están convencidos de que complacer a un gran señor de los hutts resulta muy beneficioso para tu salud financiera. Tagta es el subordinado de máximo rango que Jiliac el Hutt tiene en Nar Hekka.

Han empezó a sentirse bastante más interesado. Jiliac ocupaba un lugar muy elevado entre los grandes señores de los hutts, desde luego. Bueno, Tagta quizá podría hablar bien de Han a su jefe...

—Hmmmmmmmmm... —Han se rascó la cabeza y después recitó otra cifra—. Y todo por adelantado —añadió.

El azul claro de la piel del durosiano pareció volverse todavía más claro, pero el alienígena acabó asintiendo.

—Muy bien en cuanto a la cantidad, pero sólo la mitad por adelantado. Tagta te entregará el resto, piloto Solo.

Han se lo pensó durante unos momentos y acabó asintiendo a su vez.

—Bien, entonces estamos de acuerdo. Oye, Chewie —dijo mientras se volvía hacia el wookiee, que había permanecido junto a ellos y había estado escuchando con gran atención todo lo que decían—. Ve a esa caja de seguridad en la que guardamos nuestras cosas y recógelo todo mientras yo acabo de hablar de negocios con nuestro amigo, ¿de acuerdo?

El wookiee respondió con un suave gruñido de asentimiento.

—Gracias. Me reuniré contigo en el lado norte de la plaza central dentro de una hora. Chewbacca asintió y se alejó calle abajo. Han se volvió hacia el durosiano.

—Ya tienes un piloto, amigo. Despegaremos dentro de dos horas. Bien, y ahora necesito el resto de la información... ¿Dónde puedo encontrar a ese hutt llamado Tagta?

Unos minutos después Han ya contaba con todos los detalles. El durosiano le entregó un fajo de certificados de crédito y el código de seguridad de la nave, y le dijo en qué pista se encontraba. Después el alienígena de piel azulada desapareció entre la penumbra del callejón.

Han todavía tenía unos minutos libres antes de acudir a su cita con Chewie, por lo que decidió comer algo en la cafetería de al lado. Tuvo que mantener una larga discusión con la cocinera devishiana antes de que consiguiera convencerla de que

debía asar su carne, pero valió la pena. La comida acabó de disipar los últimos vestigios del embotamiento producido por la cerveza. Con la cabeza despejada y habiendo

recuperado las energías perdidas, Han se sintió considerablemente más animado.

Mientras iba de camino hacia la plaza central, el corelliano hizo una parada en una tienda de ropa de segunda mano que atendía a una amplia clientela de navegantes espaciales de todas las razas. Han compró una vieja chaqueta de piel de lagarto para sustituir a la que la baya-bel había hecho pedazos. Respetablemente vestido de nuevo, echó a andar por la calle que le llevaría a su cita con Chewbacca.

Han supo que estaba ocurriendo algo raro antes de llegar a la plaza central. Los sonidos típicos de una gran muchedumbre eran inconfundibles. Sus integrantes parecían estar gritando al unísono. Han sintió que el vello de la nuca se le erizaba de repente cuando se dio cuenta de que había algo familiar en aquellas palabras. La multitud no hablaba en básico, pero Han ya había oído aquellas frases, tan simples como repetitivas, anteriormente.

Pero ¿dónde?

«Esto me huele mal...», pensó Han mientras doblaba la esquina y veía a la multitud. Enseguida vio que quienes la formaban estaban cantando. Todos cantaban y se balanceaban de un lado a otro, meciéndose con un extraño fervor religioso. La mayoría eran devaronianos, por supuesto, pero también había humanos y representantes de otras especies inteligentes. La mirada de Han recorrió a la multitud, y fue avanzando hasta llegar a la primera fila. Delante de ella había un estrado erigido a toda prisa y encima de él, dirigiendo a la congregación, se alzaba una silueta surgida del pasado de Han.

«¡Oh, no! —pensó—. ¡Esta reunión es un acto religioso ylesiano, y ese misionero es nada menos que Veratil! ¡No puedo permitir que me vea!»

Cinco años antes, Han había pasado casi seis meses en Ylesia, un mundo de calores asfixiantes infestado de hongos. Había estado trabajando como piloto antes de presentarse a los exámenes para entrar en la Academia Imperial, practicando y desarrollando sus habilidades de pilotaje. El planeta Ylesia se encontraba justo en la periferia del espacio hutt, y estaba habitado por una raza de criaturas llamadas t'landa Tils —primos lejanos de los hutts— que ofrecían un supuesto asilo religioso a los «peregrinos» que quisieran ir allí.

Los t'landa Tils enviaban misioneros a muchos mundos para que predicaran la religión del Uno y el Todo. Han había sido consciente de ello durante todos aquellos años, pero nunca había tenido la mala suerte de tropezarse con un acto religioso ylesiano.

Durante un momento de extraña irracionalidad que parecía surgido de una pesadilla, el corelliano se sintió dominado por el deseo casi incontenible de

desenfundar su desintegrador, derribar a Veratil de un disparo y encararse con la multitud. «¡Volved a vuestras casas! —les habría gritado—. ¡Todo eso no es más que un inmenso fraude! ¡Quieren que vayáis a Ylesia para esclavizaras, idiotas! ¡Largaos de aquí!»

Pero ¿cómo podría conseguir que le creyeran? Para la inmensa mayoría de los seres inteligentes de la galaxia, Ylesia era un lugar de retiro religioso al que acudían los fieles para buscar la paz, y donde todos aquellos que deseaban ocultar su pasado podían encontrar un refugio.

El hecho de que el «santuario» ylesiano acabara resultando ser una trampa sólo era conocido por los escasísimos afortunados que —como Han— habían conseguido escapar de ella. Sin duda Veratil ya tendría un transporte esperando para que los peregrinos subieran a bordo de él. Los pobres desgraciados que le siguieran no tendrían ni idea de que su viaje a Ylesia sólo serviría para llevarlos a la esclavitud en las factorías de especia y que luego, cuando estuvieran demasiado débiles o enfermos para poder seguir trabajando, tendrían que enfrentarse a la muerte en las minas de especia de Kessel. Ylesia era un sueño dorado para los fieles, pero la realidad se reducía a un mundo implacable de cautiverio y trabajos agotadores que no terminaban jamás.

Teroenza, el superior de Veratil, era el Gran Sacerdote de Ylesia. Antes de huir de la colonia, Han había robado las piezas más valiosas de la enorme colección de obras de arte del líder de los t'landa Tils. También había herido a Teroenza, pero no le había rematado.

Han había huido de Ylesia a bordo del yate personal de Teroenza, el Talismán. Poco después de su fuga, Han descubrió que los t'landa Tils y los grandes señores hutts habían ofrecido una generosa recompensa por la cabeza de «Vykk Draygo», el alias que había estado usando. Han tuvo que cambiar su identidad, e incluso sus patrones retinianos, para escapar a la detección y la captura.

Han siguió contemplando a Veratil durante unos momentos y después se apresuró a agachar la cabeza y giró sobre sus talones, deseando disponer de una capucha que pudiera ocultar su rostro. Si el sacerdote ylesiano le veía y le reconocía... Bueno, si eso llegaba a ocurrir, Han ya sabía que todo habría terminado para él.

Durante un momento de extraña irracionalidad que parecía surgido de una pesadilla, el corelliano se sintió dominado por el deseo casi incontenible de desenfundar su desintegrador, derribar a Veratil de un disparo y encararse con la multitud. «¡Volved a vuestras casas! —les habría gritado—. ¡Todo eso no es más que un inmenso fraude! ¡Quieren que vayáis a Ylesia para esclavizaras, idiotas! ¡Largaos de aquí!»

Pero ¿cómo podría conseguir que le creyeran? Para la inmensa mayoría de los seres inteligentes de la galaxia, Ylesia era un lugar de retiro religioso al que acudían

los fieles para buscar la paz, y donde todos aquellos que deseaban ocultar su pasado podían encontrar un refugio.

El hecho de que el «santuario» ylesiano acabara resultando ser una trampa sólo era conocido por los escasísimos afortunados que —como Han— habían conseguido escapar de ella. Sin duda Veratil ya tendría un transporte esperando para que los peregrinos subieran a bordo de él. Los pobres desgraciados que le siguieran no tendrían ni idea de que su viaje a Ylesia sólo serviría para llevarlos a la esclavitud en las factorías de especia y que luego, cuando estuvieran demasiado débiles o enfermos para poder seguir trabajando, tendrían que enfrentarse a la muerte en las minas de especia de Kessel. Ylesia era un sueño dorado para los fieles, pero la realidad se reducía a un mundo implacable de cautiverio y trabajos agotadores que no terminaban jamás.

Teroenza, el superior de Veratil, era el Gran Sacerdote de Ylesia. Antes de huir de la colonia, Han había robado las piezas más valiosas de la enorme colección de obras de arte del líder de los t'landa Tils. También había herido a Teroenza, pero no le había rematado.

Han había huido de Ylesia a bordo del yate personal de Teroenza, el Talismán. Poco después de su fuga, Han descubrió que los t'landa Tils y los grandes señores hutts habían ofrecido una generosa recompensa por la cabeza de «Vykk Draygo», el alias que había estado usando. Han tuvo que cambiar su identidad, e incluso sus patrones retinianos, para escapar a la detección y la captura.

Han siguió contemplando a Veratil durante unos momentos y después se apresuró a agachar la cabeza y giró sobre sus talones, deseando disponer de una capucha que pudiera ocultar su rostro. Si el sacerdote ylesiano le veía y le reconocía... Bueno, si eso llegaba a ocurrir, Han ya sabía que todo habría terminado para él.

Los cánticos que le rodeaban se intensificaron. Han empezó a sudar a pesar del frío del clima devaroniano, porque sabía muy bien qué iba a ocurrir a continuación.

Volvió la mirada hacia el otro extremo de la plaza y vio una alta silueta peluda, inmóvil en la periferia de la multitud, que estaba contemplando la ceremonia sin tratar de ocultar su curiosidad. «¡Chewie! ¡No puedo permitir que se vea involucrado en esto! ¡La Exultación empezará dentro de un par de minutos!»

Han se adentró en la multitud, manteniendo la cabeza baja y abriéndose paso a través de las apretadas filas con la misma desesperación que habría empleado para avanzar a través de las olas de un mar embravecido. Cuando por fin consiguió llegar al sitio en el que estaba el wookie, Han respiraba entrecortadamente y tenía doloridos los codos y las costillas.

—¡Chewie! —chilló, agarrando al gigantesco wookie por el brazo—. ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Esto se va a poner bastante feo en cualquier momento!

El wookie respondió con un gemido de interrogación.

—¡Da igual cómo lo sé! —gritó Han, intentando hacerse oír por encima de los cánticos—. ¡Lo sé y basta! ¡Confía en mí!

Chewbacca asintió y se dio la vuelta, usando su enorme corpulencia para hacer que la multitud le abriera paso. Han empezó a seguirle, y entonces entrevió algo por el rabillo del ojo y volvió la cabeza. ¿Qué era lo que había atraído su atención? Un destello... Sí, un destello dorado rojizo que había surgido de un mechón de cabellos.

Han sólo tuvo un fugaz atisbo de aquella silueta femenina, pero toda su mente y su cuerpo vacilaron bajo los efectos de un terrible y repentino impacto, como si acabara de chocar con un muro de piedra mientras estaba corriendo a toda velocidad.

¿Bria? ¿Bria!»

Sólo había tenido un breve vistazo de un perfil pálido de líneas perfectas y un rizo dorado rojizo, pero fue suficiente. Bria estaba allí, envuelta en una capa negra con capuchón e inmóvil entre aquella multitud.

Los recuerdos volvieron de repente a la mente de Han, invadiéndola en una oleada tan irresistible que le asustaron...

Bria, un pálido fantasma esclavizado en las factorías de especia de Ylesia. Bria, asustada pero llena de decisión mientras le robaban sus tesoros a Teroenza. Bria, sentada junto a él en una playa de arenas doradas en Togoria, con su boca suave y roja que suplicaba ser besada. Búa, durmiendo entre sus brazos una noche...

Bria, que le había abandonado diciendo que necesitaba vencer su adicción a la Exultación de los t'landa Tils por sí sola y sin ayuda de nadie...

Han había dedicado los últimos cinco años a convencerse de que la había olvidado. Después de cuatro años en la Academia Imperial más casi un año de servicio activo como oficial, por fin logró convencerse de que Bria había dejado de importarle. Pero de repente, en un desgarrador fogonazo de revelación, Han Solo comprendió que se había estado mintiendo a sí mismo durante todo aquel tiempo.

Han giró sobre sus talones sin vacilar ni un solo instante, volvió a sumergirse en la multitud y empezó a avanzar hacia la mujer de la capa negra. Ya había recorrido la mitad de la distancia que la separaba de ella cuando la Exultación se abatió sobre la multitud, y la apretada masa de criaturas inteligentes se derrumbó sobre las losas de la plaza tan repentinamente como si alguien hubiera disparado un cañón aturridor contra ella.

Han ya había olvidado lo poderosa que era la Exultación. Oleadas de intenso placer se extendieron tanto por su mente como por su cuerpo. ¡No tenía nada de extraño que los peregrinos ylesianos creyeran que los t'landa Tils poseían un Don Divino! Incluso sabiendo, como lo sabía Han, que la Exultación era causada por una transmisión empática combinada con una vibración subsónica que producía una oleada de placer capaz de afectar a los cerebros de la mayoría de las especies inteligentes bípedas, la Exultación seguía siendo igual de irresistible. Han tuvo que

recurrir a todas sus reservas de voluntad para no sucumbir a sus efectos.

Sabía sin necesidad de mirar que la bolsa de piel escondida debajo del «mentón» de Veratil se había hinchado, y que el sacerdote estaba «cantando» aquellas vibraciones mientras se concentraba en emociones lo más cálidas y positivas posible. Si no estabas preparado para resistir la potencia de la Exultación, el efecto resultaba tan embriagador como el de una droga del placer. Todos los machos i landa Tils eran capaces de producir la Exultación, que en realidad sólo era una habilidad biológica relacionada con el sexo que los machos usaban para atraer a las hembras de la especie en su hábitat natural.

La multitud se había derrumbado alrededor de Han, y la mayoría de sus integrantes se estaban retorciendo de puro placer. El espectáculo le dio náuseas. Han ya había conseguido librarse de los efectos de la Exultación, y se concentró en no pisar a nadie mientras corría hacia la mujer de la capa y el capuchón negros. Ya no podía ver ni su cara ni aquel zarcillo de cabellos que había delatado su identidad.

Sus dedos no habían olvidado la suave sedosidad de aquella cabellera. Han solía jugar con los rizos de Bria, y le encantaba ver cómo capturaban la luz y cómo ésta hacía que los matices dorado rojizos cobraran una vida vibrante.

La mujer de la capa y el capuchón negros desapareció detrás de un banco de piedra mientras la multitud temblaba bajo la oleada de éxtasis producida por la Exultación. Han tragó saliva. Bria le había dejado porque padecía los efectos adictivos de la Exultación. ¿Era allí donde había pasado los últimos cinco años? ¿Se habría convertido en una esclava voluntaria de los t'landa Tils, una prisionera que no podía escapar de Ylesia y de sus amos porque necesitaba su dosis diaria de placer? Qué extraño... Han siempre había creído que Bria tenía la suficiente fuerza de voluntad para acabar venciendo a la adicción.

Llegó al banco de piedra, se detuvo y miró a su alrededor. La mujer de la capa negra no era visible por parte alguna. «¿Dónde se ha metido? ¡Bria!», pensó Han mientras miraba desesperadamente en todas direcciones. Podía oír cómo los gemidos y jadeos de la multitud hacían vibrar el aire a su alrededor.

Se subió al banco de un salto y escrutó la plaza, tratando de captar algún rastro de la mujer de la capa negra. Han no comprendió cuán terrible era el error que acababa de cometer hasta que se encontró con la cabeza vuelta hacia el otro extremo de la multitud..., y con Veratil devolviéndole la mirada.

La gigantesca criatura cuadrúpeda de brazos diminutos y enorme cabeza de la que brotaba un largo cuerno le estaba mirando fijamente, sus ojillos rojizos desorbitados por la sorpresa.

El corelliano no tuvo ninguna duda de que Veratil acababa de reconocerle como «Vykk Draygo», el hombre que había destruido la factoría de brillestim, robado el tesoro de Teroenza y causado la muerte de Zavval, el gran señor ylesiano de los hutts.

Y entonces los gemidos de placer se alteraron repentinamente alrededor de Han para convertirse en gritos de consternación y pérdida, porque la atención de Veratil había sido atraída hacia otro lugar y, como resultado, la Exultación se había interrumpido bruscamente.

Unos cuantos fieles empezaron a lanzar alaridos gimoteantes mientras que otros se retorcían y temblaban espasmódicamente..., pero también había algunos que estaban empezando a levantarse entre gritos de ira. Han agachó la cabeza y echó a correr hacia adelante, decidido a desaparecer entre la muchedumbre. Y entonces, justo delante de él, vio algo negro.

¡Bria!

Olvidándose de Veratil y del peligro que corría, Han se lanzó hacia adelante, chocando con aspirantes a peregrinos, tropezando con pies y apartando a codazos tanto a sus congéneres como a las otras criaturas inteligentes que formaban la multitud.

—¡Bria! —gritó—. ¡Detente!

Con un último y desesperado esfuerzo, Han logró salir de entre la multitud. La mujer había echado a correr, pero Han se movía como un bólido humano y consiguió alcanzarla en una docena de rápidas zancadas.

Estiró el brazo y consiguió agarrar un puñado de tela negra. Tiró de ella, obligando a detenerse a la mujer, y después la cogió por el codo y la hizo girar en redondo hasta dejarla de cara a él...

... para descubrir que la mujer ha la que había estado persiguiendo era una perfecta desconocida.

¿Cómo podía haberla confundido con Bria? Aquella mujer no era fea e incluso conservaba algunos rastros de una belleza pasada que ya estaba empezando a ajarse, pero lira... Bria era una de las mujeres más hermosas que Han había visto en toda su vida. Los cabellos de aquella mujer eran de un rubio oscuro, no dorados con cálidos matices rojizos.

Bria era alta. Aquella mujer era más bien baja.

Y en aquellos momentos estaba muy furiosa.

—¿Qué cree que está haciendo? —preguntó en básico—. ¡Déjeme en paz o llamaré a los de seguridad!

—Ah... Yo... Lo siento —farfulló Han, dando un paso hacia atrás mientras levantaba las manos en un gesto que intentó fuese lo menos amenazador posible—. La había confundido con otra persona. —Bueno, pues lo siento por ella —dijo la mujer en un tono lleno de petulancia—. Con ese aspecto, y esos modales... ¡Tipos como usted son paces de convertir en un infierno la vida de cualquier mujer!

—Eh, cálmese... —Han siguió retrocediendo, las manos levantadas lame del pecho—. Ya le he dicho que lo sentía, hermana. Me voy, ¿de acuerdo?

—Sí, creo que será mejor que se vaya —replicó secamente la mujer—. Me parece que ese sacerdote ya ha avisado a los agentes de seguridad.

Han miró por encima del hombro, masculló una maldición y echó — a correr, alejándose rápidamente de la multitud. Vio que Chewbacca le estaba esperando, y llamó al wookiee con un gesto de la mano.

Alargó todavía más sus zancadas, y una mirada hacia atrás le confirmó que estaba consiguiendo aumentar la ya considerable ventaja que le llevaba a sus perseguidores.

«He estado bebiendo demasiado —decidió mientras corría—. Sí, tiene que ser eso... A partir de ahora tendré más cuidado, ¿de acuerdo? Oh, sí, en el futuro tendré mucho más cuidado...»

—¿Y Han? ¿Logró escapar? —le preguntó Bria Tharen a su amiga cuando Lanah Malo entró en la habitación con la capa de Bria debajo del brazo.

Bria estaba sentada en la única silla diseñada para humanos de que disponía la diminuta y no muy limpia habitación que habían alquilado para su corta estancia en Devarón.

—Creo que sí —replicó Lanah Malo, lanzándole la capa a su amiga y agachándose para coger su bolsa de viaje y dejarla caer sobre la cama—. Cuando le vi por última vez, él y ese wookiee tan enorme que le acompañaba acababan de meterse en un deslizador del servicio público. Los agentes de seguridad todavía iban a pie, así que supongo que consiguió escapar.

—Bueno, a estas alturas probablemente ya habrá salido del planeta —murmuró Bria con una sombra de melancolía.

Se levantó, fue hasta la ventana y se quedó inmóvil delante de ella durante un momento, contemplando el cielo teñido de colores coralinos de Devarón. Sus ojos azul verdosos se fueron llenando de lágrimas. *Nunca pensé que volvería a verle. Nunca pensé que me dolería tanto...»

El dolor que sentía eclipsó por completo el triunfo que debería haber estado experimentando. Bria acababa de enfrentarse a la Exultación y había logrado resistir sus efectos con éxito. Después de años de luchar con su adicción, por fin podía estar segura de que era una mujer libre. Bria llevaba mucho tiempo esperando aquel día..., pero cualquier alegría que pudiera sentir se había esfumado ante la terrible pena que la invadió en cuanto vio a Han y supo que no podía estar a su lado.

—¿No podrías haber hablado con él? —preguntó Lanah, y sus palabras casi eran un eco de los pensamientos de Bria. Bria le dio la espalda a la ventana y contempló cómo su amiga y camarada de armas empezaba a ponerse su vieja y maltrecha chaqueta color caqui. Después Lanah guardó rápidamente sus últimas pertenencias personales en la pequeña bolsa de viaje—. ¿Qué hubiera habido de malo en ello? —preguntó, lanzándole una penetrante mirada llena de perplejidad.

Bria se estremeció y se envolvió los hombros con la capa. El sol ya había descendido hasta quedar por debajo del horizonte, y de repente hacía bastante frío.

—No —dijo por fin en voz muy baja—. No podía hablar con Han.

—¿Por qué? —preguntó Lanah—. ¿Es que no confías en él?

Moviéndose tan metódica y minuciosamente como un androide, Bria comprobó el nivel de carga del desintegrador que colgaba de su muslo. Bria siempre llevaba el arma con el cañón rozando la rodilla, tal como le había enseñado Han cinco años antes cuando habían sido socios, compañeros... y amantes.

—Sí —dijo pasados unos momentos—. Confío en él. Le confiaría cualquier cosa que pudiera llamar mía. Pero lo que estamos intentando conseguir... Eso está por encima de mí, Lanah, y nos pertenece a todos. En este momento una traición podría significar el fin de todo el movimiento. No podía correr ese riesgo.

Lanah asintió.

—Bien, pues el que Han Solo apareciera precisamente en ese momento trastornó todos nuestros planes —dijo—. ¿Quién sabe cuándo volveremos a tener una oportunidad de liquidar a Veratil? Supongo ahora volverá a Ylesia a toda prisa para contarle a Teroenza que ha a tu ex novio.

Bria asintió cansinamente mientras deslizaba las manos por entre cabellos. «A Han le encantaba hacer eso —pensó, sintiéndose invadido por una repentina oleada de recuerdos tan devastadoramente intensos como un puñetazo—. Oh, Han...»

Lanah Malo la contempló en silencio y en su mirada, perspicaz y escrutadora, había tanta simpatía como cinismo.

—Ya tendrás tiempo de desmoronarte más tarde, Bria. Ahora teneos que coger ese transporte para volver a Corellia. El comandante pera un informe completo. No hemos conseguido acabar con Veratil, pero por lo menos logramos establecer contacto con el grupo devaroniano. Bueno, parece que este viaje todavía habrá servido para algo después de todo...

—Te aseguro que no voy a desmoronarme —dijo Bria, enfundando su desintegrador sin mirarlo..., de la manera en que le había enseñado a hacerlo Han—. Lo que hubo entre Han y yo pertenece al pasado. Ya lo he superado.

—Oh, claro —asintió Lanah en un tono repentinamente más afable mientras las dos mujeres cogían sus bolsas de viaje y se dirigían hacia la puerta—. Desde luego, desde luego...

Capítulo 2

La ruta de los contrabandistas

Han Solo entró en la diminuta sala de control de la nave durosiana con una taza de té estimulante en las manos. Echó un vistazo a la pantalla, que mostraba las reconfortantes pautas de trazos estelares del hiperespacio, y después parpadeó y contempló con ojos soñolientos al enorme wookiee instalado en el asiento del copiloto.

—He dormido más de 10 que debía —dijo en tono acusador—. No me llamaste. Chewbacca emitió un breve comentario.

—Sí, bueno... Probablemente sea verdad que necesitaba descansar —admitió Han—. Pero tú eres el que acabó herido, ¿no? ¿Qué tal va el brazo?

El wookiee le aseguró que la herida estaba cicatrizando muy bien. El corelliano le echó un vistazo y asintió, y después se dejó caer en el asiento del piloto.

—Excelente. Si quieres que te sea sincero, amigo, fue una suene que ayer aparecieras en el momento en que lo hiciste... Esa barabel no se andaba con rodeos. Las cosas podrían haber llegado a ponerse bastante feas.

Chewie, siempre sincero, observó que las cosas habían llegado a ponerse bastante feas. Han se encogió de hombros.

—Tienes razón. Y eso me recuerda algo...

Se levantó, fue hasta la caja de herramientas que formaba parte del equipo estándar de todas las naves y volvió al asiento con un diminuto soplete láser y una microlima. Sacó el desintegrador de su pistolera, desprendió la mira del extremo del cañón aserrándola con mucho cuidado y después empezó a alisar las diminutas rugosidades del metal.

Chewbacca se preguntó en voz alta qué estaba haciendo Han.

—Me aseguro de que mi arma nunca volverá a quedarse atascada dentro de mi pistolera —le explicó el corelliano—. Cuando no pude desenfundar el desintegrador en esa taberna, pasé un par de segundos francamente horribles. Soy un buen tirador, así que perder la mira no afectará a mi puntería.

Chewie contempló en silencio a Han mientras éste trabajaba. El humano volvió a hablar pasados unos segundos.

—Sí, eso de no poder desenfundar fue un auténtico caso de mala suene... Si nos hubiéramos visto metidos en un tiroteo, creo que ninguno de los dos habría conseguido salir de allí con vida. Claro que supongo que podría haber sido peor, desde luego... Corrimos bastante más peligro en ese acto religioso ylesiano. Si los agentes de seguridad de Veratil hubieran logrado alcanzarnos... Créeme, amigo: esos danda Tils se toman muy en serio todo lo referente a la seguridad. Si nos hubieran capturado, ahora estaríamos chapoteando en un lago de estiércol de humbaba.

Chewie emitió un sonido interrogativo.

—Sí, supongo que te debo una explicación —dijo Han con un suspiro—. Verás, hace cosa de cinco años necesitaba adquirir experiencia en el pilotaje de naves de gran tonelaje porque albergaba la esperanza de poder entrar en la Academia Imperial. ¿Qué hice? Pues acepté el empleo de piloto que ofrecían los T'landa Tils de Ylesia. ¿Habías oído hablar de ese mundo?

Chewie dejó escapar un suave gemido gutural.

—Exacto, chico: la colonia de peregrinos... Pero en realidad no es exactamente una colonia, amigo. Ylesia no es más que una superestafa, una trampa de primera categoría. Los hutts controlan todo el lugar. Los peregrinos van allí con la esperanza de que así podrán alcanzar la unión con el Todo cósmico, o algo por el estilo, pero en cuanto llegan los esclavizan y los obligan a trabajar en las factorías de especia. La mayoría de esos pobres idiotas no aguantan mucho tiempo, claro... Cuando estuve en Ylesia los t'landa Tils tenían tres colonias, pero he oído decir que han continuado expandiéndose y que ahora ya tienen cinco o seis.

Chewbacca meneó la cabeza, visiblemente apenado.

Han torció el gesto mientras miraba a lo largo del cañón del desintegrador.

—Alguien tendría que ir allí y acabar con esos condenados sacerdotes, Chewie. He sido ladrón, estafador, contrabandista, jugador y unas cuantas cosas más de las que no me siento particularmente orgulloso, pero la esclavitud... Bueno, no la aguanto. Y tampoco aguanto a los que trafican con esclavos. Son la hez del universo, créeme. Si alguien me ofreciera aunque sólo fuese un crédito por ello, les llenaría la piel de agujeros...

Chewbacca, naturalmente, se apresuró a apoyar con vehemencia las opiniones de Han. El corelliano permitió que sus labios se curvaran en una sonrisa torcida mientras deslizaba el pulgar a lo largo del extremo del cañón, que había quedado impecablemente alisado. Una vez satisfecho, volvió a guardar el arma dentro de su pistolera.

—Bueno, bueno... Me parece que me había olvidado de con quién estaba hablando, ¿no? Pero de todas maneras, se trata de una historia muy larga. El resultado final fue que decidí largarme de allí, así que le robé un montón de objetos valiosos al Gran Sacerdote. Teroenza tenía una gran colección de obras de arte, armas adornadas con joyas y ese tipo de cosas... El único problema fue que Teroenza y Zavval, el hutt para el que trabajaba, aparecieron en un momento realmente muy inoportuno. Todo el mundo empezó a disparar, y Zavval murió.

Chewbacca emitió un nuevo sonido interrogativo.

Han suspiró.

—No, no le maté. Pero... Bien, supongo que se podría decir que yo tuve la culpa de que dejara de figurar en la nómina de los vivos.

Chewie comentó que, a juzgar por lo que sabía de los hutts, cuantos menos hubiera con vida mejor.

—Sí, ya lo he pensado en más de una ocasión —dijo Han—. Pero puede que acabemos trabajando para un hutt, así que será mejor que te guardes esas opiniones para ti. —Después tomó un sorbo de su té estimulante y contempló durante unos segundos el veloz discurrir de las pautas estelares, absorto en sus recuerdos—. Bueno, el caso es que logré huir. Pero preferiría que Veratil no me hubiera visto ayer. Tengo un mal presentimiento, Chewie... Los T'landa Tils pueden llegar a ser bastante desagradables cuando se lo proponen.

Chewie formuló una pregunta. Han bajó la mirada y carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Qué por qué volví a meterme entre la multitud y le di una oportunidad de verme a Veratil? Bueno, amigo... Verás, había una chica que...

El wookiee gruñó una frase bastante corta. Traducida al básico, habría sido algo así como «Oh, menuda sorpresa».

—Bueno, esa chica era... especial —dijo Han, sintiéndose más bien a la defensiva—. Se llamaba Bria Tharen y ayer, cuando estaba entre esa multitud, creí... —Se encogió de hombros, y sus ojos se ensombrecieron—. Creí haberla visto. Hubiera podido jurar que era ella, inmóvil entre los peregrinos. Hace cinco años fuimos... amigos. De hecho, llegamos a ser muy, muy amigos...

Chewbacca asintió. Sólo llevaba un mes con Han Solo, pero el wookiee ya sabía que, de manera casi invariable, las hembras humanas encontraban bastante atractivo al corelliano.

Han volvió a encogerse de hombros.

—Pero mis ojos me engañaron. Cuando por fin conseguí alcanzarla, resultó que no era Bria. Era realmente horri... —Han carraspeó y se interrumpió, sintiéndose un poco avergonzado de sí mismo—. Bien, el caso es que..., que me llevé una gran desilusión. Tenía la esperanza de que por fin había vuelto a encontrarla, ¿entiendes? —Tomó otro sorbo del té, que ya estaba empezando a enfriarse—. Anoche soñé con Bria —murmuró, casi como si hablara consigo mismo—. Yo llevaba mi uniforme, y ella me sonreía...

Chewbacca emitió un sonido curiosamente suave y lleno de simpatía, y Han alzó la mirada hacia el wookiee.

—Pero... Eh, Bria es parte del pasado. He de mirar hacia adelante. ¿Qué me dices de ti, amigo? ¿Tienes novia?

El wookiee titubeó, y Han sonrió maliciosamente.

—¿Hay alguien especial..., o alguien que te gustaría que llegara a ser especial?

Chewie empezó a jugar con el botón del control de estabilización.

—Eh, cuidado... No se te ocurra pulsarlo —dijo Han—. De acuerdo, no tienes por

qué contármelo. Pero... Oye, yo te he contado lo mío. Si vamos a ser socios, ¿no te parece que eso significa que deberíamos confiar el uno en el otro?

Su peludo compañero reflexionó durante unos momentos, como si estuviera dando vueltas a lo que acababa de oír. Finalmente asintió y empezó a hablar, despacio al principio y después con creciente seguridad. Al parecer había una joven wookiee llamada Mallatobuck a la que Chewie encontraba muy atractiva. Mallatobuck había visitado varias veces la «comunidad» arbórea de Kashyyyk en la que vivía Chewie para atender a los miembros más ancianos de ella, y le había ayudado a cuidar de su padre, Attichitcuk, un wookiee ya muy mayor y más bien irascible.

—Así que Mallatobuck te gusta —dijo Han—. ¿Y tú le gustas?

Chewbacca no estaba seguro. Nunca habían podido pasar mucho tiempo juntos a solas. Pero recordaba el cálido brillo que había visto en los ojos azules de Mallatobuck, y...

—¿Y cuánto tiempo ha transcurrido desde que la viste por última vez? —insistió Han.

Chewie reflexionó durante unos momentos y acabó gruñendo una réplica.

—¡Cincuenta años! —chilló Han.

Sabía que los wookies vivían mucho más tiempo que los humanos, pero aun así...

—Oye, amigo... —empezó a decir después de haber tomado otro sorbo de su té—. En fin, siento tener que decírtelo, pero... El caso es que a estas alturas Mallatobuck podría estar casada y tener seis wookitos. Creo que pedirle a una chica que te espere durante tanto tiempo es un poquito excesivo, ¿no?

Chewbacca admitió que tal vez debería volver a Kashyyyk y tratar de restablecer el contacto con Mallatobuck lo más pronto posible.

—¡Te diré lo que vamos a hacer! —exclamó Han—. En cuanto tengamos nuestra propia nave, comprada y pagada, Kashyyyk será nuestra primera parada. ¿Estás de acuerdo, Chewie?

El enorme wookiee respondió con un entusiástico rugido de asentimiento.

Han le miró, y de repente se encontró pensando que tener a alguien con quien hablar durante los viajes era realmente muy agradable. En cuanto habías saltado al hiperespacio, el viaje espacial podía llegar a volverse francamente muy aburrido.

—Vi que cuando subiste a bordo traías contigo un paquete —dijo, cambiando de tema—. ¿Qué has comprado?

Chewbacca fue a buscar su adquisición, volvió a instalarse en el asiento del copiloto y abrió el paquete. Dentro había un montón de segmentos de metal y madera de distintas longitudes, una especie de empuñadura y un resorte que, a juzgar por su aspecto, debía de ser muy potente.

Han, bastante perplejo, contempló el amasijo de piezas.

—¿Qué es? —preguntó.

El wookiee gruñó una lacónica réplica.

—Va a ser un arco de energía —repitió Han—. Bueno, pues te deseo buena suerte a la hora de montarlo... Ese resorte es tan grueso que ningún ser humano podría utilizar esta clase de arma.

Chewie se mostró de acuerdo con su opinión, y después cogió la caja de herramientas y empezó a montar su nuevo arco de energía.

—¿Eres buen tirador? —preguntó Han.

Chewbacca, muy modestamente, confesó que todos los integrantes de su comunidad consideraban que era un excelente tirador.

—Estupendo —dijo Han—. Nos dirigimos hacia Nar Shaddaa, así que tal vez tengamos que cubrirnos la espalda el uno al otro. Nar Shaddaa es una luna que orbita el planeta de los hutts, Nal Hutta. ¿Has oído hablar de Nal Hutta?

Chewie nunca había oído hablar de aquel planeta.

—Bueno, pues nunca he estado allí, pero a juzgar por lo que he oído decir, puede llegar a ser un sitio un poquito salvaje. Ni el Imperio se atreve a buscarle las cosquillas a Nar Shaddaa. Si tienes problemas con la ley, o si quieres hacer el tipo de negocios que las autoridades no ven con buenos ojos..., entonces vas a Nar Shaddaa. Es ese tipo de sitio, ¿entiendes?

Han empezó a inspeccionar los controles, asegurándose de que todo estaba en orden. Ya no tardaría mucho en salir del hiperespacio, y su punto de emergencia los dejaría bastante cerca de Nar Hekka. Chewbacca le contempló en silencio durante unos momentos con sus brillantes ojos azules, y después murmuró una pregunta.

Han alzó la mirada hacia él.

—Sí, intenté encontrar a Bria —admitió pasados unos instantes—. Al principio estaba furioso con ella porque me había abandonado, pero... Bien, el caso es que Bria también lo estaba pasando muy mal. Hace un par de años aproveché un permiso de la Academia para ir a ver a su padre, Renn Tharen. Me dijo que hacía un año que no tenía noticias de ella, y que no tenía ni idea de donde estaba. —Han suspiró—. Su padre me caía bien. El resto de su familia era insufrible, pero Renn me gustaba. Me ayudó cuando pasé por unos momentos muy difíciles. En cuanto me licencié de la Academia, le envié casi todo el sueldo de mis primeros seis meses de servicio porque quería devolverle una parte del dinero que me había prestado. Era un hombre...

La alarma hiperespacial de la nave empezó a sonar.

—Vamos a salir del hiperespacio —dijo Han, y sus manos iniciaron un veloz revoloteo sobre los controles—. Próxima parada, Nar Hekka. Tenemos que localizar a un gran señor de los hutts llamado Tagta, amigo.

Después de haber posado la nave durosiana en el espaciopuerto especificado por el alienígena, Han y Chewbacca recogieron sus escasas pertenencias personales y dejaron la nave en la pista, sin hacerse la más mínima ilusión de que siguiera allí

cuando regresaran. Luego subieron a un deslizador del sistema de tubos públicos que los llevaría hasta la ciudad en la que Tagta el Hutt había instalado su corte.

Han había estado en Nal Hutta y descubrió que era un mundo muy desagradable, un planeta húmedo, maloliente y viscoso cuyo aspecto general resultaba bastante parecido al de los mismos hutts. En consecuencia el corelliano se había preparado para soportar más de lo mismo en Nar Hekka, pero se llevó una agradable sorpresa. El planeta era un mundo bastante frío que orbitaba una estrella roja de escasa magnitud en los confines del sistema de Y'Toub, pero los créditos de los hutts y las colonias creadas por varias especies galácticas lo habían transformado en un auténtico prodigio tecnológico. Protegidos por enormes cúpulas-invernadero, los habitantes de Nar Hekka podían contemplar un cielo azul teñido por una tenue sombra de violeta. Aunque el planeta apenas poseía vida vegetal indígena, los colonizadores habían trasplantado vegetación procedente de muchos mundos y la habían cultivado con grandes atenciones. Había numerosos parques, jardines botánicos y bosquecillos. Miraran donde mirasen, Han y Chewie siempre se encontraban con arriates de plantas en plena floración que exhibían orgullosamente sus brotes y sus enormes y hermosas flores de distintos matices.

Una vez en la ciudad, Han y el corpulento wookie se dedicaron a pasear y disfrutaron de todo lo que había que ver en ella. Corrientes de convección artificiales producían suaves brisas que les acariciaban la cara. Han dijo que estar al aire libre en un día agradablemente templado suponía un cambio muy agradable después de haber pasado tanto tiempo encerrados en una diminuta nave espacial, y Chewbacca emitió un ronco gruñido gutural para indicar que estaba totalmente de acuerdo con él.

Pero el tiempo libre pareció agotarse demasiado deprisa, y no tardaron en encontrarse avanzando hacia un imponente edificio de piedra blanca que, según les habían dicho, albergaba el hogar y centro de negocios de Tagta el Hutt. Tagta trabajaba para Jiliac, pero aun así seguía siendo un gran señor hutt muy rico e importante por derecho propio.

Subieron por la rampa (las estructuras diseñadas por los hutts no utilizaban las escaleras, por razones obvias) y después se detuvieron delante de la gigantesca entrada, que era lo bastante grande para poder permitir el paso incluso de un descomunal hutt instalado encima de un trineo antigravitatorio. Una diminuta sullustana ejercía las funciones de ama de llaves y mayordomo. Sus gruesas mejillas temblaron levemente cuando Han se presentó y solicitó una audiencia con el noble Tagta.

La sullustana se fue, con el obvio propósito de averiguar si debía franquearles la entrada, y volvió unos minutos después.

—El noble Tagta les recibirá —dijo—. Me ha pedido que les pregunte si han comido. En estos momentos se encuentra disfrutando de su colación del mediodía.

Han tenía hambre, y sospechaba que Chewie también estaba hambriento, pero la idea de comer en compañía de un hutt no resultaba nada agradable. El olor corporal de los hutts era lo bastante potente para revolverle el estómago a un humano mínimamente sensible.

—Acabamos de comer —mintió Han—. Pero le agradecemos enormemente al noble Tagta el que haya tenido la amabilidad de invitarnos.

Unos minutos más tarde los dos contrabandistas, escoltados por tres guardias gamorreanos que llevaban librea, entraron en el comedor privado del hutt. Los imponentes techos abovedados de la gran estancia quedaban a tanta distancia del suelo que a Han le recordaron algunas catedrales que había visto. Un enorme ventanal que iba desde el suelo hasta el techo dejaba entrar la rojiza claridad solar, haciendo que las paredes blancas parecieran tenuemente rosadas. Su anfitrión estaba reclinado (la anatomía de los hutts no les permitía sentarse, después de todo) delante de una mesa, saboreando distintos «platos».

Han echó un rápido vistazo a las temblorosas y convulsas viandas que componían la colación del mediodía y se apresuró a desviar la mirada, pero no permitió que su repugnancia fuera visible mientras él y Chewbacca iban hacia el gran señor hutt.

Han había aprendido el huttés durante su estancia en Ylesia, y lo entendía bastante bien. Aun así, no podía hablarlo, dado que los matices más sutiles del significado de aquel lenguaje dependían de las vibraciones subarmónicas y la garganta humana no había sido construida para producir aquella clase de sonidos. Han se preguntó si él y el gran señor hutt necesitarían un androide traductor para poder conversar. Miró a su alrededor, pero no vio ninguno.

Tagta estaba recostado sobre un trineo antigravitatorio, pero Han tuvo la impresión de que el hutt podía desplazarse por sus propios medios si así lo deseaba. Sabía que algunos hutts llegaban a ser tan corpulentos que ya no podían moverse por sí solos, pero Tagta no parecía ni tan viejo ni tan gordo.

Aun así, y mientras contemplaba cómo el hutt seleccionaba delicadamente otra de las temblorosas criaturas prisioneras en un acuario de cristal lleno de un fluido viscoso y se la metía en la boca, Han pensó que Tagta probablemente conseguiría llegar a la fase «plenamente corpulenta» de la vida hutt. Hilillos de saliva verdosa se fueron acumulando en las comisuras de la boca de Tagta mientras hacía rodar la golosina viva de un lado a otro de su boca antes de acabar engulléndola.

Han se obligó a no desviar la mirada.

Finalmente, el hambre de Tagta pareció ir quedando saciada después de varios minutos más de glotonería. Tagta alzó la mirada hacia sus visitantes y empezó a hablar en huttés.

—¿Alguno de vosotros comprende la forma de comunicación hablada de los únicos seres realmente civilizados?

Sabiendo que Tagta se refería al huttés, Han se apresuró a asentir. —Sí, noble Tagta —dijo, hablando en básico—. La entiendo, pero no puedo hablarla correctamente.

El hutt agitó una manecita regordeta, y sus bulbosos ojos se abrieron y se cerraron varias veces en una obvia reacción de sorpresa.

—Entonces eso dice mucho en su favor, capitán Solo. Entiendo esa lengua primitiva a la que ustedes llaman básico, por lo que no necesitaremos la presencia de un intérprete para conversar. —Señaló al wookie—. ¿Y su compañero?

—Mi amigo y primer oficial no habla el lenguaje de vuestro nobilísimo pueblo, noble Tagta —replicó Han.

Tener que introducir unos cuantos halagos en cada frase no le hacía ninguna gracia, pero Han estaba decidido a hacer cuanto estuviese en sus manos para congraciarse con aquel hutt. Cuando tratabas con hutts, normalmente ésa era la mejor política..., y Han no había olvidado que quería que aquel hutt le hiciera un favor.

—Muy bien, capitán Solo —dijo Tagta—. ¿Ha traído mi nave, tal como se le contrató para que hiciera?

—Sí, excelencia, la he traído —replicó Han—. Está atracada en el muelle número treinta y ocho del Complejo del Puerto Estelar Q-7.

Nar Hekka podía presumir de tener un espaciopuerto realmente enorme, dado que era la encrucijada principal de todo el tráfico comercial que entraba y salía de los sistemas de los hutts.

—Excelente, capitán —dijo Tagta—. Se ha portado muy bien. —Movié una manecita en un gesto de despedida—. Tiene nuestro permiso para irse.

Han no se movió ni un milímetro.

—Eh... Noble Tagta, todavía se me debe la mitad de la paga acordada. Tagta se echó hacia atrás, levemente sorprendido.

—¿Cómo? ¿Ha venido aquí esperando recibir dinero de mí?

Han respiró hondo. Una parte de su ser sólo quería batirse en retirada y salir de allí a toda prisa, convencida de que ninguna suma de dinero podía llegar a ser lo bastante grande como para justificar el riesgo de hacer enfurecer a un líder de los hutts. Pero permaneció inmóvil, y se obligó a mantener una fachada de calma. Tenía el presentimiento de que estaba siendo sometido a alguna clase de prueba.

—Sí, excelencia. Se me prometió que recibiría la segunda mitad de la suma acordada en concepto de pago cuando consiguiera entregar la nave en Nar Hekka, después de haber logrado esquivar a cualquier navío imperial que pudiera sentir interés por la nave..., o por su cargamento. Se me dijo que su excelencia me entregaría la otra mitad de mi paga en cuanto me recibiera.

Tagta dejó escapar un resoplido de indignación.

—¿Cómo osas sugerir que puedo ser capaz de aceptar un acuerdo tan ridículo?

¡Márchate inmediatamente, humano!

Han estaba empezando a enfadarse. Cruzó los brazos delante del pecho, plantó firmemente los pies en el suelo y meneó la cabeza.

—Ni soñarlo, excelencia. Sé muy bien qué fue lo que se me prometió. Págueme lo que me debe.

—¿Te atreves a exigir que te pague?

—Cuando hay créditos de por medio, puedo atreverme a hacer muchas cosas —replicó Han imperturbablemente.

—¡Hrrrrmmmmppfff! —Tagta se había convertido en la viva imagen del desdén—. Ésta es tu última oportunidad, corelliano —advirtió—. ¡Vete ahora mismo o llamaré a mis guardias!

—¿Cree que Chewie y yo no podemos ocuparnos de un puñado de guardias? —replicó Han en el tono más despectivo de que fue capaz—. ¡Bueno, pues en ese caso me parece que se equivoca!

Tagta fulminó al corelliano con la mirada, pero no llamó a los guardias.

—Oiga, excelencia: ¿quiere que le diga a todos los pilotos con los que me tropiece que Tagta el Hutt se niega a pagar sus deudas? —añadió Han, curvando los labios en una sonrisa sarcástica—. Cuando haya acabado de hacer correr la voz, le costará mucho encontrar a alguien que esté dispuesto a trabajar para usted.

El gran señor hutt emitió una especie de rugido gutural que pareció surgir de las profundidades más recónditas de su pecho, un ‘¡Hrrrrmmmmmmppppppppfffffl’ tan terrible que Han sintió que se le secaba la boca en cuanto lo oyó. ¿Habría ido demasiado lejos?

Los segundos se fueron sucediendo unos a otros con una terrible —lentitud dentro de la cabeza de Han mientras esperaba, obligándose a permanecer inmóvil y en silencio.

Y de repente Tagta dejó escapar una risita, un sonido atronador pero inconfundible.

—¡Ah, sí, el capitán Solo es una criatura inteligente realmente valerosa! ¡Admiro el coraje! —Empezó a rebuscar entre el amasijo de objetos esparcidos por entre las viandas que se retorcían y temblaban, y le arrojó una pequeña bolsa a Han—. ¡Tome, capitán! Creo que la cantidad es correcta.

«¡Viejo bribón! —pensó Han, sin poder evitar sentir un poco de admiración por el hutt—. ¡Ha tenido preparado el dinero todo este tiempo! Me estaba poniendo a prueba, desde luego...»

La comprensión trajo consigo una oleada de confianza en sí mismo, y Han se inclinó ante el hutt.

—Os ruego que aceptéis nuestro agradecimiento, noble Tagta. Y deseo pedir os un favor, excelencia...

—¿Un favor? —exclamó el hutt con su voz de trueno mientras sus bulbosos ojos se abrían y se cerraban a toda velocidad—. ¡Ya veo que el capitán Solo es realmente osado! ¿En qué consiste ese favor?

—Eh... Excelencia, tengo entendido que conocéis al noble Jiliac.

Los gigantescos ojos de pupilas verticales volvieron a parpadear.

—Así es —dijo Tagta—. Hago negocios con Jiliac y pertenecemos al mismo clan ¿Y bien?

—Pues que he oído comentar que si eres buen piloto quizá podrías encontrar trabajo en Nar Shaddaa, y que el noble Jiliac posee o controla una gran parte de la Luna de los Contrabandistas. Soy un buen piloto, excelencia, de veras. Si os fuera posible... Bueno, os agradecería muchísimo que hablarais con el noble Jiliac, porque a mí y a Chewie nos encantaría trabajar para él.

—Ahhhhh... —El vozarrón del hutt hizo vibrar su enorme pecho—. Comprendo. ¿Y qué le diré al gran señor de mi clan? ¿Debo decirle que el capitán Solo es un humano tan descarado como lleno de codicia?

Han sonrió, sintiéndose repentinamente capaz de cualquier osadía. Estaba empezando a darse cuenta de que, aunque un tanto retorcido, no había duda de que los hutts poseían un cieno sentido del humor

—Si creéis que eso puede ayudar a que nos contrate, noble Tagta...

—Jo-Jo! —el líder hutt dejó escapar una retumbante carcajada—. Bien, capitán Solo, permítame que le diga que no existen muchos humanos que sean lo suficientemente inteligentes para considerar que esas cualidades son auténticas virtudes. Pero entre mi pueblo... Oh, sí: nosotros las consideramos como los atributos más preciados.

—Como usted diga, señor —murmuró Han, no muy seguro de qué debía replicar.

—¡Escriba! —tronó el líder hutt en huttés.

Un androide bípedo surgió de detrás de los cortinajes que ocultaban todo un extremo de la cavernosa estancia.

—¿Sí, vuestra impresionancia?

Tagta agitó una manecita delante del androide y le dio una orden en huttés hablando tan deprisa que Han apenas pudo entenderla, aunque le pareció que se trataba de algo sobre «sellos» y «mensajes».

El androide volvió a aparecer unos momentos después con un pequeño holocubo del tamaño de la palma. Después de habérselo entregado al hutt, el androide retrocedió respetuosamente. Tagta sostuvo el pequeño holocubo en su manecita, leyó rápidamente el mensaje que contenía y dejó escapar un gruñido de satisfacción. Después, y de manera totalmente deliberada, el hutt lamió una de las caras del cubo, dejando una mancha verdosa en ella.

Tagta siguió sosteniendo el cubo durante unos instantes más, y luego activó la

cara y una película transparente descendió por ella para tapar la mancha verdosa.

—Tome, capitán Solo —dijo el hutt, alargándole el holocubo a Han—. De esta manera el noble Jiliac sabrá que viene enviado por mí, y la verdad es que necesita buenos pilotos. Sírvale bien y será recompensado. Los hutts somos famosos por nuestra generosidad y por la compasiva munificencia con la que tratamos a las formas de vida inferiores que nos sirven fielmente.

Han aceptó el holocubo de manera más bien recelosa, pero la cara que había lamido Tagta ya no estaba mojada. Examinó la mancha verdosa, y enseguida comprendió que Jiliac podría llevar a cabo un análisis de sensores y verificar que el holocubo realmente procedía de su pariente. «Un truco muy astuto, aunque sea bastante repugnante», pensó.

Se inclinó ante el hutt y le dio un disimulado codazo a Chewbacca, quien también se inclinó.

—¡Gracias, excelencia!

Y después, manteniendo el holocubo firmemente sujeto entre sus dos, Han se apresuró a interponer la máxima distancia posible entre su persona y el gran señor hutt. Mientras descendían por la rampa que llevaba a la mansión del hutt, Han insistió en que debían repartirse los créditos ganados con el viaje.

—Es una precaución por si uno de nosotros se encuentra con algún ladrón —explicó para acallar las protestas de Chewbacca—. De esa manera, podemos estar seguros de que seguiremos disponiendo de dinero.

Una vez en la calle, Han sugirió que fueran a comer algo antes de volver al espaciopuerto para subir a la primera nave que pusiera rumbo a Nar Shaddaa. Han se detuvo delante del puesto callejero de un vendedor de flores, un humanoide muy flaco de orejas peludas y largos bigotes, y le preguntó si había algún buen restaurante por aquella zona. El alienígena le dijo que podían ir al Comedor del Navegante, que se encontraba a escasos bloques de distancia.

Ya estaban a medio camino del local, andando sin prisas y charlando despreocupadamente, cuando de repente Han se interrumpió a mitad de una frase y giró sobre sus talones, muy alarmado..., y sin ni siquiera estar seguro del porqué. Un instante después creyó distinguir por el rabillo del ojo a un humanoide de piel bastante pálida que tenía dos largas colas carnosas en vez de cabellos. El twi'lek estaba saliendo de un portal justo detrás de él, y empuñaba un desintegrador. Mientras Han se daba la vuelta, el twi'lek empezó a gritar.

—¡Quedaros quietos si no queréis que os mate! —aulló, hablando el básico de manera bastante inteligible aunque con un marcado acento.

Han supo de manera instintiva que si obedecía la orden de detenerse, acabaría muerto más tarde o más temprano. No titubeó ni una fracción de segundo. Lanzando un alarido ensordecedor, el corelliano saltó hacia un lado, chocó con el suelo, rodó

sobre sí mismo y se incorporó, una rodilla en tierra y el desintegrador en la mano.

El arma del twi'lek escupió un chorro de energía verde azulada. Han lo esquivó.

«¡Un haz aturdidor!»

Han apuntó y disparó, y el haz rojizo se esparció sobre la parte central del torso de su atacante. El twi'lek cayó al suelo, muerto o incapacitado. El corelliano se aseguró de que el alienígena tardaría un buen rato en levantarse, y después se volvió para ver qué había sido de Chewbacca. El wookiee estaba apoyado en un deslizador aparcado, y parecía un poco confuso. Han enseguida vio que el rayo aturdidor le había rozado. Fue corriendo hasta él, con el corazón latiendo a toda velocidad debido a la descarga de adrenalina.

—¿Te encuentras bien, amigo?

Con un gruñido ahogado, Chewbacca aseguró a su socio que pronto se recuperaría. Han alzó la mirada hacia el peludo rostro del wookiee y vio que sus ojos no estaban nublados, y que las pupilas no se hallaban dilatadas. Sólo entonces se permitió un largo suspiro de alivio. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que se estaba acostumbrando a la presencia del coloso peludo. Si le hubiera ocurrido algo a Chewie...

Han fue hasta el twi'lek y se arrodilló junto a él. Un vistazo a la enorme herida de desintegrador que había convertido el pecho del twi'lek en una masa de restos ennegrecidos bastó para asegurarle que la criatura estaba muerta. Han experimentó una fugaz punzada de remordimientos: ya había matado con anterioridad, pero no le gustaba tener que hacerlo.

Apretando los dientes, se obligó a registrar el cadáver del alienígena. Encontró una hoja vibratoria sujeta a la parte interior de una manga, y otra en la pantorrilla. En la parte interior de la otra muñeca el twi'lek llevaba un «vaciador de muñeca», un artilugio capaz de proyectar un diluvio de pequeñas y mortíferas hojas volantes sobre las partes vitales de un contrincante.

Debajo del cinturón y tapado por su chaqueta había un inductor de sueño, un arma de corto alcance pero de gran efectividad. El twi'lek hubiera podido limitarse a pegar el inductor de sueño a la espalda de Han, y luego sólo habría tenido que apretar el gatillo para enviar al corelliano al país de los sueños.

Han contempló el arma, sintiendo la boca repentinamente reseca y el cazador de recompensas. Estupendo... ¿Por qué no me sorprende? Esto debe de ser obra de Teroenza. Ha descubierto que estoy vivo quiere echarme el guante...

Han sabía que no se por sus instintos y la rapidez de sus reflejos, en aquel momento estaría inconsciente y se hallaría de camino a Ylesia para enfrentarse a una terrible venganza.

Oyó que Chewbacca emitía un sonido lleno de preocupación, y alzó la mirada para encontrarse con que el enfrentamiento había atraído a una pequeña multitud.

Dejando abandonado al twi'lek allí donde había caído, Han se incorporó, con el desintegrador todavía empuñado ostentadamente en su mano derecha. La multitud retrocedió, murmurando y hablando en voz baja. El corelliano empezó a avanzar de lado, moviéndose con la gracia de un bailarín y sin dar la espalda a la multitud ni un solo instante, hasta que él y Chewbacca quedaron el uno al lado del otro. Han sabía que alguien tenía que haber avisado al departamento de seguridad planetaria, pero también sabía que dado que el twi'lek era un cazador de recompensas, quedaba relativamente fuera del alcance de la ley planetaria. Se suponía que un cazador de recompensas era capaz de cuidar de sí mismo. Si su teórica presa se resistía... Bueno, mala suerte.

Moviéndose muy lentamente y paso a paso, Han y el wookiee fueron retrocediendo ante la multitud hasta que llegaron al callejón más cercano. Después, reaccionando como una sola entidad con una sola mente, saltaron hacia un lado y echaron a correr.

Nadie les siguió.

Teroenza, Gran Sacerdote y dueño y señor no oficial del tórrido mundo de Ylesia, un planeta que producía drogas y esclavos en cantidades impresionantes, estaba descansando en el asiento-hamaca de sus suntuosos aposentos mientras Ganar Tos, su mayordomo zisiano, masajeaba sus enormes hombros.

Los t'landa Tils eran criaturas gigantescas que casi alcanzaban la altura de un humano cuando se sostenían sobre sus cuatro patas, las cuales eran tan gruesas como troncos de árbol. Con sus cuerpos en forma de tonel, sus brazos minúsculos y sus descomunales cabezas, que recordaban un tanto a las de sus primos lejanos, los hutts —salvo por el enorme cuerno que sobresalía del centro de sus caras—, los dan-da Tils se consideraban a sí mismos como las criaturas inteligentes más irresistiblemente hermosas de la galaxia.

Teroenza alzó uno de sus diminutos antebrazos, tan pequeños que producían una curiosa impresión de delicadeza, y utilizó sus dedos para esparcir un aceite tonificante sobre su rugosa y dura piel. El Gran Sacerdote fue untando suavemente los alrededores de sus bulbosos ojos. El sol de Ylesia solía estar oculto por las nubes, pero su resplandor era lo suficientemente potente como para secar su piel a menos que cuidara de ella. Los frecuentes baños de barro ayudaban, al igual que aquella cara sustancia emoliente. Teroenza empezó a esparcir aceite sobre su cuerno mientras recordaba la última vez que había estado en Nal Hutta, su mundo natal. Había atraído a una compañera, una hembra llamada Tilenna, y los dos habían pasado horas juntos, frotándose el uno al otro con aceites.

El Gran Sacerdote suspiró. Los deberes y obligaciones que había contraído con su mundo natal y con el clan de los hutts al que servía su familia exigían muchos sacrificios. Uno de ellos derivaba del hecho de que en Ylesia sólo se necesitaran

sacerdotes Tlanda Tils para proporcionar la Exultación, por lo que no había ni una sola hembra de la especie en todo el planeta. No había compañeras, ni siquiera potenciales...

—Más fuerte, Ganar Tos —murmuró Teroenza en su lengua—. Últimamente he estado trabajando demasiado. Demasiado trabajo, demasiadas tensiones... He de aprender a relajarme y a tomarme las cosas con más calma.

Teroenza lanzó una mirada anhelante a la enorme puerta de sus aposentos detrás de la que estaba guardada su colección de tesoros. El Gran Sacerdote era un ávido coleccionista de lo raro, lo inusual y lo hermoso. Compraba y «adquiría» rarezas y objetos de arte procedentes de todos los rincones de la galaxia. Su colección era su único placer en aquel asfixiante y remoto planeta habitado básicamente por esclavos y criaturas inferiores.

El Gran Sacerdote había necesitado casi cuatro años para restaurar su colección después de que Vykk Draygo, aquella asquerosa y rastrera imitación de ser inteligente, hubiera saqueado la sala de los tesoros

Y se hubiera llevado muchas de las piezas más raras y valiosas. Hacía muy pocos días que se había enterado de que «Vykk Draygo» aún 'vía. Una rápida inspección de los registros de la Autoridad Portuaria deroniana le había revelado que el verdadero nombre de aquel canalla corelliano era Han Solo.

El recuerdo de la terrible noche en la que su colección había sido violada hizo que las manecitas de Teroenza se tensaran involuntariamente hasta convenirse en puños, y el irresistible anhelo de empalar a una víctima con su cuerno hizo que el Gran Sacerdote inclinara la cabeza. Los dedos de Ganar Tos se hundieron en masas de músculos repentinamente tensos, haciendo que el t'landa Til torciera el gesto y mascullara una maldición en su lengua natal. Han Solo había disparado desintegradores dentro de la sala del tesoro, causando daños irreparables a algunas de las piezas más soberbias de la colección de Teroenza. La fuente de jade blanco había sido reparada por el mejor escultor de la galaxia, pero aun así nunca volvería a ser la misma.

Teroenza se vio bruscamente apartado de sus recuerdos cuando la puerta de la entrada de sus aposentos se abrió y el ondulante cuerpo de Kibbick el Hutt cruzó el umbral. El joven hutt distaba mucho de ser

lo suficientemente viejo o corpulento para necesitar un trineo antigravitatorio: Kibbick podía desplazarse sin ningún problema por sus propios medios, impulsándose hacia adelante en una serie de rápidos deslizamientos mediante las contracciones de la robusta parte inferior de su cuerpo y los músculos de su cola.

Teroenza sabía que hubiera debido levantarse de su sillón-hamaca y saludar con deferencia a su amo, aunque éste prácticamente sólo lo fuera de nombre, pero no lo hizo. Kibbick era un hutt joven que apenas si había cumplido la edad en la que los

huta empezaban a ser considerados responsables de sí mismos, y el tener que pasar sus días en Ylesia suponía una pesada carga para él. Era sobrino de Zavval, el antiguo supervisor hutt de Teroenza que había muerto durante el robo del tesoro. El noble Aruk, hermano directo de Zavval y poderoso líder del clan hutt, era su tío.

De todas maneras, el Gran Sacerdote alzó una mano e inclinó la cabeza en un cortés saludo. No quería enemistarse con Kibbick, desde luego.

—Saludos, excelencia. ¿Qué tal os encontráis hoy?

El joven hutt siguió deslizándose hacia adelante hasta que se detuvo enfrente del Gran Sacerdote. Kibbick todavía era lo bastante joven para que su cuerpo fuera de un tono marrón claro uniforme, y su piel carecía de la pigmentación verdosa que los hutts de mayor edad solían adquirir sobre la columna vertebral y en la parte inferior de la cola debido a la inmovilidad. Dado que no estaba gordo, o por lo menos no para ser un hutt, los ojos de Kibbick no se hallaban escondidos entre pliegues de piel coriácea, sino que sobresalían ligeramente de su rostro, lo cual les daba un aspecto entre inquisitivo y desorbitado. Pero Teroenza tenía buenas razones para saber que la afable mirada llena de curiosidad de aquellos ojos enormes podía ser muy engañosa.

—Esas ranas de los árboles-nala que me prometiste... —empezó a decir Kibbick en huttés. Al carecer del enorme pecho de los hutts más ancianos, las palabras hicieron vibrar el aire pero no alcanzaron ninguna cualidad particularmente resonante—. ¡El envío no ha llegado, Teroenza! Y yo que ya estaba soñando con el plato de ranas arbóreas del que pensaba disfrutar durante la cena de esta noche... —Kibbick dejó escapar un suspiro teatral—. ¡Hay tan pocos placeres que anhelar en este horrible mundo! ¿Podrías ocuparte de ello, Teroenza?

El Gran Sacerdote se apresuró a agitar sus diminutas manos en un gesto tranquilizador.

—Por supuesto, excelencia. Tendréis vuestras ranas arbóreas, no temáis. No son un manjar que me guste especialmente, pero sé que a Zavval le encantaban. Hoy mismo enviaré un grupo de guardias para que capturen a unas cuantas.

Kibbick se relajó visiblemente.

—Eso está mucho mejor, Teroenza —dijo—. Oh, por cierto... Necesitaré una nueva esclava para el baño. La que tenía se lesionó la espalda cuando estaba levantando mi cola para untarla de aceite, y le he ordenado que volviera a las factorías. Sus gimoteos estaban empezando a ponerme los nervios de punta..., y tengo unos nervios muy delicados, como ya sabes.

—Lo sé, lo sé —dijo Teroenza en el tono más afable de que fue capaz mientras, por dentro, hacía rechinar sus placas morderas. «He de recordar que aunque siempre esté quejándose y molestando, por lo menos Kibbick me permite gozar de una completa autonomía. Si he de tener a un hutt supervisándome, entonces Kibbick es la elección ideal...». Me ocuparé de ello inmediatamente.

Teroenza sabía que era perfectamente capaz de dirigir todas las operaciones del tráfico de esclavos y la fabricación de especia ylesiana por sí solo y sin que ningún hutt tomara parte en ellas. Durante el año siguiente a la «lamentablemente prematura» muerte de Zavval a manos de Han Solo, aquello le había quedado muy claro. Pero la organización criminal del clan Besadii, el kajidic, estaba dirigida por un hutt muy viejo y poderoso llamado Aruk que se aferraba a las tradiciones. Si se quería que una empresa del clan Besadii prosperase, tenía que estar dirigida y supervisada por un hutt que hubiera nacido dentro del clan.

Como consecuencia de ello, Teroenza había tenido que cargar con

— Kibbick. El Gran Sacerdote reprimió un suspiro, sabiendo que revelar su impaciencia habría sido un acto altamente imprudente.

—¿Alguna cosa más, excelencia? —preguntó, obligándose a adoptar un comportamiento tan obsequioso que casi rozaba el servilismo.

Kibbick se sumió en hondas reflexiones durante unos instantes.

—Ah, sí, ahora que me acuerdo... Esta mañana he hablado con el tío Aruk, y me ha dicho que estuvo comprobando las cuentas de la semana pasada. Quería saber a qué viene esa recompensa de cinco mil créditos que has ofrecido por aquel humano llamado Han Solo.

Teroenza alzó sus delicadas manecitas y se las restregó.

—¡Informad al noble Aruk de que hace tan sólo unos días descubrí que Vykk Draygo, el asesino de Zavval, al que habíamos creído muerto durante los cinco últimos años, ha vuelto a aparecer! Su verdadero nombre es Han Solo, y fue expulsado de la Armada Imperial hace sólo dos meses. —Los protuberantes ojos de Teroenza se humedecieron repentinamente y parecieron arder con un brillo de nerviosa expectación—. Ofrecer una generosa recompensa y especificar que sólo será entregada si no hay desintegraciones, asegurará que ese monstruo asesino de hutts sea devuelto a Ylesia para que pueda pagar sus crímenes.

—Comprendo —dijo Kibbick—. Le explicaré todo eso a Aruk, pero no creo que esté de acuerdo con esa idea de pagar los créditos extra necesarios para una recompensa que excluya las desintegraciones. Da-das las circunstancias, realmente no es necesario... Una simple prueba de que se trata realmente del cuerpo de Solo, como por ejemplo un poco de material genético, bastaría y sobraría, ¿no?

Teroenza abandonó su sillón-hamaca con un movimiento tan torpe como espasmódico y empezó a ir y venir por sus suntuosos y enormes aposentos, hendiendo el aire con feroces latigazos de su cola.

—¡No entendedís la naturaleza del crimen cometido por Solo, excelencia! Ah, si por lo menos hubierais estado aquí y hubierais visto lo que Solo le hizo a vuestro tío... ¡La agonía de su muerte fue horrible! ¡Oh, sus gemidos! ¡Oh, sus espasmos de dolor! Y todo por culpa de ese insignificante y asqueroso humano...

El Gran Sacerdote hizo una profunda inspiración de aire y se dio cuenta de que estaba temblando de ira.

—Hay que dar un ejemplo..., ¡y tiene que ser un ejemplo que vaya a ser recordado hasta el fin de los tiempos por cualquier representante de una especie inferior que ose pensar en hacer daño a un hutt! ¡Han Solo debe morir, y ha de morir en la agonía más horrible y pidiendo compasión a gritos!

Teroenza se detuvo en el centro de su sala, jadeando de furia y con las manecitas convenidas en dos tensos puños.

—¡Preguntadle a Ganar Tos! —exclamó con repentino apasionamiento, sabiendo que se estaba poniendo en ridículo delante de Kibbick al dar aquel espectáculo, pero sintiéndose incapaz de contenerse—. ¡Pedidle que os hable de la audacia de Solo, de su arrogancia! Merece morir, ¿no?

El tono del Gran Sacerdote estaba llevando a cabo una veloz escalada hacia la histeria. El anciano mayordomo zisiano se inclinó humildemente, pero sus ojos también relucían en sus cuencas legañosas.

—Decís la verdad, mi amo y señor —murmuró—. Ese humano sólo merece la muerte, y su muerte ha de ser lo más prolongada y dolorosa posible. Han Solo ha hecho daño a muchos seres inteligentes, incluido yo mismo. ¡Me robó a mi compañera, a mi novia, a mi hermosa Bria! ¡Aguardo con impaciencia el día en que un cazador de recompensas lo traerá a rastras ante vuestra presencia, vivo y aguardando el peso de vuestro placer! ¡Bailaré de alegría mientras Han Solo grita!

Kibbick se había erguido, y estaba contemplando en silencio y con una cierta consternación la vehemente exhibición del Gran Sacerdote y su mayordomo.

—Ya... Comprendo... —dijo por fin—. Haré cuanto pueda para convencer al tío Aruk.

Teroenza asintió, y por una vez su gratitud no era fingida.

—Convencedle, os lo ruego —dijo en un susurro enronquecido por la emoción—. Llevo casi una década esforzándome por servir lo mejor posible al clan Besadii y a su kajidic. Vos conocéis demasiado bien las privaciones que supone vivir en este mundo, excelencia. Pido muy poco, pero Han Solo... ¡Han Solo ha de ser mío! Mis manos acabarán con su vida, y su agonía durará mucho, mucho tiempo.

Kibbick inclinó su enorme cabeza.

—Se lo explicaré a Aruk —prometió—. Han Solo será tuyo, Gran Sacerdote...

Capítulo 3

Nar Shaddaa

Antes de comprar dos billetes para Nar Shaddaa, Han fue a una sección del espaciopuerto de Nar Hekka que tenía bastante mala fama y durante unas horas estuvo muy ocupado borrando su rastro y el de Chewbacca. Unas cuantas conversaciones juiciosas mantenidas en un par de sucias tabernas le proporcionaron el nombre del mejor falsificador de documentos de identificación del planeta.

El falsificador resultó ser una tsyklena nativa de Tsyk, una criatura de cuerpo redondeado y carente de vello con una piel pálida de aspecto curiosamente tenso. La tsyklena estaba admirablemente dotada para la profesión que había elegido, ya que poseía unos ojos muy grandes que le proporcionaban una visión excepcional y siete dedos tan esbeltos y delicados que parecían tentáculos. ¡Con dos pulgares oponibles por mano, era capaz de manipular dos trazadores holográficos a la vez! Han contempló con fascinación cómo producía un documento de identificación que le convertía en Garris Kyll y otro que convertía a Chewbacca en Arrikabukk. Han no tenía ni idea de si Teroenza sabía algo sobre Chewie, pero no estaba dispuesto a correr ningún riesgo.

Con las identificaciones falsas en su poder, y sus reservas de créditos considerablemente disminuidas, los dos subieron al *Princesa Estelar* y despegaron con rumbo a Nar Shaddaa.

El viaje transcurrió sin ninguna clase de incidentes, aunque Han ,no consiguió abandonar su estado de hipervigilancia ni un solo instante. Volver a ser un hombre acosado era justo el tipo de problema al que no quería tener que enfrentarse en una fase tan temprana de su nueva carrera como contrabandista. El viaje duró un poco más de un día estándar, a pesar de que Nar Hekka se encontraba prácticamente rozando la periferia del sistema de Y'Toub, porque tenía que ser realizado a velocidades sublumínicas. El *Princesa* era un navío muy viejo, y su anticuado ordenador de navegación no era capaz de calcular los saltos hiperespaciales estando tan cerca de los pozos gravitatorios producidos por la estrella y los seis planetas de Y'Toub. Como sabían todos los pilotos, los pozos gravitatorios complicaban considerablemente el proceso de cálculo de los saltos hiperespaciales.

Aquella noche, dormido en su estrecha litera a bordo del transporte, Han soñó que volvía a ser un cadete, y que estaba nuevamente en la Academia de Carida. En su sueño, se apresuraba a acabar de lustrar sus botas y luego se incorporaba a la formación en el recinto de desfilas, con su uniforme impecable, cada cabello en su sitio y las botas tan relucientes que podía verse la cara en ellas.

Han permanecía inmóvil allí, codo a codo con los otros cadetes, tal como lo había

hecho en la vida real, alzando la mirada hacia el cielo nocturno para ver cómo la pequeña luna mascota de la Academia resplandecía entre las estrellas. Tenía los ojos levantados hacia ella, como había hecho una vez en la realidad, cuando de repente, en un silencio fantasmagórico, la luna estallaba y se convertía en una bola de fuego que iluminaba la negrura del cielo. Un tremendo grito de asombro y consternación surgió de las filas de cadetes. Han mantuvo los ojos clavados en la bola de fuego blanco amarillento, contemplando la expansión del anillo de gases incandescentes acompañado por los fragmentos de luna velozmente impulsados por delante de él. El cataclismo parecía una estrella en miniatura que acabara de hacer explosión.

Y mientras el cadete Han contemplaba la bola de fuego, con la repentina impredecibilidad de los sueños se encontró en otro lugar..., y enfrentándose a un tribunal militar de oficiales imperiales de alto rango. Uno de ellos, el almirante Ozzel, leía la sentencia con voz monocorde y desprovista de inflexiones mientras un joven teniente iba arrancando metódicamente hasta el último galón e insignia militar del uniforme de gala de Han, para acabar dejándolo envuelto en una guerrera medio desgarrada que colgaba de su cuerpo tan fláccidamente como un montón de harapos. Gélidamente inexpresivo, el joven teniente desenvainaba solemnemente el sable ceremonial de oficial de Han y lo partía encima de su rodilla (la hoja ya había sido debilitada previamente con un soplete láser para que pudiera ser rota sin ninguna dificultad).

Después el teniente, cuyo rostro seguía estando tan impasible como el de un androide (aunque Tedris Bjalín se había graduado un año antes que Han y los dos habían sido buenos amigos), le cruzaba el rostro de una bofetada sin inmutarse, asestándole un doloroso golpe cuidadosamente calculado para que expresara desdén e irrisión. Finalmente, como último gesto ritual de desprecio insuperable, Tedris escupía, y el glóbulo de su saliva caía sobre la boca de Han. El corelliano bajaba la mirada hacia la reluciente superficie y veía cómo la hebra de saliva de un blanco plateado se iba deslizando lentamente hacia la puntera, ensuciando el cuero resplandeciente de su bota derecha.

Cuando todo aquello ocurrió en la realidad, Han agradeció que Tedris no hubiera llegado a escupirle en la cara, cosa que hubiera tenido derecho a hacer si así lo hubiese elegido. El corelliano había soportado toda la ceremonia con el rostro inmóvil e inexpresivo, obligándose a no mostrar ninguna reacción, pero esta vez, en su sueño, había aullado una apasionada protesta —.¡NO!»—y se había lanzado sobre Tedris...

... para despertar en su litera, tembloroso y con el cuerpo cubierto de sudor.

Han se irguió y deslizó sus manos temblorosas por entre sus cabellos, diciéndose a sí mismo que sólo había sido un sueño, que la humillación ya había quedado atrás y que nunca más tendría que volver a pasar por aquello.

Nunca más...

Han suspiró. Se había esforzado tanto para poder entrar en la Academia, y había luchado tanto para poder seguir en ella... A pesar de los huecos de que adolecía su educación anterior a la Academia (y había muchos, desde luego), Han Solo había hecho cuanto estaba en sus manos para mejorar y para convenirse en el mejor cadete posible. Y lo había conseguido. El recuerdo del primer día hizo que los labios de Han se tensaran en una mueca llena de sombría desesperación. Se había graduado de la Academia con honores, y ése había sido uno de los mejores días de su vida.

Han meneó la cabeza. «Vivir en el pasado no te hará ningún bien, Solo...», se recordó a sí mismo. Todas aquellas personas —Tedris, el capitán Meis, el almirante Ozzel (¡y qué condenadamente estúpido era aquel viejo!)— y todos sus compañeros de rango habían salido de su vida para siempre. Para ellos Han Solo había muerto, y ya no existía. Nunca volvería a ver a Tedris.

Tragó saliva, y sintió un nudo de dolor en la garganta al hacerlo. Cuando entró en la Academia estaba tan lleno de sueños, de esperanzas de un futuro maravilloso y resplandeciente... Había querido dejar atrás su antigua vida de crímenes y convenirse en un hombre respetable. Han siempre había albergado el sueño secreto de que algún día llegaría a ser un oficial imperial, estimado y admirado por todos. Sabía que era inteligente, y se esforzó denodadamente para sacar buenas notas y llenar los vacíos que había en su educación. Se había permitido imaginarse que algún día vestiría el uniforme de los almirantes imperiales y que mandaría una flota o, si era transferido a un ala de cazas TIE y llegaba a mandarla, se había visto luciendo el uniforme de general.

«General Solo...» Han suspiró. Sonaba estupendamente, desde luego, pero ya iba siendo hora de que despertara y se enfrentara a la realidad. Su oportunidad de alcanzar la respetabilidad se había esfumado para siempre cuando se negó a permitir que Chewbacca fuera ejecutado a sangre fría. Aun así, Han no lamentaba su elección. Durante sus años en la Academia y en las fuerzas imperiales, había podido ver muy de cerca la crueldad y la dureza cada vez más salvaje de los oficiales imperiales y de muchos de quienes servían a sus órdenes.

Los no humanos eran su blanco favorito, pero últimamente el radio de acción de las atrocidades se había ido ampliando hasta incluir a los humanos. El Emperador parecía estar dejando de ser un dictador relativamente benigno para convenirse en un tirano implacable, decidido a aplastar los mundos que gobernaba hasta obtener una sumisión total y absoluta.

Y de todas maneras, Han dudaba de que hubiera podido aguantar mucho tiempo más en la Armada Imperial. En un momento u otro algún oficial le habría ordenado que tomara parte en una de las «demostraciones» cuidadosamente calculadas para obtener la sumisión de un mundo excesivamente independiente mediante el terror, y

entonces Han le habría dicho dónde podía meterse sus órdenes. Sabía que nunca habría sido capaz de tomar parte en las masacres ordenadas por el Imperio de las que había oído hablar..., como la que había tenido lugar en Devarón, que terminó con la ejecución implacable de más de setecientos rebeldes.

Han podía matar, y lo había hecho sin vacilar un solo instante, cuando se enfrentaba a oponentes armados. Pero ¿disparar contra prisioneros desarmados? Han meneó la cabeza. No, eso nunca. Prefería llevar una existencia de civil, siendo un contrabandista o un ladrón.

Empezó a vestirse: primero los pantalones azul oscuro de estilo militar, con la roja franja de sangre corelliana a lo largo de las costuras exteriores. Cuando fue expulsado de la Armada Imperial, Han esperó verse privado de la franja de sangre, tal como habían hecho con el resto de sus insignias y galones, pero no se la quitaron. Han supuso que eso se debía a que la franja de sangre no era una recompensa imperial. Se adquiría a través del servicio militar en circunstancias muy especiales, y conmemoraba un acto de heroísmo inusual, pero era concedida por el gobierno corelliano a un corelliano.

«Oh, sí, no cabe duda de que aquellos fueron días realmente difíciles...», pensó Han mientras recordaba cómo había ganado la condecoración. Su pulgar derecho acarició la franja de sangre mientras se ponía la bota derecha. La franja de sangre había sido diseñada de tal manera que podía ser separada y vuelta a colocar en cada nuevo par de pantalones. Han había descubierto que normalmente quienes no habían nacido en Corellia no tenían ni idea del gran honor que suponía el que te la concedieran, y sabía que muchos pensaban que era un simple adorno.

Eso no le importaba en lo más mínimo, naturalmente. Han llevaba la franja porque era el único símbolo militar que le quedaba, pero nunca hablaba de cómo y dónde se había ganado aquel honor.

Había cosas en las que era mejor no pensar.

Acabó de vestirse, poniéndose una camisa color gris claro y un chaleco de un gris un poco más oscuro. Tenía que darse prisa, porque sabía que ya se estarían aproximando a Nar Shaddaa.

Con su pequeña mochila de viaje colgando del hombro, Han salió al pasillo y echó a andar hacia la sala de observación. Aquella nave transportaba tanto pasajeros como carga, por lo que disponía de pocas comodidades, pero al menos contaba con un ventanal de grandes dimensiones. Contemplar las estrellas era algo que entretenía y relajaba a la inmensa mayoría de seres inteligentes, y prácticamente todas las naves de transporte estaban equipadas con una sala de observación.

Cuando entró en la sala, Han se encontró con que Chewbacca ya estaba allí, contemplando las estrellas. Fue hasta el ventanal, se colocó al lado del wookiee y se dedicó a observar su destino.

Estaban avanzando a gran velocidad hacia un planeta bastante más grande que Corellia en el que se distinguían desiertos marrones, vegetación de un verde pálido y océanos color azul pizarra. Han lo reconoció de inmediato. Ya había estado allí cinco años antes, y le dio un codazo a Chewie.

—Nal Hutta —le dijo a su compañero—. Significa algo así como «joya magnífica* en huttés, pero... Bueno, amigo, puedo asegurarte que no tiene nada de bonito. Hay montones de pantanos y ciénagas, y todo el lugar apesta igual que una alcantarilla situada en el centro de un vertedero de basura.

El recuerdo hizo que el corelliano arrugara la nariz.

Mientras los dos compañeros contemplaban el mundo natal de los hutts, el Princesa Estelar lo dejó atrás y empezó a utilizar la gravedad del planeta para ir reduciendo su velocidad. Chewie gimió una pregunta.

—No, nunca he estado en Nar Shaddaa —replicó Han—. Cuando estuve aquí hace cinco años, ni siquiera tuve ocasión de echarle un vistazo. —Ya podían ver el contorno de la gran luna, que empezaba a asomar por encima del horizonte. Chewie emitió un sonido interrogativo—. Sí, amigo. El planeta y su luna se mueven dentro de una conexión de mareas, por lo que siempre mantienen los mismos hemisferios vueltos el uno hacia el otro —le explicó Han—. Es lo que se conoce como órbita sincrónica.

Mientras el Princesa se deslizaba alrededor del enorme planeta, Han vio que al otro lado de éste el espaciase hallaba salpicado de restos que flotaban a la deriva. Cuando estuvieron un poco más cerca, los restos resultaron ser naves espaciales abandonadas de todas las formas y tamaños imaginables. El adiestramiento imperial de Han le permitió identificar a muchas de ellas, pero había algunas que no había visto jamás.

La Luna de los Contrabandistas era una luna realmente enorme, una de las más grandes que Han hubiera visto nunca. Estaba rodeada por las naves espaciales abandonadas, y éstas eran lo suficientemente numerosas para que el Princesa tuviera que alterar su curso varias veces a fin de evitarlas. Muchas de ellas eran simples masas de metal ennegrecido, o cascarones vacíos en cuyos cascos había grandes agujeros.

A Han le bastó ver el gran número de cicatrices espaciales que había en los flancos de aquellas naves para comprender que muchas de ellas llevaban allí décadas, e incluso siglos. El corelliano se preguntó por qué había tantas, pero un instante después percibió el tenue destello de la luz planetaria reflejado en un campo efímero que envolvía la luna hacia la que se dirigían..., y una fracción de segundo después un fragmento de chatarra espacial estalló en una cegadora erupción de llamas.

—Eh, Chewie... Eso explica la presencia de todos estos restos —dijo Han, señalando con un dedo—. ¿Ves esos destellos que envuelven a Nar Shaddaa? La luna

está protegida por un escudo. Todas estas naves vinieron a hacerles una visita, y si no querían dejar que descendieran, lo único que tuvieron que hacer fue negarse a bajar los escudos y luego utilizaron cañones fónicos para hacerlas pedazos. Supongo que deben de tener bastantes problemas con los piratas y los incursores, ¿no?

Chewbacca emitió un zumbido ahogado que sonaba algo así como «Hrrrrnnnnn» y que quería decir «Desde luego».

El tenue resplandor causado por el escudo de la luna hacía que resultara bastante difícil distinguir los detalles del destino al que se estaban aproximando, pero aun así Han pudo ver que la superficie de Nar Shaddaa se hallaba casi totalmente recubierta de estructuras. Pináculos de comunicaciones que parecían enormes pinchos brotaban del amasijo de edificios. «Es como una versión pobre de Coruscan, pensó Han, acordándose del planeta que era una sola y gigantesca ciudad, aquel mundo tan recubierto por capa sobre capa de edificios que el paisaje natural quedaba prácticamente oculto salvo en las zonas de los polos.

Mientras contemplaba la legendaria Luna de los Contrabandistas, Han se encontró acordándose nuevamente de su sueño. En aquel sueño había alzado la mirada hacia otra luna muy distinta. Frunció el ceño. Qué extraño... Toda la parte del sueño que hacía referencia a la luna mascota había ocurrido en la realidad. Han estaba formado en el recinto con los otros cadetes y había contemplado cómo la pequeña luna era engullida por una violenta explosión en el cielo nocturno de Carida.

Quizá su subconsciente le había enviado aquel sueño para recordarle algo muy importante que había olvidado. Han se subió un poco más la mochila.

—Mako... —murmuró.

Chewbacca le lanzó una mirada interrogativa, y Han se encogió de hombros.

—Oh, sólo estaba pensando que quizá deberíamos tratar de localizar a Mako.

Chewie ladeó la cabeza y ronroneó una pregunta.

—Mako Spince... Le conocí cuando Mako era cadete de primera. Hace años que nos conocemos —le explicó Han.

Mako Spince era un viejo amigo y, según las últimas noticias que Han había tenido de él, Mako tenía ciertas conexiones con Nar Shaddaa. De hecho, se decía que incluso pasaba temporadas allí. Tratar de encontrar a Mako y averiguar si podía ayudar a su viejo amigo Han a encontrar trabajo no les haría ningún daño, desde luego.

Mako Spince tenía diez años más que Han, y sus infancias no habían podido ser más opuestas. Han fue un niño de las calles hasta que el cruel y sádico Garris Alcaudón lo sacó de ellas y lo empujó a una vida de crímenes. Mako, en cambio, era hijo de un importante senador imperial. Había crecido disfrutando de todas las ventajas..., pero carecía de la decisión de Han. Durante su estancia en la Academia Imperial, Mako sólo había estado interesado en divertirse.

Mako era cadete de primera, y se encontraba dos años por delante de Han. Sus pasados no podían ser más diferentes, pero eso no había impedido que llegaran a ser buenos amigos: pilotaron deslizadores, celebraron salvajes fiestas clandestinas y le gastaron bromas pesadas a los instructores más rígidos. Mako siempre era el instigador de sus travesuras. Han había sido el cauteloso, porque nunca olvidaba lo mucho que le había costado entrar en la Academia. El más joven de los dos cadetes se aseguraba de que nunca le pillaran, pero Mako, confiando en que las relaciones de su padre le protegerían, se había atrevido a todo y a cualquier cosa en su persecución de la broma perfecta y la escapada más audaz.

Destruir la luna mascota de la Academia había sido la más grande —y la última— de sus travesuras como cadete imperial.

Por aquel entonces Han había sabido que Mako andaba tramando algo, y que se trataba de algo serio. Maleo había intentado convencerle de que le acompañara durante su incursión en el laboratorio de física. Pero Han tenía que estudiar para un examen, por lo que se había negado a ir con él. Si hubiera sabido qué estaba planeando hacer Mako, habría tratado de convencer a su amigo de que lo olvidara.

Aquella noche, mientras Han calculaba órbitas y trabajaba en la exposición de «Economía del movimiento hiperespacial de tropas» que debía presentar, Mako entró en el laboratorio de física del profesor Cal-Meg. Robó un gramo de antimateria, después cogió una pequeña lanzadera monoplaça y un traje espacial del hangar de lanzaderas de la Academia y despegó.

Mako se posó en el pequeño planetóide que era el más cercano de los tres satélites de Carida y colocó la cápsula de antimateria en el centro del enorme Sello de la Academia que había sido esculpido con sopletes láser en el satélite hacía décadas, cuando Carida todavía era un planeta de entrenamiento para las tropas de la desaparecida República. Después despegó, y en cuanto estuvo lo suficientemente lejos para no correr peligro provocó la explosión de la antimateria desde el espacio, con la intención de hacer que el sello saliera despedido de la superficie de la pequeña luna.

Pero Mako subestimó el poder de la antimateria que había robado. Todo el satélite estalló en una exhibición cataclísmica que Han y los otros cadetes presenciaron desde la superficie del planeta.

Mako se convirtió inmediatamente en uno de los principales sospechosos. Había gastado tantas bromas pesadas y había creado tantos problemas que los altos oficiales empezaron a investigar sus movimientos casi antes de que los restos del satélite hecho añicos se hubiesen precipitado al planeta o hubieran sido alineados por la deriva espacial, formando una aproximación de anillo alrededor de Carida.

Han también era sospechoso, pero afortunadamente para él un amigo había ido a verle para que le echara una mano con la astrofísica en el mismo instante en queda

antimateria había sido robada del laboratorio. Como consecuencia, Han disponía de una coartada indestructible.

Pero Mako no tenía ninguna coartada.

Durante el juicio, la acusación sostuvo que Mako era un terrorista que se había infiltrado en la Academia. Han se ofreció a declarar bajo los efectos de las drogas de la verdad para exculpar a su amigo de aquella acusación, y tuvieron que aceptar su palabra de que Mako había actuado en solitario y que sólo tenía intención de gastar otra de sus bromas de dudoso gusto. Gracias a ello, Mako acabó siendo declarado inocente de la acusación de terrorismo. Al final, se limitaron a expulsar al cadete.

El padre de Mako intervino por última vez y le dio los créditos necesarios para que pudiera abrirse paso en el mundo de los negocios. El senador no sospechaba que su hijo se gastaría aquel dinero en una nave, y en contrabando con el que llenar su bodega de carga. Después Mako había desaparecido, pero Han sabía que Mako Spince no era la clase de hombre que se conforma con esfumarse discretamente. No, Mako nunca haría eso. Allí donde hubiera emociones y créditos que ganar, allí podrías encontrar a Mako Spince.

Y Han estaba casi seguro de que en Nar Shaddaa habría alguien que sabría dónde se encontraba su amigo.

Siguió contemplando la gran luna mientras el Princesa se iba aproximando cada vez más a ella. Nar Shaddaa tenía casi una tercera parte del tamaño de Nal Hutta, por lo que sus dimensiones podían compararse perfectamente con las de un planeta pequeño. El escudo hacía que resultara difícil distinguir los detalles, pero aun así Han pudo ver el parpadeo de muchas luces.

Mientras el Princesa se aproximaba a la Luna de los Contrabandistas, una sección de la neblina luminosa que indicaba la presencia del escudo desapareció de repente, y Han supo que habían bajado el escudo para dejar pasar la nave. El transporte dejó atrás el escudo, y unos instantes después entraron en la atmósfera.

Han por fin pudo ver el origen de aquellas luces parpadeantes: eran gigantescos carteles holográficos que anunciaban artículos y servicios. Cuando estuvieron un poco más cerca, pudo leer uno de ellos: «Para todas las especies inteligentes de la galaxia: ¡Venid aquí! ¡Todo está permitido! Si dispones de los créditos necesarios, nosotros tenemos lo que quieres... o a quien quieras.»

«No cabe duda de que es un sitio con mucha clase», pensó Han sarcásticamente. Ya había visto letreros que anunciaban casas del placer con anterioridad, pero nunca uno tan descarado como aquél.

Mientras el Princesa «bajaba» hacia una gran explanada situada en la cima de una gigantesca masa de permacreto, Han comprendió que aquélla debía de ser la pista de descenso que les habían asignado. Miró a su alrededor en busca de un asiento provisto de arneses de seguridad en el que instalarse durante la toma de contacto,

pero enseguida vio que los otros pasajeros no parecían compartir su preocupación y se limitaban a agarrarse a las asas distribuidas por el interior del casco. Han se encogió de hombros y miró a Chewbacca, y los dos compañeros imitaron al resto del pasaje. El corelliano descubrió que resultaba mucho más difícil soportar un descenso complicado siendo pasajero que cuando estabas sentado en el sillón de pilotaje. Cuando pilotabas la nave, estabas demasiado ocupado para pensar en los posibles peligros.

Un instante después hubo una ligera sacudida, y el Princesa se posó en la pista

Han y Chewbacca siguieron a los otros pasajeros hacia la escotilla, y se encontraron con una larga cola que esperaba para poder desembarcar. Han no pudo evitar fijarse en que el resto del pasaje tenía un aspecto bastante endurecido e inquietante. La mayoría eran machos llenos de cicatrices y curtidos por el espacio, con unas cuantas hembras de aspecto todavía más duro y temible. Había representantes de muchas especies inteligentes de la galaxia, pero no había familias, y nadie era muy viejo.

«Esa barabel encajaría perfectamente entre ellos», pensó, siendo repentinamente consciente del peso tranquilizador del desintegrador suspendido sobre su muslo.

La puerta de la escotilla se hizo a un lado y los pasajeros empezaron a desfilar por la rampa para bajar a la pista de descenso. Han aspiró una profunda bocanada de la atmósfera local y después arrugó la nariz en una mueca de repugnancia. Chewie dejó escapar un suave gemido junto a él.

—Ya sé que apesta —dijo Han, hablando por una comisura de los labios—. Ve acostumbrándote a este olor, amigo. Creo que vamos a pasar bastante tiempo en este sitio.

El suspiro de Chewbacca fue de lo más elocuente, y no necesitaba ninguna traducción.

Han no quería parecer el típico recién llegado, por lo que hizo cuanto pudo para no volver la cabeza de un lado a otro mientras bajaban por la rampa. Finalmente, pudo echar un buen vistazo a lo que le rodeaba.

A primera vista, Nar Shaddaa le recordó a Coruscant porque no había ni un metro de terreno desnudo visible. Sólo había edificios, torres, pináculos, pasarelas para peatones y pistas de descenso para lanzaderas, y todo ello se fundía en un interminable panorama de construcciones creadas por los seres inteligentes. El resultado final era que Nar Shaddaa parecía un bosque de permacreto salpicado de letreros holográficos repletos de colores chillones.

Pero mientras él y Chewie atravesaban lentamente la pista de descenso, Han no tardó en darse cuenta de que aunque se hallaban en los niveles superiores de la luna, aquel lugar era muy distinto de los niveles superiores del Centro Imperial, como era conocido oficialmente Coruscant desde hacía algún tiempo.

Los niveles superiores de Coruscant eran prodigios de esbelta y elegante arquitectura delicadamente iluminados e impecablemente limpios. Coruscant no empezaba a adquirir un aspecto sucio y mísero hasta que habías recorrido una buena distancia hacia abajo y te encontrabas a centenares de niveles de profundidad.

El nivel superior de Nar Shaddaa era prácticamente idéntico a los niveles inferiores de Coruscant. «Si esto es un nivel superior —pensó Han mientras tenía un fugaz atisbo del vertiginoso vacío de un desfiladero artificial delimitado por dos gigantescos edificios recubiertos de pintadas—, no quiero ni pensar en cómo serán los niveles inferiores de ahí abajo...»

Han había estado en los niveles más profundos de Coruscant. Sólo había estado allí una vez, y no quería tener que volver a pasar por aquella experiencia.

Mientras lanzaba miradas disimuladas al paisaje urbano de Nar Shaddaa, Han hizo una anotación mental para recordarse que NUNCA debía visitar los niveles inferiores de la Luna de los Contrabandistas.

El cielo que se extendía sobre sus cabezas tenía un color bastante extraño, como si estuvieran contemplando un cielo de color azul normal a través de un filtro marrón oscuro. Nal Hutta flotaba en el espacio, tan enorme e hinchado como las criaturas inteligentes con aspecto de orugas que lo llamaban hogar. El planeta ocupaba un mínimo de diez grados del cielo, y Han comprendió que Nar Shaddaa debía de tener dos noches. Una de ellas sería la noche larga normal, cuando un lado de la luna quedaba alejado del sol. La segunda «noche», relativamente corta, llegaría cuando el sol quedara eclipsado por la gigantesca masa de Nal Hutta. Han hizo unos cuantos cálculos aproximados y acabó decidiendo que en total el período de oscuridad causado por el eclipsamiento duraría unas dos horas.

Chewie gimió y gruñó.

—Tienes razón, amigo —dijo Han—. En Coruscan por lo menos plantaban árboles y arbustos ornamentales. Me parece que en este montón de chatarra no podrías hacer crecer nada: ni siquiera un hongo lubelliano sería capaz de sobrevivir entre tanto metal...

Fueron hacia la rampa que unía el suelo con la pista de descenso. La rampa daba vueltas y más vueltas, y no estaba muy bien iluminada. Aunque habían descendido durante el día, las gigantescas estructuras y pináculos que flanqueaban el edificio en cuyo tejado estaba instalada la pista de descenso fueron impidiendo el paso a la mayor parte de la claridad solar a medida que bajaban. La rampa no tardó en oscurecerse y llenarse de sombras. Los otros viajeros ya habían desaparecido hacía un buen rato, y Han y Chewie se habían quedado solos en el silencio lleno de ecos del recinto delimitado por la rampa, sus altos muros y su techo. Células luminosas de escasa potencia proporcionaban una débil iluminación. Han procuraba mantener la espalda vuelta hacia la pared, mientras pensaba con creciente inquietud que aquella

rampa sería un lugar realmente bueno para una emboscada.

Su mano descendió hacia la culata de su desintegrador...

¡... en el mismo instante en que el haz de energía verdeazulada de un disparo aturdidor surgía de la nada!

Los reflejos de Han siempre habían sido rápidos, y semanas de vivir como un hombre acosado los habían agudizado al máximo. Antes de que el haz de energía chocara con la pared, Han ya se había apartado de su trayectoria lanzándose al suelo. Rodó sobre el permacreto, moviéndose hacia un lado y hacia abajo. Cuando se incorporó, el desintegrador ya estaba listo para hacer fuego en su mano.

Han captó un fugaz atisbo de su atacante, un robusto humanoide con montones de pelo en la cara. Probablemente fuera un bothano, y Han estaba casi seguro de que era un cazador de recompensas. El corelliano disparó pero falló, y el haz de energía de su desintegrador abrió un agujero en el muro de permacreto. Han se agazapó junto al muro de enfrente, esperando ver reaparecer al cazador de recompensas.

Chewbacca aulló. Han volvió la cabeza hacia su compañero, que estaba al otro extremo de la rampa y también se había pegado a la curvatura de la pared, y vio que el wookiee no corría peligro por el momento. El corelliano agitó la mano en un apremiante signo de «¡No te muevas!». Chewbacca le fulminó con la mirada, y alzó enfáticamente su arco de energía.

«¿Qué está intentando decirme?», se preguntó Han. Chewie rugió, y a quien no entendiera la lengua de los wookies el sonido que produjo le habría parecido un simple aullido de rabia. Pero Han le entendió. Dirigió un asentimiento de cabeza a Chewie y después se lanzó rampa abajo, disparando a ciegas mientras descendía. Dos disparos se esparcieron sobre la pared entre crujidos y silbidos, y pequeños fragmentos de permacreto volaron por los aires.

El haz aturdidor volvió a pasar sobre él con un estridente chillido, y Han respiró hondo y después lanzó un grito de angustia, se dobló sobre sí mismo y dejó caer su desintegrador.

Chocó con el permacreto y se quedó inmóvil, como si estuviera inconsciente. «Espero que esto dé resultado, porque si no...»

Unos pasos rápidos y decididos se fueron aproximando a él...

... y una fracción de segundo después se oyó el tañido casi musical que producía un arco de energía al ser disparado. Luego hubo una potente explosión, a la que siguió un grito que se interrumpió casi al instante.

Han rodó sobre sí mismo y se levantó de un salto, con el tiempo justo de ver cómo su atacante caía de rodillas con la angustia grabada en cada rasgo de su peludo rostro. Era un bothano, desde luego. Sus manos se tensaban sobre un agujero humeante en su pecho.

Mientras Han le contemplaba, el bothano cayó de bruces. Se debatió, gorgojeó, se

convulsionó por última vez y acabó quedando inmóvil.

Han fue hasta el cadáver del bothano y usó la puntera de su bota para darle la vuelta hasta dejarlo acostado sobre la espalda. Las peludas facciones se habían aflojado para adquirir la flácida inmovilidad de la muerte. Han contempló la herida.

—No se parece en nada a la que dejaría un disparo de desintegrador —murmuró—. Me imagino que no puede haber muchos wookies en Nar Shaddaa, así que creo que deberíamos disfrazar la manera en que murió este tipo.

Desenfundó su desintegrador, apuntó, volvió la cabeza y lanzó una descarga a máxima potencia contra el pecho del bothano. Cuando Han volvió nuevamente la cabeza hacia el cadáver, el bothano ya apenas si tenía pecho, y todas las señales dejadas por la peculiar arma de Chewie habían quedado borradas.

Han registró al cazador de recompensas, encontrando unos cuantos créditos en sus bolsillos y una hoja de plastipapel con el encabezamiento de SE BUSCA que contenía la descripción de un humano llamado «Han Solo» más la información de que se creía que se dirigía a Nar Shaddaa. La recompensa ofrecida por la captura de Han era de siete mil quinientos créditos, pero excluía las desintegraciones y sólo se cobraría si la presa era capturada con vida.

Han acabó de leer la hoja y se la metió en el bolsillo.

—Bueno, Chewie, parece que las cosas se van a poner realmente emocionantes —dijo—. Será mejor que nos mantengamos alerta.

—Hrrrrnnnnn....

Han se preguntó qué debían hacer con el bothano. Quizá debieran tratar de destruir el cadáver, aunque también podían limitarse a dejarlo allí para que sirviera como advertencia. ¿O debían tratar de encontrar algún sitio en el que tirarlo y donde tardara algún tiempo en ser descubierto?

Después de unos momentos de reflexión, Han acabó decidiendo dejar al bothano allí donde había caído. Si la visión de un cazador de recompensas podía servir para disuadir a otro cazador de que les persiguiera, tanto mejor. El corelliano y Chewbacca bajaron por el último tramo de la rampa andando el uno al lado del otro. Han temía que el cazador de recompensas pudiera tener un socio, pero nadie intentó detenerlos.

Unos minutos después salieron de la rampa y se encontraron en una de las calles de Nar Shaddaa. Han se subió a una acera deslizante un tanto inestable y se dejó llevar por ella mientras miraba a su alrededor.

Nar Shaddaa parecía una mezcla de laberinto y rompecabezas tridimensional diseñada por un lunático. Angostas pasarelas y rampas de pendientes vertiginosas unían un edificio a otro. Estilos arquitectónicos y diseños procedentes de docenas de mundos se confundían y se entremezclaban. Cúpulas, pináculos, arcos, gigantescos rectángulos achaparrados, parábolas... El amasijo de formas hizo que empezara a dar vueltas la cabeza. El duracero, el permacreto, la cristalina y otros materiales de

construcción que Han era totalmente incapaz de identificar se hallaban recubiertos de suciedad y pintadas. Algunas de las imágenes y nombres garabateados tenían varios pisos de altura.

Resultaba obvio que muchas de las estructuras de mayores dimensiones habían sido construidas hacía décadas, cuando Nar Shaddaa era un espaciopuerto respetable en una luna de placer que era visitada por criaturas inteligentes acomodadas de toda la galaxia que acudían allí para divertirse y pasarlo bien. Grandes edificios que habían sido magníficos hoteles habían sido destripados y se habían visto reducidos a míseros complejos multiniveles que albergaban a la basura social de una docena de mundos. Las calles y callejones estaban sometidos a un bombardeo constante de residuos tóxicos y pestilentes que caían de las alturas. La atmósfera era tan hedionda como la de las ciénagas de Nal Hurta..., o quizá incluso más asquerosa.

Los olores de los platos más típicos de múltiples mundos luchaban con la pestilencia de las alcantarillas que rezumaban fluidos, y se mezclaban con los potentes aromas de las especias intoxicantes y otras drogas. El acre hedor de los conductos de escape de las naves espadales estaba por todas partes, al igual que lo estaban las mismas naves, que se deslizaban velozmente por los cielos entre rugidos y truenos, elevándose y descendiendo en un interminable y extraño ballet.

Algunos de los hoteles y casinos seguían abiertos, y Han supuso que seguramente serían los que pertenecían a los grandes señores hutts. Criaturas inteligentes de un sinfín de mundos atestaban las calles, rehuyendo el contacto ocular y manteniéndose en un continuo estado de alerta, siempre preparadas para detectar el error o el momento de debilidad de otra criatura inteligente y extraer algún beneficio de él. Casi todo el mundo iba armado, con la excepción de los androides.

Han tenía hambre, pero todos los alimentos que se vendían en los puestos callejeros eran desconocidos para él

—Dicen que hay una sección corelliana —masculló, volviéndose hacia Chewie—, así que probablemente deberíamos ir allí.

No quería admitir que estaba perdido, por miedo a atraer ladrones o a alguien todavía peor, pero unos minutos después vio una banderola que colgaba de un toldo (la mayoría de puestos callejeros y edificios tenían toldos o marquesinas, que ayudaban a proteger a sus ocupantes de las sustancias tóxicas que caían de las alturas) en el que estaba escrito TRÁFICO DE INFORMACIÓN en seis lenguas y en básico.

Han bajó de la acera deslizante y fue hacia la cabina con Chewie pisándole los talones. La cabina resultó estar ocupada por una twi'lek muy anciana: la alienígena era tan vieja que sus colas cefálicas se habían encogido y anudado debido al paso del tiempo. La twi'lek contempló a Han con sus vivaces y penetrantes ojillos durante unos momentos y después le habló en su idioma.

—¿Qué deseas saber, piloto?

Han sacó una moneda de medio crédito de su bolsillo y la dejó sobre el borde del mostrador, manteniendo su dedo índice encima de ella de una forma lo más ostentosa posible.

—Dos cosas —dijo Han en su propia lengua, sabiendo que la alienígena tenía que hablar el básico—. Quiero saber cómo se llega a la sección corelliana, por la ruta más directa y menos peligrosa... —hizo una pausa mientras la twi'lek tecleaba informaciones en el viejo cuaderno de datos que había delante de ella, y siguió hablando en cuanto la alienígena volvió a alzar la mirada hacia él—, y... dónde puedo encontrar a un contrabandista llamado Mako Spince.

La vieja twi'lek sonrió, revelando unos dientes manchados y llenos de melladuras.

—Para primera cosa, toma esto —exclamó mientras le metía una hoja de plastipapel entre los dedos.

Han la examinó y vio que era una sección de un mapa. Un puntito rojo que se encendía y se apagaba indicaba «Usted se encuentra aquí», y la manera de llegar al sector corelliano de Nar Shaddaa estaba explicada con toda claridad.

Han asintió.

—De acuerdo. ¿Y qué hay de Mako?

La twi'lek le lanzó una mirada llena de diversión.

—Ve allí, piloto, a sector corelliano. Pregunta en bares, burdeles, casas de juego. Tú no encuentras a Mako, no. Pero entonces él te encuentra a ti, piloto.

Han no pudo evitar sonreír.

—Sí, eso es lo que haría el viejo Mako... De acuerdo, supongo que te la has ganado.

Apartó el índice de la moneda de medio crédito, y la twi'lek la hizo desaparecer tan deprisa que el escamoteo casi pareció un número de magia.

—Piloto es apuesto —dijo después la vieja alienígena, mirando fijamente a Han con sus ojillos rojoanaranjados brillando en su arrugado rostro y la mejor imitación de una sonrisa coqueta de que era capaz en los labios. Dado el mal estado de su dentadura, el efecto global era más bien horrendo—. Oodonnaa vieja, pero todavía queda mucha vida por delante a ella. ¿Piloto interesado?

La punta de una cola cefálica se elevó por encima de un hombro marchito, y se agitó invitadoramente delante del corelliano.

Han puso ojos como platos. «Por todos los esbirros de Xendor... ¿Me está proponiendo lo que creo que me está proponiendo?» La punta de la cola cefálica volvió a agitarse en un movimiento de invitación. Han retrocedió, meneando la cabeza mientras sentía un creciente calor en las mejillas.

—Eh... No, señora, gracias —dijo con un hilo de voz—. Me siento muy honrado, pero... Ah... He hecho votos de..., de abstinencia. Sí. He de respetarlos, ¿entiende?

La alienígena pareció encontrar tan divertida la visible incomodidad de Han que

no se tomó a mal el haber sido rechazada, e incluso le despidió agitando la mano. Han giró sobre sus talones y se apresuró a irse. Chewbacca, que echó a andar junto a él, dejó escapar lo que no cabía duda era una risotada wookiee.

—Cierra el pico, ¿de acuerdo? —replicó secamente Han—. Sigue burlándote y te aseguro que nunca más volveré a arriesgar el cuello por ti. Chewie se limitó a reírse más fuerte.

Dos horas después llegaron al sector corelliano. El mapa y las instrucciones de la vieja twi'lek habían demostrado ser tan exactas como dignas de confianza, pero los nombres y letreros indicadores de muchas calles habían desaparecido, o algún bromista les había dado la vuelta hasta dejarlos señalando la dirección contraria. Han sintió un gran alivio al entrar en el sector corelliano y encontrarse con una arquitectura que estaba claramente inspirada en la de su mundo natal. Los olores que brotaban de los locales de comidas eran tan familiares como tranquilizadores, y Han los encontró deliciosamente irresistibles.

—Vamos a comer algo —le dijo a Chewie, señalando un local que parecía estar infinitesimalmente más limpio que los demás y en el que mesas y sillas que habían sido blancas en un lejano pasado se alineaban debajo de uno de los omnipresentes toldos, esta vez de franjas rojas y verdes.

Han pidió gulash de traladón, y se llevó la agradable sorpresa de descubrir que estaba casi tan bueno como los que había comido en Corellia. Empezó a engullir el contenido de su plato con gran entusiasmo, mientras Chewbacca atacaba una gigantesca ensalada y una bandeja de costillas de traladón casi crudas.

Cuando acabó de comer, Han se recostó en su silla y se dedicó a tomar sorbos de una cerveza local mientras intentaba decidir si le gustaba su sabor.

—Estoy buscando a Mako Spince —dijo en cuanto el androide que atendía las mesas apareció para traerles la cuenta—. ¿Viene alguna vez por aquí? Es un tipo de estatura mediana y hombros anchos, con el cabello oscuro y corto y unas cuantas canas en las sienes...

La cabeza del androide giró de un lado a otro.

—No, señor —replicó después—. No he visto a la persona que me está describiendo.

—Pues dile a tu jefe que he preguntado por él, ¿de acuerdo?

Han se acabó la cerveza, y después él y Chewbacca echaron a andar por la calle en la que estaban los bares de aspecto más llamativo. Una corta noche estaba empezando a caer rápidamente sobre Nar Shaddaa a medida que Y'Toub iba quedando eclipsado detrás de la enorme masa de Nal Hutta. La verdadera noche aún tardaría muchas horas en llegar, y duraría más de cuarenta horas estándar. Las luces artificiales se fueron encendiendo, y Han se preguntó si sería capaz de llegar a acostumbrarse a unas noches tan largas. Probablemente daba igual que se

acostumbrara a ellas o no, ya que en realidad toda la luna era una ciudad que nunca llegaba a quedarse totalmente dormida.

Han volvió a preguntar por Mako Spince en el Reposo del Contrabandista y, naturalmente, se encontró con que nadie había oído hablar de él. La respuesta fue exactamente la misma en La Estrella de la Suerte, los maltrechos restos de lo que en tiempos lejanos había sido un casino muy elegante, y luego se repitió en dos o tres bares más. Han ya estaba empezando a acostumbrarse a la palabra «No». El corelliano suspiró y siguió caminando.

El Escondite del Contrabandista.

El Café Corelliano.

El Orbe Dorado.

La Exhibición Exótica (¡Bailarinas REALES! ¡Espectáculos EN DIRECTO!)

El Casino del Corneta.

El Batería Borracho.

A esas alturas los pies de Han ya estaban empezando a dolerle de tanto recorrer el permacreto y subir y bajar rampas. Dadas las peculiaridades arquitectónicas de Nar Shaddaa, si no tenías alas o no disponías de una mochila reactiva la experiencia de tratar de llegar a tu destino solía resultar bastante frustrante. Podías estar en un balcón y contemplar el sitio al que querías llegar, que se encontraba a sólo diez metros de distancia, y aun así verte obligado a caminar durante quince minutos, subiendo y bajando rampas, para llegar hasta él

Algunos edificios estaban unidos por cuerdas o cables, pero Han no estaba lo suficientemente desesperado ni era lo bastante temerario para decidirse a salvar un abismo de veinte, cuarenta o cien pisos deslizándose mano sobre mano a lo largo de esas precarias conexiones.

Las pasarelas que iban de un edificio a otro solían hallarse en bastante mal estado, y después de echarles un vistazo, Han solía decidirse por la ruta más larga. Algunas de ellas quizá habrían aguantado su peso, pero Han dudaba de que fueran lo bastante sólidas para la enorme mole del wookiee.

Ya estaba empezando a preguntarse si no deberían abandonar su búsqueda y buscar algún hotel barato que les ofreciera un lugar seguro en el que poder dormir durante unas cuantas horas. Pensar en ello hizo que Han cayera en la cuenta de que habían transcurrido casi doce horas desde que despertó a bordo del Princesa.

Volvió la cabeza mientras pasaban junto a la entrada de un callejón maloliente para hacerle esa sugerencia a Chewbacca cuando una mano surgió repentinamente del callejón y le agarró por la garganta. Medio segundo después, Han fue arrastrado hacia atrás hasta chocar con un cuerpo de humanoide muy duro y sintió cómo el cañón de un desintegrador presionaba su sien.

—No des ni un paso —dijo afablemente una voz masculina grave y musical, dirigiéndose a Chewbacca—, o haré que se le salgan los sesos por las orejas.

El wookiee se detuvo. Chewbacca gruñó y enseñó los dientes, pero estaba claro que la amenaza hacía que no se atreviera a atacar.

Han conocía aquella voz. Jadeó, pero no consiguió tragar el aire suficiente para poder hablar. La mano de hierro apretó un poco más la presa que estaba ejerciendo sobre su garganta.

—¡Mako! —intentó gritar.

Pero lo único que consiguió decir fue «Maa...».

—¡En el nombre de Xendor, chico! No quiero oírte llamar a tu mami, ¿de acuerdo? —dijo la voz—. Y ahora ¿quién eres, y porque estás haciendo tantas preguntas sobre mí?

Han tragó saliva y tosió, pero seguía sin ser capaz de hablar. Chewbacca gruñó, y después señaló al tembloroso cautivo de Mako.

—Haaaaaaannn —dijo el wookiee, logrando que su boca pronunciara el nombre humano con gran dificultad—. Haaaaannnnn....

—¿Eh? —exclamó la voz, pareciendo repentinamente perpleja—. ¿Han?

Y Han fue liberado bruscamente, y después un par de manos le dieron la vuelta. Mientras jadeaba, llevándose las manos a la garganta, su captor, que desde luego era Mako Spince, le envolvió en un abrazo tan entusiástico que volvió a dejarle, una vez más, sin respiración.

—¡Han! ¡Oh, chico, me alegro mucho de volver a verte! ¿Cómo estás, viejo bribón?

Un puño muy duro se incrustó entre los omóplatos del más joven de los dos corellianos.

Han jadeó y tosió, con lo que sólo consiguió volver a quedarse sin aliento. Mako intentó ayudarle dándole una palmada en la espalda, cosa que no mejoró en lo más mínimo la situación respiratoria de Han.

—Mako... —consiguió decir por fin—. Ha pasado mucho tiempo. Has cambiado.

—Tú también has cambiado —dijo su amigo.

Permanecieron inmóviles durante unos momentos, estudiándose el uno al otro. Mako llevaba los cabellos lo suficientemente largos para que le rozaran los hombros, y había más hebras grises que antes entre la negrura. Lucía un exuberante bigote más bien erizado, y había ganado un poco de peso, la mayor parte de él en los hombros. Una delgada cicatriz corría a lo largo de su mandíbula. Han decidió que se alegraba de que Mako estuviera de su parte, porque parecía exactamente el tipo de persona al que no le gustaría tener como enemigo. El ex imperial llevaba un mono lleno de rozaduras y arañazos hecho con cuero del navegante espacial, un material tan delgado y flexible y, a pesar de ello, tan duro que se afirmaba que era capaz de mantener la

presión interna incluso en condiciones de vacío.

Los dos amigos siguieron contemplándose en silencio, evaluándose el uno al otro, y después empezaron a lanzarse preguntas al mismo tiempo. Luego se callaron, y se echaron a reír.

—¡Eh, tendremos que hacer turnos! —exclamó Mako.

—De acuerdo —dijo Han—. Tú primero...

Minutos después, los tres estaban sentados en una taberna, bebiendo, hablando y haciéndose montones de preguntas. Han le contó su historia a Mako, y descubrió que su viejo amigo no se sorprendía en lo más mínimo al enterarse de que había abandonado el servicio.

—Ya sabía que nunca serías capaz de aguantar la esclavitud, Han —dijo Mako—. Recuerdo cómo te enfurecías con sólo ver uno de esos pelotones de esclavos imperiales... Te sacaba de tus casillas, chico. Estaba seguro de que en cuanto intentaran ponerte al frente de un grupo de esclavos, eso supondría el final de tu brillante carrera militar.

Han bajó la mirada mientras se llevaba su segunda jarra de cerveza alderaaniana a los labios.

—Me conoces demasiado bien —admitió por fin—. Pero ¿qué podía hacer, Mako? ¡Nyklas iba a matar a Chewie!

Los gélidos ojos azules de Mako estaban sonriendo con un calor nada habitual en ellos.

—No podías hacer otra cosa, chico —dijo.

—Bueno, Mako, ¿y qué tal te han ido las cosas? —preguntó Han—. ¿Cómo van los negocios?

—De maravilla, Han —dijo Mako—. Las restricciones del Imperio nos están enriqueciendo a todos, y últimamente no paramos de transportar toda clase de mercancías de contrabando de un lado a otro. La especia sigue teniendo mucha demanda, desde luego, pero además ahora también nos dedicamos al contrabando de armas, componentes para armas, células energéticas y prácticamente cualquier otra cosa que se te pueda ocurrir. Ah, y también transportamos artículos de lujo, como perfumes y telas de Askajian... Puedo asegurarte que el viejo Palpatine no dormiría muy bien si supiera el grado de insatisfacción que su manera de gobernar está produciendo en algunos mundos.

—¿Eso quiere decir que puedo encontrar trabajo aquí? —se apresuró a preguntar Han—. ¿Hay trabajo para pilotos? Ya sabes que soy un buen piloto, Mako.

Mako llamó al androide-camarero con un gesto de la mano para que les trajera otra ronda de bebidas.

—Eres uno de los mejores pilotos que he conocido, chico, y haré que todo el mundo lo sepa —dijo, dándole una palmada en el hombro—. ¿Por qué crees que

Badure te puso el apodo de «Relámpago»? Te diré lo que vamos a hacer: podrías trabajar para mí hasta que te fueras adaptando a este sitio. No me iría nada mal contar con un buen copiloto, y si viajas conmigo durante una temporada podré enseñarte algunas de las mejores rutas. También te iré presentando al resto de los chicos, y estoy seguro de que algunos de ellos necesitarán que les echen una mano.

Han titubeó durante unos momentos antes de hablar.

—¿Y Chewie? —preguntó por fin—. ¿Podría venir con nosotros?

Mako se encogió de hombros y tomó un gran trago de cerveza.

—¿Sabe disparar? Siempre tengo una plaza libre para un buen artillero.

—Oh, sí —dijo Han, apurando su jarra e intentando hablar con la mayor convicción posible. Chewie era un excelente tirador con su arco de energía, pero apenas hacía un mes que había empezado a adiestrarse como artillero—. Dispara muy bien.

—Entonces todo arreglado —dijo Mako—. Oye, chico, ¿ya has encontrado una zona de descenso?

En la jerga de los contrabandistas, «zona de descenso» significaba una habitación o un piso. Han meneó la cabeza y sintió que el local se bamboleaba lentamente a su alrededor.

—Esperaba que pudieras recomendarme algún sitio decente y que no sea demasiado caro —replicó.

—¡Pues claro que puedo! —exclamó Mako, cuya voz también estaba empezando a acusar los efectos de la bebida—. Pero podríais alojaros conmigo durante un par de días hasta que hayáis conseguido instalaros por vuestra cuenta.

—Bueno... —Han miró a Chewie—. Claro que sí. Nos encantaría, ¿verdad, viejo amigo?

—¡Hrrrrnnnnnnn!

Mako insistió en pagar las bebidas, y después los tres compañeros salieron de la taberna y echaron a andar hacia el alojamiento de Mako. Los dos humanos estaban empezando a darse cuenta de que habían bebido demasiado, pero Mako les aseguró que no estaban muy lejos del sitio en el que vivía. Bajaron unos cuantos niveles, y se internaron en la zona donde los edificios estaban más sucios y tenían un aspecto cada vez más miserable.

—No os dejéis engañar por todo esto —dijo Mako, agitando una mano en un gesto que abarcó cuanto les rodeaba—. Tengo montones de espacio, y estoy muy bien instalado. Pero si vives aquí abajo, los ladrones y atracadores apenas se fijan en ti y prefieren escoger a sus víctimas entre los ricos de los niveles superiores —explicó, señalando hacia arriba con un pulgar.

Han volvió la cabeza de un lado a otro, y acabó llegando a la conclusión de que en sus tiempos de ladrón jamás se le habría pasado por la cabeza la idea de elegir

aquella zona como campo de operaciones. La pobreza y la mugre parecían estar por todas partes. Los borrachos hacían esos sobre el permacreto, y las aceras deslizantes de aquellos niveles siempre estaban averiadas. Mendigos y carteristas los siguieron con la mirada, pero ninguno de ellos dio un paso hacia el trío. Han pensó que eso se debía a que Chewbacca había adoptado la expresión «No te metas conmigo o te arrancaré el brazo» más feroz de todo su amplio repertorio.

Pero de repente, lo que Han había tomado por un montón de viejos harapos mugrientos empezó a moverse. Una esquelética mano humana surgió de entre los harapos, y Han tuvo un fugaz atisbo de un rostro de nariz picuda y boca casi totalmente desdentada. El montón de harapos contenía a una mujer muy vieja cuyos ojos ardían con la luz de... ¿De qué? ¿Las drogas? ¿La locura?

¡Oh, no! ¡Otra vez no! ¿Qué demonios les pasa a las condenadas viejas de Nar Shaddaa? ¿Es que todas quieren echarle mano a los pilotos jóvenes?»

Han se apresuró a retroceder, pero la bebida había embotado sus reflejos y le impidió moverse lo suficientemente deprisa. Una segunda mano que tenía el mismo aspecto de garra que la primera surgió de entre el montón de harapos y se curvó alrededor de su muñeca.

—¿Deseáis que os diga la buena fortuna, amables señores? ¿Queréis saber qué va a deparar el futuro? —La voz era temblorosa y estridente, y Han no logró identificar el acento—. ¡La descendiente de Vima Jinete del Sol ha visto el futuro, amables señores! Por sólo un crédito, ella os contará todo lo que os espera.

—¡Suéltame! —Han intentó liberar su mano de aquella sucia garra, pero la presa de la anciana era sorprendentemente fuerte. Han rebuscó en su bolsillo, pensando que darle algo de dinero sería la única forma de librarse de ella. No quería tener que disparar contra la vieja arpía, porque a su edad una descarga aturdidora podía matarla—. ¡Toma! ¡Quédate con tu crédito y suéltame de una vez! —exclamó, dejando caer la moneda sobre su regazo.

—¡Vima no es una mendiga! —insistió la anciana con indignación—. ¡Vima siempre se gana su crédito! ¡Ella ve el futuro, sí! Vima sabe, sí...

Han se detuvo, suspiró y puso los ojos en blanco. Bueno, por lo menos no se le estaba declarando.

—Bien, pues entonces habla —dijo secamente.

—Ah, joven capitán... —medio canturreó la anciana, abriéndole el puño y clavando la mirada en la palma de Han durante unos momentos antes de elevarla hacia su rostro—. Tan joven..., y hay tantas cosas aguardándote. Un camino muy largo, primero el camino del contrabandista y luego el camino del guerrero... Alcanzarás la gloria, sí, pero antes tendrás que enfrentarte a peligros terribles. La traición, sí... La traición de aquellos en quienes confías. La traición...

Los ojos de la anciana se clavaron en Mako durante una fracción de segundo, y

Han y su viejo amigo intercambiaron miradas llenas de exasperación.

—¡Así que voy a ser traicionado! —exclamó Han con creciente impaciencia—. ¿Llegaré a ser rico algún día? Eso es lo único que me importa.

—Ahhhhhhhh... —La anciana dejó escapar una estridente carcajada—. Sí, mi joven capitán... La riqueza acudirá a ti, pero sólo después de que haya dejado de importarte.

Han se echó a reír.

—¡Dudo mucho que vea llegar ese día, abuela! Te aseguro que lo único que me importa en este mundo es hacerme rico.

—Sí, es verdad. Harás casi cualquier cosa por dinero, pero el amor te impulsará a ir todavía más lejos.

—Estupendo —gruñó Han, intentando liberar su mano—. Bueno, ya estoy harto de tanta tontería —dijo secamente, y rompió la presa de la anciana con una violenta flexión de su muñeca—. Muchas gracias, aunque no sé muy bien por qué..., vieja bruja chiflada. Y no vuelvas a molestarme, ¿de acuerdo?

Han giró sobre sus talones con cierta dificultad y echó a andar, el ceño fruncido y con Chewbacca y Mako detrás de él. Pudo oír con toda claridad la risita sarcástica de Mako, y por su parte Chewie no había dejado de reír desde el comienzo del incidente. El fruncimiento de ceño de Han se volvió un poco más sombrío. ¡Aquella vieja loca se había burlado de él!

El permacreto pareció ondular debajo de sus pies, y de repente Han sólo pudo pensar en lo maravilloso que sería acostarse en el sofá de Mako, o en el suelo, y dormir durante unas horas.

Todavía podía oír las risitas de la vieja y cómo farfullaba estupideces detrás de él, hablando consigo misma.

Después Han apenas recordaría cómo había conseguido subir por la rampa que llevaba al piso de Mako, y ni siquiera fue consciente de que se dejaba caer sobre el sofá. Se quedó dormido al instante, y esta vez no soñó.

Cuando despertó a la mañana siguiente, ya se había olvidado de la vieja y de sus «profecías».

Aruk el hutt estaba acabando de calcular la cuantía total de sus beneficios, que era lo que más le gustaba hacer en el universo. El poderoso gran señor hutt, líder del clan Besadii y de su kajidic, se hallaba inclinado sobre su cuaderno de datos con sus rechonchos dedos muy ocupados mientras daba instrucciones a la máquina para que calculara un porcentaje de beneficios basado en un crecimiento anual del producto de un veinte por ciento, con una proyección de tres años hacia el futuro.

El gráfico resultante y las cifras que lo acompañaban hicieron que Aruk riera suavemente, produciendo un «Je, je, je» lleno de ecos que retumbó en la soledad de su despacho. No había ninguna otra criatura viva presente y sólo el escriba favorito

de Aruk, que permanecía inmóvil en un rincón reluciendo con destellos metálicos, compartía el despacho con su amo mientras aguardaba a que el líder hutt lo sacara de su reposo artificial.

Aruk volvió a examinar el gráfico, y sus bulbosos ojos se abrieron y se cerraron. El líder del clan Besadii era bastante viejo: se estaba aproximando a su noveno siglo, y ya había alcanzado la fase de corpulencia a la que llegaban la mayoría de los hutts que pasaban de la mediana edad. Desplazarse por sus propios medios le exigía un esfuerzo tan grande que ya rara vez se tomaba la molestia de hacerlo. Últimamente, ni siquiera las advertencias de su médico personal sobre los serios problemas circulatorios que no tardaría en padecer conseguían que Aruk hiciera ejercicio. En vez de hacerle caso, Aruk confiaba cada vez más en su trineo repulsor antigraavitatorio. Con él podía ir a cualquier parte. El trineo de Aruk era de la máxima calidad, el mejor modelo que se podía comprar con dinero. Después de todo, Aruk era el líder del kajidic Besadii y no había razón para que se negara ningún lujo.

Pero Aruk no era uno de esos hutts sibaríticos que se dedicaban a disfrutar de los placeres de la carne. Era un gran amante de la buena mesa, desde luego, y solía caer en la glotonería, pero no tenía palacios enteros llenos de esclavos dedicados a satisfacer sus más insignificantes —o más perversos— caprichos, tal como hacían algunos hutts.

Aruk se había enterado de que Jabba, el sobrino de Jiliac, mantenía cerca de él en todo momento a varias bailarinas humanoides —humanoides, nada menos!— sujetas con correas. Aruk consideraba que ese tipo de caprichos eran tan desagradables como extravagantes. El clan Desilijic siempre había tenido una cierta debilidad por los placeres carnales. Los gustos de Jiliac eran un poco mejores que los de Jabba, pero aun así disfrutaba de los excesos hedonísticos tan entusiásticamente como su sobrino.

«Y ésa es la razón por la que acabaremos imponiéndonos —pensó Aruk—. Si es necesario, nuestro clan está dispuesto a soportar unas cuantas privaciones con tal de alcanzar los objetivos que nos hemos fijado...»

Pero Aruk también sabía que conseguirlo no resultaría nada fácil. Jiliac y Jabba eran tan astutos como implacables, y su clan era tan rico como el de Aruk. Los dos clanes más ricos y poderosos de los hutts llevaban varios años enfrentándose el uno al otro para hacerse con los negocios más lucrativos. Ninguno de los dos había vacilado ni un instante a la hora de emplear métodos como el asesinato, el secuestro y el terrorismo para poder alcanzar sus objetivos.

Aruk sabía que Jabba y Jiliac estaban dispuestos a hacer prácticamente cualquier cosa para acabar con el clan Besadii. Pero el camino que llevaba al poder absoluto estaba pavimentado con dinero, y Aruk estaba muy satisfecho con las grandes sumas de créditos que el proyecto ylesiano aportaba cada año.

«Pronto tendremos tantos créditos que podremos borrar a Jiliac y Jabba de la faz

de Nal Hutta —pensó—. Sí, pronto podremos eliminarlos con tanta facilidad como aniquilaríamos a una plaga que afectara nuestras cosechas o a una pestilencia que intentara hacer enfermar a nuestra gente... El clan Besadii no tardará en gobernar Nal Hutta sin que nadie se atreva a oponérsele.»

Aruk y Zavval, su hermano, habían tenido la idea de crear colonias en Ylesia y de utilizar a los peregrinos religiosos como fuerza laboral esclavizada para convertir la especia bruta en el producto final refinado y procesado. Lo único que habían temido era un levantamiento de los esclavos, y fue Aruk quien tuvo la idea de usar el Uno, el Todo y la Exultación para controlar a los trabajadores.

La mayoría de los hutts conocían la capacidad de proyectar emociones y sensaciones agradables a las mentes de casi todas las especies humanoides que poseían los T'landa Tils. Pero sólo la inteligencia y la considerable agilidad mental de Aruk habían sido capaces de concebir la astuta idea de utilizar la Exultación como «recompensa» aturdidora a un día de durísimo y agotador trabajo en las factorías de especia.

En cuanto comprendió cómo podía utilizarse la capacidad de los T'landa Tils, para Aruk fue lo más sencillo del mundo inventar una doctrina, componer unos cuantos himnos y escribir varios cantos y letanías. Ese pequeño esfuerzo bastó para producir una «religión» que pudiera ser abrazada por seres estúpidos y llenos de credulidad pertenecientes a especies inferiores.

El ritmo de producción de las factorías era excelente, y lo había sido desde el primer día. Sólo hubo un momento, hacía cinco años, en el que la operación ylesiana no dio buenos beneficios: ése fue el año en el que aquel maldito corelliano llamado Han Solo destruyó la factoría de brillestim..., y también a Zavval, aunque la pérdida financiera había sido la más lamentada por Aruk. El anciano hutt no consideraba que el hecho de que le importara tan poco que su hermano hubiera muerto lo convirtiera en un ser excesivamente insensible o endurecido. Aruk se estaba limitando a reaccionar tal como lo haría cualquier verdadero hutt.

Aruk examinó uno de los apartados del proyecto de presupuesto de la colonia ylesiana en el que se especificaba que se entregarían siete mil quinientos créditos a la persona o personas responsables de que Han Solo fuera capturado con vida. El criterio básico era que se prescindiría de las desintegraciones, y que el corelliano sería capturado y entregado con vida.

Siete mil quinientos créditos... La recompensa había sido aumentada en dos mil quinientos créditos desde el momento de su publicación. Al parecer Solo estaba demostrando ser una presa algo difícil, y todavía podía darles bastantes problemas. Aun así, no cabía duda de que la nueva recompensa aumentada era lo suficientemente generosa como para tentar a muchos cazadores, a pesar de que Aruk las había visto mayores. Pero tratándose de un humano tan joven... Bueno, no cabía duda de que la

recompensa era francamente elevada.

Aun así, ¿era realmente necesario pagar una cantidad extra por la opción de «capturar con vida»? Aruk había supervisado de manera tan fría como eficiente muchas sesiones de tortura, pero a diferencia de la mayoría de los hutts, no extraía ningún placer de atormentar a seres inteligentes para alcanzar sus objetivos. Si aquel corelliano llamado Han Solo era traído ante su presencia, Aruk no se molestaría en torturarlo antes de ordenar su muerte.

Pero Teroenza... Bueno, eso ya era otra historia totalmente distinta. Los T'landa Tils eran un pueblo muy vengativo, y Aruk sabía que el Gran Sacerdote de Ylesia no descansaría hasta que pudiera supervisar personalmente la larga y terriblemente dolorosa muerte de Han Solo. Momento a momento, grito a grito y gemido a gemido, Solo moriría en la agonía más exquisita imaginable mientras Teroenza saboreaba hasta el último segundo de ella.

Pero ¿estaba dispuesto Aruk a pagar una cantidad extra meramente para que Teroenza quedara satisfecho? Aruk reflexionó durante unos momentos, y pequeñas arrugas de concentración se fueron formando encima de sus bulbosos ojos de pupilas verticales. Un instante después Aruk dejó escapar el aliento que había estado conteniendo bajo la forma de un «uf» tan corto como lleno de decisión. Muy bien: autorizaría el pago de la recompensa, y permitiría que Teroenza pudiera esperar ansiosamente la llegada de su gran momento de diversión. La expectativa haría que el Gran Sacerdote se sintiera muy feliz, y los subordinados felices siempre eran subordinados muy productivos.

De hecho, Teroenza le tenía un poco preocupado. Por mucho que el Gran Sacerdote y ese estúpido de Kibbick intentaran disfrazar la realidad, no cabía duda de que el t'landa Til estaba controlando y dirigiendo toda la operación ylesiana. Aruk frunció el ceño. Ylesia era un negocio de los hutts, y en consecuencia lo correcto era que las órdenes fuesen dadas por un hutt. Y sin embargo... Bueno, en aquellos momentos Kibbick era el único hutt de alto rango del clan Besadii que se hallaba disponible para ocupar el puesto de supervisor en Ylesia. Por desgracia Kibbick, y eso resultaba innegable, también era idiota.

«Si me hubiera atrevido a enviar a Durga... —pensó Aruk—. Durga posee la fuerza de voluntad y la inteligencia necesarias para dirigir adecuadamente nuestras operaciones en Ylesia, y él sabría recordarle a Teroenza quiénes son sus verdaderos amos.»

Durga era el único descendiente que había engendrado Aruk. Todavía era un hutt muy joven que apenas había dejado atrás la edad de la responsabilidad legal y la aparición de la verdadera consciencia de sí mismo, ya que sólo tenía cien años. Pero era muy listo, y Aruk consideraba que su hijo era diez veces más inteligente y astuto que Kibbick.

Cuando Durga nació, todos los otros hutts apremiaron a Aruk a que se dejara caer sobre el indefenso recién nacido, pidiéndole que rodara sobre él hasta aplastarlo debido a la oscura mancha de nacimiento que cubría su frente y descendía sobre un ojo y una mejilla como una salpicadura de algún líquido repugnante. Le habían dicho que esa horrible deformación haría que el recién nacido nunca pudiera ser aceptado por la sociedad hutt, y habían afirmado que Durga nunca pasaría de ser un mero retrasado mental. Los antiguos relatos aseguraban que ese tipo de marcas de nacimiento presagiaban grandes catástrofes, y los hutts más ancianos predijeron toda suerte de acontecimientos terribles en el caso de que se permitiera sobrevivir a Durga.

Pero Aruk había bajado la mirada hacia su diminuto y tembloroso hijo y había tenido el inexplicable presentimiento de que aquel niño se convertiría en un hutt digno de su raza y de que llegaría a ser un adulto inteligente, astuto y, cuando fuese necesario, implacable. Así pues, Aruk tomó en brazos al joven Durga y declaró solemnemente que era su descendiente y su heredero, y advirtió a quienes pretendían negar ese hecho de que debían guardar silencio.

Aruk se había asegurado de que Durga recibiera la mejor educación posible y de que dispusiera de cuanto un pequeño hutt podía desear. El joven respondió al interés de su padre, y los dos habían llegado a estar unidos por un vínculo muy estrecho.

Aruk volvió a contemplar los gráficos que mostraban el estado financiero de la explotación ylesiana e hizo una anotación mental para acordarse de que debía compartir sus descubrimientos con Durga aquel mismo día antes de irse a dormir. Aruk estaba educando a su hijo para que pudiera asumir el liderazgo del clan después de su muerte.

«Estas cifras son realmente muy prometedoras —pensó—. Deberíamos dedicar una parte de estos beneficios a la creación de otra colonia en Ylesia, ya que siete colonias pueden producir mucha más especia procesada que seis. Y además también podríamos incrementar nuestro contingente de misioneros reclutando a más t'landa Tils y enviándolos a todos los confines de la galaxia para que atrajeran más "peregrinos»...»

El sueño más ambicioso de Aruk era el de que algún día conseguiría expandir su organización de procesado de especia y esclavización de peregrinos a otro mundo del sistema ylesiano. Sabía que probablemente no llegaría a vivir el tiempo suficiente para ver dos mundos produciendo a plena capacidad, pero Durga sí que lo vería.

Sólo había un problema, y se llamaba Desilijic. Aruk sabía que Jiliac y Jabba observaban cada uno de sus movimientos con la misma atención con la que mantenían sometidos a una estrecha vigilancia a todos los miembros de alto rango del clan Besadii, y que estaban preparados para lanzarse sobre ellos al menor signo de debilidad. Los hutts del clan Desilijic eran implacables, y estaban celosos del clan Besadii y del éxito que había obtenido en Ylesia. Aruk sabía que Jabba y Jiliac harían

cualquier cosa con tal de destruirlos a todos y adueñarse de la organización ylesiana.

Aun así, el que fuera tan envidiado era meramente un signo del extraordinario éxito obtenido por el clan Besadii. La vida de los huta estaba llena de ofensivas y represalias. Siempre había sido así y, si tuviera que ser franco, Aruk habría confesado que disfrutaba con la intriga y el peligro. Aunque hubiera estado en su mano, no habría cambiado las cosas.

Con un prolongado suspiro de satisfacción, Aruk el Hutt desconectó su cuaderno de datos, se estiró y se frotó sus bulbosos ojos. Ahhhhh... Sí, una tarde de trabajo muy provechoso había tocado a su fin. Ya iba siendo hora de cenar, y debía aprovechar la ocasión de pasar algún tiempo con su hijo. ¡Qué agradable era tener tan buenas noticias que comunicar!

Dirigiendo su trineo repulsor con roces casi imperceptibles de sus gruesos dedos, Aruk salió del despacho para ir en busca de comida y compañía.

Capítulo 4

Subiendo las apuestas

Cinco meses y seis cazadores de recompensas más tarde, Han y Chewbacca ya se habían adaptado a la vida en Nar Shaddaa. Han encontró un pequeño apartamento en el sector corelliano, a un megabloque de distancia del piso en el que vivía Mako y sólo a un nivel por debajo de él. El apartamento consistía en una pequeña suite, con dos diminutos dormitorios provistos de camas plegables, una igualmente diminuta área de cocina/sala de estar y una unidad de aseo. Pero no pasaban mucho tiempo en casa. En cuanto Mako le hubo presentado a sus socios, el joven corelliano no paró de trabajar. Los buenos pilotos siempre eran apreciados en Nar Shaddaa.

Durante su primer mes, Han hizo varios turnos de pilotaje en la lanzadera que iba de Nar Shaddaa a Nal Hutta, transportando hutts y subordinados suyos por la ruta espacial que unía la Luna de los Contrabandistas con el mundo natal de los hutts. Han había albergado la esperanza de que eso le permitiría conocer a Jabba o a Jiliac, pero los dos grandes señores del clan Desilijic disponían de sus propias lanzaderas privadas y no necesitaban utilizar las naves del transpone público. Han estaba decidido a aprovechar las informaciones de Tagta, pero acabó llegando a la conclusión de que sería mejor que se familiarizara un poco con aquel nuevo ambiente antes de solicitar un empleo de piloto a sueldo de los hutts. Después de todo, los hutts eran unos patronos muy exigentes y difíciles de complacer...

Cuando su empleo temporal llegó a su fin, el joven corelliano acompañó a Mako en varios viajes durante los que transportaron cargamentos de especia desde Ryloth, el mundo natal de los twi'leks, hasta una zona de almacenamiento en Roon. Allí Han conoció a un viejo amigo de Mako, un contrabandista ya bastante mayor y de rostro arrugado llamado Zeen Afit. Zeen estaba a punto de despegar con rumbo hacia el Pasillo de los Contrabandistas para entregar un cargamento de comida, y cuando dijo que le gustaba tener compañía durante sus viajes, Han y Chewbacca se ofrecieron a acompañarle.

El Pasillo de los Contrabandistas era un escondite utilizado por todas las criaturas inteligentes cuyos problemas con la ley eran todavía más serios que los de los habitantes de Nar Shaddaa. El Pasillo estaba formado por una serie de escondrijos interconectados, que en realidad eran auténticos entornos artificiales abiertos en varios asteroides de gran tamaño situados en el centro de un gigantesco campo de asteroides. El más importante era un agujero maloliente taladrado en un gran asteroide conocido como Salto 1. —

Zeen Afit les mostró la ruta de entrada al Pasillo, que atravesaba el traicionero y eternamente cambiante campo de asteroides, aunque no permitió que Han pilotara su

viejo y ya bastante maltrecho carguero, el Corona.

—La próxima vez, chico —le prometió con su voz entrecortada y jadeante mientras sus dedos revoloteaban sobre los controles—. Te lo prometo, ¿eh? Por ahora, confórmate con contemplar al viejo tío Zeen y disfruta del viaje.

Han tragó saliva mientras el Corona escapaba por muy poco a la colisión con una enorme roca que habría reducido la nave y a sus pasajeros a moléculas.

—Si aún estoy vivo cuando llegue ese momento —observó, encogiéndose involuntariamente cuando otro asteroide estuvo a punto de llevarse su ventanal de observación—. ¡Maldita sea, Zeen, ve más despacio! ¿Te has vuelto loco o qué?

—Sólo hay una forma de cruzar un campo de asteroides, chico: tienes que ir lo más deprisa posible y debes dejarte guiar por el instinto —dijo Zeen Afit, sin apartar los ojos de sus instrumentos. —Si intentas ir despacio y con cautela, lo más probable es que acabes aplastado antes de que hayas tenido tiempo de limpiarte la nariz. Yo siempre entro a toda velocidad manteniendo los ojos bien abiertos, y todavía sigo aquí.

Cuando llegaron al legendario Pasillo de los Contrabandistas, Han y Chewbacca siguieron cautelosamente a Zeen Afit al interior de Salto 1 para conocer a «la pandilla», el nombre colectivo con el que el viejo contrabandista se refería a sus amigos. Han fue presentado a un hombre delgado de piel cetrina y con la cara llena de cicatrices llamado Jarril, y a otro contrabandista bastante mayor que se estaba quedando calvo y que era conocido con el más bien incongruente nombre de «Chico DXo'ln».

Salto 1 era un auténtico laberinto de habitaciones, comedores, casas de juego, bares y salones de drogas. Han empezó a sentirse francamente nervioso en cuanto comprendió que allí la ley era algo todavía más desconocido que en Nar Shaddaa. En Salto 1, la ley pura y simplemente no existía.

El corelliano hubiera podido morir allí, y aparte de Chewie (eso suponiendo que el wookiee siguiera con vida, lo cual parecía bastante improbable), nadie se enteraría y a nadie le importaría. Han hizo cuanto pudo para ocultar su creciente nerviosismo. Había crecido entre personas que vivían al margen de la ley, y a los diez años de edad ya había conocido a muchos degenerados..., pero hasta aquel momento nunca se había encontrado con tantos seres perdidos, desesperados y sedientos de sangre reunidos en un solo lugar.

Mientras él y Zeen iban hacia el bar, Han se fijó en el riachuelo de viscoso líquido verde amarillento que fluía por un canal abierto en el centro del suelo de piedra. Chewbacca olisqueó el aire y después dejó escapar un resoplido de protesta.

—Sí, realmente apesta —dijo Han, intentando controlar el temblor de sus fosas nasales—. ¿Qué demonios es esa sustancia, Zeen? También está en las paredes...

—Oh, sólo es una pequeña asquerosidad más con la que tenemos que convivir,

chico —replicó el contrabandista—. Huele fatal, ¿verdad? De vez en cuando nos decimos que deberíamos averiguar de dónde sale y cegar el origen. Dicen que es una especie de componente protoorgánico mezclado con azufre.

Han arrugó la nariz. El líquido olía igual que una mezcla de carne vegetación podrida a la que se hubiera añadido una generosa dosis de azufre como condimento final. Han había aguantado olores peores, pero no recientemente.

Cuando pasaron por encima del canal del líquido viscoso para ir al bar, la atención de Han fue repentinamente atraída y mantenida por una mujer muy hermosa de largos cabellos negros que destacaba irresistiblemente entre todos aquellos contrabandistas de aspectos más bien horrendos. La mujer llevaba una falda corta que realizaba sus magníficas piernas, y una especie de camisa cuyos faldones habían sido recogidos en un nudo para dejar al descubierto su estómago. Han se dedicó a contemplarla, y pensó que era una de las mujeres más impresionantes que había visto en toda su vida..., y de repente se dio cuenta de que la mujer le estaba devolviendo la mirada. Han se apresuró a dirigirle la sonrisa más encantadora de todo su repertorio.

La mujer fue hacia ellos. Han sintió que el corazón le daba un vuelco, pero un instante después vio que la mujer le estaba observando con una marcada falta de entusiasmo, como si el corelliano fuera una costilla de traladón que estuviera empezando a ponerse un poquito verdosa por los bordes. La sonrisa se le congeló en los labios. «Bien, supongo que la atracción no es mutua...»

—Me gustaría presentarte a una amiga mía, Han —dijo Zeen, señalando a la mujer con un dedo—. Se llama Esbelta Ana Azul, y es una de las mejores contrabandistas de la zona..., y también es una jugadora de sabacc endiabladamente buena. Azul, te presento a Han Solo, un chico nuevo que me ha acompañado en el viaje. Y éste es su socio, Chewie.

—Es un placer conocerte... —asintió cordialmente Han.

Percibiendo su titubeo y comprendiendo que Han no sabía cómo dirigirse a ella, la contrabandista sonrió, revelando un reluciente diente de cristal azulado.

—Llámame Azul —dijo, con una voz que no podía evitar ser ronca y sensual—. Así que te llamas Han Solo, ¿eh? Y él es... —se volvió hacia el compañero de Han—. ¿Chewie, verdad?

—Chewbacca —la corrigió Han.

—Encantada de conocerte, Chewbacca —dijo Azul—. ¿Todavía no has conocido a Wynni?

Chewie inclinó la cabeza hacia un lado y gimió una pregunta. Esbelta Ana Azul le sonrió.

—Sabrás de quién estoy hablando en cuanto la veas —le prometió, un tanto crípticamente.

—Bien, bien... ¿Puedo invitarte a una copa..., Azul? —preguntó Han.

Azul le miró, pareció reflexionar durante unos momentos y acabó permitiendo que sus labios se curvaran en una tenue sonrisa.

—No, no lo creo —dijo por fin—. Eres muy mono, pero no eres mi tipo, Solo. Prefiero que mis hombres tengan un poco más de... experiencia.

Zeen soltó una risita.

—Nuestra querida Azul tiene gustos muy peculiares —dijo, dándose cuenta de que Han se tomaba bastante mal su rechazo—. Los jovencitos solteros sois demasiado fáciles de cazar. Azul disfruta con la persecución y la cacería, especialmente cuando forma parte de la emoción que se siente al robar algo que no te pertenece.

Los hermosos ojos de Esbelta Ana Azul recorrieron a Zeen desde la cabeza hasta los pies.

—Veo que estás pasando por una de esas temporadas en las que te gusta vivir peligrosamente, ¿verdad? —murmuró, y después se volvió hacia Han—. ¿Juegas al sabacc, Han Solo?

Han asintió.

—Sí, he jugado unas cuantas partidas —dijo cautelosamente.

—Pues entonces ven conmigo —dijo Azul, obsequiándole con una sonrisa tan fascinante como irresistible—. Me encantaría tener un poco de sangre fresca en mi mesa de juego.

Después giró sobre sus talones con una última inclinación de cabeza dirigida a Chewbacca y se fue. Han la siguió con la mirada, y no pudo evitar menear la cabeza con admiración.

—Esbirros de Xendor... No cabe duda de que es una mujer realmente magnífica —murmuró.

—Puro sabacc destilado —asintió Zeen—. Sí, Azul es de primera calidad.

—¿Y sólo le interesan los tipos casados?

—Digamos que prefiere la emoción de la cacería —replicó Zeen—. Si un tipo parece excesivamente disponible o tiene demasiadas ganas de que le echen el guante, Azul enseguida le da la espalda y busca una presa más difícil de atrapar.

—Oyéndote cualquiera diría que estás hablando de una araña peluda devaroniana —dijo Han, contemplando cómo el trasero eminentemente digno de ser observado de Esbelta Ana Azul desaparecía entre la multitud de contrabandistas que reían, charlaban y bebían.

—Casi has dado en el blanco, chico —dijo Zeen, acompañando sus palabras con una risita y un guiño—. Nuestra Azul es realmente única. Verás, Azul...

El veterano contrabandista se interrumpió de repente y giró sobre sus talones cuando un potente rugido hizo vibrar el bar. Han le imitó para ver a una wookiee inmóvil en el umbral. Para ser una hembra, la wookiee era enorme, y su altura y sus

músculos no tenían nada que envidiar a los de Chewie. Sus ojos azules estaban clavados en el compañero de Han, quien estaba muy ocupado dirigiendo la mirada hacia cualquier sitio que no fuese la entrada por la que acababa de aparecer su congénere.

—¿Quién es? —preguntó Han, volviéndose hacia Zeen.

—Wynni —replicó el viejo contrabandista con otro guiño y una sonrisa burlona.

Han y Chewbacca siguieron a la wookiee con la mirada mientras ésta venía hacia ellos. Wynni dirigió un ronco saludo gutural a Chewie, ignorando por completo a su compañero humano. Después extendió una peluda manaza y la deslizó por el largo brazo de Chewbacca en un gesto lleno de admiración.

Han se volvió hacia Zeen.

—Creo que Chewie le gusta —dijo secamente en básico.

—Eso parece —admitió Zeen—. Me parece que tu amigo ha tenido más suerte en el amor que tú, chico..., aunque tengo la impresión de que preferiría no haber sido tan afortunado.

El viejo contrabandista de rostro lleno de arrugas tenía razón, desde luego. Chewbacca miró desesperadamente a su alrededor mientras la wookiee se pegaba a él y emitía gruñidos altamente sugestivos.

Chewie vio que Han le estaba mirando, y meneó la cabeza en un movimiento casi imperceptible pero muy enfático. Han se compadeció de su amigo.

—Eh, Chewie, tenemos que irnos —dijo en voz alta.

Wynni se volvió hacia él y le gruñó. Estaba claro que no le gustaba nada ver cómo Han intentaba interferir con sus intentos de seducción. Han la miró y se encogió de hombros.

—Lo siento, pero tenemos que ir a un sitio —dijo—. Es una cita previa, ¿entiendes?

Resultaba obvio que Wynni no le creía. La wookiee dejó escapar otro gruñido gutural.

Han se dio cuenta de que estaban empezando a atraer a una multitud. El Chico DXo'ln, el amigo medio calvo de Zeen, dio un paso hacia ellos.

—Acusar a la gente de mentir es de muy mala educación, Wynni —le dijo a la wookiee—. Han está diciendo la verdad. Acabo de contratarle a él y a su amigo wookiee para que sirvan como copiloto y artillero a bordo del Fuego Estelar en el viaje a Kessel. De hecho, mis androides ya deberían haber acabado de subir el cargamento a bordo. Venga, Solo, tenemos que irnos...

Han dirigió una sonrisa llena de dulzura a Wynni y se encogió de hombros mientras ponía cara de «¿Qué otra cosa puedo hacer?». Chewbacca ni siquiera intentó ocultar lo mucho que se alegraba de poder alejarse de aquella terrible hembra depredadora.

Mientras iban por el pasillo que llevaba al hangar de descenso de Salto 1, Han se volvió hacia el Chico.

—Gracias —dijo con una sonrisa de agradecimiento—. Hubo un momento en el que pensé que no conseguiría sacar a Chewie de allí sin que Wynni me hiciera una escena.

El Chico DXo'ln sonrió.

—Sí, y cruzarse en el camino de una wookiee enamorada puede ser realmente muy perjudicial para la salud... Bueno, ¿qué quieres hacer ahora? ¿Te parece bien eso que dije de venir a Kessel conmigo?

—Desde luego —dijo Han—. Siempre he querido visitar Kessel. ¿Vas a seguir por la ruta de Kessel después de haber descargado tus mercancías allí?

—No lo sé —replicó el Chico—. Puede que lo haga, si hay un cargamento esperándome para que lo recoja. Pero de todas maneras estoy seguro de que en Kessel siempre podrás encontrar a alguien que quiera enseñarte cómo es esa ruta.

Han había oído hablar de la ruta de Kessel, y sabía que estaba considerada como la prueba máxima a la hora de enjuiciar las capacidades de un piloto. Ir por esa ruta permitía usar un atajo a través de un área de espacio deshabitado, evitando que la nave tuviera que dar un rodeo de un mínimo de dos días de duración. Pero la ruta directa que llevaba desde Kessel hasta los trayectos comerciales habituales se encontraba peligrosamente cerca de las Fauces, una gigantesca acumulación de agujeros negros que distorsionaban tanto el espacio como el tiempo. Las Fauces habían engullido a muchas naves, y todos los integrantes de sus infortunadas tripulaciones habían perecido.

En cuanto estuvieron a bordo del Fuego Estelar, el Chico señaló los controles con una mano.

—He oído decir que eres realmente bueno, Solo. ¿Crees que podrías pilotar mi nave durante el despegue y sacarla de aquí?

Han asintió, sintiendo la boca repentinamente seca. Se acordó de los consejos de Zeen, y se obligó a entrar en el campo de asteroides siguiendo una trayectoria rápida y moviéndose con tranquila seguridad, en vez de procurar ir despacio. También se acordó de las historias que contaban los pilotos que habían estado a bordo del Suerte del Comerciante, y comprendió que todas confirmaban que Zeen tenía razón: la mayoría de los campos de asteroides podían ser atravesados por alguien que tuviera nervios de acero y reflejos lo suficientemente rápidos. Conteniendo el aliento, Han hizo que el pequeño y maltrecho carguero se bamboleara de un lado a otro sin reducir la velocidad en ningún momento.

El Chico se recostó en el asiento del piloto y se limitó a mirar. Sólo intervino en una ocasión, y fue para incrementar un poco la aceleración de la nave a fin de esquivar un pequeño asteroide que estaba orbitando a otro de mayores dimensiones.

El asteroide más grande había estado ocultando a su pequeño compañero, y el Fuego Estelar pasó tan cerca de él que los escudos deflectores se activaron y la nave expresó su protesta con una violenta vibración. Pero lograron evitar la colisión.

Han se mordió el labio inferior mientras la roca, que tenía la mitad del tamaño de la nave, se alejaba velozmente por el espacio detrás de ellos.

—Lo siento, Chico. Tendría que haberla visto.

—No podías verla, Solo —replicó el veterano contrabandista—. Llevo tantos años entrando y saliendo de este maldito campo de asteroides que me he aprendido de memoria la posición de cada una de esas rocas y su comportamiento. Sabía que ese asteroide llevaba a un bebé pegado a los talones porque los había visto con anterioridad.

Cuando por fin emergieron al espacio despejado, Han se sentía como si llevara un día entero pilotando la nave en vez de sólo media hora. Lo único que quería era hundirse en el acolchado de su asiento y descansar, pero cuando volvió la mirada hacia el Chico DXo'ln vio que tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Aparentemente, el Chico se había dormido.

Han miró a Chewie y se encogió de hombros.

— Toma los controles mientras trazo el curso hasta Kessel, amigo. Unos minutos después Han extrajo las coordenadas finales del ordenador de navegación y acabó de trazar el curso. Alzó la mirada hacia el Chico DXo'ln, y un acuoso ojo azul se abrió para devolvérsela.

— Adelante, Solo —dijo la voz rasposa del Chico.

Han sonrió.

—Claro —dijo.

Unos instantes después los relucientes puntitos luminosos del espacio real se alargaron ante ellos, y el Fuego Estelar se precipitó por un túnel de líneas estelares. Han se dio cuenta de que estaba sonriendo como un crío. Llevaba mucho tiempo sin poder disfrutar de una experiencia de pilotaje que se saliera de la mera rutina.

Cuando estaba en la Armada, había hecho varios turnos de guardia como timonel a bordo de gigantescos navíos imperiales, pero lo que más le gustaba era pilotar cazas TIE. Aquellos aparatos eran pequeños, ágiles y mortíferos y exigían un control impecable tanto para las maniobras como para el uso del armamento, pero no tenían el más mínimo blindaje, lo cual los volvía muy vulnerables. Pocos pilotos de cazas TIE llegaban a viejos.

Cuando el Fuego Estelar volvió al espacio real, Han echó un vistazo a las Fauces y contuvo la respiración. El Chico DXo'ln, que por fin había despertado de su siesta, se desperezó y sonrió.

— Impresionante, ¿verdad, Solo?

— Desde luego —murmuró Han.

Las Fauces se extendían ante ellos, un conjunto de agujeros negros que estaban absorbiendo la vida de las estrellas de los alrededores.

Largas cintas de gas serpenteaban por entre los monstruosos remolinos de polvo y gases que indicaban la situación de los agujeros negros. Los agujeros eran invisibles, naturalmente. Se los llamaba agujeros “negros” porque su gravedad era tan potente que nada, ni siquiera la luz, podía escapar al tirón de sus pozos gravitatorios.

Pero las nubes de polvo y gases marcaban con toda claridad su localización, y había un buen número de ellos. Por lo que sabía Han, las Fauces eran únicas en la galaxia.

—Kessel se encuentra justo al lado de las Fauces, Solo —dijo el Chico—. Espera, voy a mostrarte las coordenadas en la pantalla...

Han estudió las lecturas del pequeño planeta de aspecto curiosamente deforme que orbitaba una diminuta estrella que brillaba con una potente claridad blanco azulada. Una luna minúscula giraba en una rápida órbita alrededor de Kessel.

—Ese planeta ni siquiera es esférico —murmuró—. No tiene una masa lo suficientemente grande para conservar una atmósfera, ¿eh?

—Dímelo a mí... —replicó el Chico—. Si vas a Kessel tienes que llevar una máscara respiratoria, pero al menos cuentan con un par de fábricas generadoras de atmósfera, y eso quiere decir que podremos prescindir de nuestro equipo para el vacío.

Han bajó la mirada hacia las lecturas y las contempló con el ceño fruncido.

—No sabía que Kessel tuviera una luna.

—Sí, y corren rumores de que los imperiales la han estado explorando y que quizá estén construyendo algo allí. Una locura, si quieres saber mi opinión...

—¿Hay naves imperiales por aquí?

Las revelaciones del Chico habían dejado un poco preocupado a Han. Chewie seguía siendo un esclavo huido, después de todo, y a los imperiales les encantaría poder volver a capturarlo.

—Sí. Hace algún tiempo me tropecé con un tipo que trabaja como informador para el servicio de seguridad imperial, y me contó que los imperiales están pensando en construir alguna clase de instalación supersecreta justo en el centro de las Fauces —dijo el Chico con voz pensativa.

Han contempló los torbellinos de polvo y gases que indicaban la situación de los agujeros negros y meneó la cabeza.

—¿Una base? ¿Ahí dentro? ¡No cabe duda de que están locos! El Chico se encogió de hombros.

—Hay más espacio vacío de lo que te imaginas entre esos agujeros negros. De hecho, algunos contrabandistas afirman que podrías acortar bastante la ruta de Kessel pasando muy cerca de las Fauces.

Han frunció el ceño mientras estudiaba sus lecturas.

—Quieres decir que eso permitiría recorrer la ruta en menos tiempo, ¿no?

El Chico soltó una risita, un sonido tan chirriante que casi resultaba metálico.

—Sí, también... Pero dicen que cuando estás tan cerca de las Fauces, tanto el espacio como el tiempo quedan seriamente distorsionados. Eso significa que no sólo puedes invertir menos tiempo en el viaje, sino que en realidad puedes llegar a eliminar una parte de la distancia.

—¿Cuál es el último récord? —preguntó Han, impulsado por la curiosidad.

—No lo sé —replicó el Chico—. Creo que últimamente se encuentra por debajo de las diez horas, pero nunca he estado lo suficientemente loco como para tratar de igualarlo. Sigue mi consejo y no intentes jugar con las Fauces, Solo.

Han tendía a pensar que los consejos del Chico eran dignos de ser seguidos. Pasar rozando las Fauces le parecía una idiotez..., y además parecía el tipo de idiotez propia de un suicida.

Han posó el Fuego Estelar sobre la superficie de Kessel, y los tres contrabandistas se pusieron máscaras respiratorias y salieron de la nave. Había una pequeña cantina que servía como zona recreativa y en la que los pilotos y tripulaciones podían comer y beber mientras esperaban a que los androides de carga acabaran de llenar sus bodegas.

El Chico DXo'ln decidió quedarse a supervisar las operaciones de carga, lo que permitió que Han y Chewie fueran a comer un bocado. Diez minutos después Han estaba a mitad de una apresurada comida acompañada por una jarra de cerveza de Polanis, y se preguntaba qué debía hacer a continuación. El Chico había dejado muy claro que en cuanto la bodega del Fuego Estelar estuviera llena despegaría para poner rumbo a ciertos lugares que prefería siguieran siendo desconocidos..., por lo menos para Han. El viejo contrabandista también había comentado que estaba seguro de que Han no tendría demasiadas dificultades para volver al Pasillo de los Contrabandistas, o a Nar Shaddaa, probablemente a través de la ruta de Kessel, desde el pequeño planeta.

Kessel no disponía de alojamientos para los visitantes que quisieran pasar la noche allí. Han volvió la cabeza en cuanto oyó abrirse la puerta de la cantina, y un instante después se encontró contemplando un rostro familiar.

—¡Roa! —exclamó, saludando con la mano al hombre que acababa de entrar en la cantina y se estaba quitando la máscara respiratoria—. ¡Eh, Roa! Ven aquí y te invitaré a una copa!

Roa —si tenía otro nombre, Han nunca lo había oído mencionar —era un hombretón muy alto y robusto de cabellos canosos y sonrisa encantadora. Sus ojos azules chispeaban con destellos de maliciosa alegría, y su gran sentido del humor hacía que le resultara muy fácil trabar amistad con la gente. En Nar Shaddaa todo el

mundo parecía conocer a Roa, y Roa parecía conocer a todo el mundo.

Roa y Mako eran viejos amigos, y Roa fue uno de los primeros contrabandistas que Mako le había presentado cuando Han y Chewie llegaron a Nar Shaddaa.

Roa llevaba más de veinte años ganándose la vida con el contrabando, lo cual le había convenido en el gran veterano del oficio. Le encantaba interpretar el papel de «consejero espiritual» con algunos de los contrabandistas más jóvenes, y siempre estaba dispuesto a compartir con ellos la sabiduría que había ido acumulando a lo largo de su carrera.

A diferencia de la mayoría de los contrabandistas, que no eran mucho mejores que piratas, Roa tenía un «código» privado que enseñaba a los jóvenes contrabandistas que lo acompañaban en sus recorridos a bordo del Viajero, su viejo pero meticulosamente conservado carguero. Tal como había hecho con otros muchos jóvenes, Roa le había enseñado a Han cosas como que nunca debía ignorar una petición de auxilio, que nunca debía robar a quienes eran más pobres que él, que nunca había que jugar al sabacc a menos que estuvieras preparado para perder, que siempre debías estar preparado para salir corriendo en cuanto las cosas se pusieran feas y que nunca debías pilotar bebido o bajo la influencia de las drogas.

Los contrabandistas conocían aquel código particular como las Reglas de Roa.

En cuanto vio a su joven amigo, una gran sonrisa iluminó el rostro franco y jovial de Roa.

—¿Qué estás haciendo aquí, Han?

Han señaló el taburete vacío que había junto al suyo.

—Es una historia muy larga, Roa. Eh... Bueno, supongo que básicamente se podría decir que hemos acabado aquí porque una wookiee se encariñó excesivamente con mi amigo Chewie.

Roa soltó una risita mientras pasaba una pierna por encima del taburete.

—¡No me digas que has conocido a Wynni, Chewbacca!

Chewie dejó escapar un ruidoso gemido y alzó sus ojos azules hacia el techo de una manera muy expresiva. Roa se echó a reír.

—Oh, vamos, Chewie... ¿Qué puede haber de malo en dejarse querer por una hermosa wookiee enamorada?

Chewbacca resopló y después se embarcó en una muy vívida explicación de lo agotador —y en ocasiones, incluso peligroso— que podía llegar a ser el amor entre los wookies. Han podía comprenderle, por supuesto, pero resultaba obvio que Roa apenas se estaba enterando de nada.

Cuando Chewie acabó de rugir, gruñir y resoplar, el veterano contrabandista enarcó las cejas y meneó la cabeza.

—De acuerdo, Chewbacca, de acuerdo... ¡Creo que batirte en retirada fue lo mejor que podías hacer! En el futuro, recuérdame que no debo atraer la atención de

Wynni bajo ningún concepto.

Han sonrió.

—¡Lo mismo digo, Chewie! —exclamó, y después se puso serio—. El problema es que ahora estamos atascados aquí. El chico DXo'ln nos ha traído hasta Kessel, pero tiene que ocuparse de unos pequeños negocios secretos y no necesita una tripulación. Estoy buscando alguna manera de volver a Nar Shaddaa, Roa. ¿Crees que podrías echarnos una mano?

Roa sonrió.

—Por supuesto que sí, Han. El único problema es que no vamos a volver directamente allí. He de llevar un cargamento de especia a Myrkr. ¿Qué me dirías de volver a Nar Shaddaa por la ruta de Kessel?

Los ojos de Han se iluminaron.

—¡Eso sería magnífico! No podré aspirar a conseguir los mejores empleos de piloto hasta que no haya hecho un par de recorridos por la ruta de Kessel. Roa... ¿Crees que habría alguna posibilidad de que me dejaras pilotar tu nave y me enseñaras qué hay que hacer durante ese trayecto?

El viejo veterano volvió a sonreír.

—Eso depende, Solo.

—¿De qué?

—De a cuántas copas estés dispuesto a invitarme.

Han se echó a reír y llamó al androide del bar con una seña para que les trajera munición fresca.

—Háblame de la ruta —dijo—. Creo que estoy preparado.

Roa le explicó que la ruta de Kessel llevaba a las naves que viajaban por el espacio real y procedían del sector de Kessel por un vector que se curvaba alrededor de las Fauces, y que luego atravesaba un sector de espacio deshabitado conocido como «el Pozo». El Pozo no resultaba tan difícil de atravesar como las Fauces, pero de hecho el número de naves perdidas en aquella zona era superior al que se había perdido en las Fauces, porque después de haber conseguido dejar atrás los agujeros negros, los pilotos tendían a estar cansados y sus reflejos reaccionaban más despacio de lo habitual. Y justo cuando más necesitaban descansar, el Pozo estaba esperándoles...

El Pozo contenía un campo de asteroides mucho menos concentrados que los que rodeaban el Pasillo de los Contrabandistas, pero se encontraba dentro del tenue brazo gaseoso de una nebulosa. El polvo y los gases de la nebulosa hacían que la mayoría de los sensores de las naves proporcionaran lecturas imprecisas, y los pilotos tenían serios problemas de visibilidad. Tener que entrar y salir continuamente de los zarcillos semitransparentes de la nebulosa resultaba tan arriesgado como agotador, y siempre había la posibilidad de que cuando un piloto alteraba su curso para esquivar a

un asteroide, se metiera de lleno en la trayectoria de otro.

Roa le explicó todo aquello a Han y después lo llevó al *Viajero* y le mostró un diagrama completo de su trayectoria sacado del ordenador de navegación. Han lo estudió con gran atención y acabó asintiendo.

—Bueno, Roa, creo que seré capaz de hacerlo.

El capitán del *Viajero* le contempló en silencio durante unos momentos, como si estuviera midiéndole con la mirada, y acabó asintiendo.

—De acuerdo, hijo. Adelante, sácanos de aquí...

Han asintió, y su mundo quedó inmediatamente reducido a lo que veía en la pantalla, las coordenadas, los controles y sus manos y sus ojos. Casi tenía la sensación de haberse convertido en un androide biológico, una criatura capaz de unir su sistema nervioso a la nave. Era como si Han se hubiera convertido en la nave, como si el *Viajero* y él hubieran pasado a ser una sola entidad.

Mientras sobrevolaba el centro de las Fauces, Han era agudamente consciente de que el más pequeño error por su parte podía acabar en un desastre fatal para el *Viajero*. Sintió cómo el sudor inundaba su frente mientras manipulaba los controles, esquivando anomalías y remolinos gravitatorios. Podía sentir la tensión que se iba adueñando de Roa, sentado junto a él en el sillón del copiloto, aunque el corpulento anciano permanecía sumido en el silencio más absoluto. Chewbacca dejó escapar un débil gimoteo detrás de él, una delgada hebra de sonido que resonó con sorprendente claridad en la silenciosa cabina de control.

Las Fauces ya estaban por todas partes, extendiéndose a su alrededor mientras esquivaban los peligrosos agujeros negros. Han sabía que siempre se podía optar por dar un gran rodeo alrededor de aquel sector tan lleno de peligros, pero el coste —en combustible, en tiempo y en la distancia extra que habría que recorrer— hacía que valiera la pena enfrentarse a la difícil ruta de las Fauces.

O eso había pensado en un principio, por lo menos...

Hasta el momento Roa no había dicho ni una palabra mientras Han pilotaba el *Viajero* a lo largo del complicado curso lleno de curvas serpenteantes que constituía la trayectoria más corta y más segura a través de las Fauces. Han pensó que eso debía de querer decir que lo estaba haciendo bien. Intentó respirar hondo mientras pasaban a toda velocidad junto a un torbellino de polvo y gases azulados, pero era como si llevara una banda de duracero ceñida alrededor del pecho.

Cuando Roa habló en voz baja y suave en el silencio de la cabina, Han casi saltó de su asiento.

—Ya hemos dejado atrás el punto central del recorrido. Buen trabajo, muchacho... Y ahora pon mucha atención, porque estamos llegando a la parte más complicada.

Han asintió, y notó cómo una grasienta gota de sudor se deslizaba sobre su ceja y seguía bajando lentamente por su cara. Después inclinó al *Viajero* hasta dejarlo

vertical mientras pasaban a toda velocidad junto al torbellino de polvo cósmico que en tiempos lejanos había sido una estrella.

Casi una hora después, cuando Han ya se sentía como si no hubiera podido respirar hondo ni una sola vez durante todo el viaje, salieron de las Fauces y entraron en el Pozo.

Un asteroide pasó junto a ellos. Han redujo la velocidad mientras trataba de mirar en todas direcciones a la vez, deseando tener ojos en la nuca como los moloskianos.

—¡Desviación máxima a babor! —dijo secamente Roa.

Han apenas tuvo tiempo de ver el asteroide del tamaño de una montaña que venía hacia ellos. Su sudorosa mano encontró el control necesario para poner en práctica la orden de Roa..., ¡y resbaló sobre él!

Una oleada de pánico invadió el pecho de Han mientras tensaba sus resbaladizos dedos sobre los controles, produciendo una compensación excesiva y haciendo que la nave estuviera a punto de interceptar la trayectoria de otro asteroide.

Chewbacca aulló, y Roa soltó una maldición. Han consiguió esquivar la segunda roca por lo que le parecieron centímetros.

—Lo siento —masculló—. Mis dedos resbalaron sobre el control.

Sin decir palabra, Roa metió la mano en un compartimiento de almacenamiento y sacó algo de él.

—Toma —dijo después—. Un regalo por haber conseguido atravesar las Fauces. Me ocuparé de los controles mientras te los pones.

Han cogió el par de guantes de pilotaje provistos de almohadillas antideslizantes y se los puso, tirando de ellos hasta dejarlos bien ceñidos a la piel.

—Gracias, Roa —dijo mientras flexionaba los dedos.

—No hay de qué —replicó el veterano contrabandista—. Yo siempre los llevo, y te sugeriría que me imitaras.

Han asintió.

—Lo haré.

Varias horas después, cuando Han hubo terminado su primera travesía por la ruta de Kessel y los tres contrabandistas se estaban relajando en la relativa seguridad del hiperespacio, Roa se recostó en el sillón del copiloto.

—Bien, Han, he de decir que nunca había visto a nadie pilotar tan bien una nave durante su primer viaje por la ruta de Kessel. Tienes auténtico talento, hijo. Sí, creo que has nacido para esto....

Han le sonrió.

—Y tú eres un maestro magnífico, Roa.

Chewbacca, empleando un tono bastante sarcástico, comentó que Roa quizá hubiera debido darle una cuantas clases más antes de permitir que Han se enfrentara a la ruta de Kessel, y que su compañero de aventuras se lo había hecho pasar tan mal

que aún no entendía cómo no se le había caído el pelaje del susto.

Han se volvió en el asiento y miró a su peludo amigo.

—Sigue haciendo ese tipo de comentarios sarcásticos y le daré nuestra dirección a Wynni la próxima vez que la vea.

Chewie le fulminó con la mirada, pero se calló.

—¿Y qué vas a hacer ahora, Han? —preguntó Roa—. No todos los contrabandistas pueden presumir de haber recorrido la ruta de Kessel, y tú no sólo acabas de hacerlo sino que has establecido una marca excelente. ¿Cuál va a ser tu próximo paso?

Han ya había estado pensando en ello.

—Quiero que Chewie y yo tengamos nuestra propia nave —replicó—. Tendré que empezar alquilando un transporte, naturalmente, pero puede que algún día esté en condiciones de comprar una nave. Claro que para eso necesitaré un montón de créditos, Roa, así que cuando vuelva a Nar Shaddaa lo primero que haré será ir al único sitio en el que puedes ganar montones de créditos.

Roa enarcó las cejas.

—Los hutts...

Han echó un vistazo a los estabilizadores.

—Sí, los hutts.

Roa meneó la cabeza y frunció el ceño.

—Trabajar para los hutts tiene sus peligros, Han. Los hutts son unos jefes muy difíciles de complacer: si no están contentos con tu manera de trabajar, puedes acabar nadando en el vacío sin un traje. Han asintió.

—Lo sé —dijo melancólicamente—. Ya he trabajado para ellos anteriormente. Pero si quieres ganar mucho dinero, tienes que estar dispuesto a correr ciertos riesgos...

Dos semanas y otro cazador de recompensas más tarde, Han y Chewbacca subieron por la escalinata del edificio más grande de la sección hutt de Nar Shaddaa. La Joya, que en un lejano pasado había sido un hotel de lujo, se había convertido en el cuartel general del kajidic Besadii.

Cuando era un hotel, la gerencia alardeaba de que La Joya podía proporcionar un lujoso alojamiento a más de la mitad de las razas inteligentes conocidas de la galaxia. Seres acuáticos, respiradores de metano y criaturas que sólo podían estar cómodas en un ambiente de baja gravedad... La Joya había alojado a todas esas especies, y a muchas más.

Mientras iban hacia la entrada del viejo edificio, Han pudo ver que había sido considerablemente remodelado para satisfacer las necesidades de sus nuevos propietarios. El gigantesco vestíbulo estaba festoneado de rampas deslizantes que

conducían a los niveles superiores. Las alfombras y moquetas habían sido arrancadas, y los suelos de piedra habían sido frotados y encerados hasta proporcionarles un brillo cegador para facilitar el avance a los hutts que quisieran reptar sobre ellos.

Han se aseguró por cuarta vez de que el cubo con el mensaje de Tagta se encontraba a buen recaudo dentro de su bolsillo y miró a Chewbacca.

—No tienes por qué entrar, amigo. Creo que podré enfrentarme a la entrevista yo solo.

La respuesta de Chewie consistió en un decidido meneo de cabeza. Han se encogió de hombros.

—De acuerdo, pero deja que sea yo quien hable.

Todos los hutts importantes de Nar Shaddaa tenían mayordomos, y en el caso de Jiliac el puesto resultó estar ocupado por una humana, una pelirroja de aspecto bastante impresionante que se estaba aproximando a la mediana edad. Llevaba un sencillo traje verde de corte muy discreto, y Han quedó impresionado por su dignidad y su presencia cuando la mujer se presentó.

—Me llamo Dielo, y soy la asistente personal del noble Jiliac —dijo—. Creo que me había dicho que tenía una carta de recomendación, ¿verdad?

Han asintió, teniendo la sensación de que iba espantosamente mal vestido a pesar de que se había puesto sus mejores pantalones, camisa y chaqueta. Se sentía un tanto a la defensiva, pero ya había aprendido hacía mucho tiempo que nunca debía mostrar nerviosismo o incomodidad. Como consecuencia, Han siguió sonriendo despreocupadamente y no permitió que su fachada de alegre fanfarronería se agrietara en lo más mínimo.

—Sí, tengo una carta de recomendación.

—¿Puedo verla?

—Desde luego, siempre que no salga huyendo con ella.

Han sacó el pequeño holocubo de su bolsillo y se lo entregó. Dielo examinó la mancha verdosa que cubría uno de sus lados, echó un rápido vistazo al mensaje y asintió.

—Muy bien —dijo, devolviéndole el holocubo—. Tengan la bondad de esperar aquí. Enseguida les vendré a buscar.

Cuarenta y cinco minutos después, Dielo reapareció y acompañó a Han hasta la cámara de audiencias del noble Jiliac.

Han estaba un poco nervioso, y se preguntó si Jiliac le reconocería como uno de los mensajeros que, cinco años antes, le habían entregado un mensaje en su palacio de Nal Hutta. El mensaje procedía de Zavval, el máximo rival de Jiliac. El señor del crimen ylesiano había desafiado a Jiliac y le había amenazado con terribles consecuencias. Cuando oyó el mensaje, Jiliac se puso tan furioso que destruyó una gran parte de su sala de audiencias.

Han esperaba que el hutt no le reconocería. Después de todo, nunca le había dicho su nombre. Además, Han ya no tenía diecinueve años y su aspecto había cambiado bastante. Su rostro era más delgado y adulto, y los años pasados en la Academia le habían hecho ganar peso y músculos. Aparte de todo eso, tampoco había que olvidar que para un hutt seguramente todos los humanos resultaban muy parecidos.

Aun así, Han tenía la boca seca cuando cruzó el umbral de la cámara de audiencias de Jiliac.

Han se sorprendió al ver dos hutts en la sala. Uno de ellos era casi el doble de grande que el otro, y Han sabía que eso significaba que era mucho más viejo. Los hutts no paraban de crecer durante toda su vida, algunos de ellos llegaban a alcanzar proporciones realmente impresionantes. El hutt promedio pasaba por varios períodos de rápido crecimiento después de alcanzar la edad adulta, y Han había oído decir que algunos de ellos podían llegar a doblar su tamaño en pocos os.

Han contempló a los hutts, y acabó decidiendo que Jiliac era el más grande de los dos.

La sala era enorme y muy lujosa. Estaba claro que aquella cámara de audiencias había sido la gran sala de baile del hotel. Las paredes estaban recubiertas de espejos, y Han pudo ver su imagen reflejada a ambos lados de la sala.

Han se detuvo delante de los dos hutts y se inclinó en una gran reverencia. Dielo le señaló con una mano y empezó a hablar en un huttés bastante aceptable.

—Noble Jiliac, éste es el piloto corelliano recomendado por vuestro primo, el noble Tagta. Se llama Han Solo, y el wookiee se llama Chewbacca.

Han volvió a inclinarse ante los hutts.

—Noble Jiliac... dijo, hablando en básico—. Es un gran privilegio conoceros, excelencia. El noble Tagta, vuestro primo, me dijo que siempre necesitáis buenos pilotos.

—Piloto Solo... —Los bulbosos ojos del hutt giraron entre las capas de grasa que los envolvían y se clavaron en Han, contemplándole con una tenue curiosidad—. ¿Habla y entiende el huttés?

—Lo entiendo, excelencia —se apresuró a decir Han—. Pero no lo hablo lo suficientemente bien como para poder hacer justicia a la inmensa belleza de esa lengua, y por lo tanto no resultaría correcto que intentara hablarlo.

Por suerte los hutts eran muy sensibles a los halagos, y aquel hutt no era una excepción a la regla

—Ah, un humano que entiende la belleza de nuestra lengua... —dijo Jiliac, volviéndose hacia el otro hutt—. No cabe duda de que nos hallamos ante un representante de su especie dotado de una rara sensibilidad.

—Lo cual no quiere decir gran cosa, teniendo en cuenta que hablamos de la especie humana —replicó el otro hutt con una risita de trueno—. Me pregunto si el

capitán Solo será tan hábil con los controles de una nave como parece serlo con las palabras...

Han volvió la mirada hacia el más joven y menos corpulento de los dos hutts, y vio que una aguda inteligencia relucía en sus ojos de angostas pupilas. Jabba tenía más o menos la altura de Flan, y sólo medía unos cuatro o cinco metros de longitud. Jiliac se dio cuenta de que Han estaba observando a su compañero.

—Le presento a mi sobrino Jabba, capitán Solo. Su colaboración ha acabado volviéndose indispensable para mí en todo lo concerniente a los asuntos del kajidic.

Han se inclinó ante el hutt más joven.

—Os saludo, excelencia.

—Saludos, capitán Solo —replicó Jabba con una afable ondulación de una de sus manecitas—. Su reputación le ha precedido.

Jiliac extendió una mano.

—Bueno, basta de charla... ¿El holocubo, capitán?

—Por supuesto, excelencia —dijo Han, sacando el holocubo de su bolsillo y entregándoselo a Jiliac.

El gran señor hutt examinó el holocubo durante unos minutos y después deslizó un diminuto sensor por encima de la mancha verdosa. Finalmente satisfecho, alzó la mirada hacia Han.

—Sus recomendaciones son excelentes, capitán. Siempre tenemos trabajo para un piloto experto.

Han asintió.

—Me encantaría trabajar para vos y para vuestro sobrino, excelencia.

—Muy bien, capitán. En ese caso, queda contratado. Pero ¿y su compañero? —preguntó Jiliac, señalando a Chewbacca.

—Formamos un equipo, excelencia. Chewie es mi copiloto. —¿De veras? —exclamó Jabba—. Pues yo diría que tiene más aspecto de guardaespaldas que de copiloto. —

Han se dio cuenta de que Chewie se envaraba junto a él y percibió, más que oyó, el suave gruñido de ira que amenazaba con emanar de su peludo pecho.

—Chewie es un buen piloto —insistió.

—Quienes queremos hacer negocios honradamente tenemos que enfrentarnos a muchos peligros —observó Jiliac—. ¿Alguno de ustedes ha recibido adiestramiento en el uso de los sistemas de armamento?

—Cuando volamos yo soy el artillero, excelencia —dijo Han—. Admito que Chewie es buen tirador, pero mi puntería es todavía mejor e la suya.

—¡Ah! —Jabba parecía encantado—. Por fin conozco a un humano que no me hace perder el tiempo con ese ridículo concepto suyo de la modestia».

—Me alegro de que aprobéis mi falta de modestia —replicó Han en un tono

bastante seco.

—Kessel... —murmuró Jiliac con voz pensativa—. Nuestras fuentes de información dicen que ha estado en Kessel.

Han asintió.

—Sí, excelencia. Y además hice mi primera travesía de la ruta de Kessel en un tiempo récord.

—¡Excelente! —retumbó Jabba, que poseía una voz casi tan grave y potente como la de su mucho más enorme tío. El joven hutt se rió, y el ensordecedor "jo, jo, jo" que brotó de sus labios hizo vibrar la sala—. Entonces supongo que estará dispuesto a viajar por la ruta de Kessel mientras transporta cargamentos para nosotros, ¿no?

—Depende de cuál sea la naturaleza del cargamento, excelencia —replicó Han.

—En estos momentos no podemos determinar en qué consistirán exactamente esos cargamentos —dijo Jiliac—. Obviamente, saldrá de Kessel transportando un cargamento de especia, probablemente brillestim, dado que Kessel es el lugar del que se extrae la especia. Pero en cuanto a lo que transportará dentro de su bodega de carga cuando se pose en Kessel... Bueno, eso puede variar considerablemente. Comida, artículos de lujo, una remesa de esclavos, o...

—Nada de esclavos —le interrumpió secamente Han. Tenía que dejar claro desde el principio que no estaba dispuesto a transportar esclavos. Si los hutts decidían considerar que eso era motivo suficiente para despedirle, entonces seguiría buscando trabajo—. Transportaré lo que quieran para ustedes, excelencia, pero no esclavos.

Los dos hutts miraron fijamente a Han, obviamente asombrados por su temeridad. Jabba fue el primero en romper el silencio.

—¿Y por qué no quiere transportar esclavos, capitán Solo?

—Tengo razones personales para ello, excelencia —dijo Han—. He podido ver la esclavitud desde muy cerca..., y no me gustó nada.

—¡Jo, jo! —Jabba soltó una nueva risotada—. Nuestro valeroso capitán tiene escrúpulos..., ¡y quizá incluso se trate de escrúpulos morales!

Han se negó a morder el anzuelo y se limitó a esperar en silencio.

Jiliac indicó a Han que siguiera donde estaba con un gesto de la mano, y después él y el hutt más joven se deslizaron y se retorcieron hasta quedar casi pegados el uno al otro. Mientras veía cómo se movían, Han se sintió incapaz de decidir si le recordaban más a una serpiente o a una oruga. Los hutts se desplazaban en un movimiento ondulatorio, utilizando las contracciones musculares para propulsarse.

Los dos hutts juntaron las cabezas y conferenciaron. Pasados un par de minutos, se separaron y se volvieron nuevamente hacia Han y Chewie.

—Muy bien, capitán Solo —dijo Jiliac con su voz de trueno—. No tendrá que transportar esclavos.

—Gracias, excelencia —dijo Han, sintiendo cómo una oleada de alivio se extendía por todo su ser.

—El tráfico de esclavos sólo supone una parte más bien insignificante de nuestras operaciones comerciales —dijo Jabba, con una sombra de desprecio en la voz—. Hemos permitido que esa actividad fuera acaparada en su mayor parte por el kajidic Besadii que opera desde Ylesia.

—¿Ha oído hablar de Ylesia, capitán Solo? —preguntó Jiliac. Han se tensó, pero logró ocultar su reacción.

—Sí, excelencia —replicó—. He oído hablar de ese planeta.

—En estos momentos nos dedicamos principalmente al ryll —dijo Jabba—. Acabamos de encontrar una nueva fuente de intercambios comerciales muy prometedora en Ryloth, el mundo natal de los rwi'leks. ¿Ha estado allí?

—Sí, excelencia. He estado en Ryloth, y conozco las rutas espaciales de esa zona.

—Ah, perfecto —dijo Jabba, y estudió atentamente a Han con sus enormes ojos, que rara vez parpadeaban—. Dígame, capitán... ¿Ha pilotado alguna vez un yate espacial?

Han tuvo que reprimir una sonrisa irónica. La razón por la que todos aquellos cazadores de recompensas le estaban haciendo la vida imposible era precisamente que, no contento con haberse llevado las obras de arte más selectas del tesoro de Teroenza, Han además les había robado su yate espacial personal a Zavval y Teroenza.

—Sí, excelencia —dijo—. Lo he hecho.

Jabba contempló a Han con expresión pensativa.

—No lo olvidaré.

Jiliac movió una de sus manecitas en un gesto de despedida. —Nos mantendremos en contacto, capitán. De momento, puede marcharse.

Han se inclinó ante los hutts y mientras lo hacía, dio un disimulado codazo a su amigo wookiee. Chewbacca dejó escapar un suave gruñido, pero también inclinó su torso hacia adelante.

Han salió de la cámara de audiencias, sintiendo cómo los hilillos de sudor resbalaban por entre sus omóplatos. Después, despacio y con mucha cautela, dejó escapar un suspiro de alivio.

«Bueno, espero no tener que arrepentirme de esto...»

Durante los tres meses siguientes, Han trabajó para Roa de vez en cuando, pero también llevó a cabo muchas misiones para los hutts. El corelliano se ganó la reputación de ser capaz de obtener velocidades muy elevadas incluso de naves más bien lentas, y dejó claro que siempre estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para llevar los cargamentos de contrabando al destino asignado.

Han recorrió la ruta de Kessel tantas veces que acabó perdiendo la cuenta.

A veces los hutts no necesitaban sus servicios durante días o incluso semanas, y entonces Han transportaba cargamentos para Mako, Roa u otros patronos. Pero Jiliac y Jabba le proporcionaban trabajo con gran regularidad, y la mayor parte de sus ingresos procedían de los hutts.

Tanto Jiliac como Jabba poseían yates espaciales particulares. Han descubrió que los dos hutts eran dueños de extensas propiedades en otros mundos aparte de Nal Hutta: de hecho, Jiliac era el gobernante no oficial de Dilbana, y Jabba era el gran señor del crimen de un mundo muy remoto y casi desconocido llamado Tatooine.

Un día Han y Chewie fueron informados de que deberían pilotar el yate personal de Jabba, el Joya Estelar, hasta Tatooine. Han hubiese preferido transportar especia, francamente. Jabba era más bien temperamental y estaba acostumbrado a salirse con la suya, y eso lo convertía en un pasajero tan irascible como exigente. Han se alegró de que el hutt hubiera decidido llevarse consigo a varios sirvientes personales para que le atendieran, ya que eso significaba que por su parte él sólo tendría que pilotar la nave.

El séquito de Jabba estaba mandado por un criado twi'lek llamado Lobb Gerido. Jabba trataba a Gerido espantosamente mal: siempre le estaba dando órdenes, y no paraba de gritarle e insultarlo. Han se alegró de no tener que aguantar aquel tipo de malos tratos. El séquito de Jabba también incluía a varias bailarinas humanoides, un nalargonista apodado «Zum-Bang» y al jefe de cocineros de la residencia de Jiliac en Nar Shaddaa, un ishi tib llamado Totoplat.

El propósito del viaje era transportar al palacio que Jabba tenía en Tatooine una «mascota» que el joven hutt había adquirido recientemente. La criatura era una auténtica pesadilla erizada de garras terribles con una gigantesca boca en forma de ventosa que poseía un apetito insaciable. Han descubrió que aquel ser procedía de Oskan, y que era conocido como «devorador de sangre». La única vez en que vio cómo su guardián alimentaba a la bestia, Han sintió que se le revolvió el estómago. Toda la bodega de carga apestaba debido a la presencia de la criatura. El devorador de sangre no se distinguía por sus buenos modales a la hora de comer, y sus efluvios eran lo suficientemente pestilentes para provocar náuseas a una oruga de los cadáveres corelliana.

El yate, un crucero ubrikkiano, era bastante grande. También era rápido, y su unidad motriz estaba formada por un par de motores iónicos N2 ubrikkianos, con tres motores fónicos Kuat T-c40 más pequeños que se encargaban de proporcionar la potencia auxiliar. La nave contaba con excelentes blindajes y un buen armamento formado por seis turbólasers. Su zona de carga podía acoger a seis cazas Z-95 Cazadores de Cabezas, así como a dos pequeñas lanzaderas de descenso.

En aquel viaje, como ocurría con frecuencia, el Joya Estelar sólo llevaría a bordo

dos Cazadores de Cabezas, con dos pilotos para manejarlos. Los pequeños cazas eran tan sólidos como temibles, pero no tenían hiperimpulsión, y Jabba solía utilizarlos como retaguardia mientras entraba en el hiperespacio. Jabba siempre exigía mucho a los cazas y a sus pilotos, y no los trataba con excesivos miramientos.

Tatooine era un mundo remoto perdido en los confines de la galaxia, y Han tuvo que llevar a cabo varios saltos hiperespaciales para llegar a su destino. El penúltimo salto llevó el yate espacial a una ruta casi totalmente carente de tráfico, pero que ofrecía el curso más directo a Tatooine.

Y fue allí donde se encontraron con los piratas que habían estado esperándoles: cuatro navíos drells en forma de lágrima, esbeltos y relucientes, pequeños pero mortíferos, surgieron de la negrura del espacio. Han ya se había enfrentado a aquellas naves cuando trabajaba como piloto para los ylesianos, y sus alarmas mentales empezaron a sonar apenas las vio. «¡¿Piratas!?! ¡Podrían serlo! Más vale ser precavido que tener que lamentar no haberlo sido después...»

—¡Escudos a máxima potencia, Chewie! —ordenó secamente, haciendo que el yate iniciara una serie de maniobras evasivas mientras su copiloto ajustaba los deflectores al máximo de intensidad. Han conectó la unidad de comunicaciones—. ¡Atención, atención! ¡Preparados para abrir fuego, artilleros! ¡Puede que tengamos algo de jaleo! —Cambió la frecuencia—. ¡Pilotos de los Cazadores de Cabezas, a sus naves! ¡Esto no es un simulacro!

Las palabras apenas acababan de salir de sus labios cuando la nave más cercana escupió una ráfaga cuádruple de fuego láser contra ellos. «¡Tenía razón!», se felicitó mentalmente Han. Gracias a su cautela, la ráfaga de la nave drell falló el blanco por una gran distancia.

Las naves sólo tenían una tercera parte de las dimensiones del gigantesco yate espacial de Jabba, pero sus cañones cuádruples empezaron a escupir ráfagas letales de fuego láser mientras se lanzaban sobre el yate a una velocidad vertiginosa. Los navíos piratas eran tan pequeños que resultaría muy difícil darles. Han hizo que el Joya Estelar describiera un brusco viraje.

—¡Fuego a discreción, artilleros! —aulló.

Los artilleros que manejaban los seis cañones turboláser de gran calibre del yate apenas habían tenido tiempo de empezar a disparar contra sus atacantes cuando Han ya estaba cambiando la frecuencia de la unidad de comunicaciones.

—Atención, pasajeros y tripulación: ¡estamos siendo atacados! Prepárense para maniobras evasivas y activen sus arneses de seguridad.

Chewie estaba desempeñando su trabajo con gran eficacia junto a él, permitiendo que Han pudiera concentrarse en el pilotaje mientras equilibraba y repartía la energía entre los distintos escudos, monitorizaba la situación general de la nave y decidía cuánta energía podían desviar a los sistemas de armamento. Los cañones turboláser

del yate hutt, discretamente instalados debajo de la superestructura de la nave, obtenían su energía directamente del núcleo alimentador del yate, lo que les proporcionaba una capacidad destructiva muy superior a la que esperaba encontrar cualquier oponente.

Han esquivó a una nave drell que venía hacia ellos y vio cómo los cañones turboláser lanzaban una ráfaga devastadora contra el objetivo enemigo, pero el pirata logró esquivarla en el último instante. «¡Esas malditas naves son tan diminutas como rápidas!»

Su unidad de comunicaciones cobró vida con un chisporroteo de estática.

—Aquí Cazadores de Cabezas: estamos preparados para el despegue.

Chewie abrió las compuertas de la bodega de carga y desactivó uno de los escudos de la sección central del yate para que los dos cazas pudieran lanzarse al espacio.

Han activó el comunicador.

—¡Despeguen cuando yo dé la orden, pilotos! Tres... Dos... Uno... ¡YA!

Jabba estaba aullando por el comunicador, exigiendo una explicación. Han podía oír los gimoteos y las maldiciones del twi'lek y las bailarinas. Totoplat, el cocinero, se quejaba una y otra vez de que la cena de Jabba se había echado a perder.

Han masculló una maldición y malgastó medio segundo de su precioso tiempo cerrando el canal de comunicaciones de la sección de pasajeros. Cuando volvió a alzar la mirada, palideció.

—¡Vector de aproximación central, Chewie! —gritó, sabiendo que aquella vez no podría reaccionar lo suficientemente deprisa.

El *Joya Estelar* tembló violentamente, y un segundo estremecimiento recorrió el yate casi de inmediato. Han comprendió que la primera nave había virado y estaba disparando contra su popa. Un instante después vio que sus deflectores traseros estaban a punto de derrumbarse, y soltó un juramento.

—¡Voy a virar, Chewie! —anunció—. ¡Intenta compensar ese escudo! ¡Voy a virar a babor! —gritó por el comunicador—. ¡Quitadme ese condenado pirata de detrás, chicos!

El wookie rugió mientras manipulaba frenéticamente los escudos. Han alteró bruscamente la trayectoria para desviarse hacia babor, y un instante después sintió las tenues vibraciones que recorrieron todo el casco del *Joya Estelar* cuando los artilleros volvieron a abrir fuego.

¡Otro fallo!

Han maldijo y activó el comunicador.

—¡Escuchadme, muchachos! ¡Quiero que el puesto uno de babor introduzca coordenadas de seguimiento y que abra fuego en cuanto yo dé la orden!

Echó un vistazo a sus sensores y localizó la situación de la primera nave drell.

Han vio cómo llegaba al final de su viraje, invertía el curso y se preparaba para hacer otra pasada de ataque. El corelliano inspeccionó sus parrillas de coordenadas X-Y, hizo unos rápidos cálculos y masculló una serie de coordenadas.

—¡Coordenadas recibidas y anotadas, capitán! —anunció el jefe de artilleros de babor.

—¡Puesto dos, introduzca las coordenadas de seguimiento y dispare su ráfaga cinco segundos después de que lo haya hecho el puesto uno! ¿Me han entendido? —preguntó Han mientras canturreaba otra ristra de coordenadas.

—¡Recibido, capitán!

—Puesto tres, introduzca las coordenadas de seguimiento y dispare su arma cinco segundos después de que lo haya hecho el puesto uno. Han volvió a recitar las coordenadas prescritas.

—¡Sí, capitán! ¡Preparados!

—Muy bien... Puesto uno..., ¡preparado para disparar!

Han estaba intentando emplear una táctica militar conocida con el nombre de fuego de barrera limitado que tenía como objetivo obligar a una nave a esquivar una andanada de tal manera que la maniobra evasiva la colocara en la trayectoria de otra salva de disparos. El truco era bastante complicado, pero si conseguían sincronizar correctamente las andanadas...

Han fue contando mentalmente los segundos mientras alteraba ligeramente el curso para que su popa quedara dirigida hacia las naves drells, deseando ofrecerles un blanco lo más tentador posible. «Tres..., dos.... ¡uno!»

—Puesto uno de babor..., ¡fuego!

El haz letal surcó el espacio, pero tal como se había imaginado Han, el ágil navío drell logró esquivar la andanada

«Cuatro..., tres..., dos..., uno...» Han siguió contando en silencio, sin apartar los ojos de la pantalla visora de babor.

—¡Sí! —gritó en el mismo instante en que la nave drell que había iniciado la maniobra evasiva se tropezaba con el haz láser disparado por el puesto dos de babor.

Una flor de incandescente fuego blanco desplegó sus pétalos de llamas sobre la negrura

—¡Le habéis dado!

Un estallido de vítores brotó de la unidad comunicadora.

Los Cazadores de Cabezas estaban convergiendo sobre otra de las naves drells. Las ráfagas entrecortadas que brotaban de sus cañones láser brillaban con destellos rojizos sobre la negrura tachonada de estrellas.

Pero Han no podía perder el tiempo contemplando a los esbeltos cazas de morro achatado y su batalla. El corelliano hizo que el Joya Estelar avanzara a toda velocidad hacia las dos naves drells restantes, y empezó a hablar por el comunicador.

—Artilleros de estribor, preparados para lanzar ráfagas continuadas en cuanto yo dé la orden. Las coordenadas son...

Han echó un vistazo a su tablero de control y recitó una serie de números.

Después volvió la mirada hacia las pantallas para ver cómo las dos naves drells viraban para iniciar otra pasada de ataque y venían hacia el yate tan deprisa como podían impulsarlas sus motores.

—Artilleros de estribor, fuego a máxima potencia... ¡Ahora!

Los tres potentes cañones turboláser lanzaron sus haces de energía mortífera sobre el vacío del espacio. «Esos capitanes van a pensar que me he vuelto loco», se dijo Han mientras iba contando las andanadas que brotaban de sus baterías de estribor y calculaba mentalmente su devastador ritmo destructivo. Lo que estaba planeando hacer requería la máxima precisión posible.

Cuando las naves drells entraron en el radio de acción de las baterías, Han tiró de los controles. La gran nave se desvió bruscamente hacia babor y quedó en posición vertical.

En cuanto vieron que Han no había enloquecido después de todo, los piratas drells se apresuraron a iniciar una rápida maniobra evasiva, tratando de esquivar las ráfagas de energía surgidas de los cañones turboláser..., ¡que de repente habían pasado a quedar dirigidos hacia ellos!

Un pirata logró esquivar el ataque, pero el otro quedó atrapado en el centro de la terrible andanada. El haz de energía del puesto dos de estribor le dio de lleno.

Esta vez el Joya Estelar se encontraba lo suficientemente cerca de la explosión como para que perdiera un campo deflector de estribor cuando éste fue repetidamente golpeado por las oleadas de restos. Han vio que los indicadores de sus instrumentos enloquecían mientras el yate hutt atravesaba la zona de destrucción para acabar emergiendo al otro lado de ella.

Echó un vistazo a la pantalla de babor. La nave drell alcanzada giraba lentamente en el espacio, con un enorme agujero en el costado. Sólo uno de los Cazadores de Cabezas era visible. La cuarta nave drell, la que había logrado escapar a la andanada, estaba huyendo a toda velocidad.

Durante unos momentos Han jugueteó con la posibilidad de iniciar una acción persecutoria, pero sabía que el pirata ya les llevaba demasiada ventaja. El corelliano viró en redondo y dirigió el yate hacia el punto en el que les estaba esperando la Cazadora de Cabezas superviviente.

Cuando se acordó de que debía volver a conectar la unidad de comunicaciones, la amenazas e imprecaciones de Jabba ya se habían extinguido. Han carraspeó antes de hablar.

—Estamos bien, excelencia. Espero que las sacudidas no le hayan molestado demasiado ahí atrás.

—¡Mi preciada carga se ha puesto muy nerviosa! —gruñó Jabba—. Tal vez tenga que sacrificar a una de mis bailarinas para calmar su apetito. ¡Los devoradores de sangre son criaturas muy delicadas y sensibles, Solo!

—Eh... Sí, señor. Lo lamento muchísimo, señor, pero tuve que combatir. De lo contrario nos habrían hecho pedazos, excelencia. Esos piratas buscaban algo más que un poco de botín. Sabían que íbamos a pasar por esa ruta, y estaban esperando justo en el lugar más adecuado para interceptar a una nave que se dispusiera a iniciar la última etapa del viaje a Tatooine.

—¿De veras? —Los tonos petulantes de la voz de Jabba se endurecieron de repente. El señor del crimen se olvidó de su mascota y concentró toda su atención en los negocios—. ¿Qué cree que intentaban hacer, capitán?

—Creo que querían dejarnos varados en el espacio o destruirnos, excelencia —dijo Han, abriendo las compuertas de la bodega de carga para que el maltrecho caza superviviente pudiera entrar en ella—. Creo que venían a por usted, señor.

—Otro intento de asesinato...

Jabba se había puesto repentinamente pensativo, y Han sabía que su tortuosa mente estaba funcionando a la velocidad de la luz.

—Eso creo, señor.

—Interesante —gruñó Jabba—. ¿Puedo preguntarle dónde aprendió esas maniobras tan..., tan poco ortodoxas, capitán?

—En la Academia Imperial, excelencia.

—Comprendo. Debo admitir que han resultado de lo más útiles. Ha frustrado este cobarde intento de asesinarme, capitán Solo, y será recompensado por ello. Recuérdemelo cuando hayamos vuelto a Nar Shaddaa.

—Puede estar seguro de que se lo recordaré, excelencia —prometió Han.

—Han Solo sabe algo —le dijo Jabba el Hutt a su tío Jiliac dos semanas después mientras compartían un almuerzo ligero en la pequeña sala anexa a la cámara de audiencias de Jiliac en Nar Shaddaa.

Jiliac metió una mano en su elegante combinación de acuario/depósito para platos exóticos y narguile —el último regalo que le había hecho Zavval antes de morir—, y extrajo de ella un diminuto ser que se retorció y temblaba. Después sostuvo a la frenética criatura delante de su rostro y la contempló con expresión pensativa.

—¿De veras? —murmuró después de unos instantes de silenciosa cavilación—. ¿Qué es lo que sabe?

Jabba hizo ondular su torso hasta que estuvo un poco más cerca del acuario/depósito y, después de que el señor de su clan le diera permiso con un gesto de la mano libre, introdujo un brazo en el artilugio para seleccionar un aperitivo. Hilillos de viscosa saliva verdosa se acumularon en las comisuras de sus labios mientras se imaginaba hasta qué punto resultaría deliciosamente gomosa y caliente la

delicada textura del pequeño anfibio que se disponía a hacer bajar por su garganta. Aun así, eso no impidió que concentrara toda su atención en la pregunta de Jiliac. Jabba era un hutt eminentemente práctico.

—Bueno, pues la verdad es que no lo sé —dijo por fin—. Sospecho que la única manera de averiguarlo es preguntádoselo.

—¿Y qué es lo que debemos preguntarle? —quiso saber Jiliac mientras Jabba introducía la exquisitez gastronómica en su enorme boca y tragaba ruidosamente antes de responder, produciendo una especie de glunk ahogado. —Hemos de averiguar cómo supo que debía reaccionar tan deprisa en cuanto vio a esas naves drells. El cuaderno de bitácora muestra que inició las maniobras evasivas y la activación del seguimiento de los sistemas de puntería antes de que los piratas abrieran fuego contra nosotros. ¿Cómo sabía Solo que la presencia de esas naves drells significaba que íbamos a tener problemas?

—Nosotros también hemos utilizado a los piratas drells en el pasado —le recordó Jiliac—. La pregunta que debemos hacernos es si este ataque ha surgido de nuestro propio clan o si procedía del exterior. —El anciano hutt juntó sus manecitas sobre la enorme curva de los pliegues de su estómago—. No te dejes engañar por las apariencias, sobrino. Algunos miembros del clan Desilijic sólo piensan en arrebatarme el liderazgo del kajidic...

—Cierto —admitió Jabba—. Pero no creo que ese ataque procediera del kajidic. Mis informadores me han asegurado que todo el clan quedó enormemente complacido con los beneficios obtenidos durante el último trimestre.

—¿Quién crees que estaba detrás del ataque entonces? —preguntó Jiliac.

—El clan Besadii —replicó secamente Jabba.

Jiliac masculló una maldición.

—Naturalmente... Son los únicos que cuentan con los fondos suficientes para contratar a los piratas drells. ¡Malditos sean! —La gigantesca cola del gran señor hutt onduló de un lado a otro sobre las relucientes losas del suelo—. Sobrino, Aruk está empezando a creerse demasiado importante. El comercio ylesiano está enriqueciendo de tal manera al clan Besadii que pronto dejarán de ser una mera amenaza económica para convertirse en un peligro personal. Debemos actuar..., y pronto. La amenaza que todo esto supone para el clan Desilijic tiene que ser aplastada.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, tío —asintió Jabba después de haber engullido otro de los diminutos convulsionadores de Serendina—. Pero ¿qué deberíamos hacer?

—Antes de poder planear nuestra represalia necesitamos disponer j de más información —decidió Jiliac, y activó la unidad comunicadora—. ¡Dielo!

La respuesta no se hizo esperar ni un instante.

—Estoy aquí, vuestra magnificencia. ¿Qué deseáis?

—Haz venir a Solo —respondió Jiliac—. Deseamos hablar con él.

—Inmediatamente, noble Jiliac —dijo Dielo.

Han Solo tardó varias horas en hacer acto de presencia, y cuando el corelliano entró en la cámara de audiencias tanto Jabba como Jiliac ya estaban bastante hartos de esperar. Como siempre, Solo iba acompañado por su gigantesco y peludo socio.

Los dos hutts le contemplaron en silencio durante unos momentos que se fueron prolongando de manera interminable. Han Solo cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y Jabba se dio cuenta de que estaba nervioso, aunque para tratarse de un humano, no había duda de que sabía ocultar muy bien su preocupación.

—Saludos, Solo —dijo Jiliac por fin, empleando su voz de trueno más impresionante e intimidadora.

El capitán corelliano se inclinó ante los hutts.

—Saludos, excelencia. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Queremos la verdad —dijo Jabba, sin esperar a que Jiliac iniciara el interrogatorio empleando sus rodeos habituales. A Jabba le gustaba ser lo más directo posible, y le encantaba ver sufrir a otros seres inteligentes—. Para empezar, podría contarnos la verdad.

Jabba tenía una vista muy aguda, y los hutts podían percibir una parte del espectro infrarrojo bastante más grande que la que podían captar los ojos humanos. El líder hutt vio cómo la sangre iba abandonando el rostro de Han Solo a medida que el corelliano palidecía, aunque su expresión no se alteró en lo más mínimo. El wookie se removió nerviosamente y dejó escapar un suave gemido.

—Eh... Vuestra impresionancia, yo... —Solo se humedeció los labios—. Me temo que no os entiendo. ¿La verdad sobre qué? Jabba decidió ser lo más claro posible.

—He inspeccionado el cuaderno de bitácora del Joya Estelar, capitán. ¿Cómo supo que los piratas drells estaban esperando en esas coordenadas para atacarnos?

Solo titubeó durante unos momentos y después respiró hondo antes de empezar a hablar.

—Ya había tenido que escapar de las emboscadas tendidas por los piratas que utilizan esos cruceros construidos en Drell anteriormente —dijo—. Además, sabía que sus excelencias tienen enemigos que son lo suficientemente ricos para poder contratar asesinos.

Jiliac no apartaba los ojos del rostro del joven corelliano.

—¿Y cuándo se había encontrado con ese tipo de emboscadas anteriormente, capitán? —preguntó, hablando despacio y en un tono lleno de suavidad.

—Hace cinco años, excelencia.

Jabba se inclinó hacia adelante.

—¿Y para quién estaba trabajando cuando cayó en ese tipo de emboscada, Solo?

El contrabandista corelliano volvió a titubear, pero se recuperó enseguida.

—Trabajaba para Zavval, señor. Pilotaba naves en Ylesia. Los ojos de Jiliac se desorbitaron.

—Sí... Algo empieza a agitarse dentro de mi memoria. Fue usted quien me trajo mi combinación de depósito y acuario, ¿verdad? Me acuerdo del sullustano, pero todos los humanos se parecen tanto...

—Sí, señor, fui yo —dijo Han.

Jabba se dio cuenta de que le costaba un poco admitir la verdad.

—¿Y por qué no nos había contado todo esto antes? —preguntó Jiliac, y su voz se volvió repentinamente tan helada como un glaciar—. ¿Qué nos está ocultando, capitán?

—¡Nada! —protestó Solo, meneando la cabeza—. ¡Les aseguro que acabo de contarles toda la verdad, excelencias! Quería trabajar para ustedes, pero pensé que no les gustaría demasiado enterarse de que había trabajado para el clan Besadii..., aunque sólo fuera como piloto de cargueros que transportaban especia. Por eso me lo callé, y no por ninguna otra razón. —Sus ojos castaños relucían, y agitó los brazos como para dar más énfasis a sus palabras—. La verdad es que... Bueno; en realidad siempre trabajé para Teroenza y apenas llegué a conocer a Zavval. No sé qué pueden haber llegado a pensar de mí, excelencias, pero lamento muchísimo todo esto.

Jiliac contempló al corelliano desde lo alto de su estrado.

—Debo decirle que estaba en lo cierto, Solo. Si hubiera sabido todo esto, nunca le habría contratado.

Silencio. Como única respuesta, Solo se limitó a encogerse de hombros.

Jiliac reflexionó en silencio durante unos momentos antes de volver a hablar.

—¿Sigue trabajando para ellos?

—No, excelencia —dijo Solo—. Estoy dispuesto a repetirlo bajo los efectos de la droga de la verdad, aunque también podéis ingerir un poco de brillestim y someterme a un sondeo telepático. Me fui de Ylesia hace cinco años, y no quiero volver a poner los pies en ese planeta.

Jabba se volvió hacia su tío.

—Tío, tengo la impresión de que Solo probablemente esté diciendo la verdad. Si todavía estuviera trabajando para el clan Besadii, no creo que hubiera luchado tan valerosamente para salvar el Joya Estelar y a mi persona, ¿verdad? No, en ese caso nuestro valiente capitán se habría limitado a permitir que mi yate fuera abordado..., y luego habría permitido que me mataran. —El más pequeño de los dos hutts contempló solemnemente al corelliano—. En consecuencia, y a menos que el clan Besadii sea mucho más sutil e inteligente de lo que creo que es, nuestro capitán está diciendo la verdad.

El corelliano asintió.

—¡Y así es, excelencia! De hecho, no quiero tener absolutamente nada que ver

con Ylesia ni con quienes la gobiernan. Ya sabéis qué opino de los esclavistas y de quienes se dedican al tráfico de esclavos..., y el clan Besadii es el mayor exportador de esclavos de toda la galaxia.

—Cierto, capitán Solo —dijo Jabba—. El que mi tío le haya identificado como uno de los mensajeros enviados por Zavval ha servido para refrescarme la memoria. Muy poco después de que Zavval emitiera esas amenazas, nos informaron de que se había producido un levantamiento en Ylesia, La factoría de brillestim fue destruida, Zavval murió durante un ataque armado varios esclavos fueron rescatados. También robaron dos naves.

Jabba clavó la mirada en el rostro de Solo para no perderse su reacción, pero el encogimiento de hombros del corelliano no le reveló nada.

—Se nos dijo que un humano llamado «Vykk Draygo» había sido el único responsable del conflicto producido en Ylesia, capitán —intervino Jiliac—. También se nos dijo que Vykk Draygo había muerto a manos de unos cazadores de recompensas poco después. ¿Qué sabe usted de todo esto?

Solo se removió nerviosamente, y Jabba se dio cuenta de que estaba intentando tomar una decisión. El corelliano acabó asintiendo.

—Sé muchas cosas —admitió—. Yo soy «Vykk Draygo». Jabba y Jiliac intercambiaron una larga mirada.

—¿Mató a Zavval? —preguntó Jabba, empleando su tono más aterrador.

—No, en realidad no... —Solo se humedeció los labios—. Yo sólo... Fue un accidente, más o menos. Eh... ¡No tuve la culpa de que muriera!

Los dos hutts volvieron a intercambiar una larga mirada, y después se echaron a reír con estrepitosas carcajadas.

—Jo, jo, JO! —retumbó Jabba—. Ah, Solo, Solo... ¡Los humanos son realmente muy extraños, pero nunca había conocido a uno tan peculiar como usted!

El corelliano parecía muy sorprendido.

—¿No están furiosos porque causé la muerte de un hutt?

—Zavval me amenazó —le recordó Jiliac al corelliano—. Él y su clan causaron muchos problemas al clan Desilijic, y nos costaron algunas vidas. Los hutts prefieren acabar con sus enemigos despojándolos de su riqueza, capitán, pero también somos capaces de llegar a recurrir al asesinato como método para resolver un problema.

Jabba observó en silencio a Solo mientras el corelliano se relajaba visiblemente.

—Oh —murmuró después—. Bueno, los humanos también usamos ese método en algunas ocasiones.

—¿De veras? —Esta vez le tocó el turno de sorprenderse a Jiliac—. Entonces tal vez todavía haya algo de esperanza para su especie, capitán Solo.

El corelliano sonrió sardónicamente. Jabba fue capaz de reconocer la expresión porque estaba muy acostumbrado a tener humanos a su alrededor.

—Aun así, no nos gustaría que se llegara a saber que un humano mató a un hutt sin que nadie se lo hiciera pagar, capitándijo, moviendo un dedito de un lado a otro en un inequívoco gesto de advertencia—. Si alguna vez llega a divulgar la verdad a cualquier otra criatura inteligente... Bien, entonces tendremos que asegurarnos de que queda reducido al silencio de manera definitiva y permanente. ¿Lo ha entendido?

Solo se apresuró a asentir, obviamente impresionado por la amenaza de Jabba.

—Excelente —dijo Jiliac, decidido a olvidarse del pasado y volviendo a lo que realmente le importaba—. Usted ha trabajado para el clan Besadii, capitán Solo. ¿Qué puede decirnos sobre ellos?

—Bueno, estuve allí hace unos cinco años —replicó cautelosamente Solo—. Pero vivir en Ylesia es el tipo de experiencia que resulta muy difícil de olvidar.

—¿De quién recibía sus órdenes cuando estaba allí, Solo? —preguntó Jabba.

—De Teroenza —replicó el humano—. Es el Gran Sacerdote, y la verdad es que controla toda la operación.

—¿Teroenza está al mando? Bien, pues entonces hablemos de él —exigió Jabba.

—Es un t'landa Til —dijo el corelliano—. Supongo que ya saben de qué clase de criaturas estoy hablando, ¿no?

Los dos hutts asintieron.

—Bien, pues Teroenza mantiene informado a su supervisor hutt, de la misma manera en que lo hacía con Zavval cuando estuve allí —siguió diciendo Solo—. Pero él es quien toma todas las decisiones, y además supervisa el funcionamiento cotidiano de las colonias ylesianas. Teroenza es bastante listo, y también es un administrador muy eficiente. Me imagino que estaban obteniendo unos beneficios realmente considerables..., aunque después de que yo destruyera la factoría de brillestim tuvieron que pasar por un año bastante malo.

Pensar en la destrucción de tanta especia y de una propiedad tan valiosa hizo que los hutts no pudieran reprimir una mueca de contrariedad. Solo volvió a encogerse de hombros.

—Sí, yo también lamenté esa pérdida —dijo al ver su reacción—. Pero necesitaba una distracción,

—¿Cómo murió exactamente Zavval?

—El techo se derrumbó sobre él —dijo Solo—. Nos sorprendieron —: cuando estábamos robando las obras de arte de la sala del tesoro de Teroenza, y...

Jabba entrecerró los ojos.

—¿La sala del tesoro? ¿De qué tesoro está hablando, capitán?

—Bueno, nosotros la llamábamos así —le explicó Solo—. Teroenza es un coleccionista fanático de objetos raros: obras de arte, antigüedades, armas, instrumentos musicales, muebles, joyas... Sea lo que sea lo que se le pase por la cabeza, puede estar seguro de que Teroenza tiene algún ejemplar en su colección.

Construyó una gran sala para guardar su colección en las profundidades del Edificio Administrativo de Ylesia. El Gran Sacerdote vive únicamente para su colección, ¿comprenden? Se podría decir que en Ylesia básicamente sólo hay selva y más selva, así que Teroenza no tiene gran cosa que hacer allí.

—Comprendo...—dijo Jiliac con voz pensativa mientras lanzaba una mirada de soslayo a Jabba, quien enseguida comprendió que la astuta mente de su tío ya había empezado a tramar un plan basado en la información que les acababa de proporcionar Solo.

Jiliac siguió interrogando a Solo sobre las factorías de especia de Ylesia, cómo estaba organizada la explotación, cuántos guardias había allí y muchos otros temas. Jabba les escuchó con gran interés. Su tío era líder del kajidic desde hacía muchos años, y había acumulado una gran experiencia en las intrigas y los ardides. El joven hutt se preguntó qué estaría tramando.

Finalmente, Jiliac acabó dejando marchar al corelliano, y Solo y el wookiee giraron sobre sus talones y salieron de la cámara de audiencias.

—Bien, tío... ¿Qué opinas? —preguntó Jabba.

Jiliac sacó sin apresurarse el narguile del fondo de la combinación de depósito y acuario y empezó a dar caladas a la pipa de agua. Jabba percibió el olor dulzón de las hierbas marcanianas, una droga euforizante de efectos muy suaves. Después transcurrieron varios minutos antes de que el líder del kajidic hablara por fin.

—Jabba, sobrino mío, me parece que toda esta enemistad entre los clanes Besadii y Desilijic debe cesar de una vez. Tarde o temprano uno de esos intentos de acabar con nosotros tendrá éxito, y eso sería una tragedia.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo Jabba, sintiendo un ? molesto cosquilleo en la piel al imaginarse qué horribles heridas abriría en ella la hoja vibratoria de un asesino..., aunque quizá se limitaran a arrojarlo al vacío espacial sin un traje. El joven hutt no pudo reprimir un estremecimiento—. Pero ¿qué podemos hacer?

—Creo que deberíamos solicitar una reunión de los clanes y pedir que se celebrara en terreno neutral —dijo Jiliac, hablando muy despacio y entre calada y calada a su narguile—. Ah, sí..., y también creo que deberíamos informar al clan Besadii de que estamos dispuestos a firmar un pacto de paz que acabe con la violencia por ambas partes.

—¿Y piensas que ellos aceptarán esa oferta?

Jabba no veía ninguna razón por la que debieran hacerlo.

—Aruk no es idiota, sobrino. Como mínimo podemos estar seguros de que fingirá aceptarla.

Jabba sabía que el plan de su tío no podía reducirse a un simple pacto.

—¿Y qué hay detrás de esta petición? —preguntó, hablando muy despacio y con

voz pensativa.

Jabba sabía que era listo, pero a veces Jiliac podía ser diabólicamente astuto.

—Cuando acuda a esa reunión pediré que los dos clanes revelen la cuantía de sus beneficios actuales —dijo Jiliac—, y también pediré que se proceda a nivelar los ingresos.

—¡El clan Besadii jamás aceptará esa petición!

—Ya lo sé. Pero es una razón válida para solicitar que los beneficios se hagan públicos de una vez, y el clan Besadii tendrá que admitir su validez.

—¿Y crees que compartirán su información con nosotros?

—Creo que lo harán, sobrino. Aruk aceptará encantado esa ocasión l de exhibir sus magníficos beneficios ante el clan Desilijic.

Jabba asintió.

—Oh, sí, desde luego... Tienes razón, tío.

—Creo que aprovechará esa oportunidad de sacar a relucir el tema del liderazgo en Ylesia porque eso le permitirá confirmar sus cifras, y de esa manera Aruk podrá alardear de sus beneficios.

—¿Quién es el supervisor actual?

—La operación ylesiana está siendo supervisada por Kibbick.

—¡Pero si Kibbick es un imbécil! —observó Jabba, que había conocido al joven hutt en una conferencia de los kajidics.

—Cieno —dijo Jiliac—. Por lo tanto, me imagino que el verdadero líder de Ylesia también tendrá que estar presente en la reunión para poder emitir su informe.

Las palabras de Jiliac hicieron que los bulbosos globos oculares de Jabba parecieran volverse todavía más enormes de lo que ya eran normalmente. Después soltó una risita y entrecerró los ojos.

—Empiezo a entender adónde quieres ir a parar, tío...

Jiliac siguió dando impasibles caladas a su narguile, y las comisuras de su enorme boca carente de labios se fueron elevando lentamente.

Teroenza estaba disfrutando de un rato de descanso en su sillón-hamaca cuando el cazador de recompensas más famoso de todo el Imperio pidió verle. Ganar Tos entró a toda prisa en el santuario privado del [landa Ti], retorciéndose nerviosamente sus manos de piel verdosa y llena de verrugas.

—¡Excelencia! ¡Boba Fett está aquí, y afirma que le habéis pagado para mantener una entrevista personal con él! ¿Es cierto eso, mi señor?

—Oh, ssssssí... —dijo el Gran Sacerdote de Ylesia.

El aliento emergió de la boca de Teroenza bajo la forma de un prolongado siseo mientras trataba de salir de su hamaca para alzarse sobre sus cuatro enormes pies. Un nervioso palpitar de expectación empezó a latir como un redoble de tambor en sus

dos corazones y sus tres estómagos.

La criatura que entró en la sala llevaba una vieja armadura de combate mandaloriana de color verdoso. Dos cueros cabelludos de wookiee trenzados, uno negro y uno blanco, colgaban de su hombro derecho. Su rostro quedaba totalmente oculto por su casco. Teroenza creyó distinguir el brillo de sus ojos detrás de la ranura ocular.

—¡Saludos, noble Fett! —dijo Teroenza con su mejor voz de trueno, preguntándose si debía ofrecerle la mano. Tenía el presentimiento de que si lo hacía Fett la ignoraría, por lo que acabó decidiendo no hacerlo—. ¡Le agradezco que haya venido tan pronto! Confío en que no habrá tenido ningún problema con nuestras traicioneras corrientes y tempestades ylesianas durante su viaje a través de nuestra atmósfera.

—No perdamos el tiempo —dijo Fett. La placa vocal del casco convertía su voz en un sonido mecánicamente inhumano—. Me habló de unos dardos de muñeca mandalorianos que forman parte de su colección y me dijo que me los entregaría en concepto de honorarios por haber venido hasta aquí para una entrevista personal, ¿verdad? Quiero verlos. Ahora.

—Oh, desde luego, desde luego... —se apresuró a decir Teroenza.

No hubiera sabido explicar por qué, pero de repente se había sentido invadido por la horrible convicción de que si Fett decidiera matarle por la razón que fuese, no se podría hacer nada para evitarlo. A pesar de la enorme masa de Teroenza, quien seguramente pesaba cinco veces lo que el humano, el Gran Sacerdote se sentía desnudo y vulnerable ante el famoso cazador de recompensas.

Teroenza se apresuró a preceder a Fett por la puerta de sus aposentos privados que llevaba a la sala del tesoro.

—Están aquí mismo —dijo, teniendo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no hablar demasiado deprisa y, de hecho, para no empezar a balbucear.

Fett caminaba junto a él, desplazándose de una manera tan silenciosa y letal como un dardo envenenado.

El Gran Sacerdote ylesiano abrió una vitrina de cristal y extrajo de ella los brazaletes. Cada brazalete contenía un mecanismo de resorte que dispararía una miríada de diminutos dardos mortíferos cuando quien lo llevara puesto moviera los dedos de cierta manera.

—Los dos brazaletes hacen juego —dijo Teroenza—. Me han asegurado que se hallan en un estado impecable y que todos los mecanismos funcionan.

—Lo averiguaré por mí mismo —dijo Fett, y su voz sonó tan átona y carente de emociones como de costumbre.

El cazador de recompensas se puso los brazaletes, giró sobre sí mismo en un movimiento tan veloz como lleno de fluidez y disparó las dos ráfagas de dardos

contra un grueso tapiz que adornaba la pared. Teroenza dejó escapar un graznido de protesta, pero no se atrevió a decir nada más.

Fett no se volvió hacia el Gran Sacerdote hasta que hubo acabado de recoger los dardos incrustados en el tapiz.

—Muy bien, sacerdote. Ha pagado mi tiempo. ¿Qué desea?

Teroenza intentó recuperar el control de sí mismo. Después de todo, Fett iba a convenirse en su empleado..., en cierta manera. El t'landa Til trató de adoptar una postura lo más digna e impresionante posible, a pesar de la repentina aceleración de sus pulsos.

—Hay un contrabandista llamado Han Solo que... Bien, tal vez haya visto los carteles de SE BUSCA a su nombre.

Fett asintió con una seca inclinación de la cabeza.

—Parece ser que Han Solo viaja acompañado por un wookiee, y se me ha informado de que los han visto en Nar Shaddaa. Dicen que nueve o diez cazadores de recompensas han tratado de capturarlo, pero ese humano ha sido demasiado rápido para ellos.

Fett volvió a asentir. Teroenza descubrió que su silencio empezaba a resultarle un poco inquietante, pero siguió hablando.

—Quiero a Solo. Lo quiero vivo, y relativamente intacto. Nada de desintegraciones.

—Eso hará que todo resulte más difícil —dijo Fett—. Mi tiempo es valioso, y no estoy dispuesto a tomarme tantas molestias únicamente por siete mil quinientos créditos.

Teroenza ya se había temido aquella reacción, y en su fuero interno tembló al pensar en lo que diría Aruk cuando se enterase. Aruk solía presumir de su frugalidad., aunque Teroenza consideraba que en realidad no era más que un viejo avaro miserable. Pero... Han Solo tenía que ser suyo. Quizá debería tratar de aumentar el total de la recompensa por su cuenta, aunque no quería tener que vender una parte de su colección para obtener los créditos necesarios.

—Ylesia aumentará la recompensa ofrecida por Han Solo hasta veinte mil créditos —dijo con firmeza.

Teroenza había decidido que convencería a Kibbick y Aruk para que aprobaran el aumento. No sabía cómo les convencería, pero ya se las arreglaría de una manera u otra. Después de todo, era responsabilidad de Aruk en tanto que líder del clan Besadii, ¿no?

Fett permaneció inmóvil y finalmente, justo cuando Teroenza ya empezaba a pensar que rechazaría su oferta, volvió a inclinar la cabeza. —De acuerdo.

El Gran Sacerdote tuvo que resistir el impulso de balbucear un tembloroso agradecimiento, sabiendo que con eso sólo conseguiría ponerse en ridículo ante el

cazador de recompensas.

—¿Cuándo cree que podrá traérmelo? —preguntó con nerviosa impaciencia.

—La recompensa no es lo bastante grande como para que posponga mis otros compromisos —dijo Fett—. Tendrá a Solo en cuanto pueda ocuparme de él, sacerdote.

Teroenza intentó ocultar su desilusión.

—Pero...

—Suba la recompensa a cien mil créditos y colocaré a Solo en el primer lugar de mi lista —le interrumpió Fett.

«¡Cien mil créditos!» Teroenza sintió que le daba vueltas la cabeza. ¡Pero si toda su colección no valía mucho más que eso! Aruk ordenaría que lo ahogaran en los océanos de Ylesia si prometía semejante recompensa. El t'landa Til meneó la cabeza.

—No —dijo por fin—. Me conformo con que incluya a Han Solo en su lista. Esperaremos.

—Y tendrá a Solo —prometió Fett

Después giró sobre sus talones y se fue. Teroenza le siguió con la mirada y forzó al máximo sus excelentes oídos, pero no oyó absolutamente nada. Fett atravesó el umbral y desapareció sin producir ni el más mínimo sonido. El Gran Sacerdote sabía que no volvería a verle hasta el día en que el cazador de recompensas trajera a Han Solo de regreso a Ylesia para que se enfrentara a su terrible destino.

«Espera y verás, Solo —pensó—. Eres humano muerto. Lo único que ocurre es que todavía no lo sabes...»

Capítulo 5

El cazador de recompensas número trece

DDos meses y tres cazadores de recompensas más tarde, Han y Chewbacca habían hecho considerables progresos hacia el objetivo final de ahorrar los créditos que necesitarían para alquilar una nave. Jabba y Jiliac eran implacables en todo lo concerniente a cumplir los horarios y los planes de vuelo, pero pagaban bien si sus órdenes eran seguidas al pie de la letra.

Los yates hutts no sufrieron nuevos ataques, pero Han cada vez tenía más claro que se estaba incubando alguna clase de confrontación entre los clanes Desilijic y Besadii. Sabía que los mensajeros de Jiliac habían transmitido alguna clase de propuesta a los representantes de Aruk el Hutt, y que a su vez Aruk había respondido con una petición de que celebraran una conferencia cara a cara. Han suponía que ese tipo de conferencias eran altamente inusuales en la sociedad hutt. El corelliano mantuvo las orejas y los ojos bien abiertos, y se preguntó si le ordenarían transportar a Jabba y Jiliac cuando los líderes hutts tuvieran que asistir a la reunión.

Las jornadas laborales de Han y Chewie eran tan largas como agotadoras, pero a veces podían disfrutar de algunos días libres entre una misión y la siguiente. En sus ratos libres, los dos compañeros se dedicaban a jugar al sabacc y otros juegos de azar con los contrabandistas del sector corelliano.

Siempre dispuesto a pasarlo bien, e intrigado por la novedad, un día Han se sintió atraído por un gigantesco letrero holográfico suspendido encima de uno de los hoteles-casino más antiguos que todavía seguían funcionando como tales. El Castillo del Azar anunciaba la actuación de una maga de la escena que, a juzgar por lo que decía todo el mundo, estaba considerada como una de las mejores ilusionistas de toda la galaxia.

La maga se llamaba Xaverri. Han preguntó cuánto costaba la entrada y, una vez hubo descubierto que podían permitirse pagarla, sugirió a Chewbacca que fueran a ver su espectáculo de magia aquella noche.

Han creía tan poco en la magia como en la religión. Pero había adquirido cierta experiencia en lo referente a los juegos de manos cuando aprendió a robar carteras y hacer trucos con las cartas, y siempre lo pasaba en grande intentando averiguar los secretos de cada número de magia.

Chewbacca se mostró extrañamente reluctante ante la idea. Empezó a gimotear y meneó la cabeza, diciéndole a Han que aquella noche deberían salir a divertirse con Mako, o ir a ver a Roa, que había comprado un pequeño caza monoplaneado «recuperado» por los piratas, y que estaba trabajando en él para dejarlo en condiciones de que volviera a funcionar. Han y Chewie ya le habían echado una

mano en varias ocasiones para ayudarlo a repararlo.

Han observó que podían ayudar a Roa cualquier noche, pero que Xaverri sólo actuaría durante una semana en el hotel-casino.

Chewie volvió a menear la cabeza. No dijo nada, pero estaba claro que no le apetecía en lo más mínimo ir. Han miró fijamente al wookiee y se preguntó qué demonios le pasaba.

—¿Qué ocurre, amigo? —preguntó por fin—. ¡Estoy seguro de que será muy divertido!

Chewie se limitó a gruñir y menear la cabeza, y no respondió. Han siguió contemplándole, cada vez más perplejo, y de repente creyó entender lo que le ocurría. Los wookiees seguían siendo un pueblo muy poco sofisticado. Habían incorporado y adaptado la tecnología avanzada a su forma de vida, pero no eran una especie tecnológica por naturaleza. Los wookiees eran un pueblo muy inteligente que había aprendido a pilotar naves por el hiperespacio, pero nunca habían construido sus propias naves espaciales. Los wookiees que salían de Kashyyyk —algo bastante raro después de que el Imperio hubiera decretado que los habitantes de Kashyyyk podían ser esclavizados y utilizados en cualquier clase de trabajos forzosos— lo hacían a bordo de naves construidas por otras especies inteligentes.

La sociedad wookiee todavía conservaba ritos y costumbres que muchos ciudadanos del Imperio considerarían altamente primitivos. Chewie tenía sus propias creencias, y éstas incluían una cierta cantidad de lo que Han consideraba como superstición pura y simple. Las leyendas de los wookiees estaban llenas de historias aterradoras de seres sobrenaturales que vagaban por la noche, hambrientos y sedientos, así como de hechiceros y magos maléficos que eran capaces de someter a otros a su voluntad para satisfacer sus nefandos propósitos.

Han contempló en silencio a su peludo compañero durante unos momentos.

—Oye, Chewie, tú sabes tan bien como yo que lo que llaman «magia» en el número de Xaverri no es más que un montón de trucos y paparruchadas, ¿verdad? —dijo por fin.

Chewbacca respondió con un prolongado «Hrrrrnnnnn», pero no parecía estar demasiado convencido.

Han estiró el brazo y le revolvió los pelos de la coronilla. Dewlanna había solido acariciarlo de aquella manera, que era el equivalente wookiee a una palmadita en el hombro.

—Chewie, te aseguro que ese tipo de magos de los escenarios no hacen ninguna magia real —siguió diciendo—. Su magia no tiene nada que ver con la de las leyendas de los wookiees. Xaverri sólo hace juegos de manos del tipo que yo puedo hacer con las fichas-carta: o se trata de eso, o se hace mediante proyecciones holográficas, espejos o algo por el estilo. No es verdadera magia, y no hay nada de

sobrenatural en ella.

Chewie respondió con un suave gimoteo, pero estaba empezando a parecer un poco más tranquilo.

—Te apuesto a que si vienes a ver a Xaverri conmigo esta noche, podré averiguar cómo hace todos sus trucos —insistió Han—. ¿Qué me dices, amigo? ¿Trato hecho?

El wookiee quiso saber qué estaba dispuesto a apostar Han. El corelliano reflexionó durante unos instantes antes de responder.

—Si no consigo averiguar cómo hace sus trucos, prepararé el desayuno y me encargaré de la limpieza durante un mes —prometió por fin—. Y si consigo averiguar cómo hace sus trucos, entonces me devolverás el dinero que me haya costado tu entrada. ¿Te parece bien?

Chewbacca acabó decidiendo que el trato era justo.

Los dos contrabandistas llegaron al hotel-casino lo suficientemente pronto para poder obtener dos butacas cerca del escenario. Después esperaron impacientemente hasta que se oyó una fanfarria de clarines y el telón holográfico se desvaneció para revelar el escenario y a su única ocupante.

Xaverri resultó ser una mujer tan voluptuosa como atractiva que tendría algunos años más que Han. Su larga y abundante melena negra estaba recogida en un complicado peinado, y sus ojos relucían con destellos plateados gracias a los realizadores del iris que utilizaba. La maga llevaba un vestido de seda violeta abierto en lugares estratégicos mediante hábiles tajos que ofrecían atisbos tan ocasionales como fascinantes de la piel dorada que había debajo de él.

Xaverri era una mujer de aspecto exótico e irresistible, y Han se preguntó de qué planeta procedería. Nunca había visto a una mujer semejante.

Después de haber sido presentada, Xaverri inició su espectáculo sin más preámbulos. Manteniendo el parloteo escénico reducido al mínimo imprescindible, la maga llevó a cabo trucos de creciente dificultad. Tanto Han como Chewbacca enseguida quedaron cautivados mientras presenciaban sus ilusiones. Hubo varios momentos en los que Han creyó poder adivinar cómo había ejecutado un truco, pero nunca consiguió detectar el más mínimo fallo en la rutina de Xaverri. El corelliano no tardó en comprender que había perdido su apuesta con Chewie.

Xaverri llevó a cabo todas las ilusiones tradicionales..., y después las mejoró. Partió por la mitad aun voluntario del público con un haz láser, y luego se partió por la mitad a sí misma. Se "teleportó" no sólo así misma sino también a una pequeña bandada de alas de murciélago rodianos desde una cabina de glasita herméticamente cerrada a una segunda cabina situada en el otro extremo del escenario, y todo ello mediante una sola erupción de humareda y llamas. Sus ilusiones eran tan elegantes como imaginativas, y estaban tan bien ejecutadas que casi conseguían hacerte creer que la maga realmente tenía poderes sobrenaturales.

Cuando pareció dejar en libertad a un enjambre de silbadores de Kayven para que atacaran al público, incluso Han se encogió sobre sí mismo, y luego tuvo que sujetar a Chewie para impedir que tratara de atacar a aquellas bestias ilusorias, tan real era su apariencia.

Como gran final de su actuación, Xaverri hizo desaparecer todo el muro de la sala de baile del hotel y lo sustituyó por un telón de nebrura espacial salpicado de estrellas. Mientras el público expresaba su asombro con un coro de oooohs y aaaahs, el vacío espacial fue invadido repentinamente por la aterradora visión de una enana roja que se precipitaba sobre los espectadores. Chewie dejó escapar un aullido de terror y estuvo a punto de esconderse debajo de su butaca. Han estaba haciendo considerables esfuerzos físicos para conseguir que el wookiee volviera a incorporarse cuando la ilusión se esfumó de repente y, sustituyéndola, apareció una gigantesca imagen de Xaverri que sonreía y hacía reverencias.

Han gritó, silbó y aplaudió hasta que le dolieron las manos. ¡Menudo espectáculo!

En cuanto los últimos aplausos se hubieron apagado, Han se apresuró a internarse por el laberinto escondido detrás del escenario. Quería conocer a la hermosa ilusionista, y deseaba decirle que poseía un talento extraordinario.

Xaverri era la primera mujer por la que se había sentido realmente atraído en mucho tiempo. De hecho, Han no se había sentido atraído por ninguna mujer desde que Bria le dejó.

Tras una larga espera entre la multitud que se había congregado delante de la puerta de acceso a los bastidores, Han vio salir de su camerino a Xaverri. Los realzadores plateados del iris habían desaparecido, y los ojos de la maga habían recuperado su color castaño oscuro natural. Xaverri había sustituido su traje de seda por un elegante conjunto de calle. Sonriendo afablemente, la maga escribió mensajes personalizados a sus fans y los firmó, y después marcó los diminutos cubos holográficos con la huella de su pulgar para que sirvieran como recuerdo de la función. Xaverri se mostró muy amable con todos sus admiradores.

Han se mantuvo deliberadamente en último término hasta que todo el mundo se hubo marchado y se encontró a solas con Xaverri y su ayudante, un rodiano de aspecto bastante hosco.

Y, finalmente, Han fue hacia la maga, luciendo la sonrisa más encantadora de todo su repertorio en los labios.

—Hola —dijo, mirándola a los ojos. Xaverri era casi tan alta como él, y sus botas de tacones altos complicadamente adornadas hacían que Han y ella tuvieran la misma altura—. Me llamo Han Solo y éste es Chewbacca, mi socio. Quería decirle que su espectáculo de magia me ha parecido el más original y emocionante de cuantos he visto en toda mi vida.

Xaverri le recorrió con la mirada desde la cabeza hasta los pies y después evaluó

a Chewbacca de la misma manera, y luego sonrió..., pero con una sonrisa muy distinta, fría y llena de cinismo.

—Buenas noches, Solo. A ver si lo adivino —dijo—. ¿Está vendiendo algo?

Han meneó la cabeza. «Muy perspicaz por su parte. Pero ya hace mucho tiempo que no me dedico a las estafas. Ahora sólo soy un piloto...»

—En absoluto, señora. Sólo soy un fan que admira la magia escénica. Además, quería que Chewie tuviera ocasión de poder verla y olerla para que sepa que es tan humana como yo. Me temo que le ha dejado más que impresionado, ¿sabe? Cuando llenó el aire con esos silbadores de Kayven... Bueno, fue como algo surgido de una de las leyendas de criaturas aladas nocturnas de los wookies. Chewie no sabía si cavar un agujero en el suelo o vender cara su vida.

Xaverri alzó la mirada hacia Chewbacca y después, muy lentamente, su sonrisa llena de cinismo se fue desvaneciendo para ser sustituida por una auténtica sonrisa.

—Encantada de conocerte, Chewie. Y si te he asustado, lo lamento mucho —dijo, ofreciéndole la mano.

Chewie envolvió la mano de la maga con sus dos manazas peludas y le soltó un torrente de palabras en wookie, que Xaverri pareció entender a la perfección. El wookie le dijo que su espectáculo le había dejado asombrado y aterrorizado, pero que en cuanto la función hubo terminado descubrió que en realidad lo había pasado maravillosamente bien.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó Xaverri—. ¡Ésa es justamente la reacción que los magos esperamos obtener!

Han casi sintió celos al ver lo bien que parecían llevarse Xaverri y el wookie nada más conocerse, y al darse cuenta de que la maga estaba respondiendo a la abierta admiración de Chewie con una sincera gratitud.

Han, decidido a no dejar escapar el momento, dio un paso hacia adelante e invitó a la ilusionista a tomar una copa con ellos para celebrar el éxito de la función.

Xaverri le contempló en silencio durante unos momentos, y la cautela volvió a aparecer en sus ojos. Han también se dedicó a observarla, y de repente comprendió que se encontraba ante un ser humano que había sufrido alguna pérdida terrible en el pasado. Eso había hecho que Xaverri se volviera muy cautelosa y que tratara de protegerse a sí misma a toda costa. «Va a decir que no», pensó, sintiéndose terriblemente desilusionado. Pero después de unos momentos más de reflexión, Xaverri le sorprendió accediendo a acompañarlos.

Han la llevó a una pequeña taberna del sector corelliano en la que tanto la comida como la bebida eran baratas y de buena calidad, y donde actuaba una mujer con un laúd-flauta que alternaba el tocar su instrumento con delicadas canciones cantadas en voz baja y suave.

Hizo falta un poco de tiempo, pero Xaverri se fue relajando e incluso llegó a

sonreír a Han de la misma manera en que sonreía a Chewie. Después de que la hubieran acompañado de vuelta al hotel, la ilusionista tomó la mano de Han entre las suyas y alzó la mirada hacia él.

—Solo..., muchas gracias. Me ha encantado conoceros, de veras. —Volvió la mirada hacia el wookiee, quien la obsequió con un gimoteo lleno de satisfacción—. Ahora me doy cuenta de que lamento tener que despedirme de vosotros, y ha pasado mucho tiempo desde la última vez en que pude decirle eso a alguien.

Han le sonrió.

—Pues entonces no te despidas, Xaverri. Di «Hasta la vista», porque así será.

Xaverri respiró hondo antes de responder.

—No sé si es una buena idea, Solo.

—Yo estoy seguro de que lo es —replicó Han—. Oh, sí, ya lo creo que sí...

Han volvió a la puerta de los camerinos a la noche siguiente, y a la otra. Él y Xaverri llegaron a conocerse muy bien, un pasito cauteloso detrás de otro. Xaverri no quería hablar de su pasado, y se mostraba todavía más reticente en todo lo que hacía referencia a él que Han respecto al suyo. Escuchando y haciendo preguntas lo menos directas posible, Han consiguió averiguar unas cuantas cosas sobre ella: Xaverri odiaba al Imperio y a todos los funcionarios imperiales con una ferocidad obsesiva y silenciosa que Han encontró un tanto inquietante, estaba orgullosa de sus habilidades como ilusionista y era incapaz de resistirse a los desafíos, y además... estaba muy sola.

Viajar de un planeta a otro, ofreciendo su espectáculo de magia a multitudes que la aclamaban y la vitoreaban pero teniendo que acabar siempre sola en la habitación de algún hotel, era una existencia muy dura. Han acabó teniendo la impresión de que había transcurrido mucho tiempo, quizá años, desde la última vez en que Xaverri había estado con un hombre. La ilusionista tenía muchas oportunidades, pero su reserva natural y su profunda suspicacia hacían que se resistiera a cualquier tipo de compromiso o relación.

Por primera vez en su vida, Han se encontró con que era él quien tenía que abrirse y comunicarse, y quien debía tratar de superar unas barreras que hacían que sus propias defensas emocionales, con todo y ser considerables, parecieran ridículamente insignificantes. Conseguirlo resultaba muy difícil y hubo varios momentos en los que el corelliano sintió la tentación de darse por vencido, faltando poco para que renunciara a su empresa por considerarla imposible.

Pero Xaverri le intrigaba y le fascinaba. Quería llegar a conocerla, y quería que llegara a confiar en él..., aunque sólo fuera un poco.

La tercera noche en que salieron juntos, Xaverri le dio un rápido beso delante de la puerta de su habitación antes de desaparecer por ella. Han volvió a casa sonriendo.

La noche siguiente se estaba preparando para salir cuando Chewbacca se levantó,

dispuesto a acompañarle. Han alzó una mano delante del wookiee en un gesto de advertencia.

—Eh, eh... Chewie, viejo amigo, esta noche no hace falta que vengas conmigo. Chewbacca dejó escapar un sonido entre despectivo y burlón. El wookiee estaba totalmente seguro de que Han acabaría metiéndose en alguna clase de líos si no iba con él.

Los labios de Han se fueron curvando lentamente en una de sus irresistibles sonrisas.

—Exactamente, muchacho, y eso es justo lo que espero que ocurra. Esta noche voy a salir solo, ¿entendido? Te veré más tarde. Mucho más tarde..., o eso espero.

Sonriendo y silbando las primeras notas de la melodía que acompañaba al número de presentación de Xaverri, Han salió de su apartamento y echó a andar hacia el Castillo del Azar para esperar delante de la puerta del camerino de Xaverri.

Cuando apareció un rato después, la ilusionista llevaba un sencillito mono negro y escarlata que armonizaba admirablemente con el color de su piel y sus cabellos. Xaverri pareció contenta de verle, pero enseguida miró a su alrededor, dejando muy claro con su actitud que estaba buscando a Chewbacca.

—¿Dónde está Chewie?

Han la cogió del brazo.

—Esta noche se ha quedado en casa. Vamos a pasar una velada juntos tú y yo solos, pequeña..., si no te importa.

Xaverri le miró e intentó adoptar una expresión de amenazadora seriedad, pero de repente le sonrió maliciosamente.

—Eres un bribón, Han Solo. ¿Lo sabías?

Han le devolvió la sonrisa.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta. Eso quiere decir que soy tu clase de hombre, ¿verdad?

Xaverri meneó la cabeza.

—Nunca se sabe...

Fueron a uno de los casinos controlados por los hutts, y gracias a la posición privilegiada de Han como piloto personal de Jabba y Jiliac, se vieron obsequiados con un tratamiento especial que incluía copas gratis, acceso a las mesas de juego reservadas a las apuestas más altas y los mejores asientos en los espectáculos.

La noche ya estaba muy avanzada cuando salieron del casino, y las verdaderas tinieblas nocturnas reinaban sobre aquella sección de Nar Shaddaa. Han acompañó a Xaverri hasta su hotel. Xaverri le preguntó cómo había conocido a Chewie, y de repente Han se encontró hablándole de sus años de oficial en la Armada Imperial.

—Y después de que me echaran de la Armada, descubrí que no podía encontrar trabajo como piloto —concluyó—. Me habían incluido en la lista negra, y no sabía de

dónde saldría mi próxima comida. Pero aunque perdí los estribos y le ordené a Chewie que se fuera y que me dejara en paz de una maldita vez, no lo hizo. Chewie me dijo que una deuda de vida es la obligación más seria que puede llegar a contraer un wookiee y que está por encima de todo..., incluso de los vínculos familiares. — Miró a Xaverri—. ¿Te molesta que haya sido oficial imperial? Sé que odias al Imperio.

La ilusionista meneó la cabeza.

—No, no me molesta. No serviste al Imperio el tiempo suficiente para que eso llegara a corromperte. No sé en qué dioses crees, pero deberías agradecerse.

Han se encogió de hombros.

—Me temo que la lista de divinidades en las que creo sería realmente muy corta..., tanto que ni siquiera llegaría a una línea —dijo, tratando de evitar que la conversación empezara a seguir un curso demasiado serio—. ¿Qué me dices de ti?

Xaverri le miró, y Han vio que sus ojos estaban iluminados por una extraña luz.

—Mi religión es la venganza, Solo. He de vengarme del Imperio por lo que me hicieron..., y por lo que le hicieron a los míos.

Han alargó el brazo, tomó su mano y se la apretó.

—Háblame de ello..., si es que puedes hacerlo.

Xaverri meneó la cabeza.

—No puedo. Nunca se lo he contado a nadie. Si lo hiciera... Bueno, creo que no podría soportar hablar de ello y que me moriría. Es... Bueno, sencillamente eso es lo que creo.

—El Imperio... ¿Mató a tu familia? —preguntó Han, atreviéndose a hablar pese a que sabía que se estaba internando en un terreno muy peligroso.

Xaverri hizo una profunda inspiración de aire y asintió, los labios terriblemente tensos.

—Mi esposo, mis hijos... —dijo con voz seca y átona—. Sí. Los mataron a todos.

—Lo siento —dijo Han—. Yo nunca he conocido a mi familia, y ni siquiera estoy seguro de que tenga una familia. A veces, como en este momento, pienso que el no tener familia quizá no sea tan terrible después de todo...

Xaverri meneó la cabeza.

—¿Quién sabe? Tal vez tengas razón, Solo. Lo único que sé es que nunca dejo pasar por alto una oportunidad deshacerles daño. Mi trabajo me lleva por toda la galaxia, y puedo asegurarte que éste es el primer contrato desde hace mucho tiempo en el que no he dedicado hasta el último momento de mis ratos libres a pensar en cómo puedo hacerle daño al Imperio.

Han sonrió burlonamente.

—Eso se debe a que en Nar Shaddaa no hay imperiales.

Aquello no era del todo cierto, desde luego, pero sí que resumía muy bien la

situación tal como era en la práctica. La Luna de los Contrabandistas contaba con una delegación de las Aduanas Imperiales cuyo personal se reducía a un viejo funcionario llamado Dedro Needalb que, básicamente, trabajaba para los hutts. Aun así, Needalb ostentaba el título de «Inspector de aduanas imperial». Cuando se acordaba y le apetecía, Needalb transmitía datos sobre las naves y sus cargamentos a Sarn Shild, el Moff de Sector local, pero nadie se tomaba la molestia de verificar si los datos que transmitía se correspondían con la realidad.

Básicamente, los hutts habían llegado a sus propios acuerdos particulares con Sarn Shild. Entregaban «contribuciones políticas» y «regalos personales» a Shild como muestra de «gratitud» por ser un representante imperial tan eficaz y competente. Shild, a su vez, procuraba no interferir en lo más mínimo con las actividades de los hutts.

Tanto Shild como los hutts estaban prosperando mucho gracias al acuerdo. «Son como un organismo simbiótico», pensó Han.

—Exactamente —dijo Xaverri—. Hacerle daño al viejo Dedro Needalb no tendría ningún sentido, ¿verdad? Eso supondría hacer daño a los hutts y a Nar Shaddaa, y en última instancia tal vez incluso acabaría resultando beneficioso para el Imperio..., y eso es lo último que deseo.

—Bueno, ¿y cómo te las arreglas para hacerle daño al Imperio? —quiso saber Han.

Se preguntó si Xaverri sería una asesina. Sabía que era una magnífica gimnasta y contorsionista, y que en algunos de sus trucos utilizaba armas como dagas, sables y hojas vibratorias; pero aun así le costaba imaginársela en el papel de una asesina. Xaverri era muy, muy lista. De hecho, Han tenía que admitir que probablemente fuera más lista que él. Eso quería decir que en su cruzada unipersonal contra el Imperio la ilusionista seguramente prefería utilizar su cerebro en vez de las armas.

—Xaverri le obsequió con una sonrisa enigmática.

—No quiero revelar todos mis secretos.

Han se encogió de hombros.

—Eh, el Imperio tampoco me cae demasiado bien. Los imperiales se han convenido en unos meros traficantes de esclavos, y yo odio la esclavitud. Quizá pueda echarle una mano en alguna ocasión... Sé defenderme, y puedo ser bastante útil en una pelea.

Xaverri le contempló con expresión pensativa.

—Me lo pensaré. La verdad es que llevo algún tiempo pensando en sustituir al viejo Glarret... Ya no es lo bastante rápido de reflejos para ser un buen ayudante en mi espectáculo, y además tampoco puede pilotar una nave. Ahora siempre he de pilotar yo, y eso puede llegar a ser muy duro.

—Bien, señora, pues permítame que le diga que soy un piloto de primera

categoría —dijo Han con una gran sonrisa—. De hecho, soy un experto de primera categoría en un montón de materias.

Xaverri alzó los ojos hacia el cielo.

—Y además es modesto.

Ya habían llegado a la puerta de su habitación. La ilusionista se volvió hacia Han y le contempló en silencio durante un segundo interminable.

—Es muy tarde, Solo...

Han no se movió.

—Sí.

La ilusionista ejerció una suave presión sobre la cerradura con el pulgar y el índice, y la puerta se abrió sin hacer ningún ruido. Xaverri titubeó durante un segundo, y después entró en la habitación...

... dejando la puerta abierta.

Han sonrió y la siguió.

Han despertó pasadas unas horas y decidió dejar sola a Xaverri, que seguía durmiendo profundamente, para que pudiera acabar de disfrutar de su reposo. Se vistió sin hacer ruido, y salió de la habitación después de haberle dejado un mensaje en el comunicador diciéndole que volvería antes de que anocheciera.

El amanecer acababa de despuntar sobre Nar Shaddaa, aunque en la Luna de los Contrabandistas el ciclo de actividad tenía muy poco que ver con la longitud antinatural (al menos para la mayoría de las especies inteligentes) de los días y las noches. Nar Shaddaa siempre estaba despierta, y siempre estaba activa. Han echó a andar hacia su casa por las calles atestadas, oyendo los gritos de los vendedores callejeros que anunciaban sus miríadas de artículos.

Empezó a silbar unas cuantas estrofas de una vieja canción corelliana mientras caminaba. Se sentía estupendamente. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos un poco de compañía femenina. Ya había transcurrido demasiado tiempo desde la última vez en que conoció a una mujer que realmente le importara, y resultaba obvio que Xaverri le encontraba tan atractivo como él la encontraba a ella. El recuerdo de sus besos aún conservaba el poder suficiente para hacer que el corelliano sintiera una punzada de emoción.

Un instante después Han se sorprendió contando las horas que faltaban para que pudiera volver a ver a Xaverri, y soltó una risita mientras meneaba la cabeza. «Contrólate, Solo. Ya no eres un chaval cegado por el primer amor, ¿verdad? Eres....»

Y de repente un objeto afilado se hundió en su nalga derecha. Al principio Han pensó que había tropezado, y que su trasero había chocado con un trozo de glasita que sobresalía del edificio medio en ruinas que había detrás de él.

Pero un instante después sintió que una extraña oleada de calor cosquilleante se extendía a una velocidad vertiginosa por todo su ser. Sus pasos se volvieron

repentinamente vacilantes, y la visión se le nubló para volver a aclararse casi enseguida.

¿Qué está pasando?.

Unos dedos de acero se tensaron alrededor de su brazo y tiraron de él hasta arrastrarlo al interior de un callejón. Han, horrorizado, se dio cuenta de que era incapaz de resistirse. Sus manos se negaban a obedecer las órdenes de su cerebro.

«¿Drogado? ¡Oh, no!»

Una voz átona e inhumana le habló desde detrás de su hombro derecho.

—No te muevas, Solo.

Han descubrió que seguía siendo incapaz de hacer nada que no fuera mantenerse totalmente inmóvil. Por dentro estaba hirviendo de rabia con una ira tan abrasadora y explosiva como el plasma estelar, pero su cuerpo parecía decidido a obedecer todas las órdenes de aquella voz artificialmente amplificadas.

¿En manos de quién he caído? ¿Qué quiere de mí?»

Han ordenó a todos los músculos, tendones y neuronas de su organismo que se concentraran al máximo en la tarea de mover sus manos, sus brazos y sus piernas. Las gotas de sudor se acumularon sobre su frente y empezaron a metérsele en los ojos, pero ni siquiera logró mover un dedo.

La mano se apartó de su brazo y bajó hasta su muslo para soltar la tira de cuero que mantenía su desintegrador dentro de la pistolera. Han pudo sentir cómo el leve peso que había estado percibiendo en todo momento encima de su muslo disminuía de repente cuando su atacante le desarmó. Cada vez más furioso, hizo un nuevo intento de moverse..., pero sus esfuerzos fueron tan infructuosos como si estuviera tratando de introducir una nave en el hiperespacio mediante la potencia de sus músculos.

Intentó hablar. Trató de preguntar a su captor quién era, pero incluso eso estaba fuera de su alcance. Lo único que podía hacer era respirar, tragando aire y expulsándolo, abrir y cerrar los ojos y obedecer.

Si Han hubiera sido un wookiee, habría estado aullando durante un buen rato.

Después de aliviar a Han del peso de su desintegrador, su captor se colocó delante de él. Han por fin pudo echarle un vistazo. «¡Un cazador de recompensas!», gritó su mente en cuanto lo vio.

El cazador de recompensas llevaba una vieja y bastante maltrecha armadura mandaloriana de color gris verdoso cuyo casco ocultaba por completo sus facciones, e iba armado hasta los dientes..., y además lucía alguna clase de trenzas hechas con cueros cabelludos blancos y negros colgando de su hombro derecho. Han se preguntó quién sería aquel tipo. Debía de formar parte de la elite de los cazadores de recompensas, y seguramente sería el típico especialista que sólo perseguía a los «casos difíciles».

El corelliano supuso que tendría que sentirse halagado, pero en el mejor de los casos aquel honor parecía bastante dudoso.

El cazador de recompensas deslizó la mano sobre el cuerpo de Han, palpándolo en busca de más armamento. Encontró la multiherramienta que Han llevaba en el bolsillo, y la confiscó. El corelliano volvió a tratar de moverse, pero no podía hacer absolutamente nada aparte de inhalar y exhalar. Su respiración, áspera y entrecortada, resonaba ruidosamente en sus oídos.

La figura envuelta por la armadura mandaloriana alzó la mirada hacia él.

—No malgastes tus energías, Solo —dijo después—. Te he inyectado una dosis de un veneno muy útil que descubrieron hace poco en Ryloth. Sale bastante caro, pero teniendo en cuenta la recompensa que pagan por ti, yo diría que el gasto estaba justificado. Durante varias horas no podrás moverte salvo para obedecer mis órdenes. La duración de los efectos varía dependiendo del sujeto, pero cuando se hayan disipado ya estaremos a bordo de mi nave y a punto de llegar a Ylesia.

Han miró fijamente al cazador de recompensas, y de repente comprendió que ya había visto anteriormente a aquella figura blindada con su armadura mandaloriana. Hacía mucho tiempo de eso, desde luego. ¿Cuándo la había visto? Han se concentró, pero el recuerdo se negó a volver a su memoria.

Una vez hubo acabado de registrarle, el cazador de recompensas se incorporó.

—Bien, date la vuelta.

Han se encontró dándose la vuelta.

—Y ahora camina. Tuerce ala derecha en cuanto llegues a la entrada del callejón.

El corelliano siguió consumiéndose en una rabia impotente mientras su cuerpo obedecía cada orden. Derecha-izquierda, derecha-izquierda. Estaba andando, y el cazador de recompensas se encontraba justo detrás de él. Han podía verlo de vez en cuando en el límite de su campo de visión.

Echaron a andar por la calle de Nar Shaddaa, y durante un momento Han albergó la esperanza de que podrían encontrarse con alguno de sus amigos, posiblemente incluso con Chewie. ¡Alguien tenía que darse cuenta de lo que le estaba ocurriendo!

Pero aunque fueron muchos los habitantes de Nar Shaddaa que vieron pasar al cazador de recompensas y a su presa, nadie les dirigió la palabra. Han tuvo que admitir que no podía culparles por ello. Fuera quien fuese, resultaba obvio que aquel cazador de recompensas pertenecía a una especie muy distinta de los que había eliminado antes. Aquel tipo era listo, hábil y extremadamente peligroso. Quienquiera que se interpusiese en su camino lo lamentaría, porque las consecuencias de esa temeridad serían terribles para él.

Derecha-izquierda, derecha-izquierda, derecha-izquierda.

El cazador de recompensas giró hacia la derecha en el cruce que llevaba al tubo de transporte más cercano. Han sabía hacia dónde se dirigían: tenían que estar yendo

hacia la plataforma de descenso pública más próxima, y el cazador de recompensas debía de tener una nave esperándole allí.

Han entró obedientemente en el tubo de transporte. Hizo un nuevo intento de moverse, pensando que se habría conformado con poder mover aunque sólo fuese un dedo de la mano o del pie. Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. El sistema de transporte público consistía en pequeñas cápsulas, cada una de las cuales era capaz de acoger a cuatro o cinco individuos, que se alineaban a lo largo de un cable como cuentas ensartadas en un hilo.

El captor de Han no se sentó, pero le ordenó que se sentara. El corelliano obedeció y se quedó inmóvil en el asiento, hirviendo de ira mientras se imaginaba todas las cosas que le haría a aquel cazador de recompensas si pudiera moverse.

El cazador de recompensas no habló, y Han no podía hacerlo aunque hubiese querido. El corto viaje transcurrió en silencio.

Cuando salieron de la cápsula, Han se encontró, tal como había sospechado, en una de las pistas de descenso públicas instaladas en los tejados. La pista era enorme, y su lisa desnudez sólo estaba interrumpida por varios conductos de ventilación que proporcionaban un poco de aire y luz a los edificios que había debajo de la plataforma. Los conductos daban directamente al vacío, sin ninguna barandilla que pudiera proteger a un paseante distraído de la muerte segura que le aguardaba a centenas o millares de niveles más abajo si caía en alguno de ellos.

Un recuerdo tan repentino como vívido de la noche en que Garris Alcaudón le había perseguido a través de las plataformas de los niveles superiores de Coruscant acudió a la memoria de Han. En aquella ocasión había logrado sobrevivir por muy poco, y el corelliano tenía el terrible presentimiento de que esta vez no iba a tener tanta suerte.

Han se encontró preguntándose qué le tendría reservado el destino cuando volviera a Ylesia. Teroenza no tenía ni una sola molécula de bondad o compasión en todo su enorme cuerpo, y se aseguraría de que su prisionero conociera un final tan lento como horrible.

Durante un momento Han deseó recuperar el control de su cuerpo durante el tiempo suficiente para poder lanzarse por uno de aquellos conductos de ventilación. Pero por mucho que se esforzara para moverse, no podía hacer nada salvo obedecer órdenes.

Han y su captor avanzaron por entre las naves estacionadas, dirigiéndose hacia un destino ignorado por Han.

Derecha-izquierda, derecha-izquierda, derecha-izquierda.

El cazador de recompensas señaló hacia adelante, y su brazo entró en el campo visual de Han.

—Ve hacia esa nave de la clase Chorro de Fuego modificada.

Han ya podía verla, y enseguida se dio cuenta de que el cazador de recompensas no bromeaba al emplear la palabra «modificada». El navío de patrulla y ataque era realmente inusual, y resultaba obvio que había sido sometido a considerables alteraciones. A diferencia de otras naves, había descendido con sus motores de propulsión Sistemas F-31 del Conglomerado Kwat dirigidos hacia el permacreto. Con una forma aproximadamente ovoide, la nave «se levantaría» sobre su popa para volar en cuanto aquellos potentes motores entraran en acción. Han nunca había visto una estructura parecida, pero la nave le recordó a su propietario y enseguida pensó que el Chorro de Fuego era tan poderoso y mortífero como él.

Su interés por la nave era tan agudo que durante un momento se olvidó del apuro en el que se hallaba, y se encontró deseando poder echar un vistazo al interior..., y un instante después se preguntó cómo podía ser tan estúpido. Iba a poder ver el interior, desde luego. Han pasaría varios días a bordo de aquel modelo de la clase Chorro de Fuego modificado mientras la nave lo llevaba a una tortura segura y una muerte inevitable.

Estaban avanzando por una especie de pasillo entre dos gigantescos cargueros de fabricación durosiana. Sólo faltaban unos cuantos pasos para que llegaran a la nave del cazador de recompensas, y ahí terminaría todo. Han era demasiado realista para tratar de consolarse con fantasías en las que, una vez dentro de la nave, lograba encontrar alguna manera de vencer a aquel tipo, se hacía con el control del Chorro de Fuego y escapaba, milagrosamente salvado.

Deseó poder tragar saliva. Tenía la garganta tan reseca que le dolía. Derecha-izquierda, Derecha-izquierda, Derecha-izquierda. «Se acabó —pensó—. Esta vez sí que realmente se acabó todo...»

Capítulo 6

Amor al primer vuelo

Mientras Han avanzaba con paso rígido y envarado, percibió un fugaz destello de movimiento por el rabillo del ojo: una figura acababa de surgir de detrás de la gigantesca aleta estabilizadora del carguero. Una voz que no había oído nunca anteriormente, suave y agradable, pero llena de autoridad, habló de repente.

—Quieto, cazador de recompensas —dijo aquella voz—. Muévete y será lo último que hagas en tu vida.

La mano que había permanecido suavemente apoyada sobre el brazo de Han se apartó de él. El corelliano no podía dejar de caminar, naturalmente. Han siguió avanzando hacia la zona de pista iluminada por el sol que se extendía entre él y el Chorro de Fuego modificado, dejando a su captor y a su desconocido benefactor ocultos entre la sombra de la nave a su espalda.

Una inmensa oleada de alivio se extendió por todo su ser. Han pensó que estaba salvado..., pero un instante después el alivio fue sustituido por el tenor. Sus ojos ya se habían adaptado al repentino cambio de la sombra a la luz del sol, y eso le permitió ver que había un conducto de ventilación entre él y el Chorro de Fuego. ¡Incapaz de detenerse, Han se iba a precipitar por él!

Y entonces la voz volvió a resonar detrás de él.

—¡Eh, tú! ¡Solo! ¡Deténte! —Han notó que se detenía, y volvió a sentirse inundado por el alivio. Afortunadamente, su cuerpo estaba dispuesto a obedecer órdenes de cualquiera, y no únicamente de aquel desconocido cazador de recompensas—. ¡Date la vuelta y ven aquí! —añadió la voz.

Han la obedeció con sumo placer.

Mientras iba hacia su antiguo captor y el hombre que acababa de rescatarle, Han escrutó las sombras, pero sólo pudo ver que había alguien inmóvil detrás del cazador —de recompensas con el cañón de un desintegrador metido debajo del borde del casco mandaloriano, de tal manera que la punta del cañón quedaba incrustada en el cuello del cazador de recompensas.

Cuando volvió a entrar en la sombra de la aleta estabilizadora del carguero y sus ojos se hubieron adaptado a ella después de haber estado expuestos a la claridad solar, Han por fin pudo echar un buen vistazo a su rescatador.

Era un humano que tendría aproximadamente la edad de Han, quizá un par de años más viejo. Un poco más bajo que Han, era esbelto y parecía estar en muy buena forma física. Iba pulcramente afeitado y tenía los cabellos negros y rizados, los ojos oscuros y la piel del color del jugo de la enredadera de cofina aclarado con un poco de leche de traladón.

Iba vestido a la última moda, con una camisa color oro pálido de cuello holgado y puños adornados con bordados negros cuya pechera se cerraba mediante cintas, y sus ajustados pantalones negros estaban impecablemente planchados. Un cinturón, igualmente lleno de bordados y tan ancho que casi parecía un fajín, realzaba la esbeltez de su cintura y la lisura de su estómago. Calzaba unas botas negras de cuero blando, lo cual explicaba cómo había sido capaz de tender una emboscada tan silenciosa al cazador de recompensas. Una media capa negra colgaba de sus hombros.

Mientras Han iba hacia él, su rescatador sonrió con una sonrisa excepcionalmente encantadora que reveló unos magníficos dientes muy blancos.

—Ya puedes dejar de andar, Solo —dijo, deteniendo a Han cuando aún le faltaba bastante para entrar en el radio de alcance de su antiguo captor.

Han se quedó totalmente inmóvil y contempló cómo el pulgar del hombre hacía girar el control de potencia del desintegrador mientras echaba la mano ligeramente hacia atrás. Al dejar de sentir la presión del arma del recién llegado, el cazador de recompensas empezó a girar sobre sus talones mientras levantaba las muñecas. ¡El cazador de recompensas llevaba un par de brazaletes mandalorianos que sin duda estaban cargados de mortíferos minidardos!

Han intentó gritar una advertencia que se negó a surgir de sus labios, pero enseguida vio que su ayuda no era necesaria. El recién llegado ya estaba disparando. El haz aturdidor se esparció sobre el cazador de recompensas, y a una distancia tan reducida ni siquiera su armadura mandaloriana pudo protegerle de sus efectos. El cazador de recompensas se derrumbó tan fláccidamente como si no tuviera huesos, y los bordes de las placas de su armadura chocaron ruidosamente con el permacreto.

Su rescatador guardó su pequeño pero mortífero desintegrador en una pistolera oculta unida al cinturón ornamental y llamó a Han con un gesto de la mano.

—Ayúdame a levantarlo.

Han hizo lo que se le decía, naturalmente.

Entre él y el recién llegado llevaron al cazador de recompensas hasta su nave. Han se preguntó qué iban a hacer con él, ya que no tardaría mucho en recuperar el conocimiento.

—Me pregunto cuánto durarán los efectos de esa droga que te ha administrado —murmuró su rescatador con voz pensativa—. ¿Puedes hablar, Solo?

Han sintió que sus labios se movían.

—Sí —dijo.

Después intentó decir algo más aparte de ese lacónico asentimiento, pero no pudo.

El hombre le miró.

—Ah, ya lo entiendo... Puedes responder a las órdenes pero no puedes hacer nada más, ¿verdad?

—Creo que sí —se encontró replicando Han.

—Esa droga es realmente terrible —dijo el hombre—. Había oído hablar de ella, pero nunca la había visto en acción. Tendré que averiguar si puedo conseguir algunas dosis. Me parece que podrían sacarme de más de un apuro...

Cuando llegaron a la rampa que conducía hasta la escotilla del Chorro de Fuego, dejaron al cazador de recompensas en el permacreto. Después el recién llegado procedió a registrar sus bolsillos y todos los posibles escondites que había en su armadura.

—Vaya, vaya... ¿Qué tenemos aquí? —exclamó mientras sus ágiles dedos descubrían varias ampollas en el bolsillo del cinturón del cazador de recompensas. Después de haber levantado cada ampolla hacia el cielo para poder leer la etiqueta, su rescataador se volvió hacia Han y sonrió maliciosamente—. Estás de suerte, Solo —dijo—. Ésta es la droga que te inyectó... —alzó una ampolla azul—, y aquí está el antídoto —añadió, alzando una ampolla verde.

Han esperó impacientemente mientras el recién llegado cargaba el inyector con la sustancia.

—No tengo ni idea de qué dosis debo administrarte —dijo—. Te inyectaré la cantidad mínima y si eso no sirve de nada, entonces probaré a inyectarte una dosis mayor —explicó, colocando el inyector sobre el torso de Han y apretando el gatillo.

Apenas su rescataador hubo apretado el gatillo y la sustancia empezó a extenderse por su cuerpo, Han volvió a sentir aquel extraño cosquilleo. Unos instantes después ya podía moverse y hablar.

—Te debo una, amigo —dijo, ofreciéndole la mano a su rescataador—. De no haber sido por ti.. —Meneó la cabeza—. Bueno, ¿quién eres y por qué me has rescatado? Nunca te había visto antes.

El hombre sonrió.

—Me llamo Lando Calrissian —replicó—. Y en cuanto a por qué te he salvado... Bien, es una historia muy larga. Vamos a ocuparnos de nuestro amigo Boba Fett y luego hablaremos. ¡Eh, Solo! —exclamó de repente, mirando fijamente a Han—. ¿Te encuentras bien?

Han pensó que se iba a desmayar de un momento a otro. Apoyó una rodilla en el suelo junto al cuerpo inconsciente del cazador de recompensas y meneó la cabeza.

—¿Boba...? ¿Boba... Fett? ¿Este tipo es Boba Fett?

¿Habían contratado al cazador de recompensas más famoso de toda la galaxia para que lo capturase? Han se dio cuenta de que todo su cuerpo estaba temblando en una tardía reacción a la noticia.

—Oh, chico... Lando, yo... —balbuceó—. No lo sabía...

—¡Bueno, pues ya no corres ningún peligro! —exclamó jovialmente Calrissian—. Tendrás tiempo de sobra para temblar más tarde, Solo. Ahora tenemos que decidir

qué vamos a hacer con nuestro querido amigo el señor Fett. —Estuvo pensando durante unos momentos, y después una sonrisa malévolamente fue curvando gradualmente sus labios hasta iluminar toda su cara—. ¡Ya lo tengo! —exclamó de repente, chasqueando los dedos.

—¿Qué se te ha ocurrido?

Calrissian ya estaba volviendo a cargar el inyector, esta vez con el contenido de una ampolla azul. Después sacudió al cazador de recompensas, que gimió y se removió.

—Está volviendo en sí, lo cual quiere decir que no perdemos nada con probar —gruñó.

Han, que había recuperado su desintegrador, mantuvo cubierto al cazador de recompensas con el arma mientras Calrissian levantaba la placa delantera del casco de Fett hasta dejar al descubierto su garganta. De repente el cazador de recompensas empezó a debatirse violentamente.

—¡Quieto! —ordenó Han, colocando el desintegrador delante del casco mandaloriano del cazador de recompensas—. No está ajustado para aturdir, Fett —casi rugió—. Después de lo que estuviste a punto de hacerme, me encantaría desintegrarte.

Boba Fett permaneció totalmente inmóvil mientras Calrissian apoyaba la aguja del inyector en su cuello y apretaba el gatillo. Unos momentos después Fett se estremeció.

—No te muevas —ordenó Calrissian.

El cazador de recompensas obedeció. Han y Lando se sonrieron el uno al otro, y sus sonrisas no resultaron nada agradables de ver. —Muy bien —dijo Calrissian—. Y ahora, incorpórate.

Boba Fett obedeció.

—¿Sabes qué deberíamos hacer? —murmuró Calrissian con voz pensativa—. Si tuviéramos alguna idea de cuánto duran los efectos de esta droga sobre el organismo una vez inyectada, yo votaría porque lo

lleváramos a uno de los bares de la zona y que cobráramos entrada durante un par de horas a quienes estuvieran dispuestos a pagar una buena cantidad de créditos a cambio de humillar a este tipo. Ha cobra

do muchas recompensas, así que ha de tener montones de enemigos.

—Dijo que los efectos durarían varias horas, aunque parece ser que no hay manera de saber con exactitud cuánto tardan en desvanecerse —observó Han.

Personalmente, lo único que deseaba en aquellos momentos era alejarse lo más posible de Fett y del Esclavo L. Durante un segundo jugueteó con la posibilidad de ordenar a Fett que atravesara el permacreto y se lanzara por el primer conducto de ventilación que encontrara, pero un instante de reflexión le convenció de que, aun

suponiendo que fuera la solución más inteligente, era incapaz de hacerlo. Matar a alguien en una pelea librada con desintegradores era una cosa, pero ordenar sin pensárselo dos veces a una criatura inteligente que se suicidara —incluso si se trataba de un asqueroso cazador de recompensas era otra y muy distinta.

—Sí, desde luego. —Calrissian se incorporó—. Bueno, creo que mi primera idea tal vez sea la mejor. Levántate, Boba Fett —ordenó. El cazador de recompensas se puso en pie.

—Desármate. Vamos, empieza ahora mismo...

Unos minutos después Han y Lando estaban contemplando el considerable montón de armamento de todo tipo que se había acumulado delante de ellos sobre el permacreto iluminado por el sol.

—Esbirros de Xendor... —dijo Han, meneando la cabeza—. Este tipo podría haber abierto una armería sólo con lo que llevaba encima. Fíjate en esos brazaletes mandalorianos... Y apuesto a que además los dardos están envenenados.

—Hay una forma de averiguarlo —dijo Lando—. ¿Están envenenados esos dardos? Respóndeme, Boba Fett.

—Algunos de ellos lo están —replicó el cazador de recompensas.

—¿Cuáles?

—Los del brazalete izquierdo.

—¿Y qué has puesto en los dardos del brazalete derecho?

—Un soporífero.

—Muy astuto —dijo Han, rozando cautelosamente los brazaletes con la punta de un dedo—. Un coleccionista debería pagar una buena cantidad de dinero por ellos. Bien, y ahora... ¿Qué vamos a hacer con él?

—Creo que deberíamos programar el piloto automático de su nave para que despegara a toda velocidad y siguiera un curso prefijado hacia algún sistema lo más alejado posible. Después le ordenaríamos que no alterase el curso que habíamos fijado. Si los efectos de esa droga tardan horas en desaparecer, cuando se hayan disipado ya podría estar a varios sectores de distancia. —Calrissian hizo una pausa—. Aunque ha matado a tanta gente que siento la tentación de conformarme con pegarle un tiro, claro... Pero nunca he matado a nadie a sangre fría. —Frunció el ceño, y casi pareció sentirse un poco avergonzado—. Debo admitir que no tengo muchas ganas de empezar precisamente ahora.

—Yo tampoco —dijo Han—. Creo que es un buen plan, Lando. Vamos a subirle a bordo.

Boba Fett desactivó obedientemente los bloqueos de seguridad de su nave y los tres entraron en el Esclavo I. Han y Lando ordenaron a Fett que se sentara en uno de los asientos de pasajeros y le pusieron el arnés de seguridad.

—¿Sabes pilotar naves espaciales? —preguntó Han.

—No —admitió Calrissian—. De hecho, ésa es la razón por la que te estaba buscando. Necesito contratar a un piloto.

—Pues ya tienes uno —dijo Han—. Estoy dispuesto a hacer todo lo que pueda para ayudarte, amigo. Como te dije —antes, te debo una.

—Ya hablaremos de eso más tarde. Ahora tenemos que librarnos de nuestro querido cazador de recompensas.

Han programó rápidamente el piloto automático para el despegue y pregrabó todas las respuestas que el Esclavo I necesitaría emitir para que el control de tráfico del sector de Nar Shaddaa le permitiera acceder a las rutas espaciales. Después eligió un curso que haría que la nave atravesara los sectores imperiales en una larga serie de vertiginosos saltos espaciales. Con un poco de suerte, Boba Fett no conseguiría recuperar el control del Esclavo ! hasta que estuviera a decenas de millares de pársecs de distancia.

—Ya está todo listo —anunció Han finalmente—. La nave despegará dentro de tres minutos.

—Perfecto. —Lando se volvió hacia el cazador de recompensas, que seguía paralizado por la droga—. Escúchame con atención, Fett, y haz exactamente lo que te diga. Vas a permanecer sentado en este asiento con el arnés de seguridad puesto, y no te acercarás a las controles de tu nave hasta que llegues al destino que Solo ha programado para ti o hasta que los efectos de tu droga de la obediencia se hayan disipado, si es que para entonces todavía te encuentras en el espacio. ¿Lo has entendido?

—Sí —dijo Fett.

—Estupendo.

Calrissian se despidió del cazador de recompensas agitando alegremente la mano y fue hacia la rampa.

Han miró fijamente a Boba Fett.

—Que tengas un buen viaje, cazador de recompensas. Espero no volver a verte nunca. Ah, y puedes decirle de mi parte a Teroenza que la próxima vez que vuelva a Ylesia, será un T'landa Til muerto. ¿Me has oído?

—Sí.

—Hasta luego, Fett.

Ya podía oír el estridente zumbido de los motores y la rampa vibró bajo sus pies mientras bajaba corriendo por ella, presionando el botón de CIERRE cuando pasó junto a él. Han tuvo que acabar saltando al suelo, porque la rampa empezó a ascender antes de que hubiera llegado al final de ella.

Lando ya había recogido el armamento de Boba Fett, y los dos jóvenes echaron a correr hasta que consideraron que se encontraban lo suficientemente lejos de la nave para no correr peligro. Después se volvieron para contemplar cómo el Esclavo 1 se

alzaba sobre su cola y despegaba entre el deslumbrante fogonazo emitido por sus potentes motores.

Y hasta que la nave hubo desaparecido en la lejanía, Han no se permitió tragar aire en una prolongada inspiración que dejó escapar lentamente.

—Uf. Por los pelos... —murmuró.

—Yo diría que sí —asintió Calrissian—. Tuviste mucha suerte de que te viera, Solo.

Han asintió y le ofreció la mano.

—Llámame Han. Estoy en deuda contigo, Calrissian.

—Llámame Lando. —Su rescatador volvió a obsequiarle con su irresistible sonrisa—. Y... no te preocupes, ¿de acuerdo? Me aseguraré de que pagues tu deuda.

—Lo que quieras, amigo. No puedes ni imaginarte qué habría sido de mí si Boba Fett se hubiera salido con la suya. —El sol calentaba bastante, pero aun así el corelliano no pudo reprimir un estremecimiento—. Créeme, Lando, ni siquiera yo quiero saberlo.

—Puedo imaginármelo —dijo Lando—. Los servicios de Boba Fett siempre salen muy caros. Si alguien tenía tantas ganas de echarle el guante, supongo que no era meramente porque te negaste a pagar una deuda o cualquier tontería insignificante por el estilo.

Han sonrió.

—Eres un tipo muy listo, amigo. —Le hizo una seña con la mano, y los dos empezaron a cruzar la plataforma de descenso—. ¿Te apetece desayunar algo? Acabo de darme cuenta de que me estoy muriendo de hambre. Escapar por muy poco a un destino peor que la muerte suele producir ese efecto sobre mi organismo.

—Claro que sí —dijo Lando—. Invitas tú, ¿no?

—Puedes apostar a que sí.

En cuanto estuvieron sentados en un pequeño café que Han solía frecuentar y tomaron el primer sorbo de sus tazas de té estimulante, Han empezó a tener la sensación de que conocía a Lando desde hacía años en vez de meramente una hora.

—Bien, y ahora cuéntame cómo diste conmigo —dijo mientras se acababa su última rebanada de pan—. Ah, y también me gustaría saber por qué me buscabas.

—La verdad es que ya te había visto en un par de ocasiones —admitió Lando—. Me hablaron de ti en un par de locales nocturnos, y me dijeron que eras un buen jugador de sabacc, un contrabandista bastante competente y un piloto magnífico.

Han intentó adoptar la expresión de modestia adecuada ante tales elogios, pero no tuvo mucho éxito.

—Pues yo no recuerdo haberte visto, Lando, pero supongo que tampoco tengo ninguna razón para acordarme de ti. Bien, de acuerdo... Así que sabías qué aspecto tengo, ¿eh? ¿Y qué ocurrió esta mañana?

—Bueno, anoche fui a tu apartamento para hablar contigo, y tu amigo me dijo que no creía que volvieras a casa esa noche. —Lando obsequió a Han con una sonrisa llena de malicia—. Pero me dijo que probablemente estarías con una... amiga... en el Castillo del Azar. En consecuencia, decidí pasar por allí antes de volver a casa en cuanto hube terminado mi jornada laboral por aquella noche.

—¿Trabajas de noche? ¿A qué te dedicas? —preguntó Han.

—Básicamente soy jugador profesional —respondió Lando—. Aunque si quieres que te sea sincero, también' he intentado ganar dinero con otras clases de negocios siempre que se me ha presentado la oportunidad.

—Comprendo... Así que todavía no te habías acostado, pero decidiste pasarte por el Castillo antes de volver a casa.

—No me quedaba demasiado lejos. La mayoría de los grandes casinos de esa sección de Nar Shaddaa están lo suficientemente cerca unos de otros para que puedas recorrer la ruta del juego a pie. Bien, el caso es que cuando llegué allí, te vi en la calle caminando a unos metros por delante de mí. Te seguí, con la intención de alcanzarte y presentarme...

—Y viste cómo Boba Fett me capturaba —aventuró Han.

—Exactamente. Los cazadores de recompensas nunca me han caído demasiado bien, así que os seguí hasta que estuve razonablemente seguro de adónde ibais. Después conseguí escabullirme por el perímetro de la pista de descenso y adelantaros. En esos momentos caminabas bastante despacio, ya sabes... El caso es que reconocí el Esclava! nada más verlo, así que no me costó demasiado esconderme en algún lugar entre vosotros y la nave, y eso me permitió caer sobre Fett cuando pasó junto a mí.

Han asintió.

—Y me alegro muchísimo de que lo hicieras, amigo. —Meneó la cabeza—. Oye, Lando... No le hables a Chewie de esto, ¿quieres? Ha contraído lo que los wookies llaman una deuda de vida conmigo porque está convencido de que me debe un favor, ¿entiendes? Anoche me costó muchísimo convencerle de que no me acompañara. Estaba seguro de que me metería en líos, y...

—Bueno, lo cierto es que te metiste en líos —dijo Lando, y soltó una risita.

—Ya lo sé —admitió Han de mala gana—. Pero si Chewie llega a enterarse de lo que me ocurrió, nunca volverá a quitarme los ojos de encima. Y... Eh, hay ciertos momentos en los que aun hombre le gusta disfrutar de un poquito de intimidad.

Lando meneó la cabeza.

—Sí, ya sé a qué te refieres. De acuerdo, Han, te guardaré el secreto.

—Se inclinó hacia adelante y se sirvió otra taza de té estimulante—. ¿Es guapa?

Han asintió.

—Es tan guapa que el haber estado con ella casi me compensa de la experiencia

por la que he pasado esta mañana, y estoy seguro de que eres justo la clase de hombre capaz de entender a qué me refiero.

Lando puso cara de sentirse muy impresionado.

—Quizá deberías presentármela, viejo amigo.

Han meneó la cabeza.

—No creo que sea una buena idea..., viejo amigo. Tengo la impresión de que eres un auténtico rompecorazones, así que probablemente intentarías quitármela.

Lando se encogió de hombros y se recostó en su asiento, sonriendo sarcásticamente.

—Nunca se sabe, desde luego...

Han sonrió.

—El término realmente importante de toda esta ecuación lingüística es «intentarías», Lando. Bien, ¿y por qué me buscabas? Antes dijiste que necesitabas un piloto.

—Cierto. Hace cosa de una semana estuve jugando al sabacc en Bospin, y uno de los jugadores decidió apostar su nave. Estábamos jugando una partida de apuestas realmente elevadas, ya me entiendes...

—Y ganaste y te quedaste con la nave —dijo Han.

—Así es. Pero nunca he pilotado una nave espacial. Necesito aprender..., especialmente ahora, ya que existe la posibilidad de que Boba Fett venga a por mí. Creo que en el futuro me dedicaré a buscar pastos más verdes y nuevas mesas de sabacc, y he pensado que viajar en mi propia nave podría resultar divertido. Tuve que contratar a un piloto para que me trajera hasta aquí, y me salió bastante caro. Lo que quiero de ti es que me enseñes a pilotar mi nave.

—De acuerdo —dijo Han—. Puedo hacerlo. ¿Cuándo quieres que empecemos?

Lando se encogió de hombros.

—Haber tenido que vérmelas con Fett ha hecho subir considerablemente mis niveles de adrenalina, así que no tengo ni pizca de sueño. ¿Qué te parece si empezamos ahora mismo?

Han asintió.

—Me parece muy bien.

Cogieron un tubo distinto para ir a otra plataforma de descenso. Han y Lando atravesaron la superficie barrida por el viento caminando el uno al lado del otro y avanzaron por entre las hileras de naves estacionadas hasta que Lando se detuvo y señaló hacia adelante con un dedo.

—Ahí está. El *Halcón Milenario*...

Han contempló el carguero ligero modificado inmóvil sobre el permacreto, un modelo Transporte YT-1300 construido en Corellia. Ya había visto muchos ejemplares de ese modelo con anterioridad, y siempre le habían gustado: aparte de ser

buenos pilotos, los corellianos también eran buenos ingenieros.

Pero mientras Han contemplaba aquella nave en particular, le ocurrió algo muy extraño. Sin ningún aviso previo, el corelliano se sintió repentina, irrevocable e irremisiblemente enamorado de ella. Aquella nave le estaba llamando con un cántico de sirena hecho de velocidad, maniobrabilidad, escapadas por los pelos, aventuras y operaciones de contrabando coronadas por el éxito.

.Esa nave va a ser mía —pensó—. Ah, sí, será mía. El *Halcón Milenario* será mío...»

Y de repente se dio cuenta de que estaba contemplando el carguero con los ojos desorbitados y la boca abierta. Lando le estaba mirando fijamente, los ojos entrecerrados en una expresión llena de suspicacia. Han se apresuró a cerrar la boca, e hizo cuanto pudo para expulsar aquel repentino anhelo de su mente. Tendría que jugar sus cartas con mucha habilidad. Si Lando llegaba a darse cuenta de hasta qué punto deseaba convertirse en propietario de aquella nave, seguramente subiría el precio hasta los cielos...

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Lando.

Han meneó la cabeza.

—¡Menudo montón de chatarra! —exclamó, al mismo tiempo que pedía perdón mentalmente a la nave—. Oye, viejo amigo, estoy empezando a pensar que las apuestas de esa partida no eran tan elevadas como has estado intentando hacerme creer.

—Eh, el piloto que me trajo hasta aquí dijo que era una nave realmente rápida —dijo Lando, pareciendo ponerse un poco a la defensiva. —¿De veras? —replicó Han, poniendo cara de no estar muy convencido de ello y encogiéndose de hombros—. Bueno, no lo sabremos hasta que la hayamos probado. ¿Vamos a dar una vuelta?

—Claro —dijo Lando.

Unos minutos después Han estaba sentado delante de los controles de la nueva adquisición de Lando, saboreando la respuesta del Halcón mientras la nave despegaba sobre sus haces repulsores y las manos del corelliano conectaban la propulsión sublumínica. Todavía se sentía incapaz de creer lo que había visto en su sala de motores: ¡aquella nave poseía un sistema de hiperimpulsión de nivel militar! «¡Oh, amor mío.. »

Y las velocidades sublumínicas que era capaz de alcanzar tampoco estaban nada mal, desde luego. Han sintió cómo el Halcón salía disparado hacia adelante en una incesante aceleración. La facilidad con que los motores le proporcionaban energía era realmente emocionante, pero Han se aseguró de ocultar su excitación.

—No está mal —dijo en el tono más indiferente de que fue capaz—, pero las he visto mejores. Vamos a ver qué tal maniobra.

Sacó el Halcón de la atmósfera de Nar Shaddaa y después pilotó la nave por la

abertura del escudo, todo ello sin dejar de dar las respuestas correctas al control de tráfico en ningún momento. Una vez libre del pozo gravitatorio y tras haber dejado atrás la pista de obstáculos formada por las naves abandonadas que flotaban a la deriva, Han hizo que el Halcón ejecutara una vertiginosa serie de toneles, rizos y oscilaciones.

—¡Eh! —protestó Lando, tragando saliva de manera claramente audible—. ¡No olvides que llevas un pasajero a bordo! Y además tu pasajero acaba de desayunar._

Han le sonrió. Durante un momento se sintió tentado de preguntarle cuánto quería por la nave, pero sabía que Lando pediría más dinero del que podía permitirse pagar. Una larga serie de planes enloquecidos que giraban alrededor de la idea de conseguir que los hutts compraran el Halcón para que Han pudiera pilotarlo con regularidad —y tal vez robarlo, algún día— desfilaron a toda velocidad por la mente del corelliano.

Pero no quería que Jabba o Jiliac se convirtieran en propietarios del Halcón. Los hutts no sabrían apreciar aquella preciosidad, aquella verdadera obra de arte...

Han inspeccionó el armamento. «Esta monada tiene buenas piernas, pero anda un poco escasa de músculos...» El Halcón sólo disponía de un cañón láser ligero instalado en una torreta superior. «No es suficiente», pensó Han.

—El piloto que contraté me dijo que el Halcón quizá necesitaría un poco más de armamento para llegar a ser un navío de contrabando realmente bueno —dijo Lando en aquel mismo instante, como si le estuviera leyendo los pensamientos a Han—. ¿Qué opinas?

—Opino que si yo fuera el dueño de esta nave, instalaría otra torreta artillero y unas cuantas baterías láser cuádruples, así como un cañón de repetición en la quilla para que me cubriera el trasero si tenía que salir corriendo de algún sitio —dijo Han.

«Y quizá también compraría unos cuantos cohetes de alta potencia explosiva...»

—Eh... Tendré que pensar en eso —dijo Lando. Pero es una nave bastante rápida, ¿verdad?

Han asintió, aunque a regañadientes.

—Sí, Lando. Tiene unos motores realmente potentes y puede llegar a ir bastante deprisa.

«Oh, cariño...», pensó mientras acariciaba disimuladamente la consola de control.

Unos minutos después Lando carraspeó.

—Creía que habíamos decidido hacer esta pequeña excursión porque ibas a enseñarme a pilotar mi nave, Han.

—Oh... Oh, sí —dijo Han—. Sólo estaba... familiarizándome con ella. Ya sabes, Lando... Así podré enseñarte a conocerla a fondo.

—Oyéndote hablar, cualquiera diría que este trasto está vivo —replicó Lando.

—Bueno, los pilotos suelen acabar tratando a sus naves como si estuvieran vivas —admitió Han—. La nave se convierte en una especie de... amiga. Ya lo irás

entendiendo.

—No olvides que el Halcón es mi nave —dijo Lando, empleando un tono ligeramente cortante.

—Por supuesto que sí— dijo Han, asegurándose de que su voz sonaba lo más despreocupada y tranquila posible—. Bien, y ahora escúchame con atención: vamos a empezar con las velocidades sublumínicas. Si quieres llegar a ser un auténtico experto en maniobras, tienes que acumular muchas horas de vuelo sublumínico. ¿Ves esa palanca? Pues tira de ella y habrás conectado la hiperimpulsión, y eso es algo que no quieres hacer a menos que hayas trazado un curso y lo hayas introducido en el ordenador de navegación. Así pues... no toques esa palanca. ¿Lo has entendido, Lando?

Lando se inclinó hacia adelante y clavó los ojos en los controles. —Lo he entendido...

A millares de años luz de distancia, Teroenza, Gran Sacerdote de Ylesia, estaba inmóvil en el centro de la Colonia Tres y contemplaba los daños causados por el ataque terrorista que había tenido lugar al amanecer. Más de una docena de cuerpos yacían en el suelo esparcidos a su alrededor, la mayoría de ellos guardias de sus propios servicios de seguridad. Los edificios de la factoría mostraban las señales negruzcas dejadas por los haces desintegradores. La puerta del comedor comunal había quedado convertida en un montón de metal fundido, y un grupo de guardias estaba acabando de apagar un incendio en el Edificio Administrativo. El olor a quemado luchaba con el olor a invernadero de la verde jungla saturada de vapores y humedad.

El Gran Sacerdote dejó escapar un nervioso resoplido. Y todo aquello por culpa de una incursión que tenía como objetivo a los esclavos, pero no para adquirir nuevos esclavos sino para liberarlos...

La mayoría de los incursores eran humanos. Teroenza había visto sus imágenes en los monitores de comunicaciones de sus cuarteles generales en la Colonia Uno. Dos naves habían descendido en una veloz espiral a través de las traicioneras corrientes atmosféricas de Ylesia, pero sólo una había conseguido llegar a la superficie. La otra nave había quedado atrapada en un nudo de vientos que la destruyeron.

«Que es justo lo que se merecía», pensó Teroenza malhumoradamente mientras seguía contemplando los daños causados por la nave superviviente. ¡Condenados entrometidos! El grupo de incursión había llegado a la superficie, y después soldados armados que vestían uniformes de color verde y caqui habían bajado "corriendo por la rampa de la nave y habían atacado a los guardias ylesianos. La pequeña batalla que se libró a continuación terminó con la muerte de casi una docena de guardias.

Después los atacantes habían irrumpido en el refectorio en el que estaban desayunando los peregrinos. ¡Estúpidos incursores! Pensar que los peregrinos

renunciarían a la Exultación a cambio de la libertad era una estupidez, evidentemente. De los doscientos peregrinos que había en el comedor, sólo dos se habían levantado corriendo para unirse a los invasores.

Y después —la expresión de Teroenza se ensombreció— aquella maldita mujer había surgido de entre los incursores para dirigirse a la multitud. El Gran Sacerdote llevaba mucho tiempo creyéndola muerta. Teroenza se acordaba muy bien de ella: era la Peregrina 921, nacida Bria floren, una corelliana..., y una traidora.

Bria había discutido con los peregrinos, y les había contado la verdad sobre la Exultación. Le dijo al grupo que algún día se lo agradecerían..., y después ordenó a sus hombres que abrieran fuego sobre la multitud con sus armas ajustadas en el nivel de aturdimiento. Los peregrinos se habían desplomado al instante.

El grupo de corellianos había logrado escapar con casi cien esclavos de primera calidad. Teroenza maldijo en voz baja. ¡Bria Tharen! Teroenza se sentía incapaz de decidir a cuál de los dos corellianos odiaba más, si a Bria o al condenado Han Solo.

Aquella incursión le tenía muy preocupado. Había dinero detrás de aquel grupo, desde luego. Las naves y las armas costaban dinero. Los atacantes estaban muy bien organizados, y habían demostrado ser tan eficientes como una auténtica unidad militar. ¿Quiénes eran?

Teroenza había oído hablar de varios grupos rebeldes que se habían alzado contra el Imperio, y se preguntó si el escuadrón de soldados que había atacado la Colonia Tres podía formar parte de uno de esos grupos.

Aun así, el Gran Sacerdote experimentó un fugaz destello de satisfacción cuando se imaginó lo mal que lo pasarían sus rescatadores en cuanto el grupo de peregrinos al que habían dejado inconsciente despertara. Los t'landa Tils sabían muy bien con qué rapidez podían volverse adictos a la Exultación la mayoría de los humanoides una vez que habían sido expuestos a ella de manera cotidiana.

A esas alturas los peregrinos ya estarían echando de menos la Exultación. Estarían gritando, aullando y profiriendo amenazas, suplicando que se les llevara de vuelta a Ylesia. Incluso cabía la posibilidad de que se adueñaran de la nave rebelde y la trajeran de vuelta, que era justo lo que podía esperarse de unos fieles peregrinos. Una cosa era segura: aquella noche los rebeldes corellianos estarían terriblemente ocupados.

Pensar en ello hizo que Teroenza sonriera.

Varios días después de que Boba Fett intentara capturarlo, Han fue a ver a Jabba y a Jiliac para decirles que durante una temporada pasaría poco tiempo en Nar Shaddaa. Había decidido aceptar la oferta de Xaverri, por lo que trabajaría como ayudante de la ilusionista durante la próxima gira. Han tenía el presentimiento de que Boba Fett no era de los que se dan por vencidos fácilmente, y pensó que pasar los próximos meses lejos de Nar Shaddaa podía ser una sabia precaución.

Pero las palabras murieron en sus labios antes de que hubiera tenido tiempo de pronunciarlas. Jabba acogió a Han con un grito lleno de impaciencia apenas se le hubo permitido entrar en la sala de audiencias, y le ordenó que preparase el Joya Estelar para partir inmediatamente hacia Nal Hutta. Los emisarios enviados por los kajidics del clan Desalijic y el clan Besadii habían acordado que los kajidics se reunirían al día siguiente. Al parecer el clan Besadii había mantenido las negociaciones en punto muerto durante largo tiempo, pero de repente había hecho varias concesiones de considerable importancia, como si tuviera un gran interés en que la reunión se celebrara lo más pronto posible.

—¿Hoy? —exclamó Han, pensando que tendría que hablar con Lando para cancelar la lección de pilotaje de aquella tarde—. No nos han dado mucho tiempo para prepararnos, ¿verdad?

—No, desde luego —admitió Jiliac—. Que nosotros sepamos no existe ninguna razón por la que todo deba acelerarse de tal manera, pero tiene que haber ocurrido algo.

—De acuerdo, llevaré a sus excelencias allí esta tarde —dijo Han—. Dadme una hora para preparar la nave y comprobar el curso.

—Y una cosa más, capitán Solo: deberá asegurarse de que el vuelo sea lo más tranquilo posible —le advirtió Jabba—. Nada de turbulencias, ¿entendido? El estado actual de mi tía es muy delicado, y no debe sufrir ninguna clase de sacudidas o vibraciones.

Han miró a su alrededor en busca de otro hutt, pero sólo vio a Jiliac.

—¿Vuestra tía? Me temo que no os he entendido bien, noble Jabba... ¿Tendré que transportar a tres hutts?

—¡No, humano! —se impacientó Jabba—. ¡Tendrá que transportarnos a mí y a Jiliac, como siempre! ¿Acaso no tiene ojos? ¿No se ha fijado en los cambios que han alterado la textura de su piel? ¡Pero si su estado salta a la vista!

Han volvió la mirada hacia Jiliac, y de repente se dio cuenta de que el aspecto del hutt había cambiado. Una erupción de excrescencias verrugosas cubría el rostro de la criatura, y manchas purpúreas se mezclaban con las habituales zonas verdosas esparcidas sobre la dura piel amarronada. Jiliac también parecía todavía más enorme que de costumbre, y se le veía un tanto letárgico. «Oh, maravilloso... Así que además ahora tendré que cuidar a un hutt enfermo, ¿verdad? ¡Estupendo, realmente estupendo!»

—Eh... Noble Jiliac, ¿os encontráis enfermo...? —empezó a preguntar Han, pero se interrumpió al ver que Jabba se encaraba con él para fulminarle con una mirada llena de desprecio.

—¡Humano estúpido! ¿Es que no puede ver que el noble Jiliac se ha convertido en la noble dama Jiliac? ¡Está esperando un bebé! Dado su delicado estado actual en

realidad no debería hacer semejante esfuerzo, pero los líderes del clan Desilijic siempre sabemos estar a la altura de nuestros deberes.

¿Que Jiliac está... embarazada?» Han se quedó boquiabierto, y Chewie dejó escapar un suave rugido de sorpresa.

Pero Han se recuperó rápidamente y se inclinó ante Jiliac.

—Os pido disculpas, noble Jiliac. No estoy muy familiarizado con las..., las costumbres reproductivas de vuestra especie. No pretendía ofenderos.

Jiliac contempló a Han con expresión adormilada y parpadeó.

—No me ha ofendido, capitán Solo. Mi pueblo se reproduce cuando lo desea, y decidí que ya había llegado el momento de que lo hiciera. Mi descendiente nacerá dentro de unos meses. El viaje no supondrá ningún peligro para mí: Jabba, mi sobrino, quiere protegerme a toda costa, y a veces va un poco demasiado lejos. De todas maneras, preferiría que el vuelo transcurriera sin incidentes y de una manera lo más tranquila posible.

—Sí, mi señora —dijo Han, volviendo a inclinarse ante Jiliac—. Iremos a Nal Hutta, despegaremos esta misma tarde y no habrá ninguna clase de incidentes. Podéis contar con ello.

—Muy bien, capitán Solo. Puede irse. Deseamos partir lo más pronto posible.

Han volvió a inclinarse ante los hutts y se fue, con Chewie pisándole los talones. Apenas estuvo seguro de que Jabba y Jiliac no podían verle, el corelliano meneó la cabeza. «¡Hutts! Cuanto más los conozco, más raros me parecen...»

Una auténtica marea de hutts ondulaba y se retorció en un lento avance hacia la Gran Sala del Consejo de los Hutts en Nal Hutta. Jabba y Jiliac ondulaban el uno al lado del otro, acompañados por los guardias de seguridad del clan Desilijic. Si todavía eran capaces de hacerlo, la mayoría de los hutts preferían desplazarse por sus propios medios. Mostrar debilidad ante los humanos y otros subordinados estaba permitido, pero cuando se hallaban rodeados de su propia especie, los hutts siempre preferían aparecer lo más fuertes y sanos posible. Todos los miembros del clan Desilijic se estaban desplazando sin ayudas mecánicas y en cuanto a los del clan Besadii, únicamente Aruk era demasiado viejo y corpulento para poder arreglárselas sin su trineo repulsor.

Durante su avance hacia las cámaras del consejo, los hutts y sus guardias tenían que pasar por múltiples sistemas de detección y aparatos de seguridad. Los guardias no podían llevar armas, y cada asistente a la reunión era sometido a un concienzudo examen de sensores, tanto internos como externos, para asegurarse de que nadie introducía ninguna sustancia peligrosa en la sala. Los huta no eran seres muy confiados, especialmente cuando se hallaban en compañía de otros hutts..., y tenían buenas razones para ello. Hacía mucho tiempo, todos los hutts de Nal Hutta que ocupaban posiciones prominentes habían sido eliminados en masa por un único e

ingenioso asesino.

Los hutts estaban decididos a evitar que eso volviera a suceder.

La Gran Sala del Consejo era una estancia gigantesca, lo suficientemente grande como para acomodar sin problemas a casi cincuenta hutts. En aquel momento había veintisiete hutts reunidos dentro de ella, entre representantes de todos los clanes y kajidics importantes y enviados de grupos «neutrales» del gobierno hutt que se encargarían de supervisar y administrar la conferencia.

El mundo natal de los hutts estaba gobernado por el Gran Consejo, una oligarquía formada por un representante de cada uno de los grandes clanes de los hutts. Pero en realidad el poder de los sindicatos del crimen —los kajidics— era inmensamente superior al del Gran Consejo.

Jabba y Jiliac habían hecho venir a dos miembros del clan para que actuaran como asistentes suyos. Aruk se había traído consigo al contingente del clan Besadii, formado por él mismo, su hijo Durga y su sobrino Kibbick. A Jabba le complació ver que un t'landa Til deslizaba su considerable mole detrás de Kibbick. Eso quería decir que Jiliac había vuelto a demostrar su perspicacia, ya que resultaba obvio que el clan Besadii había hecho acudir a Teroenza.

Después de que los hutts se hubieran dispuesto formando un círculo alrededor de la plataforma del orador, el secretario ejecutivo del Gran Consejo, un hutt llamado Mardoc, declaró inaugurada la conferencia. Mardoc volvió a tomar la palabra después de que cada clan se hubiera identificado oficialmente a sí mismo y a su contingente.

—Camaradas en el poder, congéneres en el beneficio —empezó diciendo—, os he convocado aquí en el día de hoy para discutir y analizar la grave situación surgida en una de las colonias del clan Besadii, el planeta Ylesia. Pido al noble Aruk que hable.

Aruk acercó su trineo a la plataforma del orador. Después agitó sus diminutos brazos ante los otros hutts para dar más énfasis a sus palabras, y empezó a hablar.

—Escuchadme, hutts: hace dos días la Colonia Tres de Ylesia fue atacada por un grupo de terroristas muy bien armados. Kibbick y Teroenza, nuestro supervisor, estuvieron a punto de morir. La colonia sufrió daños muy serios, y después los atacantes huyeron llevándose consigo casi cien esclavos de gran valor.

Una oleada de consternación recorrió la sala de conferencias a medida que los hutts iban reaccionando a las noticias de Aruk. Jabba enseguida se dio cuenta de que Aruk no apartaba los ojos de él y de Jiliac. «Está evaluando nuestra reacción», comprendió. Durante una fracción de segundo Jabba se preguntó si Jiliac habría decidido emplear alguna clase de estrategia ultrasutil y había ordenado la incursión en secreto y sin comunicárselo. Pero unos instantes de reflexión bastaron para que descartara esa idea. Su tía estaba tan absorta en su reciente embarazo que apenas si le quedaban energías para urdir conspiraciones..., especialmente si para colmo éstas exigían organizar incursiones al estilo comando. Además, normalmente Jiliac

prescindía de los ataques directos y prefería acabar con sus enemigos de maneras más sutiles.

—Congéneres míos, el clan Besadii exige que Jiliac, en su calidad de líder del clan Desilijic, nos asegure personalmente que esta terrible incursión, este robo de valiosas propiedades del clan Besadii, no ha sido obra del clan Desilijic. ¡Si no lo hace, esto significará la guerra entre nuestros clanes!

Un jadeo colectivo resonó por toda la Gran Sala. El desafío de Aruk quedó flotando en el aire y se mezcló con el humo de los narguiles a los que estaban dando caladas algunos de los líderes hutts.

Jiliac se irguió lentamente, pareciendo casi majestuosa en su nueva dignidad maternal.

—Congéneres míos, el clan Desilijic es inocente de cualquier clase de agresión en este asunto —dijo—. Como garantía de ello, el clan Desilijic se compromete a entregar al clan Besadii la suma de un millón de créditos en el caso de que se llegue a descubrir la existencia de cualquier tipo de conexión entre los incursores y nuestro clan.

El silencio se adueñó de la Gran Sala durante unos instantes, y después Aruk inclinó la cabeza en el equivalente huttés a una reverencia.

—Muy bien. Que nadie ose decir jamás que el clan Desilijic se negó a respaldar su integridad con el dinero. Pedimos que el Gran Consejo investigue este incidente y que nos comunique el resultado de sus investigaciones dentro de un mes.

Mardoc aceptó la petición, pero después volvió a ceder la palabra a Jiliac cuando la líder del clan Desilijic indicó que aún tenía algo más que decir.

—Sin embargo, me gustaría que se pudiera afirmar lo mismo del clan Besadii. Hace unos meses, mi sobrino aquí presente... —señaló a Jabba— fue brutalmente atacado por unos mercenarios. ¡Lo único que nos impide acusar a nuestros rivales es el hecho de que no estamos en condiciones de probar de manera irrefutable quién envió a esos mercenarios! ¡A diferencia del clan Besadii, nosotros no lanzamos acusaciones a menos que dispongamos de pruebas con las que respaldadas!

Una erupción de murmullos y susurros hizo vibrar las paredes de la Gran Sala.

Aruk se irguió hasta alcanzar el máximo de su impresionante altura, sus legañosos y viejos ojos ribeteados de rojo.

—¡El clan Besadii no ha hecho nada de lo que tenga que arrepentirse!

—¿Niegas que enviaste a unos piratas drells para que asesinaran a mi sobrino?

—¡Sí! —replicó Aruk con voz de trueno.

El feroz intercambio de amenazas, insultos y retórica entre los dos bandos que siguió a aquellas palabras hizo que Mardoc se viera obligado a declarar un receso. Jabba contempló a los hutts que formaban grupitos y hablaban a su alrededor, y empezó a preguntarse quién habría atacado Ylesia. Si no había sido el clan Desilijic,

¿quién podía estar detrás de la incursión?

¿Tendría Ylesia un nuevo rival en el tráfico de esclavos?

Durga el Hutt permaneció acostado junto a su padre encima del trineo repulsor durante la sesión de la tarde. Estaba un poco preocupado por Aruk. La conferencia había empezado hacía horas, y Aruk había estado jugando un papel muy activo en ella durante todo el tiempo. Durga sabía que su padre no se encontraba en condiciones de soportar aquel nivel de tensión. Aruk era un hutt muy viejo, y ya casi tenía mil años.

El joven hutt escuchó con gran atención todas las intervenciones, consciente de que luego su padre le interrogaría sobre la conferencia punto por punto. Inmóvil junto a Durga, Kibbick parpadeaba lentamente en una obvia lucha contra el sueño. Durga lanzó una mirada despectiva a su primo. Kibbick era idiota, desde luego. ¿Acaso no comprendía que aquel tipo de reuniones, esas fintas y contrafintas, estocadas, paradas y respuestas, constituían el fluido vital de la sociedad hutt? ¿Por qué no podía entender que el poder y el beneficio eran la comida, la bebida y el aliento de su pueblo?

Aquella era la primera conferencia hutt que se celebraba en la todavía muy corta existencia de Durga, y le complació que su padre le hubiera permitido asistir a ella. Durga sabía que, debido a la peculiar mancha con la que había nacido, algunos miembros del kajidic del clan Besadii cuestionarían su derecho a dirigir al clan en cuanto Aruk muriera.

«Ah, si al menos pudiera ser yo quien supervisara la organización ylesiana en vez de Kibbick...», pensó. Sabía que su padre había pasado una buena parte del día de ayer reprochando amargamente a Kibbick el que hubiese permitido que Teroenza asumiera el control de las operaciones ylesianas. Aruk también había advenido al t'landa Til de que debía ser muy consciente de cuál era el lugar que le correspondía ocupar, ya que de lo contrario podía acabar perdiendo su posición como Gran Sacerdote. Teroenza se había encogido temerosamente ante el viejo líder hutt, pero aun así Durga creyó percibir un destello de ira en sus enormes ojos. El joven hutt decidió que en el futuro procuraría mantener lo más vigilado posible a Teroenza.

Kibbick, por su parte, se había limitado a quejarse de lo desagradable que era la vida en Ylesia, y de lo mucho que tenía que trabajar. Aruk le había despedido con una seca advertencia, pero Durga creía que su padre tendría que haberle relevado de su puesto. Distraídamente, se preguntó si asesinar a su primo no podía ser una buena idea después de todo...

Pero tenía el presentimiento de que a Aruk no le gustaría, lo cual quería decir que no podía mandar asesinar a Kibbick mientras su padre siguiera con vida.

No es que deseara su muerte, por supuesto. Durga quería a su padre con un cariño

tan intenso como el que sabía que Aruk sentía por él, y era muy consciente de que si estaba vivo era única y exclusivamente gracias a Aruk. La inmensa mayoría de los progenitores hutts jamás habrían permitido vivir a un bebé afeado por una marca de nacimiento.

Durga también quería que Aruk se sintiera orgulloso— de él. Esa motivación era todavía más poderosa que su necesidad de acumular poder y beneficios y Durga sabía que muchos hutts considerarían ese deseo como prácticamente sacrílego, por lo que nunca lo había revelado.

Durga contempló cómo Jabba el Hutt avanzaba hacia el estrado del orador con una rápida serie de ondulaciones. Se decía que el segundo gran líder del clan Desilijic era un hutt ejemplar en muchos aspectos, pero la mayoría de los hutts opinaban que su obsesión por las hembras humanoides era tan perversa como inexplicable. Aun así, no cabía duda de que Jabba era realmente muy listo y perspicaz. Durga tuvo que admitirlo mientras le escuchaba hablar.

—¡Escuchadme, nobles señores de los hutts! El clan Besadii afirma que su reciente proceso de expansión en Ylesia tiene un objetivo puramente comercial, pero yo no estoy muy seguro de que debamos permitir que el que un kajidic haga cuanto desee para ganar dinero acabe minando los cimientos financieros de nuestro mundo. El clan Besadii se ha hecho con el control de una parte tan grande del comercio de especia y el tráfico de esclavos que ahora todos estamos obligados a hacer cuanto podamos para que sus líderes se comporten de una manera más razonable. ¿De qué les va a servir llenar sus arcas si su política acaba haciendo caer el desastre sobre nuestro mundo?

—¿El desastre? —La voz de Aruk retumbó en la gran sala con tanta potencia y autoridad que Durga sintió cómo una suave ondulación de puro orgullo recorría todo su cuerpo. ¡Su padre no tenía nada que envidiar a los líderes más aclamados de la historia hutt—. ¿El desastre, amigos míos? ¡El año pasado los beneficios se incrementaron en un ciento ochenta y siete por ciento! ¿Cómo se puede reaccionar ante ese hecho, salvo afirmando que es algo digno de ser alabado y que todos deberíamos honrar a quien ha hecho posibles semejantes ganancias? ¡Responde a esa pregunta, Jabba!

—Ah, pero no debemos olvidar que una parte de vuestros beneficios ha salido de las arcas de vuestros congéneres —señaló Jabba—. Quedarse con los créditos de las otras especies, desde los humanos hasta los rodianos y los sullustanos pasando por todas las criaturas inteligentes de la galaxia, es algo digno de encomio y alabanza. Las otras especies existen precisamente para eso, para que los hutts podamos obtener beneficios de ellas. Todos lo sabemos, desde luego... Pero el obtener unos beneficios tan excesivos a costa de Nal Hutta y de vuestros congéneres es una acción reprochable y que encierra un grave peligro.

—Oh, ¿sí? —Una sombra de sarcasmo tiñó la voz de Aruk— ¿Y en qué consiste exactamente ese grave peligro, noble Jabba?

—Unos beneficios excesivamente conspicuos pueden acabar atrayendo la atención del Emperador o de sus esbirros —observó Jabba—. Nal Hutta se encuentra muy lejos del Centro Imperial. Al hallamos en los Territorios del Borde, nos encontramos protegidos hasta cierto punto por la distancia y además contamos con un factor de protección todavía más importante: estoy hablando del Moff Sarn Shild, al que pagamos generosamente para que pueda seguir disfrutando de la opulencia a la que se ha acostumbrado. Pero si cualquiera de los clanes decide acumular riquezas realmente tremendas, eso puede acabar atrayendo la atención del Emperador sobre todos nosotros. Y por mi parte, congéneres míos, debo decirles que no nos conviene que el Emperador se fije excesivamente en nosotros.

Durga oyó cómo los otros hutts empezaban a hablar en susurros, y tuvo que admitir que las advertencias de Jabba no carecían de fundamento. Cuando el Emperador se interesaba de manera especial por algún mundo, ese mundo siempre acababa teniendo que lamentarlo.

Durga se preguntó cómo habrían descubierto Jabba y Jiliac que el clan Besadii se encontraba detrás de los ataques de los piratas drells. Realmente, era una lástima que no hubieran sabido aprovechar aquella oportunidad de librar a Nal Hutta de Jabba... Sin Jabba, Jiliac resultaría mucho más fácil de manejar. Jabba era un hutt muy astuto, y protegía ferozmente a su tío. Las fuerzas de seguridad de Jabba eran bastante más eficaces que las de Jiliac.

Los líderes hutts no consiguieron llegar a una conclusión sobre los desmesurados beneficios del clan Besadii. La discusión se prolongó interminablemente y acabó degenerando en un intercambio de insultos personales, que a su vez tampoco produjo ninguna conclusión.

Aruk volvió a subir al estrado. Todavía estaba muy preocupado por los recientes actos de violencia. Jiliac admitió que él también estaba bastante preocupado, y a Durga le sorprendió que los dos líderes rivales fueran capaces de estar de acuerdo en algo. Finalmente, el clan Desilijic y el clan Besadii decidieron presentar una propuesta sin precedentes.

—Propongo que el Gran Consejo declare una moratoria de la violencia entre los kajidics que tenga una duración mínima de tres meses estándar —dijo Aruk, resumiendo la propuesta—. ¿Quién está dispuesto a apoyarme en esta petición?

— Jiliac y Jabba expresaron entusiásticamente su aprobación, y después los representantes de los otros clanes se fueron añadiendo a ella uno después de otro. Mardoc declaró que la propuesta de Aruk quedaba aprobada.

Durga alzó la mirada hacia su progenitor y volvió a sentirse invadido por el orgullo. ¡Aruk es un gigante entre los hutts!»

Varias horas después los dos hutts se estaban preparando para ir a acostarse en la mansión que Jiliac poseía en Nal Huta, que se encontraba en una isla de una de las zonas de clima más templado del planeta, cuando Jiliac se volvió hacia Jabba.

—Aruk es peligroso —dijo—. Ahora estoy más convencido de ello que nunca.

—Sí. Cuando consiguió unir a los clanes estuvo realmente impresionante, desde luego —admitió Jabba—. Tiene... carisma. Puede llegar a ser muy persuasivo.

—Y resulta realmente irónico que fuera Aruk quien acabó proponiendo mi idea de la moratoria —murmuró Jiliac—. Pero a medida que iba progresando la conferencia, comprendí que mi única esperanza de convencer a los demás acerca de la sabiduría de la moratoria era conseguir que la propuesta surgiera de Aruk.

Jabba asintió.

—Aruk es un orador muy convincente, tía.

—Aruk es un orador que debe ser privado de su voz si queremos evitar que cree todavía más problemas al clan Desilijic en el futuro —dijo Jiliac sin inmutarse—. Una moratoria de tres meses que prohíba cualquier intento de usar la violencia por parte de los kajidics dejará libres de preocupaciones a nuestras mentes, y así podremos concentrarnos por completo en el problema que supone Aruk.

Los bulbosos ojos de Jabba se abrieron y se cerraron mientras contemplaba a su tía, que estaba cómodamente instalada sobre su gran plataforma de reposo acolchada.

—¿Qué estás pensando, tía?

Jiliac tardó unos momentos en responder.

—Estoy pensando que ésta es nuestra única oportunidad de atacar el punto débil de Aruk.

—¿Su punto débil?

—Sí, sobrino. Aruk tiene un punto débil, y ese punto débil tiene un nombre. Y ese nombre es...

—Teroenza —dijo Jabba.

—Correcto, sobrino.

Cuando Teroenza subió al yate espacial de Kibbick para volver a Ylesia, estaba de muy mal humor. Aruk no les había permitido disfrutar de ninguna clase de vacaciones en Nal Hutta, y había insistido en que debían volver inmediatamente a Ylesia para supervisar los trabajos de reconstrucción después de la incursión.

Teroenza se había llevado una gran desilusión, porque esperaba poder ver a Tilenna, su compañera, mientras estuviera en casa.

Pero Aruk había respondido con una negativa pronunciada en un tono de desaprobación tan hosco que Teroenza no se había atrevido a volver a pedirselo.

Y en consecuencia allí estaba Teroenza, viajando por el espacio con el idiota de Kibbick como única compañía cuando podría haber estado pasándolo

maravillosamente bien }unto a su hermosa compañera, disfrutando de unos deliciosos y sensuales revolcones en el barro con ella...

Teroenza entró de mala gana en su espacioso y magníficamente equipado camarote, y se dejó caer sobre su hamaca de descanso. ¡Maldito fuese Aruk! La vejez estaba haciendo que el líder hutt se volviera cada vez más irracional..., y más avaro, suponiendo que ello fuera posible en un ser que siempre había sido increíblemente avaro.

El Gran Sacerdote todavía recordaba con horror la terrible sesión de «evaluación financiera» que se había visto obligado a soportar. Aruk había examinado minuciosamente cada gasto, y había torcido el gesto ante cada crédito extra consumido. El viejo líder hutt había repetido una y otra vez que la recompensa extra que Teroenza había ofrecido por Solo era completamente innecesaria.

—¡Que Boba Fett desintegre hasta el último trozo de su cuerpo! —había gritado, hecho una furia—. ¡Las desintegraciones salen mucho más baratas! ¡Permitirte el lujo de una venganza personal contra Solo es un capricho tan estúpido como injustificable!

Teroenza extendió el brazo en un gesto lleno de irritación y activó su unidad de comunicaciones. Una hilera de palabras se formó en la pantalla antes de que pudiera introducir su código personal.

Con los ojos desorbitados, Teroenza leyó el mensaje escrito en huttés. «Este mensaje desaparecerá dentro de sesenta segundos. Cualquier intento de grabarlo destruirá tu unidad de comunicaciones. Apréndete de memoria el código de comunicaciones que aparecerá a continuación y contesta a él.»

Un complejo código de comunicaciones apareció en la pantalla.

Sintiéndose muy intrigado, Teroenza se lo aprendió de memoria. Tal como se le había prometido, pasados sesenta segundos el código desapareció para ser sustituido por las siguientes palabras: «¿Qué es lo que anhelas por encima de todo? Nos gustaría saberlo. Tal vez podamos ayudarnos mutuamente».

El mensaje no estaba firmado, naturalmente, pero Teroenza tenía ciertas ideas sobre quién podía habérselo enviado. Mientras permanecía inmóvil delante de la pantalla y lo veía desaparecer para ser sustituido por el saludo habitual de la unidad de comunicaciones y la solicitud del código de identificación, Teroenza empezó a comprender qué significaba todo aquello.

¿Contestaría al mensaje?

¿Era un traidor después de todo?

¿Qué era lo que más anhelaba por encima de cualquier otra cosa en la galaxia?

Capítulo 7

Estafa y trampas

Una vez que Han hubo llevado a Jabba de vuelta a Nar Shaddaa después de la gran conferencia de los hutts (Jiliac había decidido permanecer en Nal Hutta durante todo el tiempo que tendría que pasar confinado a causa de su embarazo), lo primero que hizo fue ir en busca de Lando Calrissian.

Durante su viaje a Nal Hutta, Chewbacca se había encargado de seguir dando lecciones de pilotaje al joven jugador profesional, y Han quedó muy satisfecho de los progresos de su nuevo amigo.

—Lo estás haciendo muy bien, muchacho —dijo mientras Lando, con la boca tensada por la concentración, ejecutaba un descenso impecable. La nave se posó en el muelle asignado al Halcón Milenario prácticamente sin una sola sacudida—. Una semana más y ya estarás preparado para volar en solitario.

Lando alzó la mirada hacia Han. Sus oscuros ojos se habían vuelto repentinamente muy serios.

—Creo que ya estoy preparado, Han. De hecho, he de estarlo... Me marcho mañana. He oído decir que hay algunos mundos de placer y planetas-casino bastante interesantes en el sistema de Oseón, y voy a ir allí para echarles un vistazo. O quizá vaya al Sector Corporativo.

—¡Pero esas zonas se encuentran fuera del espacio imperial, Lando! —exclamó Han—. ¡Todavía no estás preparado para pilotar esta nave durante un recorrido tan largo, y menos si vas a pilotarla en solitario!

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó Lando.

Han se lo pensó, y durante un momento sintió la tentación de aceptar la oferta de su nuevo amigo. Pero le había dado su palabra a Xaverri y... El corelliano acabó meneando la cabeza.

—No puedo, Lando. Voy a trabajar para Xaverri durante su próxima gira. Se lo prometí, y ahora ella cuenta conmigo.

—Por no mencionar el hecho de que Xaverri es mucho más guapa que yo —añadió Lando en un tono bastante seco.

Han sonrió.

—Bueno... Eso es otro factor a tomar en consideración, desde luego —replicó burlonamente, y después se puso serio—. Espera un par de días más, Lando. Créeme, amigo: todavía no estás preparado para hacer un viaje tan largo, especialmente sin un copiloto.

En su fuero interno Han estaba pensando que iba a perder el Halcón, y se preguntó qué sería de él si nunca volvía a verlo.

—Chewbacca me ha estado dando lecciones y he hecho muchos progresos — insistió el jugador profesional—. Durante el último par de vuelos que hemos llevado a cabo, Chewbacca apenas si ha tenido que tocar los controles.

—Pero... —empezó a decir Han.

—Nada de peros— le interrumpió Lando—. Mientras siga en Nar Shaddaa estaré viviendo a crédito, Han..., al igual que tú. Boba Fett no es dalos que perdonan y olvidan. Pienso desaparecer durante un mínimo de seis meses. ¿Cuándo se irá Xaverri?

—La semana que viene —dijo Han—. Ha tenido que prolongar sus actuaciones en Nar Shaddaa una semana más debido a la gran demanda popular.

—¿Le has dicho a Jabba que te vas?

—Sí, ya se lo he dicho. No, se lo tomó demasiado bien. Chewie emitió un seco comentario.

—Eh, Jabba nació con unas reservas naturales de mal genio increíblemente grandes y no ha dejado de aumentarlas desde entonces —dijo Han, poniéndose a la defensiva—. Es uno de los hutts más difíciles de complacer que he conocido..., y he conocido a unos cuantos que nunca encontraban nada bien.

—¿Le explicaste por qué tienes que irte?

—Sí, se lo dije. Eso fue lo único que lo calmó. Me parece que incluso Jabba podría llegar a ponerse un poquito nervioso si supiera que Boba Fett andaba detrás de él.

—Pues si yo estuviera en tu lugar, me iría de aquí lo antes posible —dijo Lando—. Y hasta que estés lejos de Nar Shaddaa, será mejor que vayas con mucho cuidado.

Nada de lo que dijo Han consiguió alterar la decisión tomada por Lando. A la mañana siguiente el corelliano fue a la plataforma de despegue con el corazón lleno de pesadumbre y vio partir al Halcón. El carguero se bamboleó ligeramente mientras subía hacia el cielo, y Han meneó la cabeza.

—¡Utiliza los estabilizadores! —gritó.

«Todavía no está preparado para hacer ese tipo de viaje —pensó con abatimiento—. Probablemente nunca volveré a ver el Halcón., ni a Lando.»

Bria Tharen estaba sentada detrás de su escritorio en la mayor base militar imperial de Corellia y mantenía los ojos clavados en la pantalla de su cuaderno de datos mientras ponía al día las listas de solicitud de provisiones para las tropas estacionadas en el sistema corelliano. Su cabellera dorado rojiza, que había crecido hasta convertirse en una larga melena rizada durante los últimos cinco años, estaba peinada hacia atrás y recogida en un pulcro peinado de ejecutiva, y llevaba la chaqueta y falda negra con botas negras del austero uniforme del personal de apoyo civil. Toda aquella negrura resaltaba la blancura de su piel y la exquisita estructura

ósea de su rostro.

Sus ojos azul verdosos se entrecerraron mientras estudiaba las pantallas de datos. No cabía duda de que el Imperio estaba acumulando grandes efectivos en aquel sector. ¿Significaba eso que los comandantes imperiales esperaban tener que enfrentarse a alguna clase de rebelión en el sistema corelliano?

Bria se encontró preguntándose durante cuánto tiempo podría resistir su grupo si el Imperio decidía lanzar un ataque realmente fuerte contra ellos. ¿Dos días? ¿Una semana?

Bria sabía que al final todos acabarían muriendo. Su pequeño grupo de rebeldes había ido creciendo a cada mes que pasaba a medida que los habitantes de su mundo empezaban a hartarse de ser aplastados por la implacable bota de Palpatine. Pero aun así, todavía no podían enfrentarse a las fuerzas imperiales.

Al principio habían sido muy pocos, pero durante los últimos tres años habían logrado hacer grandes progresos. Su movimiento había empezado con una veintena escasa de disidentes y descontentos que celebraban reuniones clandestinas en sótanos, y había ido creciendo de una manera sorprendentemente rápida hasta el momento actual, en el que ya tenían células en la mayoría de las ciudades importantes del planeta. Bria no tenía ni idea de cuántos rebeldes había en Corellia, pero tenían que ser varios millares.

La razón por la que no tenía ni idea de cuántos rebeldes había en Corellia era que no necesitaba saberlo. Aunque ocupaba un lugar bastante elevado en la jerarquía rebelde, Bria no formaba parte del personal de reclutamiento. La información sobre los grupos rebeldes existentes en su planeta estaba sometida a grandes restricciones y apenas si circulaba. Sólo un par de comandantes conocían la imagen global. Los miembros individuales eran informados única y exclusivamente de aquello que necesitaban saber. Cuanto menos supieran, menos se les podría obligar a revelar bajo los efectos de la tortura.

Bria acababa de ser asignada al departamento de inteligencia. El espionar no era algo que le gustase particularmente, pero se le daba muy bien. Aun así, Bria hubiese preferido poder seguir haciendo su antiguo trabajo, que consistía en establecer contacto con grupos rebeldes de otros mundos. Bria siempre había tenido muy claro que los rebeldes sólo podrían llegar a convenirse en una auténtica fuerza de oposición al Imperio si se unían entre sí.

Pero hasta el momento apenas habían empezado a establecer los primeros contactos con otros grupos. Las comunicaciones estaban fuertemente vigiladas y los viajes se hallaban sometidos a severas restricciones, por lo que resultaba muy difícil mantener conexiones entre grupos de distintos planetas. Su grupo de rebeldes apenas acababa de establecer un nuevo código cuando éste ya había sido descifrado por los imperiales.

El mes pasado una célula rebelde que estaba celebrando una reunión en el Continente Este había sufrido una incursión relámpago. Todos sus integrantes desaparecieron para siempre, esfumándose de una manera tan completa e irrevocable como si un dragón krayt hubiera abierto su boca y se los hubiese tragado. Bria pensó que prefería ser devorada por un monstruo antes que ser capturada por las fuerzas de seguridad del Emperador.

Su amiga Lanah figuraba entre los desaparecidos. Bria sabía que nunca volvería a verla.

Bria temía que todo su mundo natal acabara conviniéndose en un estado policial. Corellia siempre había sido un mundo independiente, un planeta libre y orgulloso que se gobernaba a sí mismo. Hasta el momento el Emperador aún no había nombrado a un gobernador imperial para que usurpase todo el poder en Corellia, pero eso no significaba que no fuera a hacerlo cualquier día. El Imperio nunca dejaba subsistir el orgullo o la independencia en los mundos de los que se adueñaba.

Una de las razones por las que Palpatine aún no había asumido de una manera abierta el poder en Corellia era que el mundo de Bria contaba con una población humana muy grande. El Imperio no intentaba ocultar el hecho de que consideraba que todas las especies no humanas eran razas inferiores incapaces de gobernarse a sí mismas.

Dos especies alienígenas, los selonianos y los dralls, compartían los mundos del sistema corelliano con sus habitantes humanos. Si Corellia hubiera estado habitada únicamente por esos seres inteligentes no humanos, se habría convertido en un blanco mucho más atractivo para la represión..., hasta el extremo de que el planeta posiblemente habría sido considerado como una buena fuente de esclavos. Bastaba con ver lo que había ocurrido en Kashyyyk. Los orgullosos wookies capturados, cargados de grilletes y esposas y sacados por la fuerza de su mundo natal...

Los dedos de Bria se tensaron sobre el borde de su escritorio. Odiaba al Imperio, pero todavía odiaba más a la esclavitud. Haber sido una esclava en Ylesia (aunque por aquel entonces se considerase una «peregrina»), había hecho que Bria decidiera hacer cuanto estuviese en sus manos para destruir a un Imperio que consentía la esclavitud y que usaba a las criaturas inteligentes y se apropiaba de ellas.

Cuando esa labor hubiera terminado, dedicaría lo que le quedara de vida a liberar a todos los esclavos de la galaxia.

Las comisuras de su hermosa boca se fueron curvando hacia abajo cuando empezó a pensar en la incursión que había dirigido seis meses antes. Bria y sus amigos rebeldes fueron a Ylesia y consiguieron rescatar a noventa y siete esclavos, la mayoría de ellos corellianos, para devolverlos a sus mundos natales y sus familias.

Y antes de que hubiera transcurrido un mes, cincuenta y tres de esos noventa y siete esclavos liberados ya habían huido para subir a naves que los llevarían de vuelta

a Ylesia.

En cierta forma, Bria no podía culparles. Vivir sin la Exultación resultaba muy difícil. Bria había necesitado años para superar el anhelo de volver a sentir aquella maravillosa euforia que podían proyectar los sacerdotes t'landa Tils.

»Pero cuarenta y cuatro de los esclavos que liberamos siguen estando libres —se recordó con salvaje apasionamiento—. Y ayer mismo Rion me contó que una de las mujeres le había enviado un mensaje de agradecimiento en el que le decía que gracias a nosotros había podido volver a ver a su esposo y a sus hijos...»

Rion se había convertido en la principal conexión de Bria con el mando rebelde desde que ocupó su nueva posición en los cuarteles generales imperiales. Bria transmitía cada brizna de información que conseguía acumular a Rion, y Rion recopilaba los datos que Bria había podido deducir o copiar y luego los transmitía a los líderes del grupo rebelde clandestino de Corellia.

Bria esperaba que pronto tendría algo más que listas burocráticas de suministros. que enviar a su grupo. Desde que había empezado a desempeñar aquel trabajo el mes pasado, había procurado lucir unos peinados y maquillajes lo más favorecedores posible con la esperanza de que su hermosura atraería la atención de algún oficial imperial de alto rango.

Y sus esfuerzos se estaban viendo recompensados. Ayer mismo el almirante Trefaren se había detenido delante de su escritorio para preguntarle si quería acompañarle a una recepción en la que el gobierno corelliano agasajaría a los oficiales imperiales más importantes. Se suponía que varios Moffs de Sector asistirían a ella. El almirante le había asegurado que la recepción iba a ser una auténtica gran gala.

Bria había bajado púdicamente los párpados, se había ruborizado de la manera más atractiva de que fue capaz y había exhalado un vacilante «Sí» de muchachita tímida. El almirante le había dirigido una sonrisa radiante, lo cual hizo que las profundas arrugas verticales que descendían por sus cetrinas mejillas adquirieran un aspecto de desfiladeros más pronunciado que nunca, y luego le había dicho que pasaría a recogerla en su deslizador con chofer. Después había extendido el brazo y había rozado uno de los rizos de Bria con la mano, dejando que se enroscan alrededor de su dedo.

—Y póngase algo que realce su belleza, querida mía —había añadido—. Quiero que los otros oficiales sientan celos del maravilloso tesoro que acabo de descubrir. ...

Bria no había tenido que fingir el balbuceo que hizo temblar su respuesta —lo cual había dejado todavía más encantado al almirante!—, porque estaba demasiado furiosa para poder hablar con claridad. «¡Viejo baboso!., pensó con repugnancia, firmemente decidida a acordarse de que debía adherir su delicadamente diminuto cuchillo vibratorio a su muslo..’, sólo por si acaso.

Pero normalmente los hombres de la edad del almirante se conformaban con hablar y rara vez pasaban a la acción. Lo que deseaban por encima de todo, tal como había admitido con gran franqueza el almirante, era que otros hombres los admirasen..., y que admirasen a cualquier joven hermosa ala que hubieran logrado atraer mediante su poder y su: riqueza.

«El almirante Trefaren podría acabar conviniéndose en la clave que nos permita averiguar algo más acerca de esas nuevas armas y naves imperiales sobre las que corren tantos rumores», pensó Bria.

Así pues, cuando llegó la noche de la recepción, Bria se puso un vestido tan hermoso como elegante (había crecido como hija de un hombre muy rico, y sabía sacar el máximo partido posible de su indumentaria), se peinó, maquilló su cara con exquisito buen gusto y pasó la noche dirigiendo sonrisas radiantes al almirante Trefaren. Bailó con él, le lanzó mirada llenas de admiración y mantuvo los oídos bien abiertos para que no se le escapara ni la más pequeña migaja de información.

Y, sólo por si necesitaba un poco de ayuda a la hora de rechazar sus insinuaciones, Bria ya disponía de una gotita de una sustancia que planeaba ocultar debajo de una uña impecablemente manicurada. Después le bastaría con deslizar la punta de la uña sobre la superficie del líquido que eligiera, hacia el final de la velada, para que de repente el viejo vrelt se sintiera tan agradablemente cansado, soñoliento y bebido que Bria podría manejarlo sin ninguna dificultad.

También podía usar el cuchillo vibratorio, y sabía utilizarlo muy bien, pero no tenía intención de emplearlo. Las hojas vibratorias eran para los aficionados. Bria era una experta en el complicado arte de no necesitarlas.

Durante un momento echó de menos su uniforme de combate y el peso de su desintegrador colgando encima del muslo. La perspectiva de pasar toda la velada jugando al tabaga acosado y el vrelt perseguidor con el almirante Trefaren y sus colegas imperiales le resultaba tan poco atractiva que habría preferido estar dirigiendo otra incursión armada contra los hutts ylesianos o los traficantes de esclavos imperiales (que eran todavía peores que los hutts).

Bria había entregado su desintegrador a Rion cuando aceptó aquella misión. Siempre cabía la probabilidad de que el almirante Trefaren ordenara registrar su apartamento, lo cual sería meramente una formalidad más incluida en la comprobación general que sus esbirros llevarían a cabo para asegurarse de que Bria era una compañía «segura», una simple joven hermosa con la que podía dejarse ver en público sin que ello supusiera ningún peligro para el almirante. Bria siempre llevaba el cuchillo vibratorio encima, por lo que no le preocupaba que pudiera ser descubierto por los investigadores.

Y por lo menos tenía la seguridad de que sus identificaciones eran lo suficientemente buenas como para superar la mayoría de los exámenes y

comprobaciones. Seis años antes había aprendido todos los secretos del arte de crear nuevas identidades de labios de un experto. Han Solo le había enseñado muchas más cosas aparte de cómo disparar un desintegrador dando en el blanco.

Los labios de Bria se curvaron en una suave sonrisa mientras se permitía un momento de nostalgia por aquellos días. Ella y Han habían huido juntos, viviendo en continuo peligro, sin que nunca supieran qué podía traerles el próximo instante.

Bria por fin había comprendido que aquellos fueron los días más felices de su vida. El mero hecho de poder estar con Han y poder amarle había justificado con creces cada momento de tensión, cada punzada de miedo, cada loca persecución, cada huida llena de terror y cada haz desintegrador que había tenido que esquivar.

Y todavía le amaba.

Ver a Han en Devarón hacía un año había hecho que todo volviera a su mente de una manera increíblemente vívida. Después de años de rechazo y negativa, Bria había tenido que admitir la verdad ante sí misma. Han Solo era el hombre al que amaba y al que siempre amaría.

Pero no podían estar juntos, y Bria había tenido que aceptar esa cruel realidad. Han era un estafador, un bribón, un fuera de la ley que llevaba una existencia de lobo solitario. Bria sabía que Han había estado profundamente enamorado de ella — incluso le había pedido que se casara con él—, pero no era la clase de hombre que podía abandonarlo todo por un ideal filosófico.

Durante los meses que pasaron juntos, Bria había podido darse cuenta de que algún día Han tal vez llegaría a ser capaz de abrazar una causa y de encontrar una meta. Pero tendría que ser una causa elegida voluntariamente y en el momento adecuado. Bria sabía que no podía esperar que Han adoptara su causa.

Se preguntó qué estaría haciendo Han en aquellos momentos. ¿Era feliz? ¿Estaría con alguien? ¿Tendría amigos? Cuando le vio en Devarón, Han llevaba las prendas típicamente viejas y algo sucias de los navegantes del espacio, no un uniforme imperial.

Pero Bria sabía que Han se había graduado con honores en la Academia Imperial. ¿Qué podía haber puesto fin a su carrera militar?

Por una parte, Bria lamentaba que el sueño que Han había perseguido con tanta tozudez hubiera acabado esfumándose de una manera tan obviamente catastrófica, pero por otra se había alegrado al descubrir que Han ya no era un oficial imperial. El pensamiento de que algún día pudieran tener que enfrentarse en una batalla o, lo que hubiera sido todavía peor, de que le ordenaran disparar contra una nave imperial y causar su muerte, todo ello sin saberlo, había sido una continua tortura para ella. Después de haberle visto, al menos ya no tenía que preocuparse por esa posibilidad.

«Me pregunto si volveré a verle alguna vez... —pensó—. Puede que... Puede que cuando todo esto haya acabado, cuando el Imperio ya no exista...»

Bria se administró una enérgica sacudida mental y se dijo que debía volver a concentrarse en el trabajo. El Imperio estaba firmemente atrincherado. Arrancar sus profundas raíces del suelo de la galaxia sería una labor que requeriría muchos años y el sacrificio de incontables vidas. Bria no podía permitirse el lujo de pensar en lo que pudiera llegar a ocurrir en aquel distante y borroso futuro. Tenía que concentrarse en el aquí y el ahora.

Volvió a conectar su cuaderno de datos con un gesto lleno de decisión, y empezó a trabajar.

Y mientras Bria Tharen se estaba preguntando qué habría sido de su vida, Han Solo no estaba pensando en ella. Aun así, se estaba sintiendo más herido por una mujer de lo que se había sentido en ningún instante desde que Bria Tharen le abandonó.

Estaba sentado en el borde de la cama de una habitación de hotel en Velga, una luna de recreo a la que acudían los ricos para disfrutar de sus atracciones y sus mesas de juegos de azar, con el ceño fruncido mientras leía el mensaje que Xaverri le había dejado en su cuaderno de datos. El mensaje decía lo siguiente:

Querido Solo:

No soporto las despedidas, así que prefiero evitar que tengamos que pasar por esa desagradable experiencia. La gira ha terminado, y ahora voy a tomarme unas cortas vacaciones antes de seguir recorriendo la galaxia. Estuve pensando pedirte que vinieras conmigo, pero creo que es mejor que lo nuestro termine ahora.

Los últimos seis meses han sido maravillosos, y siempre figurarán entre los mejores de mi vida. Durante ese tiempo he llegado a sentir un gran aprecio por ti, querido. De hecho, he llegado a quererte demasiado... Supongo que a estas alturas ya me conoces lo suficientemente bien para saber que no puedo permitirme el lujo de querer a nadie. Eso sería peligroso para los dos. El que otra persona te importe demasiado te ablanda y te vuelve vulnerable. Y dada mi profesión, no puedo permitírmelo.

He pagado el hotel hasta mañana tanto para ti como para Chewbacca. Habéis sido dos de los mejores ayudantes y compañeros que he tenido jamás. Dile que siento no poder despedirme de él. También he ingresado una bonificación para los dos en la delegación local del Banco Imperial el código de cuenta es el 651374, y está

sintonizado con tus pautas retinianas.

No tengo palabras para decirte lo mucho que te echaré de menos. Si alguna vez necesitas ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de la agencia de espectáculos Galaxia de Estrellas. Quizá algún día podamos volver a empezar desde el principio, cuando yo haya recuperado mi perspectiva y sea capaz de ver las cosas de otra manera...

*Cuídate, Han, y cuida de tu amigo wookie. Ese tipo de devoción es muy rara.
Te quiere, Xaverri*

«¡Oh, maldición! —pensó Han, no muy seguro de si lo que sentía era ira o una pena muy profunda, y suponiendo que en realidad era una mezcla de ambas cosas—. ¿Por qué siempre tiene que ocurrirme lo mismo?»

Durante un momento recordó la angustia que se había adueñado de él cuando Bria le dejó con sólo una nota de despedida, y luego se obligó a expulsar aquel recuerdo de su mente. «Ya hace mucho tiempo de eso. Ya no soy un crío...»

Un instante después comprendió que tendría que conseguir dos billetes comerciales de vuelta a Nar Shaddaa. Pero sus ahorros apenas acusarían ese gasto, especialmente teniendo en cuenta la bonificación que les había dejado Xaverri. La ilusionista pagaba muy bien, aunque siempre exigía el máximo.

Durante los últimos seis meses, Han y Xaverri habían mantenido una relación bastante más parecida a la existente entre un par de socios que a la habitual entre un patrono y su empleado. Cada vez que conseguían estafar a un pomposo oficial imperial excesivamente pagado de sí mismo o a algún estúpido burócrata del Imperio, Xaverri repartía el dinero a partes iguales con Han y Chewie.

Los recuerdos hicieron que los labios de Han se curvaran en una tenue sonrisa. Oh, sí, no cabía duda de que habían sido unos meses muy emocionantes... Después de toda la experiencia que había adquirido estafando a civiles mientras formaba parte de la «familia» de Garris Alcaudón, Han siempre había creído que le quedaba muy poco por aprender sobre el arte de estafar a la gente. Pero un mes con Xaverri le había convencido de que comparado con ella, Garris Alcaudón no era más que un torpe aficionado a la mentira.

Los planes de Xaverri iban de lo elegantemente sencillo a lo diabólicamente complicado. Casi nunca repetía la misma estafa. Lo que hacía era adaptar cada operación al objetivo, y solía utilizar sus habilidades como ilusionista para engañar a los fatuos imperiales entre los que seleccionaba a sus presas.

Eso era lo que había hecho cuando despojaron al subsecretario del Moff del sector de D'Aelgoth de casi todo el dinero que había ahorrado a lo largo de su vida..., y además consiguieron que se convirtiera en sospechoso de haber traicionado al Imperio. La sonrisa de Han se fue volviendo más ancha. Aquel tipo era un estúpido capaz de hacer cualquier cosa por unos cuantos créditos, y tarde o temprano habría traicionado al Imperio de todas maneras.

No todas sus estafas se habían visto coronadas por el éxito, desde luego. Dos de ellas habían fracasado y una les estalló en las narices, lo cual les obligó a huir de las autoridades planetarias hasta que Chewbacca consiguió localizarles y fue a recogerles.

Han nunca olvidaría aquella fuga: las carreras, el continuo esquivar disparos, la desesperada huida campo a través durante la que fueron perseguidos por los androides rastreadores y la versión local de los canoides-sabuesos... Xaverri y él tuvieron que pasar toda una noche sumergidos hasta el cuello en unos pantanos, para evitar que sus perseguidores captaran su olor.

Y además lo había pasado muy bien trabajando como ayudante escénico de Xaverri. Ayudar a crear las ilusiones y averiguar cómo se hacía realmente todo había resultado tan divertido como el inclinarse noche tras noche ante los espectadores que les aplaudían y vitoreaban. Incluso Chewbacca había acabado aprendiendo a apreciar la atención del público, y Xaverri concibió varios trucos nuevos que le permitieron exhibir su enorme fuerza de wookiee.

Lo que Han encontró más difícil de todo fue acostumbrarse al ceñido traje lleno de lentejuelas que tenía que llevar en el escenario. Las primeras veces que salió al escenario llevándolo puesto se sintió horriblemente ridículo. Pero acabó acostumbrándose al traje, e incluso consiguió apreciar los silbidos y gritos con los que algunas espectadoras acogían su entrada en escena.

Xaverri solía tomarle el pelo acerca de eso, y nunca le permitía olvidar aquella ocasión en la que una chica subió al escenario y le besó en la boca, haciendo que Han se ruborizara. Han había respondido a esas burlas metiéndose con sus vestidos, que solían ser muy atrevidos.

Han suspiró. «Si hubiera sabido que planeaba hacer esto, podría haber hablado con ella...» Ya la estaba echando de menos. Echaba de menos su presencia, su sonrisa, su afecto. Su calor, sus besos...

Xaverri era una mujer muy especial, y Han acababa de darse cuenta de que se había enamorado de ella. Se preguntó si los acontecimientos habrían seguido un curso distinto en el caso de que se lo hubiese dicho, y acabó decidiendo que no. Tal como le explicaba en su carta, Xaverri no quería tener nada que ver con el amor. No quería amar ni ser amada, porque había descubierto que el amor te volvía excesivamente vulnerable.

—El amor hace que ames la vida —le había dicho en una ocasión—. Y en cuanto amas la vida, entonces sí que te has metido en un buen lío. ¿Sabes por qué, Solo? Pues porque harás cualquier cosa para que no se te escape de entre las manos, y eso te impedirá pensar con claridad.

—¿Qué es lo que no quieres que se te escape de entre las manos..., el amor o la vida? —le había preguntado Han.

—Los dos —había replicado Xaverri—. El amor es lo más peligroso que hay en el universo.

Xaverri estaba dispuesta a correr más riesgos que cualquier otra persona que Han hubiera conocido hasta aquel entonces, salvo en el amor. Si no fuese porque actuaba de una manera tan fríamente deliberada, Han la habría considerado temeraria. Pero no lo era. El peligro no significaba nada para ella porque no le preocupaba morir. Han la había visto mirar a la muerte a la cara sin inmutarse.

En una ocasión la había felicitado por su valor, y Xaverri había meneado la cabeza.

—No, Solo —dijo—. No soy valiente. Tú sí que eres valiente. Tú tienes coraje, pero yo... Bueno, sencillamente no me importa morir. No es lo mismo, ¿entiendes?

Han volvió a suspirar y se levantó de la cama. Xaverri se había ido. A esas alturas su nave, El Fantasma, ya debía de estar muy lejos de Velga.

«Bien, la función ha terminado —pensó mientras alargaba la mano hacia su ropa—. Es hora de volver al mundo real...»

Por lo menos él y Chewie ya tenían dinero más que suficiente para alquilar una nave. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Han se preguntó qué tal estarían yendo las cosas en Nar Shaddaa.

Cuando volvieron a la Luna de los Contrabandistas, Han se sorprendió al darse cuenta de que se sentía como si hubiera vuelto a casa. Lo primero que hicieron fue ir a ver a Mako, y lo encontraron sentado a una mesa y bebiendo con Roa en una de las tabernas. Han entró en el local, sonrió y les saludó con la mano.

—¡Mako! ¡Roa! —exclamó.

Los dos hombres se volvieron al oír su saludo y sonrieron de oreja a oreja.

—¡Han! ¡Chewbacca!

—¡Eh, Roa! Eh, Mako —dijo Han—. ¿Qué tal van los negocios?

—No van mal —dijo Mako—. Jabba te echa de menos, chico. —Oh, sí, seguro —replicó Han, soltando una risita—. ¿Y Jiliac? ¿Ya ha tenido a su bebé hutt?

—Pues no lo sé —dijo Roa—. Pero hace mucho tiempo que no se la ve por aquí, así que quizá aún no haya dado a luz. ¿Qué tal te va todo, chico? ¡Has estado fuera durante tanto tiempo que creíamos que Boba Fett había conseguido atraparte!

Han le devolvió la sonrisa.

—Todavía no lo ha conseguido —dijo—. ¿Fett ha estado por aquí? Mako miró a

su alrededor con expresión pensativa.

—Bueno, dicen que hace unos meses te estuvo buscando por Nar Shaddaa. Pero nadie le ha visto últimamente.

—Estupendo. Mantenedme informado, ¿de acuerdo? —dijo Han—. Bien... ¿Alguien ha visto a Lando? —Intentó adoptar un tono de voz lo más despreocupado posible—. ¿Todavía conserva ese viejo montón de chatarra, el *Halcón Milenario*?

—Oh, sí, todavía lo tiene —dijo Roa—. Y ahora te voy contar algo que te costará creer, Han. Parece ser que Calrissian hizo el negocio de su vida en el sistema de Ose6n. Consiguió hacerse con un cargamento de cristales vitales y luego lo vendió por un montón de dinero. ¿A que no adivinas en qué anda metido ahora?

Han aventuró una hipótesis bastante atrevida, y tanto Roa como Mako se echaron a reír.

Chewie rugió un comentario.

—¡Ha comprado un depósito de naves espaciales usadas! —dijo Mako—. Se lo compró, junto con todo el contenido, a un durosiano que decidió volver a Duros para ocuparse de la granja familiar.

—Bueno, pues yo estoy buscando una nave —dijo Han—. Me parece que le haré una visita a Lando para ver qué modelos tiene disponibles.

—Antes sería mejor que fueras a ver a Jabba —le aconsejó Mako—. Ese hutt ha hecho correr la voz de que debías ir a verle inmediatamente en cuanto volvieras.

Han asintió.

—De acuerdo, de acuerdo... Iré a ver a Jabba. ¿Dónde está el depósito de Lando? Sus amigos le dieron las coordenadas.

Han salió de la taberna después de haberse despedido de ellos agitando jovialmente la mano. Acababa de darse cuenta de que le gustaba estar de vuelta. El interludio con Xaverri había sido tan agradable como lucrativo, pero el contrabando era su verdadera vocación, y Han ardía en deseos de volver a él.

Jabba se mostró tan complacido de ver a Han que llegó a bajar de su estrado y fue ondulando hacia el corelliano.

—¡Han, muchacho! ¡Has vuelto!

Han asintió, y decidió olvidarse de la reverencia habitual. Resultaba obvio que Jabba le había echado de menos.

—Hola, excelen..., eh..., Jabba. ¿Qué tal van los negocios?

Jabba dejó escapar un suspiro francamente melodramático.

—Los negocios irían muchísimo mejor si el clan Besadii comprendiera de una maldita vez que sus bolsillos no han sido elegidos por el destino para acaparar todos los créditos de la galaxia. Han, Han... Debo admitir que te he echado de menos. Perdimos una nave en las Fauces, y el clan Desilijic había pagado mucho dinero por ella. Te necesitamos, Han.

—Bueno, Jabba, pues esta vez habrá que pagarme mejor a cambio de mis servicios —dijo Han en un tono lleno de decisión—. Chewie y yo vamos a conseguir una nave propia. Eso nos beneficiará a ambos: vosotros no tendréis que arriesgar vuestras naves, y yo no tendré que aceptar un sueldo reducido meramente porque no estoy pilotando mi propia nave.

—Estupendo, estupendo —dijo Jabba—. Me parece realmente estupendo, Han.

—Pero antes he de decirte una cosa, Jabba: siguen ofreciendo una recompensa por mi cabeza, y me parece que Teroenza ha conseguido convencer al clan Besadii para que ofrezcan una suma de dinero realmente considerable. La mayoría de los cazadores de recompensas no son lo bastante buenos para crearme problemas, y puedo ocuparme de ellos. Pero si llego a tener la más mínima sospecha de que Boba Fett vuelve a andar detrás de mí, no me quedaré por aquí para que me capture. Me iré, Jabba, y operaré desde el Pasillo de los Contrabandistas. Fett es todo un profesional, pero ni siquiera él está lo suficientemente loco para seguirme hasta el Pasillo.

—¡Han, muchacho! —Jabba parecía sinceramente apenado—. ¡Te necesitamos! ¡El clan Desilijic te necesita! ¡Eres uno de los mejores!

Han sonrió, saboreando al máximo la deliciosa sensación de sentirse al mismo nivel que el líder hutt.

—Eh, Jabba: soy el mejor —dijo—. Y voy a demostrarlo, ¿de acuerdo? Chewie rugió. Jabba señaló al wookiee con una de sus diminutas manos.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que somos los mejores, y tiene razón —contestó Han—. Pronto todo el mundo lo sabrá.

La siguiente parada de Han, tal como había prometido, tuvo lugar en el depósito de naves espaciales usadas de Lando. Él y Chewie fueron directamente al despacho, donde se encontraron con un pequeño androide repleto de brazos tentaculares y un único ojo color rubí.

—¿Dónde está Lando? —preguntó Han.

—Mi amo no se encuentra aquí en estos momentos, señor —replicó el pequeño androide—. ¿Puedo serles de alguna utilidad? Soy Vuffi Raa, su ayudante.

Han miró a Chewbacca, y el wookiee alzó sus ojos azules hacia el techo en una clara muestra de fastidio.

—Quiero hablar con Lando —insistió Han—. ¿Dónde está?

—En el astillero —replicó Vuffi Raa—. Pero... ¡Señor! ¡Espere! ¡Nadie puede entrar en el astillero si no cuenta con una autorización previa del amo Calrissian! ¡Señor! ¡Vuelva aquí! ¡Señor!

Han no le hizo caso, pero Chewbacca se detuvo. Cuando el pequeño androide fue hacia él agitando frenéticamente sus brazos, el wookiee dejó escapar un gruñido que

no tardó en convenirse en un rugido realmente ensordecedor. Vuffi Raa se detuvo tan bruscamente que faltó poco para que se cayera y después se apresuró a huir, gritando «¡Amo! ¡Amo!» con voz quejumbrosa.

Han encontró a Lando trabajando en el Halcón. El corelliano no supo decidir a cuál de los dos se alegraba más de ver, y le complació observar que el Halcón estaba intacto.

Por una vez, el jugador parecía haber olvidado su habitual obsesión por la elegancia. Han se sorprendió al ver que llevaba un grasiento mono de mecánico, y que las manos que empuñaban una llave hidráulica estaban llenas de suciedad.

—¡Landa! —gritó.

Su amigo giró sobre sus talones, y sus apuestas facciones se iluminaron.

—¡Han, viejo pirata! ¿Cuánto hace que has vuelto?

—Acabo de llegar —replicó Han, estrechando la mano de Lando. Después se abrazaron, se dieron palmadas en la espalda el uno al otro y acabaron separándose, sonriendo con satisfacción.

—Eh, Han, me alegro mucho de volver a verte...

—¡Lo mismo digo, Landa!

Antes de que anocheciera, Han y Chewie ya le habían alquilado una nave a Lando. Los dos compañeros acabaron eligiendo un pequeño carguero SoroSuub de la clase Pulga Estelar que había sido sometido a considerables modificaciones. La nave, que tendría unas dos terceras partes del tamaño del Halcón Milenario, poseía una proa redondeada, un par de alas cortas y bastante gruesas y un rechoncho fuselaje curvado que se iba estrechando hasta terminar en una esbelta sección de cola. En general el carguero recordaba a una gran gota de aspecto francamente poco aerodinámico y, como le diría más tarde un contrabandista quarreniano a Han, se parecía mucho a «unos bichos que criamos como aperitivo». Al final de cada ala había una torreta artillera provista de dos cañones láser fijos, y el piloto también controlaba una batería de cañones láser instalada en la proa.

Han le puso por nombre Doa.

—El noble Aruk desea veros, excelencia —dijo Ganar Tos, el mayordomo de Teroenza—. Os está esperando en vuestro despacho.

El Gran Sacerdote se envaró nada más oírle. «¡Me parece que no podré aguantar que vuelva a criticar todo lo que hago!», pensó mientras se levantaba de mala gana de la hamaca de descanso en la que había estado tumbado.

El noble Aruk y Durga, su descendiente, habían llegado hacía dos días para llevar a cabo una inspección especial de la operación ylesiana. Teroenza se había sentido muy orgulloso de poder mostrarles los grandes progresos que habían hecho, las nuevas factorías, el elevado nivel de productividad de los peregrinos y el incesante

aumento de los suministros de especia que enviaban al espacio. Incluso había podido enseñarles el terreno recién limpiado de maleza en el que se construiría el nuevo asentamiento, la Colonia Ocho.

Pero cuantas más cosas le enseñaban al gran líder hutt, más se quejaba y protestaba Aruk. El Gran Sacerdote estaba empezando a sentirse invadido por la desesperación.

Mientras avanzaba pesadamente por el pasillo del Edificio Administrativo de la Colonia Uno, la mente de Teroenza estaba muy ocupada tratando de concebir las réplicas más adecuadas para la miríada de acusaciones que Aruk podía lanzar contra él. La producción seguía aumentando. Los trabajadores eran muy eficientes. Estaban explorando la posibilidad de exportar nuevos productos, como por ejemplo las ranas de los árboles-nala...

Aruk había acabado aficionándose a ellas durante su visita. Kibbick había insistido en que su tío debía probarlas, y el viejo hutt así lo había hecho. Durga también las probó, y declaró que no le habían impresionado en lo más mínimo, pero Aruk quedó encantado con el sabor de aquellos feísimos anfibios, y ordenó a Teroenza que se asegurara de que recibiese un cargamento de ranas arbóreas vivas con cada nave que hiciera la ruta entre Ylesia y Nal Hutta.

Teroenza entró en su despacho, tratando de ocultar el nerviosismo que se había adueñado de él.

—Ya estoy aquí, excelencia —le dijo a Aruk.

El líder hutt —que estaba acompañado únicamente por Durga, su descendiente— alzó la mirada hacia Teroenza.

—Tenemos que hablar, Gran Sacerdote —dijo en un tono bastante seco.

«Oh, no... —pensó Teroenza—. Esto va a ser todavía peor de lo que me temía.»

—¿Sí, excelencia?

—Voy a cancelar sus vacaciones, Gran Sacerdote —dijo Aruk—. Quiero que se quede aquí y que ponga al día a Kibbick acerca de toda la operación ylesiana lo más deprisa posible. Su nivel de ignorancia es realmente vergonzoso, ¡y la culpa es suya, Gran Sacerdote! Ha olvidado quiénes son los verdaderos dueños y señores de Ylesia, Teroenza. Se ha vuelto arrogante, y cree estar al mando de todo. Eso no puede ser permitido. Debe aprender cuál es su lugar, Gran Sacerdote. Cuando haya aprendido a servir y a aceptar el papel de subordinado que le ha correspondido interpretar en este mundo, será recompensado. Sólo entonces podrá volver a Nal Hutta.

Teroenza guardó silencio durante toda la reprimenda de Aruk. Cuando el gran líder hutt hubo acabado de hablar, Teroenza descubrió que lo único que deseaba en aquel momento era salir de su despacho y no tener nada más que ver con toda la ridícula operación ylesiana. Kibbick era un idiota y por muchas lecciones que intentara darle su supervisor, el joven hutt siempre seguiría siendo un idiota.

Y hacía casi un año que no veía a Tilenna, su compañera. ¿Y si Tilenna había decidido aparearse con algún otro macho, harta de que Teroenza llevara tanto tiempo lejos de ella? ¿Cómo podía esperar que siguiera siéndole fiel bajo aquellas circunstancias?

Un terrible resentimiento empezó a hervir en la mente del t'landa Til, pero logró ocultar su reacción con un gran esfuerzo de voluntad.

—Se hará como digáis, excelencia —murmuró—. Me esforzaré al máximo, os lo aseguro...

—Más vale —gruñó Aruk, empleando su tono más grave y amenazador—. Puedes irte, Gran Sacerdote.

La hoguera de rabia que se había encendido dentro de Teroenza siguió hirviendo y burbujeando mientras volvía a sus aposentos, pero cuando llegó a ellos ya volvía a estar calmado. De hecho, el Gran Sacerdote se sentía extraña y gélidamente tranquilo. Teroenza se acomodó en su hamaca de reposo y despidió a su mayordomo.

Si sus pensamientos hubieran podido ser expresados con una sola palabra, ésta habría sido «Basta».

Después de unos cuantos minutos de reflexión, el Gran Sacerdote alargó la mano hacia su comunicador. El código que se había aprendido de memoria hacía ya varios meses acudió velozmente a sus dedos y fue introducido en el teclado. Después, Teroenza tecleó el siguiente mensaje: «Estoy dispuesto a hablar con vosotros. ¿Qué podéis ofrecerme?».

Finalmente, un delicado dedito descendió triunfalmente sobre la tecla de ENVIAR y la activó con una salvaje presión.

Teroenza se recostó en su hamaca de reposo y, por primera vez en seis meses, se sintió en paz con el universo.

Capítulo 8

La sombra del Imperio

El hombre de la armadura mandaloriana avanzó con paso rápido y decidido por el cavernoso vestíbulo lleno de sombras del palacio de Jabba el Hutt en Tatooine. Hubo un tiempo, hacía ya bastantes años, en que aquel hombre había sido un protector de primera clase llamado Jaster Mereel. Eso fue antes de que matara a un hombre y pagara el precio de su crimen.

Su antiguo nombre había desaparecido, y aquel hombre ya sólo era conocido por el nombre que había decidido adoptar para sí mismo: Boba Fett. Durante los diez últimos años, Boba Fett se había convertido en el cazador de recompensas más famoso y temido del Imperio. No era un cazador de recompensas imperial, aunque en ocasiones trabajaba para el Imperio. No formaba parte de la plantilla de cazadores de recompensas del Gremio, aunque aceptaba sus encargos y pagaba las cuotas reglamentarias con regularidad. No, Boba Fett era un cazador de recompensas independiente. Fijaba su propio horario de trabajo, elegía sus encargos y vivía según sus propias reglas.

Se detuvo a mitad de la escalera que llevaba a la sala del trono de Jabba para examinar lo que había delante de él. La enorme cámara estaba muy oscura, y parecía una gigantesca caverna llena de música retumbante. Mirara donde mirase, los ojos de Fett encontraban cuerpos que ondulaban y se retorcían entre la penumbra. Su mirada siguió los movimientos de algunas de las bailarinas humanoides de Jabba, admirando su esbelta flexibilidad. Pero el cazador de recompensas no era el tipo de hombre que pierde el tiempo entregándose a los placeres sibaríticos de la carne. Fett se había autoimpuesto una disciplina tan rígida que no le permitía buscar la gratificación carnal. La alegría de la caza era su único placer, y la única razón de su existencia. Los créditos eran una especie de compensación extra, una bonificación necesaria, un medio para alcanzar sus objetivos..., pero era la cacería la que le nutría, la que le mantenía fuerte, seguro de sí mismo y concentrado en su meta.

Mientras Fett bajaba por el tramo de escalones que conducía a la cámara de audiencias de Jabba, el mayordomo twi'lek del líder hutt, Lobb Gerido, se apresuró a ir hacia él para recibirle, haciéndole untuosas reverencias y balbuceando un saludo entrecortado en su pésimo básico. Fett le ignoró por completo.

Fett enseguida comprendió que nunca se le permitiría aproximarse a Jabba llevando su rifle DesTec EE-3, por que lo dejó en el último escalón. Seguía disponiendo de un armamento lo suficientemente peligroso como para matar a Jabba y destruir toda la cámara de audiencias, y Jabba probablemente lo sabía, pero el líder hutt también conocía la reputación de honestidad de Boba Fett. Jabba le había pagado

para que viniera hasta allí y hablara con él, y el que Fett hubiera aceptado acudir a semejante reunión con la idea de cobrar una recompensa por la grotesca cabeza de Jabba hubiera supuesto una grave infracción del protocolo de los cazadores de recompensas.

Después de haber dejado su rifle desintegrador al final de la escalera, Fett fue hacia el estrado de Jabba. El líder hutt estaba reclinado en un estrado situado encima de la multitud, lo que le permitía quedar lo suficientemente arriba para disfrutar de la mejor panorámica posible de todas aquellas degeneradas festividades. A pesar de la máscara facial mandaloriana, Fett pudo percibir con toda claridad el acre olor del hutt, una extraña vaharada que estaba a medio camino entre los olores del moho rancio y de la basura.

Un gesto del líder hutt hizo que los músicos dejaran de tocar. Fett se detuvo delante de Jabba y bajó la cabeza en una inclinación casi imperceptible.

—¿Me has mandado llamar? —preguntó en básico.

—Sí —respondió Jabba en huttés con su voz de trueno—. ¿Me comprendes, cazador de recompensas?

Fett inclinó su cabeza envuelta por el casco en un silencioso asentimiento.

—Excelente —dijo Jabba—. Que se vayan todos, Lobb Gerido..., y vete tú también en cuanto la sala haya quedado vacía.

—Sí, amo —se apresuró a balbucear el twi'lek.

El mayordomo empezó a ir y venir por la gran sala, con las colas cefálicas bamboleándose de un lado a otro, para expulsar a todos los sicofantes y parásitos de la estancia. Finalmente, el mismo Gerido se esfumó con una última reverenda.

Jabba miró a su alrededor, dio una calada a la boquilla de su narguile y después, cuando estuvo seguro de que se habían quedado solos, se inclinó hacia adelante.

—Te agradezco que hayas accedido a venir a verme, cazador de recompensas —dijo—. Tus cinco mil créditos serán ingresados en tu cuenta antes de que salgas de esta sala del trono.

Fett asintió en silencio.

—Ya he hablado con el representante del Gremio en este sector y he acordado hacer una generosa donación a la Casa del Gremio —siguió diciendo Jabba—. Pero el representante me dijo que no te hallas bajo la autoridad del Gremio, a pesar de que ocasionalmente aceptas sus encargos.

—Así es —le confirmó Fett.

Estaba empezando a sentirse bastante intrigado. Si Jabba sólo quería que alguien muriese, ¿a qué venía todo aquello? ¿Adónde quería ir a parar el Gran Hinchado?

Jabba siguió dando pensativas caladas a su pipa de agua durante casi un minuto, reflexionando en silencio mientras sus bulbosos ojos de pupilas verticales se abrían y se cerraban en un lento parpadeo.

—¿Sabes por qué te he hecho venir, cazador de recompensas?

—Supongo que me has hecho venir porque quieres ofrecer una recompensa para que persiga y mate a alguien —dijo Fett—. Ésa es la razón por la que la gente se pone en contacto conmigo, ¿no?

—Cierto, pero en este caso se trata justamente de todo lo contrario —dijo Jabba. Apartó el narguile y miró fijamente a Fett, obviamente decidido a ir al grano—. Quiero pagarte para que no mates a alguien.

La placa visora macrobinocular incorporada al casco mandaloriano de Fett contaba con excelentes capacidades de visión infrarroja, y también poseía sensores de movimiento y sonido. El cazador de recompensas pudo ver con toda claridad cómo Jabba se tensaba y cambiaba de color. «Esto es muy importante para él», comprendió, sintiéndose cada vez más sorprendido. La inmensa mayoría de los hutts eran seres tan fenomenalmente egoístas que Fett nunca había oído hablar de uno que estuviera dispuesto a correr el más mínimo riesgo para salvar a otra criatura inteligente.

—Expón tu oferta —dijo.

—Alguien ha ofrecido veinte mil créditos de recompensa por un humano que me es de gran utilidad. Deseo pagar veinticinco mil créditos para que esa recompensa sea ignorada hasta nuevo aviso.

Fett respondió a la declaración de Jabba con una sola palabra.

—¿Quién?

—Han Solo. Es un buen piloto, el mejor. Consigue que nuestros cargamentos de especia lleguen dentro de los plazos fijados, y los imperiales nunca han logrado capturarlo. Ha demostrado ser extremadamente valioso para el clan Desilijic. Te pagaré para que dejes de perseguir a Han Solo.

Boba Fett reflexionó en silencio.

Por primera vez en años, el cazador de recompensas se hallaba en un dilema, desgarrado entre su deber, su necesidad de obtener créditos extra y sus propios deseos personales. La oferta de Jabba resultaba tentadora en muchos aspectos. La nave de Boba Fett el Esclavo 1, acababa de sufrir serios daños durante la travesía de un campo de asteroides, y Fett tenía que llevar a cabo ciertas reparaciones francamente caras para conseguir que el sistema de armamento volviera a funcionar a plena potencia.

Por otra parte, llevaba mucho tiempo anhelando capturar a Solo, y no había dejado de pensar en ello desde que él y aquel jugador amigo suyo, Calrissian, le habían capturado, drogado y robado. Boba Fett no podía permitir que dos miserables vagabundos del espacio no pagaran con la vida el haber sido más listos que él.

Pero por otra parte, la semana pasada el noble Aruk del clan Besadii se había puesto en contacto con Boba Fett mediante una comunicación holográfica interestelar y le había dicho que ya no estaba dispuesto a pagar aquellos créditos extra por Han

Solo. En vez de ello, quería ofrecer una recompensa de máxima prioridad por la captura de una corelliana llamada Bria Tharen. Aruk había incrementado la cantidad, ya que estaba dispuesto a ofrecer una recompensa de cincuenta mil créditos a cambio de que se la entregaran con vida. El líder hutt había reducido la recompensa por Han Solo a diez mil créditos, y las desintegraciones habían pasado a estar permitidas. Fett suponía que Teroenza no estaba enterado de aquel cambio.

Cincuenta mil créditos era la cuantía más elevada de todas las recompensas que componían la lista actual de Fett. El cazador de recompensas reaccionó iniciando inmediatamente la búsqueda de Bria Tharen, a la que Aruk había descrito como una líder del movimiento rebelde corelliano. El gran señor del clan Besadii también le dijo que Bria Tharen había dirigido una incursión para rescatar esclavos de Ylesia, y que se sospechaba que había mandado varias incursiones especiales para liberar a esclavos de Ylesia que estaban siendo enviados a las minas de Kessel.

Fett había recurrido a sus fuentes de información y había seguido el rastro de la mujer hasta Corellia primero y hasta uno de los sectores del Borde Exterior después, pero una vez allí Bria Tharen parecía haberse volatilizado. Existía una posible pista que la relacionaba con un yate privado que había zarpado con rumbo a Coruscant, pero por el momento sólo se trataba de un rumor sin confirmar.

Y con todo, Fett no podía soportar la idea de no capturar a Han Solo para que se enfrentara a un final tan humillante como doloroso en manos de Teroenza, el Gran Sacerdote. Fett había torturado cautivos, cuando era necesario, para obtener información. No extraía ningún placer de la tortura o de sus muertes, pero estaba dispuesto a hacerlo cuando era lo que requería el contrato.

Pero en el caso de Han Solo, haría una excepción._

—¿Y bien? —retumbó la potente voz de Jabba, sacando a Fett de sus reflexiones—. ¿Qué me respondes, cazador de recompensas?

Boba Fett pensó a toda velocidad y acabó encontrando una solución que le pareció era la mejor posible dadas las circunstancias, ya que le permitía conservar su integridad como cazador de recompensas y, al mismo tiempo, también le permitía hacer lo más práctico.

—Muy bien —dijo—. Aceptaré los veinticinco mil créditos.

«De todas maneras Aruk quiere que la persecución de Bria Tharen pase a ser mi máxima prioridad —se dijo a sí mismo—, así que estaré satisfaciendo los deseos del cliente. Y la recompensa ofrecida por Bria Tharen asciende a cincuenta mil créditos, por lo que cuando la haya entregado, le devolveré sus veinticinco mil créditos a Jabba y luego perseguiré y mataré a Solo. El honor queda satisfecho, he cumplido mis contratos y además he tenido ocasión de ver morir a Solo.»

Fett acabó llegando a la conclusión de que era un buen compromiso. De esa manera todos quedarían complacidos salvo Teroenza..., y oficialmente, Boba Fett no

estaba trabajando para el Gran Sacerdote, sino para el noble Aruk. La recompensa sería pagada por Aruk, y el líder del clan Besadii había dejado muy claro que lo único que quería era que Solo muriese.

La solución era tan sencilla como provechosa. Fett se sintió muy satisfecho de sí mismo.

—Muy bien —dijo Jabba, obviamente complacido, mientras hacía una anotación en un cuaderno de datos del tamaño de su palma—. Acabo de ingresar un total de treinta mil créditos en tu cuenta.

Fett volvió a inclinar la cabeza en aquel gesto que no llegaba a ser una auténtica reverencia.

—Muy bien —dijo—. Ya encontraré la salida yo solo.

—¡No, no! —se apresuró a exclamar Jabba—. Lobb tendrá que abrir la puerta blindada para que puedas marcharte.

Presionó un botón en su cuaderno de datos y el twi'lek apareció unos segundos después, las colas cefálicas ondulando alrededor de su cabeza. Lobb saludó a su señor con repetidas reverencias.

—Adiós, Fett —dijo Jabba—. Me acordaré de ti en el futuro cuando el clan Desilijic tenga que ofrecer alguna recompensa.

Boba Fett no dijo nada y se limitó a girar sobre sus talones para seguir al mayordomo, deteniéndose un momento al comienzo de la escalera para recoger su rifle desintegrador.

Las abrasadoras arenas de Tatooine parecían brillar con el doble de intensidad que a su llegada después de la oscuridad de la sala del trono de Jabba, pero el casco mandaloriano de Boba Fett filtró automáticamente los rayos nocivos, permitiéndole ver con claridad.

Subió al Esclavo I, despegó y comprobó su vector de partida mientras sobrevolaba el terrible desierto. Fett bajó la mirada hacia aquel infinito de arena y contempló las dunas, que ondulaban con un movimiento lento e incesante que casi recordaba el de las olas del océano. Había estado muy pocas veces en Tatooine, y era incapaz de imaginarse un motivo que le hiciera volver allí. Qué lugar tan desolado. Boba Fett sabía que se suponía que había vida en los desiertos, pero allí no había nada aparte de la arena.

Pero... Un momento. ¿Qué era aquello?

Fett se inclinó sobre su pantalla visora mientras el Esclavo I pasaba por encima de un gigantesco pozo que se abría en el fondo de una depresión en la arena. Fett creyó ver algo que se movía dentro del pozo, una especie de helechos recubiertos de pinchos o quizá unos tentáculos.

«Me pregunto qué será eso —pensó mientras hacía que el Esclavo 1 ascendiera velozmente a través de la atmósfera de Tatooine—. Bueno, supongo que sí hay vida

en el desierto después de todo...»

Unos momentos después el árido mundo de color marrón ya había quedado detrás del cazador de recompensas, convirtiéndose en un puntito tan lejano que ni siquiera llegaba a la categoría de recuerdo...

Una semana después de haberle alquilado el Bria a Lando, Han Solo ya estaba maldiciendo al pequeño carguero, a sí mismo, a Lando y al universo en general.

—Chewie, viejo amigo, me temo que he sido un idiota al escoger esta nave —dijo el corelliano en un momento de nada usual sinceridad—. Sólo nos está dando problemas.

—Hrrrrnnnn —gruñó Chewie, mostrándose totalmente de acuerdo con él.

Prácticamente desde el primer momento descubrieron que el Bria necesitaría muchas horas de trabajo. La nave había volado a la perfección durante su «recorrido de prueba», pero los problemas hicieron erupción como géisers en las lunas de metano de Thermon apenas hubieron legalizado el contrato de alquiler con Lando. Cuando iniciaron su primer viaje transportando contrabando con su nueva adquisición, el Bria funcionó impecablemente durante los diez primeros minutos..., y después el estabilizador de proa sufrió un cortocircuito y la nave tuvo que ser remolcada de vuelta a Nar Shaddaa mediante un rayo tractor. Han y Chewie repararon el estabilizador, una labor en la que fueron ayudados por Vuffi Raa, el pequeño androide multitentaculado de Lando (que al parecer también se estaba encargando de pilotar el Halcón Milenario), y después volvieron a despegar.

Y esta vez fue el estabilizador de popa el que dejó de funcionar de repente.

Han y Chewie volvieron a reparar el Bria, sudando y maldiciendo durante todo el largo y complicado proceso de reparación, e hicieron un nuevo intento..., y después volvieron a intentarlo una y otra vez. A veces su pequeña Pulga Estelar SoroSuub funcionaba estupendamente, pero en otras ocasiones podían considerarse afortunados si conseguían volver renqueando al astillero de Lando para reparar las averías.

El ordenador de navegación del Bria sufrió un grave ataque de amnesia, y el sistema de hiperimpulsión decidió tomarse unas vacaciones. Cuando la nave tenía un buen día, Han era lo suficientemente buen piloto como para conseguir que fuera bastante deprisa, pero prácticamente cada vez que despegaba para hacer un viaje de prueba con ella acababa teniendo que volver a toda prisa después de que hubiera aparecido un nuevo problema.

Han se quejó a Lando, quien se limitó a responder que en el contrato firmado por Han ponía bien claro que la nave era alquilada «en su estado actual», y que él no había añadido ninguna garantía especificando que el Bria estuviera en condiciones de volar. Además, Lando también observó —y en eso tenía toda la razón— que les había alquilado la diminuta Pulga Estelar a un precio muy razonable.

Han no tenía ningún argumento que oponer a esa respuesta, pero el que Latido tuviera razón no le servía de nada cuando el Bria decidía dejar de funcionar, cosa que ocurría prácticamente en uno de cada dos viajes.

Han le habló de los problemas que estaba teniendo con la nave a Mako, quien decidió ayudar a su amigo presentándole a otro de sus muchos conocidos.

—Jefe de mecánica espacial, piloto y técnico en reparaciones Shug Ninx, te presento a Han Solo y a su socio Chewbacca. Tienen una nave que necesita que alguien le eche un vistazo.

Shug Ninx era un humanoide, pero aunque su aspecto era básicamente humano, Han enseguida se dio cuenta de que llevaba un poco de sangre alienígena en las venas. Era alto, con ojos azul pálido y una cabellera rubio castaña que se erizaba sobre su cabeza. La piel de la mitad inferior de su cara estaba salpicada de manchitas blanquecinas, y sus manos sólo tenían dos dedos más un pulgar oponible con una articulación extra. Esa peculiaridad le proporcionaba una gran destreza cuando tenía que manipular maquinaria.

La expresión recelosa de Shug Ninx también le indicó que había tenido que enfrentarse a bastantes sospechas debido a su mezcla de sangre. La mayoría de aquellos problemas probablemente habían surgido en el trato con oficiales imperiales, que consideraban a cualquier «mestizo» como un ciudadano de clase inferior.

Han le alargó la mano con una sonrisa.

—Encantado de conocerte, Shug —dijo—. ¿Crees que podrías ayudarme a conseguir que este condenado cubo de tuercas sea capaz de recorrer el espacio?

—Bueno, siempre podemos intentarlo —dijo Shug, relajándose visiblemente—. Tráelo a mi granero espacial hoy mismo, y averiguaremos qué le ocurre.

Para llegar al granero espacial de Shug, Han tuvo que pilotar el Bria en un complicado descenso por entre las enormes torres verticales de dos gigantesos complejos de edificios que estaban casi pegados el uno al otro. Cuando Han y Chewie llegaron al «granero espacial», el descomunal muelle y garaje espacial de Shug, que se encontraba en los niveles inferiores del laberinto de estructuras que formaban Nar Shaddaa, quedaron muy impresionados.

—¡Uf! —exclamó Han, contemplando las naves en distintas fases de desmontaje que se alzaban a su alrededor—. Este sitio está mejor aprovisionado que un muelle espacial imperial. Veo que tienes prácticamente todo lo que se puede llegar a necesitar.

El equipo se alineaba a lo largo de las paredes y se amontonaba en los rincones. A primera vista el lugar parecía tan caótico como desordenado, pero Han no tardaría en descubrir que Shug Ninx era capaz de localizar inmediatamente hasta la herramienta más pequeña.

—Sí —dijo Shug con orgullo, visiblemente complacido por la franca admiración

de Han—. Tuve que ahorrar durante mucho tiempo para poder comprar estas instalaciones.

Shug echó un vistazo al Bria, y apenas hubo acabado meneó la cabeza con expresión apesadumbrada.

— Han, la mitad de los problemas que estás teniendo con esta nave se deben a que ha sido modificada utilizando piezas y sistemas que no han salido de las fábricas de SoroSuub. ¡Todo el mundo sabe que las SoroSuubs son alérgicas a los componentes de otras fábricas!

— ¿Puedes ayudarnos a conseguir que funcione? —preguntó Han.

Shug asintió,

—No será fácil, pero lo intentaremos.

Durante las semanas siguientes, Han y Chewie ayudaron a Shug Ninx a reparar su nueva nave. Los dos contrabandistas trabajaban cada día hasta que acababan agotados, y poco a poco fueron descubriendo los misterios de la reparación de naves espaciales gracias a las lecciones del experto mecánico que supervisaba su trabajo.

Han estaba tan cansado que apenas salía a divertirse, pero una noche un impulso repentino hizo que decidiera ir a tomar una copa en una taberna local del sector corelliano que solía frecuentar. La Luz Azul sólo servía licores y básicamente era un tugurio miserable, pero a Han le gustaba aquel diminuto y oscuro local de paredes empapeladas con carteles holográficos de ciudades corellianas y prodigios de la naturaleza. La taberna siempre estaba tan oscuro que apenas veías nada, por supuesto..., sobre todo después de que te hubieras tomado un par de copas. Aun así, Han la prefería a otros establecimientos más elegantes.

Mientras estaba sentado en la barra tomando sorbos de una jarra de cerveza alderaaniana, de repente hubo un altercado en la parte de atrás del local. Han se levantó de un salto en cuanto oyó un juramento mascullado por una voz femenina al que siguió el típico gruñido de borracho de un hombre que había bebido demasiado.

— ¡Eh, pequeña, una dama no debería decir esas cosas!

— No soy ninguna dama —dijo una mujer de voz bastante ronca que parecía estar muy enfurecida.

Han escrutó la penumbra y consiguió distinguir dos siluetas que se debatían. Oyó ruidos de lucha, y después oyó el seco chasquido de un bofetón.

— ¡Ven aquí, condenada vagabunda! —gritó el hombre.

La mujer volvió a maldecir, y un instante después Han oyó el inconfundible sonido de un puño chocando con la carne. El hombre aulló y se lanzó sobre la mujer. Mientras echaba a correr hacia la parte de atrás del local, Han vio cómo los pies del hombre dejaban de estar en contacto con el suelo. La mujer acababa de lanzarlo por los aires, utilizando una llave de propulsión por encima del hombro a la que acompañó una especie de crujido. El hombre dejó escapar un estridente chillido de

dolor que se interrumpió casi al instante y después chocó con el suelo y se quedó inmóvil, gimoteando y quejándose.

Cuando llegó a la parte de atrás del bar sumido en la penumbra, Han se encontró con un contrabandista y matón barato flacucho y más bien bajo, al que conocía únicamente como «Salto», gimiendo y retorciéndose a los pies de una mujer muy alta. Mientras el amigo de Salto (que había sido lo suficientemente listo para no tomar parte en la pelea) ayudaba al matón a incorporarse, Han pudo ver que su brazo, obviamente dislocado, colgaba junto a su costado en un ángulo muy extraño. La mujer permaneció inmóvil ante ellos, la mano sobre la culata del desintegrador que no había desenfundado y los ojos entrecerrados. Ni siquiera jadeaba.

Han fue hacia ella y la mujer giró sobre sus talones para encararse con el corelliano.

—¡Ocúpate de tus asuntos, amigo!

Han retrocedió un paso, sintiéndose un poco intimidado por la furia que llameaba en sus ojos ambarinos. La mujer era tan alta como él y tenía la piel tan oscura como Lando, con una enmarañada aureola de rizos negros sobresaliendo de su cabeza como la melena de un brelet. Parecía más dura que el neutronio, y saltaba a la vista que estaba furiosa.

El corelliano se apresuró a levantar las dos manos en un gesto de apaciguamiento.

—Eh, yo no soy de los que meten las narices donde no les importa. Tengo la impresión de que había un problema y que ahora ya está solucionado, ¿no?

—Puedo cuidar de mí misma —replicó secamente la mujer, pasando junto a Han para ir hacia la entrada del local.

Los tacones de sus botas chasquearon sobre el suelo repleto de arañazos y señales, y Han vio que llevaba una falda larga de color marrón, una blusa de seda del mismo color y un peto de metal negro festoneado con remaches metálicos. Un desintegrador de grueso calibre colgaba de su cintura, y el aspecto gastado de su culata indicó a Han que la mujer sabía con toda exactitud qué había que hacer con él.

Sintiéndose cada vez más intrigado, Han fue corriendo hacia la entrada de *La Luz Azul* y después, asegurándose de que no se interponía entre la mujer y la puerta, señaló un par de taburetes vacíos.

—Bueno... ¿y tienes que irte tan deprisa? ¿No puedo invitarte a una copa? —preguntó.

La mujer le estudió en silencio durante un momento interminable, y la ira fue desapareciendo poco a poco de su rostro mientras los gimoteos de Salto se iban alejando hacia el fondo del local a medida que el matón era ayudado a salir del bar por sus amigos.

—Quizá —dijo—. Me llamo Salla Zend —añadió, ofreciéndole una mano enguantada.

—Y yo me llamo Han Solo. —Se estrecharon las manos y después Han pasó una pierna por encima del taburete más próximo—. ¿Qué vas a beber?

Salla también se sentó.

—Un mrelf rabioso solo.

—Perfecto —dijo Han, asegurándose de que su rostro no mostraba ninguna reacción ante la mención de aquel licor tan terriblemente potente.

El corelliano no habría bebido mrelf rabioso ni para ganar una apuesta, porque había oído bastantes historias de navegantes espaciales que pillaron una borrachera de mrelf rabioso y despenaron de ella para encontrarse en un campo de trabajos forzados imperial..., o en un sitio todavía peor.

Empezaron a hablar, y Han se enteró de que Salla también se dedicaba al contrabando y que acababa de llegar a Nar Shaddaa.

—Tengo una nave, la Viajera del Borde —le explicó—, pero necesita unas cuantas reparaciones. Me gustaría hacerle unas cuantas modificaciones.

—Eh, pues ya sé adónde tienes que ir para eso —exclamó Han—. Mi nave también necesita unas cuantas reparaciones, y estamos trabajando en ella. El tipo que se ocupa de las reparaciones es un auténtico mago de la mecánica. Se llama Shug Ninx.

—Yo también tengo buena mano para la maquinaria —dijo Salla—. Me gustaría conocer a tu amigo.

—Mañana por la mañana volveré a trabajar en ella —dijo Han—. Si quieres... Bueno, ¿por qué no quedamos mañana y vamos juntos al granero espacial de Shug?

Salla le contempló en silencio durante unos momentos, y después sus labios se fueron curvando lentamente en una sonrisa llena de maliciosa diversión.

—Tengo una idea mejor —replicó—. Ven a mi casa. ¿Sabes cocinar? Han puso ojos como platos. «Vaya... ¡Eso sí que es ir directo al grano!»

Le devolvió la sonrisa, empleando su habitual mueca sardónica. Han enseguida se dio cuenta de que ni siquiera Salla era inmune a sus efectos..., o quizá fuera la bebida.

—Claro que sé cocinar —dijo—. Una de mis mejores amigas era cocinera.

Salta se echó a reír.

—Eh, Solo, desconecta tu encanto durante un rato y déjame respirar. Estoy empezando a sospechar que quieres romperme el corazón.

—Oh, no —dijo Han, extendiendo el brazo para rozarle el dorso de la mano con un dedo—. Lo único que quiero es prepararte la cena. Creo que es un plan magnífico. ¿Te gustan los filetes de traladón?

—Por supuesto, siempre que no estén demasiado hechos —replicó Salla con alegre jovialidad.

—No lo olvidaré —prometió Han.

Cuando hubieron terminado sus bebidas, salieron a la mísera calle de Nar

Shaddaa. Salla deslizó el brazo alrededor del de Han.

—Me alegro de haberte encontrado. Soy capaz de quemar el agua, así que ya ni siquiera intento cocinar. La perspectiva de una cena casera me parece realmente adorable.

Han volvió a sonreírle, invirtiendo hasta el último átomo de encanto que poseía en la sonrisa.

—Pues vamos a cenar. Y luego quizá... ¿El desayuno?

Dalla rió y meneó la cabeza.

—Estás hecho un auténtico bribón, ¿verdad?

—Lo intento —respondió Han modestamente.

—Bien, cariño, pues no abuses de tu suerte —le advirtió Salla, sonriendo para hacerle saber que no se sentía ofendida—. Soy capaz de cuidar de mí misma.

Han se acordó de cómo había manejado a Salto, y tuvo que admitir que Salla era perfectamente capaz de cuidar de sí misma. El corelliano asintió, y decidió no ir demasiado deprisa... por el momento.

Durante las semanas siguientes, Han y Salla siguieron viéndose el uno al otro, y su relación se fue desarrollando y adquirió una naturaleza más íntima. Cuando ya llevaban un mes saliendo, Han por fin consiguió llegar a prepararle el desayuno, y todo el mundo empezó a considerarles como una pareja.

Tenían muchas cosas en común, y Han descubrió que le encantaba estar con Salla. La contrabandista era una mujer apasionante y llena de vida, y también era inteligente, sensual y franca. A medida que iba llegando a conocerla mejor, Han se dio cuenta de que Salla también tenía una veta de ternura oculta, aunque ésta rara vez emergía a la superficie.

Han le presentó a Shug, y los dos establecieron inmediatamente una relación muy intensa, aunque en este caso su naturaleza no era romántica. Resultó que Salla era una auténtica experta en todo lo relacionado con la tecnología, y que se sentía mucho más a gusto manejando el soplete láser que la inmensa mayoría de los contrabandistas. Les contó que había trabajado como oficial técnico a bordo de un transporte antes de que consiguiera comprar la Viajera del Borde. De vez en cuando transportaba especia, pero siempre que podía prefería transportar armas. Salla era una traficante de armas tan intrépida como eficiente.

Salla no tardó en convenirse en una presencia habitual en el granero espacial de Shug, que era frecuentado por todos los contrabandistas que querían reparar sus naves, intercambiar historias y desafiarse los unos a los otros para establecer nuevos récords espaciales. Han descubrió que, más tarde o más temprano, la mayoría de los contrabandistas humanos y un gran número de los no humanos acababan apareciendo por el granero espacial de Shug. Muchos de sus amigos del Pasillo de los Contrabandistas pasaron por allí e incluso, en una ocasión realmente notable, Wynni

les hizo una visita.

Zeen y el Chico, un contrabandista y ladrón llamado Rik Duel, Esbelta Ana Azul, Roa y Mako... Todos ellos pasaron ratos magníficos en el granero espacial de Shug. Shug sólo tenía tres reglas: no se podían consumir sustancias intoxicantes, todo el mundo debía pagar al contado el uso de las herramientas y sus servicios o los de sus técnicos, y siempre había que limpiar lo que hubieras ensuciado.

Han acabó decidiendo que ya era hora de que Salla conociera a Lando, y también se cayeron bien a primera vista. Han se dio cuenta de que se sentían atraídos el uno por el otro, pero Salla dejó muy claro que había elegido a Han..., al menos por el momento.

Un día Han se había encaramado al casco del Bria para trabajar en el deflector principal cuando Chewbacca le llamó con un rugido, diciéndole que bajara porque había alguien que quería verle. Han descendió por la escalerilla para encontrarse con un joven, un muchacho muy apuesto de cabellos y ojos castaños que le estaba esperando junto a la nave. Su apariencia le recordó un poquito a él mismo durante sus últimos años de adolescencia.

El joven le ofreció la mano.

—¿Han Solo? Es un honor conocerte. Me llamo Jarik Solo. Han sintió que sus ojos intentaban escapar de las órbitas mientras le estrechaba la mano.

—¿Te llamas... Solo? —preguntó con voz enronquecida por la sorpresa.

—Sí —respondió el muchacho—. Creo que debemos de ser parientes. Yo también nací en Corellia.

Dado que en toda su vida Han sólo había llegado a conocer a dos miembros de su familia (y prefería mantenerlos lo más ocultos posible, ya que su tía Tiion era una paranoica que llevaba una existencia de reclusa y su hijo Thrackan Sal-Solo, primo de Han, era un sádico con tendencias asesinas..., y eso suponiendo que siguieran con vida, claro), no estuvo muy seguro de qué clase de réplica se esperaba de él.

—¿De veras? —murmuró finalmente—. Eso es muy interesante. ¿De qué rama de la familia procedes?

—Eh... Bueno, creo que mi tío Renn era primo segundo de tu padre —dijo el joven sin inmutarse.

Renn era un nombre muy común en Corellia. Han sonrió.

—Podría ser —dijo—. Ven aquí y hablaremos.

Llevó al muchacho al caótico despacho de Shug y sirvió un par de tazas de té estimulante. Chewie les siguió, y Han se encargó de presentar al wookiee. Chewie dirigió un prolongado hrrrrnnnn a Jarik, y Han enseguida se dio cuenta de que el muchacho le caía bien.

—Bien, Jarik, ¿y por qué me buscabas? —preguntó después.

—Me gustaría aprender a pilotar —replicó el muchacho—. Y he oído decir que

eres el mejor, así que... Si me aceptas como alumno, te aseguro que me esforzaré al máximo.

—Bueno... —Han miró al wookie—. Supongo que no nos vendría nada mal tener otro par de manos para trabajar en el Bria. ¿Sabes manejar una llave hidráulica?

—¡Por supuesto! —exclamó Jarik—. Las llaves hidráulicas no tienen secretos para mí.

—Ya lo veremos —dijo Han.

Al principio decidió invitar al muchacho a que se quedara por allí para no perderlo de vista. Han no creía que aquel chico hubiera nacido en Corellia. No hubiera sabido explicar exactamente por qué, pero le parecía que no tenía el aspecto que había que esperar de alguien nacido allí. El corelliano preguntó a Roa, en su calidad de veterano contrabandista, si sabía algo sobre un joven llamado Jarik.

Hizo falta un mes, pero Roa consiguió descubrir que el joven Jarik era un chico de la calle nacido y criado en las profundidades de Nar Shaddaa. Jarik había hecho cuanto pudo para hacerse con un puñado de comida y unos cuantos créditos, y había trabajado en todos los empleos que consiguió encontrar. Nadie sabía quiénes eran sus padres, y probablemente ni siquiera él los conocía. Siempre había vivido en Nar Shaddaa, y solía ser visto por el sector corelliano. Entraba dentro de lo posible que por lo menos uno de sus progenitores hubiera nacido en Corellia.

Cuando Han estuvo seguro de que el muchacho le había mentado, pensó decirle que debía irse, pero a esas alturas ya se había acostumbrado a tenerlo cerca. Jarik absorbía con ávida atención cada palabra que salía de los labios de Han, y lo seguía a todas partes siempre que Han se lo permitiera. Aquella atención, tan intensa que rozaba la adoración, resultaba muy agradable. Han intentó racionalizar su decisión diciéndose que después de todo él también había tenido que mentir en más de una ocasión para salir adelante y poder ser aceptado.

Jarik enseguida dejó claro que era capaz de aprender muy deprisa. Han le enseñó a manejar la torreta artillera de babor del Bria, y el muchacho demostró poseer excelentes reflejos y muy buena puntería. Dado que la actividad pirata en el espacio hutt había estado aumentando últimamente, Han acabó llevándose consigo al muchacho en la mayor parte de sus viajes. Después de haber discutido el asunto con Chewbacca, Han decidió no decirle al joven que sabía que no se apellidaba «Solo». Fue Chewie quien observó que resultaba obvio que el haber conseguido un apellido significaba mucho para Jarik. Los wookies daban mucha importancia a la familia, y Chewie sentía una gran simpatía por el muchacho.

Poco después de que Han y Salla iniciaran su relación, la Bria por fin estuvo en condiciones de volver a surcar el espacio. Las modificaciones llevadas a cabo por Shug habían incrementado su velocidad hasta convertirla en una pequeña nave muy respetable. Pero, tal como dijo Jarik, seguía siendo «una dama impredecible».

La Bria se comportaba a la perfección durante un viaje, pero al siguiente... El repertorio de problemas y averías con el que torturaba a Han, Chewie y Jarik apenas empezaban a recorrer las rutas espaciales parecía no tener fin. Han aprendió todo un nuevo vocabulario de maldiciones y juramentos wookies mientras él y Chewie sudaban a chorros intentando reparar su recalcitrante nave.

En una ocasión el motivador sublumínico se quemó justo cuando estaban pasando junto a los cúmulos de agujeros negros de las Fauces. La experiencia resultó de lo más interesante, desde luego. Durante un rato, Han creyó que nunca conseguirían volver a Nar Shaddaa. De no haber sido por las rápidas reparaciones llevadas a cabo por Chewie y la experiencia como piloto acumulada por Han, el carguero habría sido aspirado por un agujero negro.

Han encontró un nuevo apartamento más espacioso en un área menos miserable de la sección corelliana. Sus ausencias eran frecuentes y solía quedarse a dormir en casa de Salla, por lo que acabó permitiendo que Jarik pasara las noches con Chewbacca para que el wookiee tuviera un poco de compañía.

La vida, reflexionaba Han (cuando disponía de un poco de tiempo para reflexionar, algo que no ocurría con frecuencia) era maravillosa. Llevaba más de dos meses sin tener que vérselas con ningún cazador de recompensas, y Boba Fett parecía haberse esfumado. Él y Chewie estaban ganando montones de créditos y tenían su propia nave. Han tenía amigos y a una persona que ocupaba un lugar muy especial en su vida, alguien que además era capaz de hablar el lenguaje de los contrabandistas. El corelliano nunca se había sentido más feliz y satisfecho.

En una remota área del espacio situada entre un sistema y su vecino, dos naves hutts acudieron a una cita en unas coordenadas altamente secretas. Las naves pertenecían a miembros del kajidic del clan Desilijic, aunque ninguna estaba siendo pilotada por Han Solo. Una de ellas era el *Joya Estelar*, el yate de Jabba, y la otra era *el Perla de Dragón*, propiedad de Jiliac.

Siguiendo las precisas instrucciones de sus pilotos, que las fueron aproximando la una a la otra mediante suaves presiones sobre los controles de sus toberas de maniobra, las dos naves se aproximaron lentamente hasta encontrarse lo suficientemente cerca para hacer posible la operación de ataque. Un tubo umbilical surgió de la escotilla del Joya Estelar y fue extendiéndose por el vacío hasta que entró en contacto con la escotilla del Perla de Dragón y se adhirió a ella. Los yates hutts quedaron inmóviles en el espacio, unidos el uno al otro por el tubo.

Jabba y Jiliac se hallaban a bordo del Joya Estelar. Cómodamente instalado en el lujoso salón del yate, Jiliac acunaba a su bebé en sus brazos. Cuando los instrumentos del yate indicaron que la conexión entre las dos naves había sido concluida con éxito, Jiliac colocó a la diminuta y todavía informe oruguita-hutt junto a su bolsa ventral, y permitió que la minúscula criatura se arrastrara hacia su interior. Los pequeños hutts

pasaban la mayor parte del primer año de sus jóvenes vidas dentro de la bolsa de su madre. —

Mientras los dos hutts esperaban expectantes, oyeron un ruido de pasos que se aproximaban por el corredor. La puerta se abrió y Teroenza, Gran Sacerdote de Ylesia, cruzó el umbral.

La enorme criatura cornuda casi parecía un enano en comparación con las enormes masas blandas y viscosas de los hutts, pero Jiliac enseguida se dio cuenta de que Teroenza no daba la impresión de sentirse particularmente intimidado por sus moles.

—Bienvenido, Teroenza —dijo afablemente, señalando una hamaca de reposo t'landa Til que había hecho instalar especialmente para el Gran Sacerdote—. Considérate en tu casa, y ponte cómodo. Confío en que habrás podido ocultar tu ausencia de tu mundo...

—El tiempo de que dispongo es limitado —dijo Teroenza—. Esta mañana partí en un deslizador de superficie con un piloto gamorreano después de haber dicho que iba a inspeccionar los trabajos de construcción de la Colonia Ocho. A mitad del trayecto, cuando estábamos en la zona más salvaje de la jungla, dejé sin sentido al guardia y luego hice que el deslizador se estrellara contra un gigante de la jungla. Luego arrojé un detonador térmico sobre los restos, y lancé al guardia a las llamas cuando éstas ya habían prendido. Vuestra nave me estaba esperando justo en el sitio donde me habíais garantizado que estaría. Mañana podrá devolverme a esa parte de la jungla y allí me ensuciaré y me golpearé contra las ramas hasta quedar adecuadamente maltrecho, y luego saldré tambaleándome de la jungla justo a tiempo de tropezarme con uno de los grupos de búsqueda. Aruk no sospechará nada.

—Excelente —dijo Jiliac—. Pero, tal como has observado, nuestro tiempo está limitado. Así pues, vayamos directamente al grano. Aruk se ha convertido en una..., molestia. Nos gustaría librarnos de esa molestia.

Teroenza soltó un bufido.

—Cierto —admitió—. Por mucho que aumente la producción, Aruk nunca está satisfecho. Hace más de un año que no veo a mi compañera, y Aruk me ha prohibido volver a mi hogar aunque sólo sea para una corta visita. ¡Ah, y además ha reducido la recompensa ofrecida por Han Solo y la ha convertido en un contrato de «matar a primera vista, con desintegraciones admitidas»! Me prohibió incrementar la cuantía de la recompensa incluso si estaba dispuesto a pagarla con mis propios créditos. ¡Dijo que estaba obsesionado con Solo! Cuando le oí pronunciar esas palabras, supe que ya no podía seguir trabajando para él. Esperar el momento en que podré presenciar la lenta muerte de ese vagabundo espacial corelliano ha sido mi único placer durante meses. Cuando me acuerdo de cómo... —y el Gran Sacerdote siguió recitando su letanía de motivos para odiar a Han Solo.

Jabba y Jiliac se miraron el uno al otro durante el interminable discurso de Teroenza. Jiliac sabía que Jabba había llegado a alguna clase de acuerdo con Boba Fett a fin de que Solo pudiera seguir trabajando para ellos sin necesidad de temer a los cazadores de recompensas. Pero Teroenza no necesitaba disponer de esa información, y nunca llegaría a saberlo.

Teroenza por fin llegó al final de su recitado de agravios y se inclinó ante los hutts.

—Os pido disculpas, excelencias. Tal como habéis dicho, vayamos al grano.

—En primer lugar, debemos determinar el precio de tu... ayuda, Teroenza —observó Jabba.

El T'landa Til respondió pidiendo una cierta cantidad de dinero. Jabba y Jiliac volvieron a intercambiar una rápida mirada. Ninguno de los dos abrió la boca.

Pasados un par de minutos, Teroenza solicitó una segunda cantidad de dinero significativamente más reducida que la primera. Aunque alta, la cifra entraba dentro de los límites de lo razonable. Jiliac cogió un pequeño crustáceo de una bandeja colocada junto a su estrado de reposo y lo contempló en silencio durante unos segundos.

—De acuerdo —dijo por fin, y después introdujo la golosina en su boca—. No quiero que nadie sospeche que se ha cometido un asesinato —añadió luego con afable jovialidad—. Todo tiene que hacerse de una manera muy sutil...

—Sutil... —murmuró Teroenza mientras acariciaba distraídamente su cuerno, que ya estaba reluciendo como si acabaran de untarlo con aceite—. Entonces debemos descartar un ataque armado.

—Por supuesto —dijo Jiliac—. Los sistemas de seguridad del clan Besadii sólo son superados por los nuestros. Nuestras tropas tendrían que abrirse paso a cañonazos, y entonces todo Nal Hutta sabría quién estaba detrás de la operación. No, nada de ataques armados.

—¿Un accidente? —se preguntó Jabba en voz alta—. Con su barcaza fluvial, quizá... Tengo entendido que a Aruk le encanta hacer pequeñas excursiones al atardecer, y que suele dar fiestas en el río.

—Es una posibilidad —dijo Jiliac—. Pero ese tipo de accidentes siempre resultan muy difíciles de controlar. También podría destruir a Durga, y no quiero que Durga muera.

—¿Por qué, tía? Durga es muy listo. Podría acabar convirtiéndose en una amenaza para nosotros —observó Jabba.

Teroenza se encargó de responder a la pregunta del joven hutt antes de que Jiliac tuviera ocasión de hacerlo. Recostándose en su hamaca de reposo, el Gran Sacerdote cogió una cucaracha-piojo en salmuera de una bandeja y la probó.

—Porque Durga tendrá serios problemas para controlar al clan Besadii —dijo con

voz pensativa entre bocado y bocado—. Muchos miembros del kajidic opinan que no está en condiciones de gobernar debido a su marca de nacimiento. Afirman que ha sido señalado por la fatalidad, y que está condenado a sufrir un destino terrible. Si eliminamos a Durga, el kajidic podría unirse de una manera mucho más sólida detrás de su nuevo líder.

Jiliac felicitó a Teroenza con una inclinación de su enorme cabeza.

—Razonas como un hutt, sacerdote —dijo.

Teroenza se sintió muy halagado.

—Gracias, excelencia.

—Ni un ataque ni un accidente... —murmuró Jabba—. ¿Qué nos queda entonces?

—Tengo un plan que tal vez dé resultado —dijo Jiliac—. Consiste en emplear una sustancia que pueda ser ingerida por Aruk, y que tiene la ventaja de resultar prácticamente indetectable en los tejidos. Y mientras va surtiendo efecto, la sustancia frena y entorpece los procesos mentales, de tal manera que la víctima empieza a tomar decisiones equivocadas. El que Aruk tome decisiones equivocadas nos beneficiaría considerablemente.

—Desde luego, tía —dijo Jabba—. Pero... ¿un veneno? Los hutts somos extremadamente resistentes a los venenos. Que un hutt, y eso incluso tratándose de uno tan viejo como Aruk, llegue a ingerir el veneno suficiente para provocar su muerte supondría hablar de una cantidad tan grande que de seguro sería detectada.

Jiliac meneó su enorme cabeza, una peculiaridad humana que había acabado adoptando.

—No sise hace de la manera en que estoy pensando hacerlo, sobrino. Cuando es introducida en el cuerpo, esta sustancia va envenenando gradualmente a la víctima porque se concentra en los tejidos cerebrales de las formas de vida superiores. A lo largo de un período de ingestión prolongado, la víctima llega a volverse adicta al veneno, hasta tal punto que el cese repentino de la administración de la sustancia causará un síndrome de retirada tan grave que acabará provocando la muerte o unas lesiones cerebrales tan extensas que Aruk ya no podrá crearnos más problemas en el futuro.

—¿Y podéis conseguir una cantidad suficiente de esa sustancia? —preguntó Teroenza, visiblemente interesado.

—Es extremadamente cara y rara —dijo Jiliac—. Pero... Sí. Puedo conseguir la cantidad suficiente.

—Pero ¿cómo conseguiremos que la ingiera? —preguntó Jabba a su vez.

—¡Yo puedo conseguir que la ingiera, excelencias! —Teroenza estaba dando saltos en su hamaca, tan excitado como un niño en el momento más apasionante de un juego—. ¡Las ranas de los árboles-nala! ¡Oh, sí, estoy seguro de que daría resultado!

—Explícate, sacerdote —ordenó Jiliac.

Teroenza pasó a explicarles la predilección del líder del clan Besadii por las ranas de los árboles-nala.

—¡Desde que volvió a Nal Hutta, hace dos semanas, ha pedido que se le envíe un acuario lleno de ranas vivas junto con cada cargamento de especia procesada que mandamos al planeta!

El fluida Til se restregó excitadamente sus manos, tan diminutas que casi parecían delicadas.

—¿Y cómo las usaríamos?

—Las ranas de los árboles-nata distan mucho de ser formas de vida superiores, y de hecho apenas si tienen cerebro. Dudo mucho que la exposición a vuestro veneno las matara.

—A juzgar por lo que sé sobre esa sustancia, supongo que no tendría ningún efecto sobre ellas —dijo Jiliac—. Continúa, te lo ruego.

—Puedo criar a las ranas en agua a la que haya añadido vuestro veneno —siguió diciendo Teroenza—. A partir del momento en que sólo sean pequeños renacuajos y desde entonces en adelante, las ranas estarían nadando a través de un agua que contendría una elevada concentración de vuestra sustancia. Los tejidos de las ranas quedarían saturados de veneno..., ¡y Aruk las engullirá ávidamente! A medida que vayan transcurriendo los meses, incrementaré la concentración de veneno en el agua, y así Aruk irá consumiendo cantidades gradualmente más grandes de veneno. Con el paso del tiempo, Aruk llega a volverse adicto a él. Entonces, cuando ya se haya vuelto totalmente dependiente de la sustancia... —Movié una manecita en un veloz gesto de arrancar algo—. ¡Se acabó el veneno! ¡Ranas limpias!

—Y Aruk morirá en una horrible agonía —dijo Jiliac—, o sufrirá lesiones cerebrales permanentes. Cualquiera de las dos cosas nos permitirá alcanzar nuestras metas.

Jabba se inclinó hacia adelante.

—Voto a favor de las ranas. El plan de Jiliac satisface todos nuestros requisitos.

—Transmitiré la orden de que se te abone el primero de los plazos del pago que hemos acordado —dijo Jiliac—. Debes decirme dónde quieres que ingrese tus créditos.

Un chispazo de astucia iluminó los saltones ojos de Teroenza.

—Más que créditos, preferiría objetos para mi colección. De esa forma podré ocultar los pagos. Cuando necesite créditos, siempre puedo vender alguna pieza y así nadie se enterará de nuestro acuerdo.

—Muy bien —dijo Jiliac—. En ese caso, deberás proporcionarnos una lista de objetos que te parezcan aceptables como pago. Si no conseguimos encontrarlos, te pagaremos con créditos. Pero antes intentaremos encontrar piezas para tu colección.

—Excelente —dijo Teroenza—. Entonces estamos de acuerdo.

—¡Un brindis! —exclamó Jabba—. ¡Por nuestra alianza, y por el fin de Aruk!

—¡Un brindis! —repitió Teroenza, alzando una copa adornada con piedras preciosas—. ¡Lo primero que haré con mi nueva riqueza será ofrecer una recompensa tan elevada por la cabeza de Han Solo que todos los cazadores de recompensas de la galaxia tratarán de capturarlo!

—¡Por la muerte de Aruk! —dijo Jiliac, alzando su copa.

—¡Por la muerte de Aruk! —exclamó Jabba a su vez.

Teroenza titubeó durante una fracción de segundo, pero su vacilación se desvaneció casi enseguida.

—Por la muerte de Aruk... y la de Solo.

Los tres bebieron.

Después de que Teroenza se hubiera marchado para ser devuelto a Ylesia lo más deprisa posible a bordo del Perla de Dragón, Jabba y Jiliac empezaron a planear su estrategia. Cuando Aruk hubiera sido quitado de en medio, se irían apoderando gradualmente de la operación ylesiana. Después irían eliminando uno a uno a los miembros más importantes del clan Besadii hasta que el clan, una vez diezmado, se hundiera en la penuria y el anonimato.

Sólo pensar en ello ya les llenó de alegría.

Pero su buen humor fue repentinamente disipado por la aparición de Lobb Gerido, que entró en el salón retorciéndose las manos.

—Excelencias, excelencias... Uno de vuestros agentes de Regolito Uno acaba de enviarnos un noticiario de vídeo con noticias muy inquietantes del Centro Imperial. El piloto lo ha grabado. Si sus excelencias tienen la amabilidad de conectar su proyector holográfico...

Jiliac, muy preocupado, así lo hizo. La escena tridimensional apareció ante ellos, y los hutts enseguida reconocieron a Sarn Shild, su Moff local. Resultaba obvio que se trataba de una conferencia de prensa oficial. Detrás de Shild, se podía ver el familiar horizonte urbano del Centro Imperial, el planeta que había sido conocido como Coruscant antes de que Palpatine se convirtiera en Emperador.

—Ciudadanos de los Territorios del Borde Interior y del Borde Exterior —dijo Shild, sus pálidas facciones sombríamente tensas debajo de una cabellera oscura tan llena de pomada que parecía de cera—, nuestro excelso y sabio Emperador se ha visto obligado a aplastar otra insurrección en el espacio imperial. Unos despreciables rebeldes armados con equipo militar procedente de nuestro sector atacaron un emplazamiento imperial en Rampa Dos, matando a muchos soldados imperiales e hiriendo a muchos más.

»La represalia del Emperador ha sido inmediata, y los rebeldes han sido derrotados y capturados. Muchos civiles perecieron cuando los carniceros rebeldes

volvieron sus armas contra ciudadanos inocentes. ¡El Imperio no puede permitir nuevos actos de barbarie de tal categoría!

»El Emperador ha pedido a todos sus sectores leales que le ayuden a acabar con el tráfico de armamento ilegal. Me enorgullece decir que estoy respondiendo a la llamada del Emperador en los términos más inmediatos y enérgicos posibles. Todos sabemos que una gran parte del tráfico ilegal de armamentos y drogas tiene su origen en el espacio hutt. ¡Así pues, pido a todos los ciudadanos de nuestro sector que me apoyen en mi firme decisión de acabar con el azote de los hutts! ¡Tengo intención de acabar con el contrabando, y haré que los señores del crimen hutt caigan de rodillas ante el Imperio! —Shild hizo una pausa, como si acabara de recordar que los hutts no tenían rodillas—. Eh... Figurativamente hablando, por supuesto.

El Moff del Sector carraspeó antes de seguir hablando.

—Para alcanzar esta meta, se me ha autorizado a emplear cualquier clase de fuerza necesaria incluyendo la letal. Los hutts no tardarán en descubrir que no pueden burlarse impunemente de las leyes imperiales. —Shild alzó un puño y lo movió de un lado a otro en un rápido gesto de barrido militar—. ¡La ley y el orden volverán a prevalecer en nuestros Territorios!

La grabación holográfica llegó a su fin en el momento en que las últimas palabras de Shild hacían vibrar el aire. Los dos hutts se contemplaron en silencio el uno al otro durante un momento muy largo.

—La situación parece seria, tía —dijo Jabba por fin.

—Desde luego, sobrino —admitió Jiliac, y murmuró una maldición—. Dado lo cobarde y rastrero que es Shild, me pregunto cómo ha osado enfrentarse a nosotros...

—Resulta obvio que Palpatine le inspira todavía más miedo que nosotros —dijo Jabba.

—Pues tendremos que hacerle entender que ha cometido un grave error —dijo jiliac, hablando muy despacio—. No podemos permitir que Nal Hutta sea gobernada por el Emperador y sus condenados esbirros.

—Por supuesto que no —dijo Jabba.

Jiliac reflexionó durante unos instantes.

—Sin embargo, y como compromiso momentáneo...

—¿Sí, tía?

—Quizá podamos razonar con Shild. Podríamos apaciguar a nuestro Moff con dinero, y dejar que acabe con Nar Shaddaa y los contrabandistas. Siempre podemos encontrar más contrabandistas...

Jabba deslizó la lengua por los alrededores de su boca desprovista de labios, relamiéndose como si acabara de probar una exquisitez gastronómica particularmente deliciosa.

—Me encanta tu forma de pensar, tía.

—Debemos enviar un mensaje a Shild —acabó decidiendo Jiliac—. Y también debemos enviarle regalos..., regalos muy caros, para que preste atención al mensaje. Ya sabes lo codicioso que es. Estoy seguro de que sabrá..., avenirse a razones.

—Sí, desde luego —asintió Jabba—. Pero ¿quién llevará el mensaje? Jiliac reflexionó durante unos momentos, y después las comisuras de su enorme boca se fueron elevando en una lenta sonrisa.

—Creo que conozco a la criatura inteligente ideal para esa misión...

Capítulo 9

Juguetes para el Moff

Han Solo estaba inmóvil delante del estrado de Jiliac, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas. También estaba boquiabierto.

—¿Qué queréis que haga... qué?

—Tenga cuidado, capitán Solo —le advirtió Jabba—. Debe dirigirse a la dama Jiliac con el debido respeto.

Han no prestó ninguna atención a las palabras del joven líder hutt.

—Pero... Pero... ¡Pero eso es una locura! —balbuceó—. ¡Es como pedirme que me apunte a la cabeza con un desintegrador y que apriete el gatillo! Todos hemos oído a Shild y sabemos lo que piensa hacer para acabar con los contrabandistas. Por si todavía no os habéis dado cuenta, excelentísima dama, da la casualidad de que yo soy un contrabandista... —Han se señaló el pecho con el pulgar—, y si voy al palacio de Sarn Shild para entregarle vuestros regalos y vuestro mensaje, nunca volveré a poder dar un paseo al aire libre. ¡No! ¡No pienso hacerlo!

En su fuero interno Han estaba un poco sorprendido ante la temeridad de que había dado muestra al dirigirse a los poderosos líderes hutts de semejante manera, pero la tranquila petición de Jiliac había conseguido ponerle furioso. Y de todas maneras, ¿quién diablos se creían que eran aquellos hutts?

—Cálmese, capitán Solo. —Jiliac no parecía haberse ofendido en lo más mínimo ante las palabras o el tono de Han—. Le proporcionaremos ropa nueva, la mejor identificación falsa posible y una de nuestras naves-correo. Nadie sabrá que es usted Han Solo, un contrabandista. Lo único que sabrán es que es un enviado diplomático de Nal Hurta que cuenta con todas las autorizaciones necesarias y al que se le ha encargado transmitir nuestro mensaje y entregar nuestros regalos.

Han respiró hondo. Bajo aquellas circunstancias, tal vez...

—¿Qué vale para vosotros el que entregue vuestro mensaje? —preguntó por fin. —Diez mil créditos —dijo Jiliac sin pestañear.

Han no pudo reprimir un jadeo de sorpresa. «¡Tanto dinero! ¡Y sólo por ir a Coruscant y volver!»

Contempló en silencio a los líderes hutts durante unos momentos y después se volvió hacia Chewbacca.

—¿Qué opinas, compañero?

Resultaba obvio que a Chewie se sentía tan indeciso y lleno de dudas como él. El enorme wookie gruñó y resopló, y acabó diciendo que con semejante cantidad de dinero podrían empezar a ahorrar para comprar una nave. Pero iba a ser Han quien arriesgaría la piel, añadió, por lo que la decisión final debía ser tomada por Han.

El corelliano reflexionó durante unos instantes más y acabó volviéndose nuevamente hacia Jiliac y Jabba.

—De acuerdo —dijo—. Lo haré a cambio de diez mil créditos, y quiero cobrar los diez mil por adelantado.

Jabba abrió la boca para protestar, pero Jiliac le hizo callar con un gesto de la mano.

—Muy bien, capitán. Diez mil créditos por adelantado. ¿Cuándo podrá partir?

—Si pueden conseguirme las identificaciones y la nave hoy mismo, nos iremos mañana por la mañana —respondió Han con expresión sombría.

—Así se hará —dijo Jiliac.

La líder hutt hizo honor a su palabra. A la mañana siguiente Han había recibido unos documentos de identidad falsos de excelente calidad que lo identificaban como Jobekk Jonn, enviado diplomático oficial de los hutts. La nave era un veloz navío-correo de pequeñas dimensiones construido en Corellia y llamado Mercurial. Han también recibió ropas de una calidad muy superior a cualquiera de las que hubiese ya no sólo vestido sino ni siquiera tocado jamás, consistentes en una chaqueta y unos pantalones de lana de tomuón que habían sido confeccionados siguiendo los últimos dictados de la moda.

Por sugerencia de Chewie, Han se dejó crecer la barba durante el tiempo que tardarían en llegar a Coruscant. Cuando se posaron en uno de los muchos muelles espaciales de Coruscan; Han se puso fijador en los cabellos y se los peinó apartándolos de la frente, y quedó asombrado ante el cambio que eso había producido en su apariencia. El elegante traje gris le daba el aspecto de un burócrata, y borraba por completo hasta el último rastro del contrabandista.

—Me siento desnudo sin mi desintegrador —gruñó Han—. Pero no te dejan llevar armas en Coruscant..., quiero decir en el Centro Imperial. Y además... Bueno, supongo que los enviados diplomáticos nunca van armados.

Chewie, visiblemente apenado, comentó que Han ya no tenía aquel magnífico aspecto entre despeinado y desaliñado que tanto gustaba a los wookies, y que se le veía tan impecablemente reluciente como una piedra-lapi.

—Te aseguro que ardo en deseos de volver a ser el de siempre, viejo amigo —replicó Han.

Después cogió su paquete de regalos y el holocubo que contenía el mensaje de Jiliac y el Gran Consejo de Nal Hutta, salió del Mercurial y subió a una lanzadera para ir al Centro Imperial.

Volver a la ciudad-capital imperial hizo acudir a su mente muchos recuerdos, la mayoría de ellos desagradables. Bria le había abandonado en Coruscan; y Garris Alcaudón había perseguido a Han por sus tejados. Su consejo de guerra se había celebrado en los cuarteles generales de la Armada Imperial...

Han ya disponía de la dirección del Moff. Shild poseía varias residencias en distintos mundos, pero en aquellos momentos se hallaba en el Centro Imperial, donde estaba asistiendo a unas conferencias sobre la ley y el orden en el Imperio.

Han llegó a la residencia del Moff, un lujoso ático situado en uno de los edificios más elegantes de la ciudad. Después de haber pasado por múltiples controles de seguridad, entregó sus credenciales al mayordomo, un humano de edad bastante avanzada, y luego tomó asiento en la antecámara. Sólo un considerable esfuerzo de voluntad impidió que empezara a removerse nerviosamente en su sillón.

El mayordomo volvió a aparecer después de que Han hubiese esperado durante casi cuarenta y cinco minutos.

—Mi señor sólo puede dedicarle unos minutos de su tiempo —dijo—. Esta misma noche se marcha a Velga Uno.

«Qué suerte...», pensó Han. Velga Uno era el planetoide-casino más opulento de toda la galaxia conocida.

Siguió al mayordomo a lo largo de una serie de pasillos alfombrados. Han se aprendió de memoria el trayecto de manera automática, sólo por si las cosas iban mal y tenía que salir de allí a toda prisa.

Finalmente, el mayordomo le precedió a un despacho más grande que todo el apartamento que Han tenía en Nar Shaddaa.

—El señor Jobekk Jonn de Nal Hutta, excelencia —canturreó el anciano sirviente.

El Moff Sarn Shild era un hombre alto de piel pálida, aspecto ascético y negros cabellos impregnados de pomada que lucía un bigotito puntiagudo. Delgado hasta el punto de parecer demacrado, sus manos de piel pálida y aspecto gélido destacaban por la esbeltez de sus dedos.

No llevaba ninguna joya, aparte de una perla de dragón krayt negra prendida en un lóbulo. Su traje era del mismo negro opalescente que la perla.

El Moff le señaló un asiento a Han con un brusco gesto de la mano.

—Me temo que tendré que ser breve, Jonn. Soy consciente de que los hutts han sido... generosos con mi administración en el pasado, pero el Emperador ha dejado muy claros cuáles son sus deseos. Tengo las manos atadas.

—No cometamos el error de apresurarnos, excelencia —dijo Han, prestando una atención especial a su dicción y su gramática. Sin darse cuenta de lo que hacía, volvió a adoptar la manera de hablar de sus tiempos de oficial imperial—. Creo que las ofertas y el mensaje que le traigo de parte de los hutts le parecerán muy interesantes. ¿Me permite...?

Shild asintió con una seca inclinación de la cabeza. Han colocó el paquete sobre la mesa, manejándolo con mucho cuidado.

—Ábralo, por favor —dijo después.

—Muy bien —replicó el Moff.

Abrió el paquete sin apresurarse, y por la forma en que se le iluminaron los ojos, Han enseguida comprendió que los líderes hutts conocían muy bien sus gustos.

Una pequeña flauta de plata recubierta de gemas semipreciosas. Un proyector holográfico miniaturizado tan diminuto que cabría en la palma de un ser humano. Un collar de oro y cable de platino en el que había incrustadas gemas corusca de color dorado.

—Para su dama, señor —dijo Han en voz baja y suave.

—Sí, esto le gustará mucho... —murmuró el Moff, y una pequeña arruga apareció en su frente mientras leía rápidamente el mensaje del holocubo, que había activado mediante su pauta retiniana para que fuera proyectado por el mecanismo de registro—. Bien, Jonn, verá... —dijo cuando hubo acabado de leerlo—. Me gustaría poder ofrecer más garantías a Nal Hutta pero, como ya le he dicho antes, no tengo elección. El Emperador ha pedido a todos los mundos imperiales que actúen de la manera más enérgica posible contra el contrabando, el tráfico de armas y demás actividades ilegales. Mi sector contiene una gran cantidad de espacio huta y desgraciadamente la reputación de deshonestidad de los hutts es tan conocida que no puedo protegerlos hasta el extremo de ocultar sus operaciones. Aun así, si Nal Hutta coopera puedo prometerles que no habrá represalias armadas.

—¿A qué clase de cooperación se refiere?

—Quiero que los hutts hagan cuanto esté en sus manos para convertirse en ciudadanos del Imperio leales y respetuosos de la ley.

«No contengas el aliento mientras esperas que eso ocurra, amigo», pensó Han.

—¿Y qué hay de Nar Shaddaa? —preguntó, sin poder contenerse mientras el miedo a lo que el destino parecía tenerle reservado a él y a sus amigos le secaba repentinamente la boca.

—Nar Shaddaa tendrá que ser sacrificada como ejemplo y advertencia —dijo Shild—. Cuando haya acabado con la Luna de los Contrabandistas, ya no podrá seguir acogiendo a la industria del contrabando. De hecho, sus habitantes podrán considerarse muy afortunados si para aquel entonces Nar Shaddaa todavía puede acoger vida inteligente... Han intentó ocultar su horror. «¿Qué vamos a hacer?», pensó. Shild meneó la cabeza.

—Y ahora, me temo que he de irme. Siento que haya tenido que recorrer una distancia tan grande para mantener una entrevista tan corta, pero ya advertí a sus amos hutts que se trataba de un tema en el que no podría hacer excesivas... concesiones.

Shild se levantó, y Han le imitó automáticamente.

—¿Sarn? —preguntó una voz desde detrás de la puerta que llevaba a la habitación contigua.

Han, que se estaba volviendo, se quedó totalmente inmóvil. «¡Esa voz!»

—Estoy aquí, querida —dijo Shild—. Me disponía a acompañar hasta la puerta al enviado diplomático de Nal Hutta.

La puerta se abrió y una mujer que sonreía apareció en el umbral.

—Sarn, querido... Debemos darnos prisa —dijo—. La lanzadera está esperando en el tejado. ¿Tienes para mucho rato?

Han volvió la cabeza y dos pares de ojos se encontraron... por primera vez en seis años.

Bria Tharen... Esta vez no había ningún error. Bria estaba inmóvil en el umbral, vestida con un ondulante traje de seda que casi la convertía en otro de los elegantes adornos de la opulenta residencia palaciega de Shild. La seda tenía exactamente el mismo color turquesa que sus ojos. Bria estaba asombrosamente bella.

Mientras le devolvía la mirada a Han, Bria parpadeó y se puso un poco pálida. Pero su sonrisa no vaciló.

«Ah, sí, no cabe duda de que ha aprendido a disimular...», pensó Han. El corelliano sabía que no había conseguido ocultar su reacción al verla, pero por suerte Shild no le estaba mirando en aquel momento. Han se apresuró a recuperar la compostura, y convirtió sus facciones en una máscara tan cortés como neutra.

Shild llamó a Bria con un gesto de la mano.

—El señor Jobekk Jonn de Nal Hutta. Mi... sobrina Bria.

Sólo los muchos años que llevaba jugando al sabacc salvaron a Han. Mientras Bria le ofrecía cortésmente la mano murmurando «Es un placer conocerle, señor Jonn», Han consiguió aceptarla e inclinarse ante ella con una sonrisa en los labios.

—El placer es todo mío —dijo—. Es usted un hombre muy afortunado al tener una... sobrina tan hermosa, Shild.

Han vio cómo una tenue sombra de rubor se extendía por las mejillas de Bria cuando captó el sarcasmo que había en su voz.

—Su rostro me resulta familiar, señor —dijo—. ¿No le he visto antes? Su voz no podía ser más gélida y falta de interés.

Han sabía que estaba intentando provocarle.

—Puede que lo hayas visto en los carteles de SE BUSCA —respondió, hablando en un tono de voz tan bajo que Shild no pudo oírle.

Después volvió a inclinarse sobre la mano de Bria en otra rígida reverencia, la soltó —¡aunque en aquellos momentos lo único que deseaba era rodear a Bria con sus brazos y llevársela consigo!—, y se volvió hacia Shild para inclinarse ante él.

—Gracias por su tiempo, excelencia.

Después Han giró sobre sus talones y salió de la habitación con paso firme y decidido.

Esa misma noche, aunque muchas horas más tarde, Bria Tharen estaba acostada

en su estrecha litera del yate del Moff y ahogaba sus sollozos en la almohada. Cada vez que se acordaba de la expresión que había visto en los ojos de Han, sentía deseos de echarse a gemir.

Resultaba obvio que Han había pensado lo peor, y que había creído que era la concubina de Shild. Un nuevo estallido de sollozos la hizo temblar. Claro que después de todo, eso era exactamente lo que se suponía que debía pensar... En el fondo, eso era lo que Sarn Shild quería que pensara todo el mundo.

De hecho, las preferencias sexuales del Moff eran de tal naturaleza que siempre procuraba evitar toda clase de contacto con las hembras humanas. Bria viajaba con él en calidad de objeto hermoso que exhibir ante los oficiales imperiales, de la misma manera en que Shild hubiera exhibido cualquier otra clase de trofeo.

Bria se encargaba de que sus residencias siempre estuvieran listas para acogerle, le escuchaba cuando Shild quería tener a alguien con quien hablar, ejercía las funciones de supervisora de su despacho y su personal doméstico y, en general, se aseguraba de que la vida del Moff Sarn Shild discurriera de la manera más regular y placentera posible.

Pero nunca había compartido su cama, y eso era lo único que hacía que su nueva misión resultara soportable.

Y de repente... De repente Han la había visto, y había pensado lo peor. Bria había logrado transmitir una gran cantidad de información al movimiento rebelde de Corellia, pero ni siquiera eso podía aliviar la pena y la vergüenza que sentía.

Su almohada estaba mojada. Bria le dio la vuelta y después se quedó inmóvil, con los ojos clavados en la oscuridad mientras el yate del Moff atravesaba el hiperespacio en su vertiginosa trayectoria.

—Han... —murmuró con un hilo de voz—. Han...

Capítulo 10

Las órdenes del almirante

Durante el trayecto de vuelta a Nar Shaddaa, Chewbacca pilotó la nave-correo hutt Mercurial competentemente, pero su mente no estaba totalmente concentrada en su trabajo. El wookiee volvió la mirada hacia su compañero, el humano al que había jurado una deuda de vida, y la preocupación rodeó de arruguitas sus ojos azules. Han estaba medio hundido en el asiento del copiloto, con el ceño fruncido y la mirada clavada en el vacío surcado por líneas estelares del hiperespacio. Ya llevaba días sumido en aquel estado, que se había adueñado de él desde que subió al Mercurial después de la misión que lo había llevado hasta la residencia del Moff en Coruscant. Rara vez hablaba, y cuando lo hacía era únicamente para quejarse y emitir comentarios sarcásticos.

Y se quejaba de todo: de la comida, de la velocidad de la pequeña nave-correo, de cómo la pilotaba Chewie, del aburrimiento del viaje espacial, de la codicia de los hutts... Fuera cual fuese el tema de conversación que tratara de introducir el wookiee, Han siempre tenía un gran número de cosas negativas que decir sobre él.

Por primera vez desde que conocía al corelliano, Chewbacca llegó a preguntarse si no podía haber circunstancias bajo las que renunciar a una deuda de vida no fuera el curso de acción más honorable. Después de todo, olvidarse de la deuda de vida siempre resultaría menos deshonroso que asesinar a la persona con la que la habías contraído...

—Este trasto se mueve tan despacio como un hutt milenario —gruñó Han—. Teniendo en cuenta el tamaño de sus motores, lo lógico sería pensar que el Mercurial es capaz de alcanzar una cierta velocidad, ¿no? ¿Crees que podríamos ir un poco más deprisa si salgo al espacio y empiezo a empujar?

Chewbacca reprimió el rugido que pugnaba por salir de su garganta y comentó que ya no tardarían mucho en llegar a Nar Shaddaa.

—Cierto, y te aseguro que ya va siendo hora —dijo Han con amargura.

El corelliano se levantó y empezó a pasear nerviosamente por la minúscula cabina. Cuando giró bruscamente sobre sus talones, se golpeó la cabeza con la esquina de un compartimiento de equipo y empezó a soltar una maldición detrás de otra.

Cuando por fin empezó a repetirse, Han dejó escapar un gruñido y después volvió a dejarse caer en el asiento del copiloto.

—Después de que les hayamos devuelto este cubo de la basura a los hutts, supongo que tendremos que ir al Pasillo de los Contrabandistas. Eso suponiendo que la Br... —la palabra pareció quedar atascada en su garganta, y Han se apresuró a

corregirse a sí mismo—, si es que esa condenada nave nuestra consigue atravesar el campo de asteroides, naturalmente.

Chewbacca le preguntó por qué quería ir al Pasillo de los Contrabandistas, y observó que Wynni probablemente estaría allí y que era la última persona a la que quería ver. El wookiee ya se había hartado de aquella hembra que no sabía controlar sus patas, y no estaba seguro de si podría seguir aguantando las libertades que se tomaba con él.

—Oye, amigo, por si no se te ha ocurrido pensarlo, ya podemos despedirnos de Nar Shaddaa —replicó Han, y su voz goteaba sarcasmo—. A estas alturas el Moff Sarn Shild probablemente ya habrá ordenado a su flota que se reúna cerca de Teth. Vamos a olvidarnos para siempre de esa asquerosa imitación de luna, ¿de acuerdo?

Chewbacca quiso saber de qué flota le estaba hablando.

—Oh, cada Moff del Imperio dispone de su propio escuadrón «de pacificación» particular y puede emplearlo más o menos como le venga en gana —dijo Flan, poniendo las botas sobre la consola sin molestarse en mirar dónde las colocaba antes de dejarlas caer. Chewie sintió un considerable alivio al ver que no le había dado al control de deceleración. Reducir la velocidad de repente cuando estabas en el hiperespacio era una de las peores ideas que se le podían llegar a ocurrir a un piloto—. Estoy seguro de que Shild también tiene uno. Su flota probablemente no sea la mejor del Imperio, pero bastará y sobraré para la misión.

Chewbacca estaba cada vez más confuso. ¿Qué razón podía haber para que la flota del Moff no fuera la mejor disponible?

—Oh, pues sencillamente la de que la Armada Imperial funciona así. Dado que el espacio hutt se encuentra en el Borde, y muy lejos de la civilización —es decir, de Coruscan—, apostaría a que Sarn Shild ha tenido que cargar con todo el armamento y las naves viejas, mientras que el equipo más moderno y sofisticado era enviado a Rampa 1 y Rampa 2.

Chewie le preguntó por qué hablaba de Rampa 1. El wookiee creía que sólo Rampa 2 había tenido problemas con los levantamientos.

—Sí, bueno... Verás, cuando los ciudadanos de Rampa 1 se enteraron de lo que estaba ocurriendo, también se rebelaron —dijo Han—. No es que les vaya a servir de mucho, claro.

Chewie dijo que odiaba al Imperio que lo había esclavizado, y que le habría gustado poder contribuir a su caída.

Han soltó un resoplido.

—Pues te sugiero que esperes sentado, amigo. Palpatine tiene tantas armas y naves espaciales que ya no sabe qué hacer con ellas. Cualquier rebelión contra el Imperio está condenada a fracasar.

El piloto wookiee no estaba de acuerdo con su compañero en ese punto, y así se lo

dijo. Dada la situación, le parecía que tarde o temprano los mundos imperiales acabarían hartándose del tiránico gobierno de Palpatine y se unirían para rebelarse contra él.

Han meneó la cabeza con amargura.

—Eso nunca ocurrirá, Chewie. Y si ocurriera, los rebeldes estarían condenados a perecer..., de la misma manera en que le está Nar Shaddaa.

Chewie murmuró que huir de una pelea no formaba parte de las costumbres de los wookies, y después preguntó a Han por qué no quería enfrentarse a la flota imperial. Estaba seguro de que los contrabandistas eran mucho mejores pilotos —y ciertamente mejores tiradores— que los imperiales. Quizá podrían derrotar a las fuerzas imperiales cuando trataran de atacarles.

La sugerencia hizo que Han se echara a reír.

Chewie, finalmente irritado, tensó los labios en una mueca llena de ferocidad que reveló sus grandes dientes, volvió la cabeza hacia su socio humano y le rugió.

Han se apresuró a erguirse, pareciendo muy sorprendido. Chewie rara vez daba rienda suelta a su terrible mal genio delante del corelliano, y la ira de un wookie no era algo que se pudiera tomar a la ligera.

—¡Eh, no hace falta que te pongas así! ¿Qué puedo hacer yo si Nar Shaddaa no tiene ni una sola posibilidad? No creo que sea culpa mía, ¿verdad?

El wookie dejó escapar un gruñido gutural.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Han, intentando calmarle—. Puedes estar seguro de que les avisaré para que puedan huir. En cuanto hayamos presentado nuestro informe a Jiliac se lo contaré todo a Mako, ¿de acuerdo?

Chewbacca se calmó un poco y volvió a concentrarse en el pilotaje. Pero el wookie siguió pensando, y empezó a sumar dos y dos. Unos momentos después hizo otro comentario sobre el malhumor de Han.

—¿Qué demonios quieres decir con eso de que últimamente he estado inaguantable? —exclamó Han, muy indignado—. ¡Soy el mismo de siempre!

El comentario de Chewbacca fue tan breve como contundente. Han se ruborizó.

—Eh, eh... ¿A qué viene eso? ¿Por qué dices que estás seguro de que tiene algo que ver con una mujer? —preguntó, sintiéndose cada vez más indignado—. ¿Qué te hace pensar eso?

Chewie recitó una lista de razones, y después expuso su teoría sobre quién era exactamente la mujer que tenía tan preocupado a Han.

Han maldijo, frunció el ceño y, finalmente, se hundió en el asiento y se tapó la cara con las manos. Después se frotó la frente y dejó escapar un ruidoso gemido.

—Tienes razón, Chewie —farfulló—. La vi. Vi a Bria.:., y estaba con Sarn Shild. No podía creerlo. ¿Cómo ha podido...?

Chewbacca observó que a veces las apariencias podían ser engañosas.

Han meneó la cabeza.

—Esta vez no —dijo—. Le llamó «querido».

El wookie se preguntó si Bria no podría estar casada con el Moff. Han suspiró.

—Ni lo sueñes. Su relación no era de una naturaleza tan... legal, Chewie. ¡No puedo creer que Bria haya sido capaz de hacer algo semejante! ¡Es tan... mezquino!

Chewbacca trató de consolar a Han, y le recordó que a veces los seres inteligentes hacían cosas que no les resultaban particularmente agradables por la sencilla razón de que tenían qué hacerlas. En el caso de Bria, quizá también hubiera circunstancias atenuantes.

Han intentó sonreír.

—Gracias, amigo. Me gustaría poder decir que creo que tienes razón. Pero...

Meneó la cabeza y se quedó callado.

Y el trayecto de vuelta a la plataforma de descenso de Nar Shaddaa transcurrió en el silencio más absoluto.

Han y Chewie informaron a Jiliac y Jabba nada más volver a Nar Shaddaa. Enterarse de que Sarn Shild ya no trabajaba para ellos no pareció gustar nada a los hutts.

—Tendremos que hacer algunas investigaciones sobre esta flota y la situación en general —dijo Jiliac—. Vuelva dentro de dos horas, capitán Solo.

Han se encogió de hombros y asintió. Había comprobado su cuenta de crédito antes de salir de Nar Shaddaa y sabía que ya tenía sus diez mil créditos, por lo que estaba dispuesto a seguir obedeciendo las órdenes de los hutts aunque sólo fuera durante algún tiempo. Además, dentro de dos horas podría localizar a Mako para advertir al veterano contrabandista de lo que iba a ocurrir.

Mako se mostró todavía más preocupado que Jiliac y Jabba en cuanto se enteró de la nueva situación.

—No hables de esto con nadie, Han —dijo en voz baja mientras contemplaba los toldos y pasarelas de Nar Shaddaa. Los dos amigos estaban en el balcón del destartalado piso de Mako—. Si los ciudadanos llegan a enterarse, habrá un pánico masivo. Nadie puede hacer nada contra una flota imperial

—Pero si se les avisa con el tiempo suficiente, tal vez podrían evacuar la... —empezó a decir Han, pero sólo para callarse ante la rápida sacudida de cabeza de Mako.

—Ni lo sueñes, chico. Muchos de ellos no tienen ningún otro sitio al que ir. Piensa en Jarik Solo, por ejemplo, ese chico que no se ha separado de vosotros prácticamente ni un solo instante desde que os conoció. Jarik es una rata de las calles más profundas, nacida y «criada» aquí, en Nar Shaddaa..., aunque no creo que nadie se haya tomado la molestia de cuidar de él en toda su vida. Hay millones como él, Han. Y si los imperiales han decidido darle una lección a Nar Shaddaa, entonces

mucha gente va a morir.

La conversación que mantuvo con Mako hizo reflexionar a Han, ya que hasta aquel momento no se le había ocurrido considerar la situación desde ese punto de vista. Se dio cuenta de lo afortunados que eran él y Chewbacca, porque podían subir a bordo de su nave y alejarse del peligro. Decidió que si las cosas llegaban a ponerse realmente feas, se llevaría a Jarik consigo. Han había acabado cogiéndole afecto al muchacho.

Pero ¿y todas las otras criaturas inteligentes que no podrían huir? Nar Shaddaa contaba con escudos, pero éstos no podrían resistir un bombardeo imperial durante mucho tiempo antes de ceder. De repente Han tuvo una vívida visión de aquellas torres desmoronándose entre las llamas de los incendios provocados por las baterías turboláser; imperiales. La gente trataría de huir y llenaría las calles, gritando y buscando algún refugio, con niños sollozantes apretados contra el pecho. Rodianos, sullustanos, twi'leks, wookies, gamorreanos, bothanos, chadra-fans..., y muchas especies más. Por no mencionar a los humanos, claro. Había montones de humanos en Nar Shaddaa. La sección corelliana estaba llena de ellos...

Cuando volvió a la cámara de audiencias de Jiliac, Han estaba realmente preocupado.

El líder hutt le contempló con expresión sombría.

—Todo lo que nos ha dicho es verdad. Hemos establecido contacto con nuestras fuentes de información en Teth, y el Moff ha ordenado a su flota particular que se reúna allí. Algunos elementos de la flota estaban ocupados en misiones de patrulla, por lo que hará falta una semana e incluso posiblemente dos para que todas las naves converjan sobre Teth, y luego la flota necesitará un mínimo de varios días para preparar el ataque a Nal Huna. Vamos a adoptar medidas para proteger Nal Hutta y garantizar nuestra seguridad.

«Sí, pero... ¿Y qué pasa con Nar Shaddaa?», se preguntó Han. Los hutts eran tan espantosamente egoístas que no pensarían ni por un momento en la Luna de los Contrabandistas, y Han estaba dispuesto a apostar que concentrarían todos sus esfuerzos en proteger su seguridad y la de su mundo natal.

—Hemos averiguado que la flota de Shild está al mando del almirante Winstel Greelanx. Usted ha sido oficial imperial, capitán. ¿Le conoce?

—No —dijo Han—. Nunca he oído hablar de ese almirante, pero la Armada Imperial es muy grande.

—Cierto —dijo Jiliac—. Nuestras fuentes de información nos han asegurado que el almirante Greelanx, aun siendo un oficial competente, casi nunca ha rechazado una oportunidad de mejorar su situación financiera cuando ésta ha surgido en el pasado. Greelanx ha mandado varias flotas imperiales a las que se había encomendado misiones de patrulla relacionadas con la inspección de aduanas y hemos confirmado

que puede ser sobornado, siempre que se den las circunstancias adecuadas.

Han asintió, sin sentirse realmente sorprendido, y mucho menos escandalizado. Los oficiales imperiales no cobraban sueldos excesivamente elevados, y Han había oído hablar de más de un caso de soborno.

—Así pues, queremos que vaya a hablar con el almirante, capitán —dijo Jiliac—. Queremos que negocie con él en nuestro nombre.

—¿Yo? —La idea de meter la cabeza en las fauces de una flota imperial no le parecía nada atractiva, y además ofrecer sobornos a un oficial imperial estaba castigado con la pena de muerte en el caso de que fueras descubierto—. Pero...

—Usted es la persona más adecuada de que disponemos, capitán Solo —dijo Jiliac.

—Pero...

—Nada de peros, Han —dijo Jabba, empleando el tono de afabilidad casi excesivamente amistosa que solía utilizar con el corelliano últimamente—. Tú puedes llevar esta negociación mucho mejor que cualquier otro. Fuiste oficial imperial. Te conseguiremos un uniforme, órdenes falsas y una identificación militar. Podrás hablar con Greelanx y llévale un regalito de nuestra parte. Sabes hablar su idioma, Han..., y podrás hablarle en términos que Greelanx será capaz de entender.

—El único idioma que entenderá Greelanx será el de los créditos, y únicamente si estamos hablando de montones de créditos —dijo Han.

—Se nos ha autorizado a actuar en nombre de todo Nal Huna —dijo Jiliac—. El dinero no será ningún problema a la hora de asegurar la... cooperación del almirante.

—Pero... —Han estaba pensando a toda velocidad—. No pueden esperar que el almirante no ataque. El Moff enseguida se da cuenta de que no había cumplido sus órdenes. Podrían someterlo a un consejo de guerra. ¡Y luego enviarían una flota todavía más grande para acabar con nosotros!

—Y el almirante que nombraran a continuación tal vez no fuera tan susceptible a nuestros... poderes de persuasión —dijo Jiliac, inclinando su enorme cabeza para indicar que estaba totalmente de acuerdo con Han—. Ésa es la razón por la que queremos que el almirante Greelanx siga al mando. Pero tiene que haber alguna forma de que podamos estar seguros de que el ataque del almirante Greelanx terminará con una derrota de las fuerzas imperiales.

Han frunció el ceño. Toda la educación que había recibido en la Academia Imperial tenía como meta garantizar la victoria para el Imperio.

—No se me ocurre nada... —replicó con voz titubeante.

—¿No podríamos sobornar al almirante para que colocara sus naves en las posiciones equivocadas, de tal manera que no pudieran disparar correctamente, o algo por el estilo? —preguntó Jiliac—. Los hutts nunca hemos estado excesivamente interesados en las artes militares, capitán. ¿Qué clase de factores podrían llegar a

provocar el resultado que deseamos obtener? Recuerde que queremos que el ataque termine con una derrota imperial sin que resulte obvio que hemos sobornado a Greelanx.

—Bueno... —Han siguió reflexionando durante unos momentos—. Quizá esté dispuesto a vendernos su plan de ataque. Si dispusiéramos de esa información, podríamos organizar una defensa que colocaría a todas nuestras naves en el punto adecuado para derrotar a la flota imperial, aunque no puedo garantizar que consiguiéramos derrotarla. Sí, tal vez podríamos conseguirlo..., especialmente si Greelanx había sido sobornado para que saliera huyendo apenas pudiera justificar una retirada.

¿Bajo qué circunstancias deberíamos evitar un enfrentamiento con la flota imperial? —preguntó Jiliac.

—Si la flota de Shild cuenta con un Destructor Estelar de la clase Victoria o, lo que sería todavía peor, con un Destructor Estelar de la clase Imperial... Bueno, en ese caso será mejor que lo olviden, excelencia. Pero los imperiales tienden a cubrir el Borde con las naves más antiguas, así que tal vez tengamos una posibilidad.

Jabba estaba obviamente impresionado por los conocimientos de Han.

—¡Han, mi querido muchacho! Ésa es otra de las razones que te convienen en la persona ideal para encargarse de esta misión. Tú puedes evaluar el poderío de la flota del Moff, y no tenemos a nadie más que pueda hacerlo.

Han se volvió hacia Chewbacca. No necesitó preguntarle al wookie qué opinaba para darse cuenta de que Chewie quería aceptar la misión, y enseguida pudo ver que ardía en deseos de hacer todo cuanto estuviera en sus manos para ayudar a su hogar de adopción. Han pensó en el granero espacial de Shug y en todas las horas maravillosas que había pasado allí con sus amigos. Oh, claro, había soñado con llevar una existencia respetable y llegar a convenirse en un auténtico «ciudadano»..., pero todos esos sueños pertenecían al pasado. Se había convenido en un contrabandista, y probablemente seguiría siéndolo hasta su muerte. Además, le gustaba ser un contrabandista...

La visión de las torres de Nar Shaddaa envueltas en llamas y la masacre de millares de seres inocentes volvió a su mente, y eso bastó para decidirle.

—De acuerdo. Iré a ver a Greelanx y hablaré con él.

—Déjele bien claro que se trata de una oferta que ninguna criatura inteligente en su sano juicio sería capaz de rechazar —dijo Jiliac—. Sabremos ser generosos.

—Me aseguraré de que lo entienda —dijo Han.

—¿Cuándo podrás partir? —quiso saber Jabba—. Andamos muy escasos de tiempo.

—Consíganme el uniforme y la identificación y me iré esta misma noche —

replicó Han—. Lo único que he de hacer para estar preparado es cortarme el pelo.—

Mientras avanzaba con paso rápido y decidido por el permacreto de la base imperial de Teth tres días después, Han decidió que volver a llevar el uniforme hacía que se sintiera muy extraño. El corelliano intentó no removerse nerviosamente dentro de su uniforme gris con su insignia de teniente azul y roja. Volver a llevar la gorra de visera también hacía que se sintiera raro, y también echaba de menos sus viejas botas. Han aún no había conseguido ablandar las botas nuevas proporcionadas por los hutts, y además le quedaban un poquito pequeñas. A cada paso que daba, sentía cómo las punteras se le clavaban en los dedos.

El centinela de la puerta examinó su identificación y después sólo echó un distraído vistazo a las órdenes de Han antes de saludar e invitarle a pasar con un gesto de la mano.

Han estaba buscando a un grupo determinado de jóvenes oficiales. Dada la inminencia del ataque tenía que haber un considerable tráfico de lanzaderas que estarían despegando con rumbo al navío insignia del almirante, el destructor Destino Imperial, durante toda la tarde, y Han sabía que esas lanzaderas estarían llenas de oficiales y soldados que volvían a bordo después de haber agotado sus últimas horas de permiso.

Durante la semana siguiente la tripulación estaría muy ocupada preparando la gigantesca nave para su misión contra los mundos de los hutts. A juzgar por lo que había podido ver Han mientras pasaba junto a la flota durante su vector de aproximación, la fuerza de Greelanx estaba formada por tres destructores —el Destino Imperial, el Orgullo del Senado y el Protector de la Paz—, cuatro cruceros pesados y casi una veintena de patrulleras y naves del servicio de aduanas, entre las que había unos cuantos cruceros ligeros de la clase Guardián y un par de cruceros ligeros de la clase Galeón. Las bodegas de las naves de mayores dimensiones contendrían montones de cazas TIE, naturalmente.

La flota tenía poder más que suficiente para destruir Nar Shaddaa, desde luego, pero la situación aún habría podido ser peor. Han no había visto ningún Destructor Estelar, y estaba prácticamente seguro de que el almirante lo habría escogido como navío insignia en el caso de que su flota contara con uno.

Mientras avanzaba, Han vio a un grupo de jóvenes oficiales que estaban haciendo cola delante de una lanzadera imperial. «Vamos allá», pensó, yendo hacia ellos sin permitirse ninguna vacilación y colocándose al final de la cola. Volver a llevar el uniforme le había cambiado: sus hombros se habían erguido automáticamente y sus pasos eran más firmes y precisos, y sus ojos miraban fijamente hacia adelante.

Los jóvenes oficiales fueron subiendo a la nave, se sentaron y se pusieron los arneses de seguridad. El compañero de asiento de Han le saludó con una afable

inclinación de la cabeza. Han se la devolvió y sonrió. Un destructor tenía 16.204 tripulantes, por lo que era altamente improbable que nadie se diera cuenta de que el teniente «Stevv Manosk» era un intruso que no debía estar a bordo.

El vuelo hasta el destructor transcurrió sin ninguna clase de incidentes. El compañero de asiento de Han se quedó dormido. El corelliano sonrió, y pensó que aquel joven oficial quizá había abusado un poco de las diversiones durante su permiso.

Una vez terminada la maniobra de ataque con el muelle del *Destino*, Han salió de la nave después de hacer una segunda cola y fue al cuaderno de datos libre más cercano. La nave era lo suficientemente grande para que nadie se sintiera demasiado sorprendido si le veía solicitar un diagrama donde se mostrara qué había en cada cubierta.

«Vamos a ver... Nivel cuatro, sección tres. Bien, vamos allá...»

Han fue al turboascensor más próximo sin perder ni un instante. Subió a una cabina y se vio rápidamente empujado hacia la pared del fondo a medida que otros ocupantes iban llenando el espacio disponible en la cubierta siguiente. Han estaba mirando fijamente hacia adelante cuando, para su inmenso horror, se dio cuenta de que conocía al joven oficial que estaba inmóvil junto a la puerta.

¡Era nada menos que Tedris Bjalín, el joven teniente que había despojado tan sistemáticamente al uniforme de Han de todas las insignias de su rango durante el consejo de guerra!

Han se fue deslizando discretamente hacia la derecha todo lo que pudo, escondiéndose detrás de un tripulante muy alto mientras cruzaba los dedos y pedía a todas las deidades de la galaxia que a Tedris no se le ocurriera darse la vuelta. El teniente siguió donde estaba, y se bajó en el siguiente nivel.

Han dejó escapar un prolongado pero silencioso suspiro de alivio. «Para que luego hablen de la mala suerte y las coincidencias... ¿Por qué demonios he tenido que tropezarme con uno de los pocos tipos que pueden identificarme?» De hecho, la coincidencia no era tan sorprendente como podía parecer a primera vista. Tedris había nacido en los Territorios del Borde Exterior: el joven teniente conocía muy bien aquellas rutas espaciales, por lo que no tenía nada de raro que hubiera sido enviado a esa zona. «Tendré que hacer todo lo que pueda para mantenerme lo más alejado posible de él...»

Una vez en el nivel cuatro, Han echó a andar por la cubierta y empezó a buscar el pasillo que llevaba a la sección tres. Lo encontró, se metió por él y lo recorrió hasta llegar al final del corto tramo de pasillo. Los oficiales de rango más elevado siempre tenían despachos con ventanales. Era uno de los privilegios del rango.

Han encontró la puerta que estaba buscando, titubeó durante una fracción de segundo y después irguió los hombros y acarició el regalo de los hutts que llevaba en

el bolsillo. El regalo consistía en un magnífico (y muy valioso) anillo de hombre, un aro de platino adornado con varias piedras chispeadoras bothanas de gran tamaño que no tenían el más mínimo defecto.

La antecámara del despacho estaba ocupada por un androide plateado senado detrás de un escritorio que estaba introduciendo información en un cuaderno de datos. El androide alzó los ojos hacia Han cuando el corelliano entró en la antecámara.

—¿Puedo serle de alguna ayuda, teniente?

—He de ver al almirante C'sreelanx —dijo Han.

—¿Tiene una cita, teniente?

—No, no exactamente —replicó Han—. Pero estoy seguro de que el almirante querrá recibirme. Le traigo cierta... información. ¿Sabes a qué me refiero?

Curvó los labios en una sonrisa maliciosa y después le guiñó un ojo al androide, en un intento deliberado de sobrecargar los circuitos de inferencia lógica incluidos en su programación.

Los ojos verdosos del androide plateado emitieron suaves destellos mientras sus sistemas intentaban interpretar qué le estaba diciendo Han. El androide tembló de manera casi imperceptible y acabó dándose por vencido.

—Discúlpeme, teniente, pero quizá debería hablar con el edecán personal del almirante—.

—Claro —dijo Han, abandonando la posición de firmes.

El androide fue a toda prisa a la habitación contigua y Han pudo oír cómo hablaba en susurros con alguien. El androide reapareció por fin, seguido por un teniente de primera que parecía estar extremadamente irritado. Han se puso firmes y saludó marcialmente.

—¿Qué está pasando aquí, teniente? —preguntó secamente el edecán.

—¡El teniente Stevv Manosk solicita ver al almirante, señor!

—¿Por qué motivo, teniente? —preguntó el edecán, cuya placa personal lo identificaba como «Kem Fallon».

—Tengo un mensaje para el almirante, señor. Es de naturaleza..., personal, señor —.

Han estaba corriendo un riesgo calculado basándose en la teoría de que Greelanx compartiría la avanzada corrupción moral que el corelliano había percibido en muchos de los oficiales imperiales de alto rango a los que había conocido en el pasado. Si Greelanx aceptaba sobornos, entonces había bastantes probabilidades de que también distara mucho de ser el prototipo del militar ascético en lo que concernía a las damas...

Fallon enarcó una ceja.

—Me parece que no le entiendo, teniente.

Han tuvo el presentimiento de que estaba siendo sometido a alguna clase de

prueba, y su expresión no se alteró en lo más mínimo.

—La dama me dijo que el mensaje sólo puede ser entregado al almirante, señor.

—¿La... dama? —Fallon bajó repentinamente la voz hasta que estuvo hablando en susurros—. ¿Se refiere a Malessa?

Han permitió que sus ojos se abrieran un poco más y decidió jugárselo todo a una sola carta.

—¡El mensaje me fue entregado por la señora Greelanx, señor! —exclamó en el tono más perplejo y escandalizado de que fue capaz—. ¿Quién es Malessa?

«Si la señora Greelanx se llama Malessa, entonces estoy listo...», pensó.

Pero la suerte no le falló. El teniente de primera Fallon puso ojos como platos.

—La señora Greelanx... ¡Oh, claro! ¡Por supuesto! Quiero decir que... Vaya, qué error tan estúpido. Malessa es mi esposa, se lo aseguro, y estaba pensando en ella y... Espere un momento.

Fallon desapareció a toda prisa dentro del despacho, y Han se permitió una sonrisita de satisfacción. «Sabacc puro», pensó. Después de todo, Han siempre había estado prácticamente seguro de que el viejo y querido almirante Greelanx tenía algunas amiguitas escondidas.

Unos instantes después se encontraba en el espacioso despacho de Greelanx, un gran camarote de elegante mobiliario provisto de un ventanal que permitía que el almirante admirase a sus escuadrones mientras éstos flotaban en sus órbitas.

Greelanx era un hombre robusto de mediana edad, cabellos canosos que ya empezaban a escasear y bigotito cuadrado. Estaba de pie detrás de su escritorio cuando Han entró en el despacho, y parecía un tanto alarmado.

—¿Trae un mensaje de mi esposa, teniente?

Han respiró hondo antes de hablar.

—Lo que he de decirle requiere la más absoluta intimidad, señor —dijo después.

Greelanx le contempló en silencio durante un momento, y después indicó a Han que se acercara con un gesto de la mano y pulsó un control disimulado debajo de su escritorio.

—La pantalla de intimidad ha quedado conectada, y he activado el sistema de interferencias —dijo—. Y ahora, explíqueme a qué viene todo esto.

Han le alargó el anillo.

—Le traigo un regalo de los grandes señores hutts de Nal Hutta, almirante —dijo—. Los hutts quieren hacer un trato con usted.

Los ojos de Greelanx se iluminaron ante la visión de aquella valiosa joya, pero el almirante no la tocó.

—Comprendo —dijo—. Y la verdad es que no puedo afirmar que me sorprenda, desde luego... Las babosas no quieren que sus cómodas vidas dedicadas al crimen se vean perturbadas, ¿eh?

Han asintió.

—Es una buena manera de resumir la clase de acuerdo al que quieren llegar, almirante. Además, las «babosas» están dispuestas a pagar muy bien ese privilegio. Debe entender que estamos hablando de todos los grandes líderes hutts de Nal Hutta, y que están dispuestos a ser muy generosos.

Greelanx por fin se permitió coger el anillo y lo examinó, y después lo deslizó en uno de sus dedos. El anillo era justo de su tamaño. —Le queda muy bien, señor —dijo Han.

—Sí, desde luego —replicó Greelanx. El almirante jugueteó con el anillo, deslizándolo hacia adelante y hacia atrás con expresión pensativa—. Debo admitir que la oferta de los hutts me parece muy... tentadora —murmuró por fin—. “Especialmente dado que planeo retirarme el año que viene, claro. Me encantaría tener una ocasión de aumentar mi... pensión.”

—Lo entiendo, señor.

—Pero mis órdenes no pueden estar más claras, y no puedo desobedecerlas —dijo Greelanx, quitándose el anillo y alargándoselo a Han—. Me temo que no podremos hacer negocios, joven.

Han se envaró, pero se obligó a no perder la calma. Ya se había dado cuenta de que Greelanx sentía auténticas tentaciones de aceptar la oferta de los hutts.

—¿Cuáles son exactamente sus órdenes, señor? —preguntó—. Quizá podríamos encontrar alguna solución que resultara beneficiosa para los dos y que, al mismo tiempo, le evitara tener que enfrentarse a cualquier acusación de no haber cumplido con su deber.

Greelanx dejó escapar una seca y corta carcajada llena de amargura.

—Lo dudo, mi joven amigo... Tengo órdenes de entrar en el sistema hutt para ejecutar una directiva Base Delta Cero sobre Nar Shaddaa, también conocida como la Luna de los Contrabandistas, y a continuación debo establecer un bloqueo absoluto de Nal Hutta y Nar Hekka hasta que los hutts accedan a someterse a una inspección a fondo del servicio de aduanas —y— acepten una presencia militar completa en sus mundos. El Moff no desea causar excesivos perjuicios a los hutts, pero quiere que Nar Shaddaa quede reducida a un montón de escombros.

Han tragó saliva, sintiendo que la boca se le secaba de repente. Las directivas Base Delta Cero consistían básicamente en la aniquilación de un mundo: todas las formas de vida, todas las naves, todos los sistemas e incluso todos los androides tenían que ser capturados o destruidos. Su peor pesadilla acababa de convenirse en realidad.

—¿Ha acabado de trazar su plan de batalla, almirante? —preguntó.

—Mi personal táctico ha estado trabajando en él, y ahora mismo lo estaba repasando —replicó Greelanx—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Los hutts desean comprar el plan con todos sus detalles, señor —dijo Han—. Puede fijar el precio que quiera.

Greelanx reaccionó a la afirmación de Han dando visibles muestras de interés.

—¿Los hutts quieren comprar el plan de batalla? —exclamó, y su tono indicaba una considerable sorpresa—. ¿De qué puede servirles?

—Tal vez nos proporcione una posibilidad de resistir, señor —dijo Han.

—¿Creen que pueden vencernos? —El almirante miró fijamente a Han—. Usted es uno de ellos, ¿verdad? Es un contrabandista... —Sí, señor. —Greelanx se encogió de hombros.

—Me sorprende —admitió—. Sabe cómo llevar el uniforme.

—Gracias, señor —dijo Han, y era sincero.

Greelanx empezó a pasear lentamente por el despacho, obviamente sumido en profundas reflexiones mientras lanzaba el anillo al aire y lo cogía al vuelo. Finalmente, volvió a detenerse delante de Han.

—Me está diciendo que sus patronos los hutts me pagarán lo que les pida a cambio de mi plan de batalla —dijo.

—Sí, señor —replicó Han—. A cambio de su plan de batalla y de que aproveche la primera ocasión razonable y estratégicamente justificable para retirar su escuadrón, naturalmente... Nosotros nos ocuparemos del resto.

—Hmmmmmmm... —Greelanx reflexionó durante unos momentos más y finalmente, como si hubiera tomado una decisión, volvió a ponerse el anillo—. De acuerdo, muchacho: trato hecho —dijo—. Quiero que se me pague en gemas que sean pequeñas y que puedan venderse con facilidad, y a las que no resulte prácticamente imposible seguirles la pista. Le haré una lista de los tipos y pesos que deseo recibir.

—Perfecto, señor —dijo Han—. Creo que es una idea magnífica.

—Siéntese ahí. —Greelanx señaló un sofá situado al otro extremo de su despacho—. Acabará de repasar el plan de batalla y después podrá llevárselo.

Han asintió y fue a sentarse, tal como se le había dicho que hiciera. Estaba un poco sorprendido de que todo hubiera sido tan fácil. Se preguntó si debería sospechar de Greelanx, pero el almirante parecía sinceramente impulsado por la codicia. Aun así, allí estaba ocurriendo algo más, algo que Han no conseguía llegar a entender...

Greelanx estuvo trabajando durante casi dos horas, y después se levantó por fin y llamó a Han con un gesto de la mano para que volviera a entrar en el campo de intimidad.

—Ya he terminado —dijo—. No es nada terriblemente inspirado, desde luego, y en realidad me he limitado a emplear las tácticas imperiales estándar, pero debería poder ser llevado a la práctica sin ninguna dificultad. Me temo que este plan tendría que permitirnos hacer pedazos a cualquier flota de contrabandistas que intente

detenernos.

—Eso es asunto nuestro —dijo Han—. En cuanto a usted, almirante, lo único que ha de hacer es seguir esas tácticas... —señaló el plan de batalla—, y retirar su escuadrón apenas pueda hacerlo de una manera justificada. Volveré para pagarle.

—Usted es piloto, ¿verdad? —preguntó Greelanx.

—Puede apostar a que lo soy, señor——dijo Han, y le sonrió—. Pronto desearé haberme tenido de su lado.

El almirante dejó escapar una suave risita.

—Está muy seguro de sí mismo, ¿verdad? Pero los buenos pilotos siempre lo están... Bien, haré que una lanzadera le esté esperando en estas coordenadas. —El almirante añadió una línea a la hoja de plastipapel que contenía el plan de batalla—. Lleve puesto su uniforme, ¿de acuerdo? Todos los códigos de ataque que necesitará estarán en la memoria del ordenador de navegación. Le espero una semana y un día después del ataque. ¿Lo ha entendido?

Han asintió.

—Sí, señor, lo he entendido. Puede estar seguro de que volveré. Los hutts son terriblemente conscientes del peligro que corren y le pagarán lo que ha pedido sin rechistar y sin quejarse.

«Y si se quejan, usted no les oirá», añadió en silencio.

—Muy bien. En ese caso, podemos dar por concluido nuestro pequeño negocio particular —dijo Greelanx—. Aunque me parece que está siendo excesivamente optimista acerca de sus posibilidades de vencer a mi escuadrón, mi joven amigo...

Han asintió.

—Quizá tenga razón, almirante. Pero lo único que queremos es una oportunidad de tratar de vencerles.

—La tendrán —dijo Greelanx—. Pero más valdrá que estén preparados para defenderse con uñas y dientes. Mi ataque será absolutamente real.

Han saludó al almirante.

—Sí, señor.

Después ejecutó una impecable media vuelta sobre sus talones y salió del despacho.

Capítulo 11

¿Puestos de combate?

Las comisuras de la enorme boca desprovista de labios de Aruk el hutt se curvaron hacia abajo mientras entrecerraba sus protuberantes ojos para contemplar el informe sobre el movimiento de cargamentos que le estaba mostrando su cuaderno de datos. Siempre le había encantado repasar los hechos y las cifras —los informes trimestrales, semestrales y anuales, las relaciones de beneficios obtenidos por Ylesia, las perspectivas de crear nuevas empresas, las valoraciones globales de propiedades y activos y el resto de informes sobre la vasta y complicada red financiera y empresarial del kajidic Besadii—, pero últimamente cada vez le costaba más llegar a concentrarse en ellos.

Aruk alargó distraídamente una mano para coger otra de las ranas de los árboles-nala que Teroenza le había enviado desde Ylesia. El T'landa Til había cumplido su promesa de proporcionar únicamente las ranas más grandes, sabrosas y frescas a su dueño y señor hutt.

La mano de Aruk se cerró alrededor de la rana arbórea. La aterrorizada criatura se debatió frenéticamente entre los dedos del líder hutt. Aruk abrió la boca y arrojó la convulsa exquisitez gastronómica al interior de sus fauces, y después la deslizó de un lado a otro sobre su lengua, saboreando sus desesperados retorcimientos durante un par de minutos antes de acabar engulléndola entera.

«Deliciosa...», pensó mientras dejaba escapar un suspiro de satisfacción.

Volvió a contemplar el cuaderno de datos con el ceño fruncido. Aquellos informes podían esperar. Quizá se echaría una siesta, aunque sabía que en realidad no hubiera debido hacerlo. Tanto su médico particular como los androides médicos habían insistido en que debía hacer más ejercicio. Cada vez que Aruk dejaba transcurrir un día sin levantarse de su trineo antigravitatorio para desplazarse de un lado a otro por sus propios medios, los médicos se quejaban y le soltaban largos sermones. Cada vez que disfrutaba de algún plato realmente succulento o fumaba su narguile, los médicos se ponían visiblemente nerviosos e insistían en que se estaba destrozando el sistema cardiovascular. Aruk sabía que tenían razón: las manchas verdosas que cubrían su piel se habían vuelto un poco más oscuras, lo cual indicaba que estaba empezando a tener problemas de circulación realmente serios.

Pero... ¡Oh, qué demonios! Ya era muy viejo y a su edad se le debería permitir que hiciera lo que quisiese, lo cual incluía fumar, comer lo que le diera la gana, no hacer ejercicio y..., ¡y no leer unos aburridísimos informes financieros que cada vez le resultaban más incomprensibles!

Aruk decidió que le diría a Durga que repasara los informes por él. Ya iba siendo

hora de que aquel jovencito empezara a aliviar los hombros de su anciano padre de una parte del gran peso que soportaban.

El viejo líder hutt cogió otra rana arbórea para deleitarse con su delicioso sabor y después, con un suspiro, cerró sus bulbosos ojos para disfrutar de una deliciosa siesta de media tarde...

—¡Bueno, a ver si esta pandilla de criaturas que afirman ser inteligentes se calma un poco! —rugió Mako Spince. Su voz amplificadas rebotó en los muros del gran auditorio del Castillo del Azar en el que Han había visto actuar por primera vez a Xaverri. El hotel-casino había cedido generosamente la sala cuando Mako convocó una reunión de representantes de todos los enclaves, tanto humanoides como no humanoides, que había en Nar Shaddaa—. ¡He dicho que os calméis y que no hagáis ruido!

La multitud se fue callando poco a poco, y Mako esperó hasta que estuvo seguro de que contaba con toda su atención.

—Bien, chicos... —dijo después—. No soy ningún político, así que no sé hacer discursos. Lo máximo que puedo hacer es contar los hechos tal como los conocemos. ¿Os parece bien?

La multitud indicó que aprobaba las palabras de Mako con un suave zumbido de aplausos.

—¡Adelante, Mako! —chilló un gotaliano de la primera fila.

—Muy bien. —Mako alzó la mano derecha y fue utilizando la izquierda para ir indicando los apartados de su exposición con los dedos a medida que hablaba—. Hecho número uno. Compañeros de inteligencia y habitantes de Nar Shaddaa..., estamos metidos en un lío muy serio. Dentro de una semana un escuadrón de naves imperiales saldrá de Teth, enviado por nuestro amado Moff Sarn Shild, después de haber recibido órdenes de borrarlos del mapa. No estoy hablando de destruir algunas de nuestras naves o de dejarnos con la nariz levemente amoratada, no... Lo que quiero decir es que van a hacer cuanto puedan para asegurarse de que Nar Shaddaa no vuelva a acoger nunca más ninguna operación de contrabando. Todo este lugar se convertirá en una ruina humeante.

Un murmullo de miedo fue recorriendo el auditorio a medida que los contrabandistas reunidos en él trataban de digerir las palabras de Mako.

—Hecho número dos —siguió diciendo Mako—. Sólo podemos contar con nosotros mismos, amigos. Los hutts acaban de gastarse un montón de créditos en instalar escudos de defensa planetaria recién salidos de la fábrica para poder esconderse detrás de ellos en Nal Hutta mientras la flota imperial gasta sus municiones con nosotros. Según los informes de que disponemos, los hutts han contratado a una pequeña flota de mercenarios para que vengan y les ayuden a

defenderse, pero su estrategia primaria consiste en permitir que los imperiales se traguen Nar Shaddaa de un bocado y esperar que se queden satisfechos con ello, y...

Silbidos, protestas y bufidos de todas clases llenaron el auditorio, impidiendo oír a Mako. Los contrabandistas aullaron su rabia, sus amenazas y su ira contra los hutts. Transcurrieron casi cinco minutos antes de que Mako pudiera volver a hacerse oír.

—¡Sí, sí! Yo también estoy furioso, amigos, pero ¿qué se puede hacer al respecto? Son hutts, chicos, así que no sé qué esperabais de ellos. Pero de todas maneras, ahora eso no tiene ninguna importancia. Sea lo que sea lo que se haga, tendremos que hacerlo nosotros. Las babosas no nos van a ayudar a salir de este lío.

La multitud de contrabandistas, gruñendo y refunfuñando, se fue calmando poco a poco.

—De acuerdo, vamos a por el hecho número tres. No es que estemos totalmente indefensos, amigos, y creo que podremos hacer algo. Estamos seguros de que el escuadrón imperial no incluye ninguna nave del nivel de superpotencia de fuego, y eso es una buena noticia para nosotros. ¿Por qué? ¡Pues porque eso significa que podremos tratar de devolverles los golpes!

Murmullos de consternación mezclados con gritos llenos de decisión surgieron de la multitud.

—¡Sí! ¡Lucharemos! ¡Les daremos una buena patada en el trasero! ¡Queremos luchar! ¡Esos imperiales no sabrían darle a un planeta ni aunque estuvieran a punto de chocar con él! ¡No vamos a huir de unos cuantos imperiales! ¡Si nos atacan, haremos que lo lamenten!

Mako sonrió.

—Vaya, vaya, compañeros de inteligencia... ¡Es justo lo que estaba pensando! Tengo intención de enfrentarme a esa flota, y si cuando salga al espacio me encuentro con que mi nave es la única que le va a plantar cara... ¡Bueno, pues que así sea! ¡Nadie va a acabar conmigo sin tener que luchar antes! ¡Nadie!

Esta vez los vítores de la multitud fueron ensordecedores. —¡Sí! ¡Mako! ¡Guíanos, Mako! ¡Sí, lucharemos!

Mako alzó las manos, pidiendo silencio.

—De acuerdo. Quienes quieran luchar, que levanten las manos, o las patas, o los tentáculos, o lo que quiera que tengan. Los que no quieran luchar... Bueno, os sugiero que recojáis vuestras pertenencias y a vuestras familias y que os larguéis de aquí ahora mismo, porque puedo aseguraros que las cosas no tardarán en ponerse bastante feas por aquí.

Han, que estaba observando a la multitud desde un lado del escenario, se sorprendió al ver que la inmensa mayoría de los seres congregados en el auditorio se quedaba. Sólo un par de docenas se levantaron y se fueron.

Mako esperó hasta que hubieron salido del auditorio antes de volver a hablar.

—Bien, amigos. Lo primero que necesitamos es que todos los que tengan alguna experiencia de combate se adelanten hasta la primera fila. No estoy hablando de haberle volado el ala a un pirata que se acercó demasiado, ¿de acuerdo? Estoy hablando de auténtica experiencia de combate en el espacio, particularmente contra los imperiales. Vamos, acercaos al escenario...

Durante los dos o tres minutos siguientes unos cuarenta seres inteligentes, la mayoría de ellos humanoides, se abrieron paso por entre la multitud y se alinearon delante del escenario.

—De acuerdo, chicos —dijo Mako—. Si queremos planear una contraofensiva, lo primero que necesitamos es un líder. ¿Alguien quiere ofrecerse como voluntario?

Uno de los humanoides, un bothano, señaló al veterano contrabandista.

—¡Tú, Mako! ¡Tú ser nuestro líder! —gritó.

La multitud reaccionó entusiásticamente ante aquella sugerencia, y un cántico colectivo no tardó en resonar dentro del auditorio. ¡Mako! ¡Ma-ko! ¡¡Ma-ko!! ¡MA-KO!

El cántico siguió y siguió, adquiriendo cada vez más volumen, hasta que Han pensó que iba a tener que taparse las orejas con las manos para no quedarse sordo. Mako agitó las manos, y el silencio descendió sobre el auditorio.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —dijo, mostrando los dientes en una gran sonrisa—. Me siento realmente halagado, amigos. Y os juro que haré cuanto pueda por vosotros. ¡Lo juro!

Hubo otra erupción de vítores atronadores.

—Bien, una cosa más y luego voy a dar por terminada la reunión —dijo Mako—. Quiero que conozcáis a mi mano derecha, amigos. Muchos de vosotros le conocéis como el contrabandista de la nave caprichosa y el enorme acompañante peludo. ¡Han Solo, ven aquí!

Han salió al escenario. Tanto él como Mako ya se habían imaginado que el veterano contrabandista sería elegido líder de las fuerzas de Nar Shaddaa. De momento, todo estaba yendo exactamente tal como habían previsto.

Hubo más vítores atronadores, y la multitud inició un nuevo cántico colectivo.

—¡Ma-ko! ¡Han! ¡Ma-ko! ¡Han!

Han les saludó, sintiendo un repentino calor en las mejillas. Hasta aquel momento nunca había tenido que oír cómo millares de personas le vitoreaban. Cuando trabajaba como ayudante de Xaverri había compartido la luz de los focos, pero no era lo mismo. Oír cómo todas aquellas personas le aplaudían era una experiencia muy extraña..., pero también muy agradable.

—Muy bien, chicos —dijo Mako, volviendo a agitar las manos para solicitar silencio—. Voy a pedir a mis veteranos de combate... —señaló al grupito inmóvil delante del escenario— que se mantengan en contacto conmigo y que vengan al

Castillo del Azar cada mañana. Pondremos los avisos de las reuniones o las maniobras en la puerta del auditorio, ¿de acuerdo? ¡Y ahora, quiero unos aplausos bien fuertes para nuestros valientes voluntarios!

Hubo otro estallido de vítores. Resultaba obvio que el mero hecho de saber que iban a hacer algo, en vez de limitarse a esperar apáticamente a que, acabaran con ellos, bastaba para hacer que la multitud de seres inteligentes de distintas especies se sintiera mucho mejor.

Mako se dirigió a los veteranos con experiencia de combate en cuanto el grueso de la multitud hubo salido del auditorio.

—Bien, Han y yo vamos a organizar un plan de defensa colectiva. Tardaremos un par de días como mucho en tenerlo listo y luego os lo expondremos, y entonces empezaremos con los ejercicios de adiestramiento para la batalla. Cuando esos imperiales lleguen aquí, todo el mundo sabrá qué debe hacer..., y esto es una promesa, chicos. Si alguno de vosotros conoce a alguien que tenga experiencia de combate, quiero que lo traigáis a las reuniones de información. ¿Lo habéis entendido?

Todos los veteranos indicaron que lo habían entendido.

—Perfecto —dijo Mako—. Disponéis de un par de días para que vuestras naves estén en las mejores condiciones posibles con vistas a la batalla. Escudos cargados al máximo, blindaje reforzado, todos los cañones láser cargados... Ya sabéis a qué me refiero, ¿no? Todas nuestras naves tienen que funcionar al máximo de sus capacidades. Eso quiere decir que no podemos permitirnos el lujo de perder ni un solo instante, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —gritaron todos a coro.

Después de que Mako hubiera despedido a los veteranos con experiencia de combate, él y Han fueron a una de las salas de reuniones de la parte de atrás del «Alto Mando» —la denominación que Han y Mako, medio bromeando y medio en serio, habían elegido para el grupo— de los contrabandistas. Chewbacca, Roa, Shug Ninx, Salla Zend, Laudo Calrissian, Rik Duel y Esbelta Ana Azul formaban el grupo de élite de contrabandistas experimentados seleccionado por Mako.

Mako y Han habían decidido que sólo el Alto Mando sabría que contaban con el plan de batalla de los imperiales. Los dos amigos temían que ese conocimiento pudiera hacer que los contrabandistas se confiaran excesivamente, y eso sería desastroso para su bando. Además, algunos contrabandistas habrían sido capaces de vender a sus abuelas si alguien les hubiera pagado una suma lo suficientemente elevada por ellas, y no podían permitirse el lujo de que hubiera fallos de seguridad.

Mientras Han tomaba asiento junto a él, Mako hizo aparecer un diagrama holográfico en su cuaderno de datos y lo proyectó sobre la mesa. Todos los presentes se inclinaron hacia adelante para estudiar el plan de batalla.

—Y ahora, prestad mucha atención... —Mako utilizó un puntero láser para ir señalando las diminutas representaciones holográficas de las distintas naves—. Tenemos los grandes navíos de primera línea saliendo del hiperespacio aquí, y avanzando sobre Nar Shaddaa. Y luego tenemos a dieciséis naves de perímetro, cruceros ligeros de la clase Guardián del servicio de aduanas, que surgirán del hiperespacio en una formación del tipo caparazón para rodear Nar Shaddaa. Después tenemos dos navíos de reconocimiento, que serán estos cruceros de la clase Galeón, uno a cada lado..., aquí y aquí. ¿Me vais siguiendo?

—Sí —dijo Rik Duel.

—Y después, aquí atrás y en una formación de cuña, están los tres destructores y los cuatro cruceros pesados. Ése es el contingente realmente temible, ¿de acuerdo? Recordad que cada uno de esos destructores lleva catorce cazas TIE a bordo, y que los cruceros ligeros de la clase Galeón transportan cuatro cazas TIE de reconocimiento cada uno. Eso significa que tendremos que enfrentarnos a un mínimo de cuarenta y cuatro cazas TIE.

Los miembros del «Alto Mando» de Mako intercambiaron rápidas miradas de preocupación.

—El Pasillo de los Contrabandistas está empezando a volverse más y más atractivo a cada segundo que pasa —dijo Esbelta Ana Azul—. Los imperiales nunca podrán llegar a estar lo bastante locos para enviar una flota a ese campo de asteroides.

Han se apresuró a tranquilizarles.

—Eh, podemos ajustarles las cuentas a esos TIE —dijo—. No olvidéis que carecen de blindaje. Son unos diablillos muy veloces, de acuerdo, pero también son muy vulnerables. Un simple roce de los haces de una batería cuádruple o de un turboláser y...

El corelliano separó las manos y sus labios articularon un «bum» silencioso.

Mako asintió.

—Han ha pilotado cazas TIE tanto en situaciones de combate como cuando estaba en la Academia, y yo me adiestré con ellos mientras estudiaba en la Academia —observó—. ¿Sabéis por qué todavía estamos aquí? Pues por la sencilla razón de que dejamos de pilotar cazas TIE. Los tipos que pilotan ese modelo de caza son realmente muy, muy buenos..., pero eso no evita que la inmensa mayoría de los pilotos de los cazas TIE acaben realmente muy, muy muertos.

—Bueno, ahora ya sabemos con qué efectivos cuenta la fuerza imperial y qué clase de despliegue utilizarán cuando vengan hacia nosotros —intervino Lando—. ¿Cómo vamos a enfrentarnos a ellos utilizando cargueros y unos cuantos cazas monoplazas como el que ha estado construyendo Roa?

Todos se volvieron hacia el veterano contrabandista.

—Sí, ya casi lo tengo terminado —dijo Roa—. Va a ser una navecita preciosa, y me encantará volar en ella.

—¿Qué nombre le vas a poner? —preguntó Azul, sonriendo maliciosamente.

Roa le devolvió la sonrisa.

—Se llamará Lwyll, naturalmente —replicó.

La relación existente entre Roa y su gran amor, Lwyll, había sido tema de comentarios intermitentes en Nar Shaddaa desde hacía más de diez años. Todo el mundo conocía a Lwyll. Rubia y muy hermosa, Lwyll era uno de los poquísimos habitantes de la Luna de los Contrabandistas que llevaban una vida totalmente legal y que se ganaban honradamente un crédito a cambio de un honrado día de trabajo. Roa llevaba años intentando convencerla de que se fuera a vivir con él, pero Lwyll jamás haría algo semejante. Salía con Roa, pero también salía con otros hombres aparte de con él, y Roa se sentía muy herido cada vez que lo hacía.

Aun así, Roa nunca había conseguido decidirse a dar el paso definitivo y pedirle que se casara con él. Han y los otros contrabandistas siempre le estaban tomando el pelo por ello. Aparte de burlarse, sus amigos sólo podían decirle que Lwyll era lo mejor que le había ocurrido en toda la vida.

—¿Piensas despegar con la Lwyll para enfrentarte a esos cazas TIE? —preguntó Mako—. ¿Y qué tiene que decir al respecto la Lwyll de carne y hueso?

Roa suspiró. Después miró a sus amigos y permitió que sus labios se curvaran en una sonrisa llena de melancolía.

—Puedo aseguraros que tenía mucho que decir. No lo vais a creer, muchachos, pero... Bueno, anoche por fin me decidí y le pedí a Lwyll que se casar* conmigo.

Un murmullo de sorpresa general recorrió toda la mesa.

—¡Bueno, acaba de una vez con este suspense! —exclamó Azul—. ¿Qué ha dicho Lwyll?

—Ha dicho que no —replicó Roa, y los joviales rasgos llenos de franqueza del veterano contrabandista se ensombrecieron de repente. Dijo que no quería acabar viuda.

—No puedo culparla —murmuró Lando.

Ninguno de los contrabandistas presentes estaba casado, y ese hecho no tenía nada que ver con la casualidad. Llevaban una existencia tan peligrosa que les resultaba imposible mantener nada que se aproximara ni remotamente a una vida familiar normal.

Chewbacca se volvió hacia Han y emitió un atropellado torrente de palabras en wookie. El corelliano las tradujo para aquellos que no entendían el wookie.

—Roa, Chewie dice que si fueras un wookie, ya iría siendo hora de que sentaras la cabeza y echaras raíces. Cree que Lwyll es tan maravillosa que no deberías dejarla escapar. Le cae muy bien, ¿sabes?

Roa sonrió

—Y tiene razón —dijo—. Es una mujer demasiado maravillosa para dejarla escapar, chicos, y ésa es la razón por la que esta batalla va a ser lo último que haga como contrabandista. Si sobrevivo, voy a dejar esta vida y me convertiré en un buen ciudadano respetuoso de la ley.

Todos sabían hasta qué punto amaba Roa el tipo de vida que había elegido, por lo que el anuncio que acababa de hacer el veterano contrabandista les dejó muy sorprendidos.

—Sí, voy a hacerlo —insistió Roa—. Y Lwyll dice que si lo hago, se convertirá en mi esposa.

—Bueno... ¡Felicidades! —dijo Lando—. Es una gran noticia. Te llevas una mujer magnífica, Roa.

El grito colectivo de los contrabandistas indicó que todos compartían la opinión de Lando.

—Ya lo sé —admitió Roa—. Bien..., y ahora lo único que he de hacer es salir vivo de esta batalla.

—Hablando de batallas, creo que deberíamos volver a pensar en lo que se nos viene encima —dijo Mako—, Ya va siendo hora de que encontremos alguna manera de vencer a esos imperiales.

—Tenemos una gran ventaja —dijo Roa—. Contamos con el elemento sorpresa. Mako le miró fijamente.

—Sabemos cuándo van a venir, así que no veo que haya ningún elemento de sorpresa por esa parte. Pero... Esos imperiales van a invadirnos, Roa. ¿Cómo se supone que hemos de sorprenderles? Roa sonrió de oreja a oreja y señaló el techo con una mano. —¡Pensad, amigos míos, pensad! ¿Qué hay ahí arriba?

—Un escudo planetario que necesita que le hagan un montón de reparaciones —replicó Mako con expresión sombría.

—¿Y más allá de ese escudo? —preguntó Roa.

—Boyas de tráfico —dijo Han.

—Y todavía más allá... —insistió Roa

Han reflexionó durante unos momentos y después una lenta sonrisa fue iluminando su cara. Salla se echó a reír.

—¡Ya lo tengo! ¡Basura espacial! Docenas, centenares de naves espaciales abandonadas y fragmentos de cascos y naves...

Roa se había vuelto hacia la alta y esbelta contrabandista y estaba asintiendo.

—Exacto —dijo después—. El anillo de basura que rodea a Nar Shaddaa contiene tantos restos y tanta chatarra que nuestras naves podrían esconderse detrás de él, o debajo de él, o en su sombra..., y luego podrían aparecer de repente para pillar por sorpresa a la flota imperial.

Chewie dejó escapar un potente «¡Hrrrrnrnmn!».

Esta vez le tocó el turno a Mako de asentir enérgicamente.

—Creo que has tenido una buena idea, Roa —dijo—. Y tal vez dé resultado, desde luego... Especialmente si hacemos que un par de naves huyan a toda prisa en cuanto vean llegar a la flota de ataque, podríamos usar cargueros, y así el escuadrón del Moff creería que son naves civiles, y conseguimos que los imperiales las persigan hasta que se encuentren justo donde queremos que estén, y entonces... —lanzó un puñetazo al aire—. ¡Bum! ¡Entonces saldremos de nuestro escondite y caeremos sobre ellos!

El veterano contrabandista empezó a introducir en su cuaderno de datos todos los detalles de la operación que Roa acababa de describir. El «Alto Mando» le contempló en silencio mientras el anillo de restos que rodeaba a Nar Shaddaa surgía de la nada ante ellos. Cuando los primeros patrulleros imperiales se materializaron dentro de la imagen holográfica para perseguir a dos pequeños cargueros, convergiendo sobre el hemisferio derecho de la luna (si estabas vuelto hacia Nal Hutta), una multitud de cargueros y otras naves surgió repentinamente de su escondrijo en el anillo de restos y se lanzó sobre las naves imperiales con todos sus cañones láser destellando.

—Bueno, este trquito debería permitirnos eliminar a una buena parte de esos navíos de avanzadilla —dijo Han—. Pero no sé qué vamos a hacer con las naves de reconocimiento, y con esa cuña de navíos de combate de primera línea... Por si os habíais olvidado de ellos, aclararé que me estoy refiriendo a los destructores y los cruceros pesados.

Se hizo un lúgubre silencio que acabó siendo roto por Mako.

—Sé que los hutts van a contratar a una fuerza mercenaria, probablemente formada por piratas, para que defiendan Nal Hurta —dijo el veterano contrabandista—. A las babosas les importa un comino Nar Shaddaa, por lo menos en comparación con sus preciosos pellejos, pero si ese capitán de mercenarios tiene aunque sólo sea un gramo de cerebro, enseguida comprenderá que podríamos aumentar de manera bastante significativa la potencia de fuego de la que podrá disponer. Sea quien sea la persona que esté al mando de esa fuerza de mercenarios, tal vez podamos lograr que tomen parte en la batalla. Creo que vale la pena que lo intentemos.

Lando estaba contemplando con expresión abatida la imagen holográfica que mostraba cómo los cruceros pesados y los destructores se iban aproximando a Nar Shaddaa.

—Esos piratas seguramente dispondrán de una potencia de fuego considerable, ¿no?

Mako asintió.

—Desde luego. Probablemente cuenten con algunas naves imperiales capturadas que habrán modificado y quizá incluso tengan alguna clase de armamento pesado,

como por ejemplo torpedos protónicos. Pero sus reservas de munición seguramente estarán bastante limitadas. Comprar torpedos protónicos para armar naves imperiales robadas no resulta excesivamente fácil, ¿comprendes? A los imperiales no les hace mucha gracia ver que alguien utiliza sus propias naves contra ellos.

Mako pronunció las últimas palabras en un tono tan seco que una risita general recorrió la mesa.

Han estaba estudiando la cuña formada por los navíos de combate de primera línea.

—Todas esas naves disponen de baterías principales diseñadas para disparar hacia adelante —dijo de repente—. Es una lástima que no podamos utilizar la vieja táctica de atacar por el flanco, desde luego... Pero si el contingente principal de nuestra flota tiene que enfrentarse a esas naves de avanzadilla y a los cazas TIE, entonces sencillamente no dispondremos de naves suficientes para lanzar esa clase de ataque.

—Quizás podríamos convencer a los mercenarios de que nos echaran una mano para resolver ese problema —dijo Mako con voz pensativa—. Si atacaran el flanco imperial y supieran aprovechar la confusión general, seguramente podrían dejar incapacitada a alguna de esas naves tan enormes, y luego podrían quedarse con ella una vez terminada la batalla. ¡Eso les encantaría!

—Sí..., siempre que pudiéramos crear alguna clase de diversión para que los piratas pudieran caer sobre el flanco de la flota imperial —dijo Han.

Rik Duel se acarició su corta y elegante barba mientras reflexionaba.

—Lo que necesitamos es otra flota que se lance sobre ellos en un ataque frontal —dijo. —

—Pero no disponemos de un número de naves lo suficientemente grande para poder permitirnos ese tipo de división de nuestras fuerzas —dijo Roa—. Si lo hiciéramos, probablemente acabaríamos perdiendo todos nuestros efectivos.

—Y si no lo hacemos, lo más probable es que perdamos Nar Shaddaa —observó Lando—. A diferencia de Han, yo no soy un ex oficial del Imperio, pero me parece que debemos hacer todo lo posible para impedir que esos navíos de primera línea puedan virar y usar sus baterías sobre los escudos de nuestra luna. Los escudos son viejos, y no harán falta muchas andanadas para que dejen de funcionar. En cuanto nos hayamos quedado sin escudos, los imperiales destruirán todo este lugar.

—Lando tiene razón —dijo Shug Ninx—. Necesitamos algo que mantenga tan ocupados a esos navíos de primera línea que los mercenarios, o quien sea, puedan lanzar un ataque por el flanco. Quizá podríamos... Bueno, no sé... Quizá podríamos desviar su atención de alguna manera.

—Bien, no cabe duda de que una formación de naves que se lanzara sobre ellos siguiendo un vector de aproximación frontal atraería su atención —dijo Salla—. La pregunta a la que hay que responder es de dónde sacamos esas naves. Nosotros

estaremos más que ocupados aquí... —señaló un punto del diagrama holográfico—, enfrentándonos a esas naves de perímetro y a los cazas TIE.

Han había estado contemplando el diagrama holográfico mientras pensaba hasta qué punto parecía real la minúscula flota, los diminutos cazas TIE incluidos. «Es una pena que no podamos proyectar un holograma delante de los imperiales para hacer que crean que están siendo atacados...», pensó.

Y entonces la idea adquirió forma de repente en su cerebro. —¡Ya lo tengo! —gritó—. ¡Y podría dar resultado!

Las conversaciones cesaron de repente, y todos volvieron la mirada hacia el corelliano. Han miró a sus amigos y les sonrió con nerviosa excitación.

—Eh, creo que quizá conozca a alguien que podría proporcionarnos ese ataque frontal —dijo—. ¡Podríamos usarlo como diversión durante el tiempo suficiente para distraer a esos cruceros pesados!

Resultaba obvio que Chewbacca había seguido el curso del razonamiento de Han, porque el wookiee dejó caer el puño sobre la mesa y expresó su aprobación con un potente rugido.

Pero el resto del grupo, muy confuso y aparentemente sin haber entendido nada, siguió mirando fijamente a Han.

—¿Eh? —farfulló Lando—. ¿De quién demonios estás hablando? ¿Qué...?

Han ignoró a su amigo. El corelliano se levantó de un salto y agitó la mano delante de Mako.

—He de hacer una llamada —dijo—. ¿Sabes si el gerente del casino dispone de una unidad de comunicaciones?

El gerente del Castillo del Azar enseguida accedió a permitir que Han usara su unidad de comunicaciones. Todos los grandes casinos sabían que una incursión imperial iba a tener efectos realmente muy perjudiciales sobre su volumen de negocios...

Capítulo 12

Sueños y pesadillas

Bria Tharen estaba inmóvil junto a Sam Shild en la plataforma de observación de la estación espacial que orbitaba el planeta Teth. La plataforma de observación estaba protegida básicamente por campos de fuerza, por lo que no había nada visible entre ellos y el vacío que los rodeaba. Bria podía mirar hacia adelante, hacia la izquierda y la derecha y hacia arriba, y lo único que vería sería el espacio y el gigantesco disco giratorio del planeta. La corelliana pensó en la gélida negrura desprovista de aire que se extendía a sólo unos metros de ella, e intentó reprimir un escalofrío.

Pero a pesar de su nerviosismo, la radiante sonrisa llena de adoración que iluminaba su rostro no vaciló ni un solo instante. Cuando aceptó aquella misión Bria ya era una actriz francamente buena, y estaba en condiciones de ocultar sus verdaderos sentimientos de manera casi automática.

«Claro que a estas alturas probablemente ya me merezco un premio —pensó sombríamente—. Es una pena que no exista un trofeo para la Mejor Espía del Año...»

La idea resultaba tan ridícula que hizo que su sonrisa se volviera auténtica durante una fracción de segundo. El Moff Shild la rodeó con un brazo y le apretó suavemente los hombros mientras señalaba hacia adelante.

—¡Mira, querida! ¡Ahí vienen!

El pequeño contingente de Personalidades Muy Importantes reunido en la plataforma de observación empezó a aplaudir mientras la flota imperial aparecía delante de ellos.

Bria sonrió y aplaudió mientras las naves de perímetro, los navíos de reconocimiento, los cruceros pesados y los destructores se deslizaban a través del espacio en un lento avance hacia la plataforma de observación. Los cazas TIE revoloteaban vertiginosamente alrededor de las naves más grandes, zumbando y girando como pequeños insectos que se dispusieran a alimentarse de un rebaño de herbívoros.

Shild, extasiado, sonreía mientras contemplaba a su escuadrón. El Moff volvió a apretar suavemente los hombros de Bria, y la corelliana tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no encogerse bajo sus dedos.

—¡Este día marca el comienzo de una nueva era de ley y orden en el Borde Exterior, querida! —dijo Shild, empleando su voz «de político»—, ¡Y el comienzo de una nueva vida para nosotros, Bria! —añadió después en un susurro de conspirador.

Bria alzó los ojos hacia el Moff y le lanzó una mirada interrogativa.

—¿De veras, Sarn? ¿En qué sentido?

Shild siguió hablando en voz baja, pero el apasionamiento de su tono no varió.

—En cuanto mi flota haya destruido Nar Shaddaa y haya puesto de rod..., eh..., haya doblegado a los hutts, nadie osará oponerse a mi poder en este sector. Y cuando pueda tener acceso a la riqueza de los hutts —a la de los clanes menores y el clan Desilijic, por lo menos—, podré permitirme aumentar mis fuerzas militares hasta tal punto que estaré en condiciones de enfrentarme a enemigos mucho más temibles que un mero hatajo de contrabandistas y ladrones.

¿Por qué siempre habla como si estuviera soltando un discurso de campaña electoral?», se preguntó Bria.

—¿El clan Desilijic? —repitió en voz alta—. ¿Y por qué no también el clan Besadii?

—El Emperador me ha enviado un comunicado privado en el que dejaba muy claro que no debo interferir de ninguna manera con las actividades del clan Besadii —dijo Shild—. Esos hutts le resultan muy útiles porque proporcionan esclavos adiestrados al Imperio, así que el clan Besadii debe seguir prosperando.

Bria incluyó aquella información en su archivo mental de datos que tenía que transmitir a Rion lo más pronto posible. «Así que los tentáculos invisibles de Palpatine se han introducido incluso en la política interior de los hutts, ¿eh? Me pregunto si habrá algo que el Emperador no intente utilizar en beneficio suyo...»

—Oh, bueno... —dijo en voz alta—. En ese caso, me parece una decisión muy lógica.

—Desde luego. El Emperador es increíblemente astuto —dijo Shild, todavía hablando en lo que casi era un susurro—. Pero... quizá no sea lo suficientemente astuto.

Sus últimas palabras dejaron bastante perpleja a Bria.

—¿Qué quieres decir, Saín?

El Moff le sonrió con su sonrisa «pública», pero había algo en sus ojos que hizo que Bria empezara a sentir una nueva inquietud.

—Me temo que entre las cada vez más numerosas rebeliones de los mundos interiores y las luchas políticas internas que están surgiendo en los niveles más altos de la jerarquía imperial... Bien, el caso es que me temo que nuestro amado Emperador se está buscando demasiados problemas. Palpatine está empezando a perder el control de los Territorios del Borde Exterior. Las fuerzas imperiales destacadas en esos sectores han tenido que extender sus despliegues hasta tal punto que un líder fuerte que contara con una potente fuerza militar para respaldarle podría limitarse a..., a declarar que se separa del Imperio.

Bria le miró, los ojos desorbitados por la perplejidad. ¡Shild estaba hablando de un acto de sedición! ¿Acaso no se daba cuenta de ello?

Shild malinterpretó su expresión y pensó que le estaba contemplando con admiración.

—Oh, no creas que no he pensado en ello, querida... No existe ninguna razón por la que los Territorios del Borde Exterior no puedan convenirse en otro Sector Corporativo que no esté unido al Imperio por ninguna clase de vínculos o lealtades. Si dispusiera del poderío militar suficiente, podría guiar al Borde Exterior hacia la independencia y la prosperidad... ¡Ah, sería maravilloso!

Bria tuvo que tensar las mandíbulas para no quedarse boquiabierta. «Por todos los Esbirros de Xendor... ¿Es que ha enloquecido? ¡Siempre supe que Sarn era arrogante, pero todo esto son auténticos delirios de loco!»

Bria se preguntó si el Moff podía encontrarse bajo alguna clase de... influencia. Sabía que algunas especies de alienígenas poseían poderes telepáticos, pero nunca había oído hablar de ninguna que fuera capaz de producir semejantes efectos en la mente de un ser humano. Quizá sencillamente se había vuelto loco. Era una de las explicaciones posibles, desde luego.

Pero la luz que ardía en los oscuros ojos de Shild no tenía nada que ver con la locura, sino que era la luz del hombre consciente de que tiene una misión que cumplir.

—Y después de haber guiado a los Territorios del Borde Exterior hasta la gloria, querida... —volvió a apretarle los hombros con el brazo—, quizá decida dirigir mi atención hacia... Bueno, digamos que es posible que empiece a volver la mirada hacia zonas más pobladas de la galaxia. Dentro del Imperio hay bastantes mundos que se sienten muy desgraciados y que están buscando un nuevo liderazgo, y yo podría proporcionarles ese liderazgo.

¡No puedo creer lo que estoy oyendo! —pensó Bria—. ¡Está hablando de desafiar al Emperador!»

El mero hecho de estar junto a Shild y escuchar sus palabras bastó para aterrorizar a Bria. Palpatine tenía oídos por todas partes. La joven estaba segura de que el Emperador descubriría la increíble ambición de Shild, y de que luego lo eliminaría con tanta facilidad como ella hubiera podido aplastar a un insecto después de sentir la picadura de su aguijón.

La flota imperial estaba acabando de pasar por delante de ellos en un magnífico despliegue y se disponía a virar para iniciar la revista. Shild bajó el brazo con el que había estado apretando los hombros de Bria y avanzó hasta detenerse justo delante del borde de la plataforma, esbelto y muy elegante en su uniforme de Moff. Después saludó a sus tropas mientras éstas empezaban a desfilar por delante de él.

Bria se quedó atrás, cerca de la entrada, sintiendo cómo aquel frío helado que rozaba el pánico se iba intensificando poco a poco hasta que sólo su voluntad de hierro le impidió marcharse, girar sobre sus talones y abandonar a Shild para que se enfrentara a las consecuencias de su egoísmo y su ambición.

«Si puedo averiguaré qué planea hacer —se prometió así misma—, y luego me

iré.»

Bria observó a Shild, y de repente se dio cuenta de que le estaba contemplando de la misma manera en que contemplaría a un hombre que acabara de contraer una enfermedad incurable y devastadora. Era como estar viendo a un muerto que todavía caminaba. De hecho, descubrió que incluso lamentaba que Shild hubiera contraído aquella «enfermedad», aquel loco anhelo de poder. El Moff siempre la había tratado bien, y la misión que le habían encomendado los rebeldes podría haber sido mucho peor.

Durante un momento de irracionalidad incluso pensó que quizá debería hablar con Shild y tratar de razonar con él, pero enseguida descartó esa posibilidad. El Moff sabía que Bria era inteligente, y apreciaba esa inteligencia, pero su arrogancia masculina estaba lo suficientemente desarrollada como para que fuera incapaz de escuchar a una mujer a la que estaba utilizando como fachada para ocultar sus pequeños pecados sexuales.

La flota ya casi había dejado atrás el estrado de la revista. Dentro de unos minutos, y tan pronto como hubiera salido del pozo gravitatorio de Teth, saltaría al hiperespacio para recorrer la primera etapa del largo viaje hasta el sistema de Y'Toub. En el Borde Exterior, los sistemas tendían a estar bastante más alejados unos de otros de lo que era habitual en las porciones centrales de la galaxia, que se hallaban bastante más pobladas.

Bria se encontró pensando en Han, algo que solía hacer. Ya no debía de estar en Nar Shaddaa, y seguramente habría vuelto a presentarse ante sus patronos hutts para entregar la advertencia de Shild y se habría marchado después. Han sabía cuidar de sí mismo. Nunca cometería la inmensa locura de enfrentarse a todo un escuadrón imperial..., ¿verdad?

¿O podía llegar a estar lo bastante loco para hacer algo semejante?

Bria sintió que la boca se le había quedado terriblemente seca. Se lamió los labios, se obligó a tragar saliva y después fue hacia la enorme puerta que llevaba a la magnífica recepción organizada en el interior para ir en busca de una taza de té estimularle.

Mientras tomaba sorbos de ella, Bria intentó una y otra vez convencerse a sí misma de que Han se había ido de Nar Shaddaa hacía ya mucho tiempo, y de que el almirante Greelanx y sus tropas ya no representaban ningún peligro para él.

Pero en lo más profundo de su corazón, Bria no lo creía. Un recuerdo muy vívido acudió repentinamente a su memoria, y volvió a ver al corelliano en el momento en que estaban a punto de ser abordados por los esclavistas, y se acordó de cómo Han había desenfundado su desintegrador y había tensado las mandíbulas..., y le oyó volver a jurar que quien quisiera capturarlo tendría que luchar antes.

Y por aquel entonces la relación de fuerzas había sido aproximadamente de

cuarenta a tres...

Bria descubrió que las manos le estaban temblando tan violentamente que tuvo que dejar la taza sobre la mesa. Cerró los ojos, e hizo un esfuerzo desesperado para tratar de recuperar el control de sí misma. «¿Y qué pasará si Han intenta luchar? ¿Y si le matan? Probablemente nunca lo sabré...»

Y eso era lo más terrible de todo...

El capitán Soontir Fel estaba inmóvil en el centro del puente de mando del destructor Orgullo del Senado y se preparaba para seguir a su comandante al interior del hiperespacio. Las condecoraciones e insignias de su rango proporcionaban un toque de color a su uniforme gris. Fel era un coloso de aspecto impresionante que inspiraba confianza a cuantos se hallaban bajo sus órdenes.

Uno de los oficiales más jóvenes a los que la Armada Imperial hubiera confiado el mando de una nave a lo largo de toda su historia, Fel era alto y musculoso, de hombros robustos y excepcionalmente fuerte. Su cabellera y ojos oscuros y sus rasgos viriles y casi apuestos hacían que pareciera haber salido de uno de los carteles de reclutamiento holográficos de la Armada Imperial.

Fel era un buen oficial, conocedor de sus deberes y muy apreciado por sus hombres, que mantenía una relación de camaradería especial con los pilotos de sus cazas TIE. Soontir Fel también había pilotado uno de esos cazas en el pasado, y sus hazañas y sus logros habían llegado a ser casi legendarios.

En cierta manera, en aquellos momentos a Fel le hubiera gustado poder estar en la sala de reuniones de los pilotos de caza, relajándose, gastando bromas y tomando sorbos de una taza de té estimulante con los demás. Su misión actual no le gustaba en lo más mínimo.

Para empezar, aquel destructor era una auténtica antigualla, especialmente si se lo comparaba con los nuevos Destrucción Estelares de la clase Imperial. ¡Fel hubiera dado cualquier cosa a cambio de poder mandar una de esas naves!

Pero estaba decidido a que el Orgullo se comportara lo mejor posible, y sólo esperaba tener una ocasión de demostrar su valía. Fel había estudiado el plan de batalla del almirante Greelanx, y no estaba nada impresionado. Oh, sí, no cabía duda de que el despliegue del almirante seguía fielmente las reglas de los manuales militares..., pero Fel opinaba que el plan era demasiado inflexible, y que dependía excesivamente de varias presuposiciones iniciales que Fel encontraba o no muy fundadas o claramente erróneas.

En primer lugar, Greelanx estaba seguro de que los contrabandistas no eran más que una turba desorganizada totalmente incapaz de lanzar un ataque coordinado. Soontir Fel había mandado patrulleras del servicio de aduanas (al igual que Greelanx), y sabía que muchos de los pilotos que se dedicaban al contrabando eran

tan buenos como el mejor piloto imperial jamás graduado en la Academia. Los contrabandistas tenían reflejos muy rápidos, eran unos excelentes tiradores y poseían un valor temerario que los convertía en enemigos muy peligrosos cuando tenías que enfrentarte a ellos.

Los contrabandistas también eran unos feroces individualistas que defendían celosamente su independencia, desde luego, pero si conseguían encontrar un líder que fuera capaz de dirigirlos adecuadamente... Bueno, en ese caso Fel tenía la impresión de que tal vez fueran capaces de organizar una defensa bastante respetable.

En segundo lugar, Greelanx creía que dado que los contrabandistas no podían suponer ninguna amenaza para sus fuerzas, no había ninguna necesidad de tratar de emplear el elemento sorpresa. El plan del almirante dejaba muy claro que su escuadrón saldría del hiperespacio dentro del radio de acción de los sensores de Nar Shaddaa.

Fel opinaba que dar por sentado que los contrabandistas no podrían oponer ninguna resistencia constituía un puro y simple exceso de confianza..., y el exceso de confianza solía resultar catastrófico en un combate.

El peor problema, en lo que concernía a Fel, era el tener que ejecutar la directiva Base Delta Cero contra Nar Shaddaa.

Fel sabía que eso no era culpa de Greelanx, ya que aquella orden había sido emitida por el Moff del Sector. Pero si hubiera estado en el lugar del almirante, Fel por lo menos habría intentado convencer a Sarn Shild de que debía modificar aquellas instrucciones. El Emperador había ordenado poner fin a las actividades de contrabando que tenían su base en Nar Shaddaa y demás nidos de contrabandistas, y especialmente a las relacionadas con el tráfico de armas. Sus directivas no incluían nada sobre destruir todo lo que hubiera en la superficie de la luna. Fel había acumulado una experiencia de combate bastante considerable, y sabía que la mayoría de las especies inteligentes lucharían como vrelts corellianos acorralados cuando el hacerlo fuera la única forma de proteger a sus hogares y sus familias.

Había millones de seres inteligentes en Nar Shaddaa, y muchos de ellos sólo mantenían una relación periférica con el contrabando. Ancianos, niños... Soontir Fel torció el gesto.

Aquella iba a ser su primera masacre ordenada por el Imperio. Teniendo en cuenta la manera en que estaban yendo las cosas, Fel podía considerarse afortunado por no haber recibido ese tipo de orden hasta entonces.

Fel obedecería las órdenes, pero no disfrutaría haciéndolo. Sabía que las imágenes de los edificios en llamas invadirían su mente cada vez que diera la orden de abrir fuego. Y después... Después tendrían que enviar lanzaderas y tropas de superficie para que se encargaran de la limpieza final y Fel, siendo un comandante concienzudo y consciente de sus deberes, tendría que supervisar aquella operación.

Visiones de escombros humeantes sobre los que había esparcidos cadáveres ennegrecidos llenaron su mente, y Fel respiró hondo. «Basta —se ordenó secamente así mismo—. No puedes hacer nada al respecto. El que te tortures pensando en lo que va a ocurrir no servirá de nada, y no tiene ningún sentido...»

Fel vio cómo el Destino Imperial aceleraba de repente y desaparecía una fracción de segundo después al conectar su propulsión hiperespacial. *El Protector de la Paz* le siguió.

Fel acogió con alivio la ocasión de poder actuar, de hacer cualquier cosa que le distrajera de sus pensamientos.

—¿Ha fijado el curso, oficial? —preguntó, volviéndose hacia su navegante.

—Sí, capitán.

—Muy bien. Oficial Rosk, prepárese para saltar a la velocidad lumínica en cuanto se lo ordene.

—Sí, señor.

Fe1 vio aparecer las coordenadas en los tableros de navegación. —Conecten hiperimpulsión.

—Sí, señor.

Fel vio cómo las estrellas cambiaban de repente y, por primera vez, una sensación de velocidad terriblemente elevada se extendió por toda la gran nave.

La misión aniquiladora de Nar Shaddaa había empezado.

El almirante Winstel Greelanx se encontraba en el puente de su destructor y contemplaba las huellas estelares del hiperespacio. El almirante tenía sus propias dudas acerca de la misión, y sus motivos de preocupación eran muy distintos de los que inquietaban a sus capitanes, Reldo Dowlis y Soontir Fel.

Greelanx era consciente de que Fe1 no tenía muy buena opinión de la estrategia que había planeado seguir. Dowlis era un oficial más veterano y dotado de mucha menos imaginación que se conformaba con seguir las órdenes sin cuestionarlas en ningún momento, por lo que Greelanx no esperaba que le creara problemas. Fel, en cambio... Sí, aquel joven seguramente iba a darle problemas.

Greelanx suspiró. ¡Ah, si aquella misión fuera tan sencilla y fácil de ejecutar como parecía a primera vista! Ojala todo se redujera a ir a Nar Shaddaa, acabar con los malditos contrabandistas y luego imponer un férreo bloqueo a todo el sistema de Y'Toub. Pero la realidad distaba mucho de ser tan simple.

Un día después de que el Moff Shild le hubiera hecho acudir a su despacho de Teth para entregarle sus órdenes de misión, el almirante había recibido un mensaje redactado en el código imperial más secreto que había sido remitido, bajo la clasificación «exclusivamente personal» y con las máximas condiciones de seguridad, directamente al comunicador personal de Greelanx.

El código de secreto de aquel mensaje era tan restrictivo que el almirante ni siquiera se había atrevido a entregárselo a uno de sus ayudantes para que lo descifrara, y no quiso confiar ni en su primer secretario administrativo ni en su androide-secretario. Lo que hizo fue coger una llave de código, en su escritorio y descifrar laboriosamente el mensaje por sí solo, copiándolo en una hoja de plastipapel.

Tal como se le ordenaba que hiciera, el almirante no había conservado ninguna copia del mensaje, y había destruido la hoja de plastipapel apenas hubo acabado de leerla.

El almirante había comprobado los códigos una y otra vez, pensando que tenía que haber algún error. Pero todas sus comprobaciones acabaron dando el mismo resultado. Aquel mensaje procedía de los niveles más altos de la Inteligencia Imperial. ComEx era la rama del servicio de seguridad imperial que respondía únicamente ante el Emperador o ante Lord Vader, su mano derecha.

Greelanx nunca había recibido un mensaje como aquél en toda su carrera, y llevaba más de treinta años sirviendo en la Armada.

Se lo había aprendido de memoria, lo que no resultó demasiado difícil pues el texto era bastante corto. El mensaje decía lo siguiente:

Para ser leído única y exclusivamente por el almirante Winstel Greelanx, destruir después de la lectura. Concerniente a la operación contra Nar Shaddaa/Nal Hutta.

Se le aconseja, por el bien de su Imperio, que entable combate con el enemigo y sufra una derrota estratégica. Reduzca al mínimo las pérdidas imperiales y lleve a cabo una retirada ordenada

Repito: debe SER DERROTADO, almirante. No intente confirmar estas órdenes. No hable de ellas con nadie. En caso de que no las obedezca, no se aceptarán excusas.

Y NO me falle.

Greelanx se preguntó qué podía significar todo aquello. Alguien que ocupaba un lugar muy elevado en la jerarquía imperial quería que la incursión contra los hutts lanzada por Sarn Shild fracasara. ¿Quién? ¿Y por qué?

Greelanx no era un hombre particularmente imaginativo o inteligente, pero sí lo suficientemente listo para saber que si le hablaba de aquellas órdenes a Sarn Shild, sólo conseguiría que el Moff creyera que había enloquecido. No tenía ninguna prueba de que las hubiera recibido. El mensaje codificado era del tipo «sensible al tiempo»: no se podía copiar salvo manualmente, y había sido diseñado para que desapareciera sin dejar rastro unos minutos después de haber sido recibido.

Y luego la oferta de soborno de los hutts había llegado a sus manos, naturalmente... ¡Qué suprema ironía, dadas las circunstancias! Aquel soborno le ofrecía una ocasión de incrementar mil veces o más los «ahorros» que complementarían su pensión. Aun suponiendo que no hubiera recibido aquellas órdenes secretas, la oferta de los hutts ya habría resultado muy difícil de rechazar.

El almirante se preguntó si podría existir alguna clase de relación entre las órdenes y el soborno. ¿O se trataba únicamente de una increíble coincidencia?

Greelanx no tenía forma alguna de saberlo.

El almirante estaba empezando a ponerse muy nervioso. Los planes desfilaban a toda velocidad por su mente, pero todos eran descartados como demasiado arriesgados. Quizá debería ponerse en contacto con el Alto Mando. ¿Y si se lo contaba todo al Moff? ¿Y si dirigía el Destino Imperial hacia algún lugar remoto y desaparecía a bordo de una lanzadera a continuación?

Esa última opción parecía ser la que encerraba más probabilidades de garantizar la continuidad de su existencia, desde luego. Quizá pudiera ir al Sector Corporativo, a algún lugar muy, muy lejano...

Pero Greelanx no tardó en comprender que si hacía eso, su familia pagaría muy caro su huida. Su hijo y su hija, su esposa... Quizá incluso sus dos amantes tendrían que cargar con las consecuencias de sus actos.

Greelanx no sentía ningún cariño especial hacia su esposa, pero tampoco deseaba que le ocurriera nada. Y amaba a sus hijos, que ya estaban casados. De hecho, el almirante estaba a punto de convertirse en abuelo.

Greelanx acabó decidiendo que no podía ponerlos en peligro. El almirante sabía que enseñar las órdenes al Moff del Sector supondría firmar su sentencia de muerte y las de todos sus familiares. Las fuerzas de seguridad imperiales eran implacables, y siempre actuaban sin pensárselo dos veces. Greelanx y su familia podían huir hasta los confines del universo, pero eso no impediría que los soldados de las tropas de asalto siguieran tozudamente su rastro hasta dar con ellos.

Lo único que podía hacer era obedecer, y esperar que todo saliera lo mejor posible.

Mientras permanecía inmóvil en el puente de su nave, el almirante Winstel Greelanx empezó a pensar en el joven contrabandista que le había transmitido la oferta de los hutts. Ah, aquella maldita oferta que no había sido capaz de rechazar...

Greelanx se preguntó si aquel joven muchacho se habría dado cuenta de que le estaba ocultando alguna cosa.

Parecía un joven bastante inteligente. Greelanx habría estado dispuesto a apostar que había llevado el uniforme imperial en algún momento de su pasado. ¿Por qué había abandonado el servicio para convenirse en un fuera de la ley?

El almirante pensó que aquel joven contrabandista podía ser uno de los seres inteligentes a los que tendría que matar para conseguir que su ataque contra Nar Shaddaa pareciera una verdadera operación militar, y descubrió que la idea le resultaba altamente desagradable.

Greelanx contempló las huellas estelares y siguió pensando..., y preocupándose. »¿Cómo he podido llegar a meterme en esto? —se preguntó—. Y por todo lo sagrado, ¿cómo voy a salir de este condenado embrollo?»

Durga el Hutt estaba trabajando en su despacho cuando un androide-servidor entró en él rodando a toda velocidad.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! El noble Aruk se ha puesto enfermo! ¡Venid, por favor!

El joven líder hutt dejó abandonado su cuaderno de datos encima del escritorio y se apresuró a seguir al androide con veloces ondulaciones que lo impulsaron rápidamente por los interminables pasillos del gigantesco enclave del clan Besadii. Encontró a su progenitor fláccidamente inmóvil y con los ojos casi escondidos dentro de la cabeza, el cuerpo desparramado encima de su trineo repulsor. El médico personal de Aruk, un hutt llamado Grodo, estaba atendiendo al inconsciente líder del clan Besadii, y era ayudado en su labor por dos androides médicos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Durga con voz jadeante y entrecortada mientras ondulaba hacia ellos, impulsándose en un veloz deslizamiento mediante su cola—. ¿Se pondrá bien?

—Todavía no lo sabemos, mi señor —respondió el médico en un tono bastante brusco.

Grodo estaba muy ocupado con el hutt inconsciente, y Durga contempló cómo le administraba alguna sustancia con un inyector y pasaba a administrarle oxígeno a continuación. Una unidad de bomba circulatoria combinada con un sistema estimulador fue adherida a la parte central del cuerpo de Aruk, y empezó a administrar suaves descargas a la gigantesca mole del anciano hutt para ayudar a regularizar su pulso.

La lengua de Aruk, viscosa y de color verduzco, colgaba fláccidamente de su boca entreabierta. Aquella visión aterrizó a Durga. El joven hutt se obligó a mantenerse a varios metros de distancia, no deseando estorbar.

—Estaba hablando con su escriba para darle unas órdenes acerca de cierto trabajo, cuando de repente, según nos ha informado el androide, perdió el

conocimiento y se desplomó —dijo el médico.

—¿Qué piensa que puede haber causado este desmayo? —preguntó Durga—. ¿Cree que debo avisar al departamento de seguridad para que bloquee los accesos del palacio?

—No, mi señor —dijo Grodo—. Esto es el resultado de alguna clase de ataque cerebral, sospecho que debido a la mala circulación. Ya sabéis que he estado advirtiéndolo a vuestro padre de que...

—Sí, sí, lo recuerdo —dijo Durga.

Estaba tan preocupado que se agarró al borde de una mesita adornada con incrustaciones de esmalte, y no se dio cuenta de que lo había estado estrujando hasta que la gruesa madera se astilló entre sus dedos.

Unos minutos después, y de manera tan repentina como se había desmayado, Aruk parpadeó, se agitó y luego fue incorporándose lentamente, pareciendo muy perplejo.

—¿Qué...? —graznó, y su potente voz sonó curiosamente débil y estridente—. ¿Qué ha pasado?

—Os habéis desmayado, mi señor —dijo Grodo—. Algún tipo de ataque cerebral, sospecho que causado por la falta de oxígeno...

—Causado por la mala circulación, sin duda —gruñó Aruk—. Bien, ahora me encuentro perfectamente. Aunque me duele la cabeza, desde luego.

—Puedo administraros algún sedante suave para calmar el dolor, mi señor —dijo el médico, activando su inyector.

Unos instantes después Aruk dejó escapar un suspiro de alivio. —Ya me siento mucho mejor.

—Noble Aruk, quiero que me prometáis que vais a tener mucho más cuidado con vuestra salud a partir de ahora —dijo el médico, poniéndose muy serio—. Que este episodio os sirva de advertencia.

Un gruñido gutural brotó del gigantesco pecho de Aruk.

—A mi edad, debería poder... —empezó a decir.

—¡Oh, padre, por favor! —balbuceó Durga—. ¡Haced caso de Grodo! ¡Debéis empezar a vivir de otra manera!

El líder del clan Besadii volvió a gruñir y acabó suspirando.

—Muy bien. Prometo que haré ejercicio durante un mínimo de media hora cada día, y además dejaré de fumar mi narguile.

—¡Y no os olvidéis de los excesos con la comida! —exclamó el médico con voz triunfante, decidido a aprovechar el momento.

—Muy bien —refunfuñó Aruk—. Renunciaré a todo salvo a mis ranas de los árboles-nala. Se han convertido en mi plato favorito, y no estoy dispuesto a renunciar a ellas.

—Creo que podemos permitir que su excelencia siga disfrutando de algún pequeño placer ocasional —dijo Grodo, dispuesto a ser magnánimo después de haberse alzado con la victoria—. Si renunciáis al resto de platos perjudiciales, podréis seguir consumiendo una cantidad razonable de ranas de los árboles-nala al día.

Durga se sintió tan aliviado al ver que Aruk se había recuperado que onduló velozmente hasta su progenitor y puso una manecita sobre aquel enorme cuello.

—Debéis cuidaron mejor, padre. Haremos ejercicio juntos, y de esa manera os resultará más agradable ejercitaros.

Las comisuras de la gigantesca boca de Aruk se fueron elevando poco a poco mientras contemplaba a su descendiente.

—Muy bien, hijo mío. Te prometo que a partir de ahora me cuidaré mejor.

—El clan Besadii os necesita —dijo Durga—. ¡Sois el más grande de todos nuestros líderes, padre!

Aruk dejó escapar unos cuantos gruñidos más, pero Durga ya se había dado cuenta de que la preocupación de su hijo le complacía.

El joven líder hutt confió a su padre a los cuidados del médico y sus ayudantes androides y volvió a su despacho, sintiéndose muy afectado por lo que acababa de ver.

Durante un momento había pensado que Aruk se moría, y que su muerte haría que tuviese que liderar el clan Besadii por sí solo. Durga había tenido una revelación realmente aterradora: no estaba preparado.

«Especialmente teniendo en cuenta que la crisis es inminente —pensó—. La flota imperial quizá ya esté avanzando hacia Nar Shaddaa...»

Aruk le había dicho a su hijo que no se preocupara y le había asegurado que los imperiales no atacarían al clan Besadii ni a Ylesia.

—Somos sus mayores suministradores de esclavos —había dicho el anciano hutt, intentando tranquilizarle—. El Imperio necesita sus esclavos, y en consecuencia necesita al clan Besadii.

Durga esperaba con todas sus fuerzas que su padre no se equivocara en ese punto...

Capítulo 13

Haciendo magia

Han, Chewbacca y Salía Zend se encontraban en la plataforma barrida por los vientos y contemplaban cómo la rampa del Fantasma iba surgiendo del casco de la nave. Unos instantes después una figura de larga cabellera negra apareció en la escotilla y empezó a bajar por la rampa. La mujer —pues se trataba de una mujer— vio a Han y le saludó agitando la mano.

—Es ella. ¡Vamos! —te dijo Han a Salla.

Chewie ya estaba avanzando hacia la rampa, gruñendo un afable saludo.

—¡Solo! —gritó la recién llegada—. ¡Chewbacca!

—¡Xaverri! —la saludó Han a su vez, echando a correr hacia ella mientras pensaba en lo mucho que se alegraba de volver a verla.

Cuando se encontraron Han la cogió por los hombros, pero Xaverri le rodeó con los brazos y lo estrechó contra su pecho. Han le devolvió el abrazo, pero prefirió ser cauteloso y la besó en la frente en vez de en la boca. Después de que Xaverri hubiera saludado a Chewie con un gran abrazo y un restregón de cabezas al estilo wookie, la ilusionista se volvió nuevamente hacia Han y Salla.

—Quiero presentarte a Salla Zend, Xaverri —dijo Han mientras las dos mujeres se contemplaban en silencio—. Xaverri, ésta es Salla, contrabandista y experta en mecánica.

—Hola. ¡Encantada de conocerte! —dijo Salla, ofreciéndole la mano.

—Es un placer —dijo Xaverri, aceptando su mano y estrechándola—. Cualquier amigo de Solo es amigo mío.

Han se sentía terriblemente incómodo. «Es la primera vez que una de mis novias conoce a otra», pensó. El corelliano se preguntó si Xaverri querría reanudar su relación en el punto en el que la habían interrumpido hacía unos meses. Sabía que Salla se mostraría ferozmente en contra de esa idea.

«Pero... Eh, no soy de su propiedad —pensó, poniéndose a la defensiva casi sin darse cuenta de lo que hacía—. No es como si estuviéramos casados ni nada por el estilo, ¿verdad?»

Aun así, Han se aseguró de que echaba a andar al lado de Salla después de que hubiera recogido la bolsa de viaje de Xaverri y los cuatro empezaran a atravesar la pequeña llanura de permacreto de la pista de descenso.

Un rato después le estaba explicando su plan a Xaverri mientras disfrutaban de unas rebanadas de pan blanco y unos canapés de queso y traladón.

Cuando Han hubo acabado de hablar, vio que Xaverri le estaba mirando fijamente.

—A ver si lo he entendido bien, Solo —dijo la ilusionista—. Quieres que cree una ilusión holográfica que muestre a toda una flota de naves de los contrabandistas lanzándose sobre esos navíos de primera línea de la flota imperial. Y además quieres que la ilusión sea lo suficientemente real, y que dure el tiempo suficiente, para que las naves de los imperiales se desvíen de su curso y empiecen a disparar contra esa flota inexistente. ¿Lo he entendido bien?

—Sí, desde luego —dijo Han.

Mientras oía exponer su plan a Xaverri, el corelliano por fin se había dado cuenta de lo que le estaba pidiendo que hiciera. Xaverri nunca había creado una ilusión de aquella escala, y probablemente nadie lo había hecho jamás.

Xaverri meneó la cabeza y sus largos cabellos negros se deslizaron sobre sus hombros.

—No es mucho pedir, ¿eh, Solo?

—Eh, considéralo como un desafío —dijo Han, intentando sonreír—. ¡Será la mayor ilusión de toda tu carrera!

—Una ilusión holográfica requiere proyectores —murmuró Xaverri—. ¿Qué podemos utilizar para proyectar la ilusión que me estás pidiendo que cree?

—He pensado que podríamos usar todos los proyectores tridimensionales de los casinos —le explicó Han—. Ya sabes, los que utilizan cuando proyectan espectáculos sobre las pantallas de las zonas de juego para que la gente pueda entretenerse viéndolos mientras pierden hasta la camisa...

Xaverri frunció el ceño.

—Quizá sirvan —dijo—. Pero aun suponiendo que consiguiéramos crear las imágenes de esa flota, los sensores de los imperiales enseguida les dirían que se trataba de una ilusión. No harían ningún caso de ella.

—Tal vez podríamos interferir sus sensores —sugirió Salla—. Después de todo, no hay que olvidar que podemos bloquear las transmisiones de salida. ¿No existe alguna forma de que podamos bloquear las transmisiones que reciben?

La ilusionista estaba mirando fijamente a los dos contrabandistas con los ojos muy abiertos.

—Me parece que acabo de tener una idea... —dijo.

Han se inclinó hacia adelante.

—¿Sí? ¿Qué crees que podríamos hacer?

Xaverri tomó un sorbo de su bebida y reflexionó durante unos momentos antes de volver a hablar.

—Creo que tal vez podríamos usar las boyas del control de tráfico para enviar datos falsos a los imperiales —dijo—. De esa manera vedan la ilusión holográfica... ¡al mismo tiempo que sus sensores les proporcionaban datos que les dirían que lo que estaban viendo era real!

—¡Estupendo! —exclamó Salla, visiblemente excitada—. ¡Parece la solución perfecta!

Xaverri le sonrió.

—Pero necesitaré mucha ayuda para crear esa clase de engaño. Expertos en programas para que me ayuden a reprogramar las boyas del control de tráfico, técnicos para que modifiquen los proyectores... ¿Conoces a unos cuantos programadores y técnicos que sean realmente buenos?

Salla le devolvió la sonrisa y, cediendo a un impulso repentino, extendió la mano hacia ella. Xaverri hizo lo mismo y las dos mujeres se estrecharon la mano por encima de la mesa.

—Puedes apostar a que sí, Xaverri —dijo la contrabandista—. Shug y yo te ayudaremos.

Chewbacca dejó escapar un potente rugido que hizo que un androide de servicio que pasaba junto a ellos dejara caer una bandeja llena de platos y se apresurara a huir hacia la cocina.

—Chewie dice que también puedes contar con él —tradujo Han con una sonrisa—. Xaverri... Eh... Bueno, sé que probablemente habrás renunciado a una gira muy lucrativa para venir aquí y ayudarnos. Quiero que sepas que te lo..., que todos te lo agradecemos.

—Es una ocasión de darle duro a los imperiales justo allí donde más les duele, Solo —dijo la ilusionista—. ¿Cómo iba a pasarla por alto?

Cuando Han y Chewie fueron a la prometida gran reunión de información para sus pilotos de combate, se encontraron con que la mayoría de los pilotos y tripulaciones de los contrabandistas ya estaban reunidos en el auditorio del Castillo del Azar. Mako ya se encontraba en el escenario, e intercambiaba bromas y burlas con su público. Cuando vio a Han y Chewie, el veterano contrabandista golpeó el atril con los nudillos para atraer la atención de su público.

—¡Bien, chicos, escuchadme todos! —gritó.

El silencio descendió sobre el auditorio.

—Escuchadme con atención, pandilla de vagabundos del espacio —dijo Mako, y el orgullo y el afecto que había en su voz mientras contemplaba a sus tropas eliminaron cualquier posible efecto ofensivo que hubieran podido tener sus palabras—. Quiero que me escuchéis atentamente, porque vuestras vidas y las vidas de todos aquellos con los que vais a volar pueden estar en juego dentro de muy poco.

Mako hizo una pausa y recorrió a la pequeña multitud con la mirada hasta estar seguro de que había conseguido atraer toda su atención.

—Voy a explicares lo que haremos para sacar nuestro pequeño conejo del sombrero mágico —siguió diciendo—. No podemos estar seguros de cuándo atacarán los imperiales, pero tenemos una idea bastante clara de cuál es el plan de batalla que

utilizarán. ¿Por qué? Pues porque la Armada Imperial cuenta con planes de batalla estándar para prácticamente cualquier tipo de situación imaginable, y porque los imperiales han sido adiestrados para seguir esos planes ocurra lo que ocurra. Nuestro viejo amigo Han fue oficial imperial, y puede confirmar lo que os estoy diciendo. ¿No es así, Han?

Han salió al escenario y asintió enfáticamente.

—¡Mako tiene razón! —aseguró, gritando porque su voz no era amplificadas de la manera en que sí lo era la de Mako.

El veterano contrabandista llamó al corelliano con un gesto de la mano para que viniera a compartir el estrado, y Han así lo hizo.

—El plan estándar para este tipo de operación fija un punto de cita y despliegue bastante alejado del objetivo. Si tenemos suerte, captaremos a los imperiales en nuestros sensores. Si no, quizá tengamos que subir corriendo a nuestras naves. ¿Está preparado todo el mundo para hacer eso?

La multitud de contrabandistas respondió con un grito colectivo, asegurando que estaba preparada.

—Estupendo —dijo Han—. Bien, los imperiales se desplegarán y quizá dediquen algún tiempo a resolver cualquier problema que haya podido surgir en el último momento. Después deberían efectuar un microsalto a través del hiperespacio, con lo que aparecerán bastante cerca del otro lado de Nar Shaddaa, pero fuera del alcance de nuestro armamento. Para aquel entonces, ya habremos subido a nuestras naves y habremos despegado. Cada nave irá al punto del anillo de restos y basura que le haya correspondido como escondite o se perderá entre el tráfico espacial regular. Un par de los cazas más pequeños de que disponemos, como el Lwyll pilotado por Roa, llevarán a cabo vuelos de reconocimiento. Las naves más grandes emitirán códigos falsos, y los cazas estarán o en las bodegas de carga de los cargueros de mayor tonelaje o adheridas a sus cascos mediante las abrazaderas magnéticas. Los demás sólo seremos inocentes navegantes del espacio, y nos mostraremos adecuadamente aterrorizados en cuanto los imperiales hagan acto de presencia. ¿Entendido, pandilla?

—¡Sí! ¡De acuerdo! —gritaron todos, encantados con la idea de engañar a la arrogante Armada Imperial.

Mako volvió a tomar la palabra.

—Una vez terminada esa fase del plan, los imperiales enviarán a sus piquetes para que echen un vistazo por la zona.

Uno de los capitanes de la primera fila agitó una pata llena de garras.

—¿Qué es un piquete, Mako?

Han y Mako intercambiaron una rápida mirada y suspiraron.

—Lo siento —dijo Malta después—. Los piquetes son las naves de reconocimiento más grandes y sus cazas TIE de reconocimiento, ¿de acuerdo?

Esperamos que probablemente haya dos naves de reconocimiento de gran tamaño, probablemente cruceros ligeros de la clase Galeón. Cada uno de ellos puede transportar hasta un máximo de cuatro cazas TIE de reconocimiento. Ese contingente de naves es lo que llamamos piquetes. ¿Ha quedado claro?

—¡Sí! —gritó el contrabandista.

Los labios de Mako se curvaron en una sonrisa malévola.

—Los imperiales no esperan encontrarse con ninguna clase de resistencia organizada por nuestra parte, y no queremos que se lleven una desilusión. ¿Verdad que no, amigos míos?

—¡No! —gritaron los contrabandistas.

—Veo que todos estamos de acuerdo en eso. Queremos que los imperiales se queden justo en el sitio en el que queremos que estén, ¿verdad?

—¡Sí!

—Perfecto. Para conseguirlo, tenemos que enseñarles exactamente lo que esperan ver. De esa manera podremos predecir lo que harán, porque seguirán esas normas básicas y esos criterios de guía imperiales de los que os he hablado hace unos momentos. Cuando el almirante imperial envíe a sus naves de reconocimiento primero y a sus navíos de escaramuza después, cosa que ocurrirá pocos minutos después de que las naves de reconocimiento se hayan adelantado, esperará que creamos que ése es el gran ataque al que tenemos que enfrentarnos. “El almirante se quedará atrás con sus gigantescos navíos de primera línea agrupados en esa preciosa cuña que prescriben los reglamentos, y esperará que esa pandilla de idiotas desorganizados a la que tiene que aniquilar salga al espacio con todas las naves de las que disponga, dado que no somos lo suficientemente listos para saber que existe algo llamado reservas. Ese almirante piensa que creemos que los piquetes de reconocimiento, las naves de la clase Galeón, y las naves de escaramuza, muy probablemente corbetas del servicio de aduanas, son toda la fuerza de ataque de que dispone.”

—¡Les demostraremos que no somos idiotas! —chilló un contrabandista desde las últimas filas.

—Eso es exactamente lo que vamos a demostrarles. Lo que vamos a hacer es conseguir que parezca que hemos lanzado todas las fuerzas de que disponemos contra las primeras naves imperiales que se aproximen a Nar Shaddaa. Ese contingente estará formado por las naves de reconocimiento de las que os he hablado y, aproximándose más despacio, luego vendrán las naves de escaramuza. Ahora mirad hacia aquí y os mostraremos lo que va a ocurrir.

Mako dirigió una inclinación de cabeza a Han, y el corelliano empezó a hablar mientras Mako utilizaba una imagen holográfica y un puntero sobre la gigantesca pantalla tridimensional para explicar el plan de batalla a sus tropas.

—Bien, como podéis ver gracias al diagrama de Mako —dijo Han—, vamos a dividir nuestras fuerzas en dos grupos, el Elemento del Primer Ataque y el Elemento del Ataque Principal. El Elemento del Primer Ataque estará formado por todas las naves pequeñas que carecen de armamento excepcionalmente pesado, más un par de los capitanes mercenarios al mando de esas patrulleras del servicio de aduanas modificadas. Ahora quiero que me escuchéis con mucha atención, porque voy a leer los nombres de las naves y los capitanes del Elemento del Primer Ataque mientras Mako va haciendo aparecer vuestros nombres en el diagrama.

Han leyó la lista.

—Ya está —dijo en cuanto hubo acabado—. Antes de que hayamos terminado esta reunión, todos sabréis adónde tenéis que ir, qué tenéis que hacer y cuándo tenéis que hacerlo. Tal como hemos dicho, lo que vamos a hacer hoy es mostraros qué papel interpretaréis en la Gran Imagen Global.

Mako le pasó el puntero y volvió a dirigirse a la multitud.

—Y ahora hablemos del Elemento del Ataque Principal. Estará formado por todas nuestras naves grandes, más los cargueros con armamento pesado y los escuadrones de cazas estelares. Disponemos de seis alas Y, unos cuantos cazas del tipo Capa y varios tipos de Cazadores de Cabezas Z-95. Voy a leeros la lista.

Mientras Mako iba leyendo la lista de las naves que compondrían el Elemento del Ataque Principal, Han fue aumentando las dimensiones de la imagen holográfica. La gigantesca pantalla principal del auditorio del casino no tardó en mostrar un complicado diagrama formado por trazos y líneas de distintos colores salpicadas por las representaciones tridimensionales de las naves.

—Ahora todo el mundo sabe a qué Elemento de Ataque pertenece. ¿Hay alguien que todavía no sepa a qué contingente pertenece?

Unos cuantos recién llegados alzaron sus manos, patas o tentáculos y fueron rápidamente asignados a uno de los dos lamentos. Después Mako siguió hablando.

—Como indica su nombre, el Elemento del Primer Ataque atacará en primer lugar. ¡No rompáis las parejas que os hemos asignado, por favor! ¡Dos naves pueden cubrirse la una a la otra, y siempre resultan el doble de efectivas que dos naves que luchan por su cuenta!

Han se inclinó sobre el atril.

—Y hay una cosa más que no quiero que olvidéis: todos deberéis tener mucho cuidado con las baterías turboláser de los cañones imperiales. Si os encontráis dentro del radio de alcance de los navíos imperiales más grandes, procurad mantener una pauta continua de maniobras evasivas. ¿Ha quedado claro?

—¡Sí! —gritaron los pilotos.

Mako siguió hablando.

—Bien, amigos contrabandistas, quiero que recordéis que esas naves de

reconocimiento y esos navíos de escaramuza imperiales llegarán acompañados por docenas de cazas TIE. Esos cazas son realmente muy, muy rápidos, y tienen unos cañones láser bastante buenos, pero son frágiles. Un buen impacto directo basta para hacerlos pedazos. Son demasiado rápidos para que podáis centrar las miras sobre ellos, así que tendréis que disparar más o menos a ojo. Tomaos vuestro tiempo y escoged bien vuestros objetivos. La mayoría de vuestros cargueros disponen de alguna clase de arma que puede disparar hacia atrás, por lo que deberéis utilizar ese armamento para mantener alejados a los TIE mientras intentáis acabar con los piquetes. ¿Me vais siguiendo?

—¡Sí! —gritó la multitud—. ¡Acabaremos con esos TIE!

—¡Bien! Recordad que por el momento todavía estamos en las primeras fases de la batalla. Atacaremos a esos piquetes de reconocimiento empleando lo que los imperiales creerán son todas las fuerzas de que disponemos. Con un poco de suene, conseguiremos dejar fuera de combate a esos piquetes imperiales y a unos cuantos TIE de reconocimiento, y puede que incluso logremos dejar incapacitados a un par de navíos de la clase Galeón..., a pesar de que Latido no apostaría ni un crédito por nuestras posibilidades de conseguirlo.

Mako esperó hasta que la carcajada general provocada por su observación se hubo disipado.

—Eh, Lando, ¿qué probabilidades de vencer nos has adjudicado? —le gritó uno de los contrabandistas al joven jugador.

Han volvió a tomar la palabra.

—En algún momento de esta fase el comandante imperial ordenará a sus navíos de escaramuza más ligeros que inicien un ataque a máxima velocidad, porque pensará que ya ha visto todas las fuerzas de que disponemos y decidirá que ya puede acabar con nosotros. Probablemente mantendrá en reserva a los grandes cruceros, ya que planeará hacer que entren en acción cuando se disponga a bombardear Nar Shaddaa. Cuando los piquetes y los navíos de reconocimiento entablen combate con vosotros, lo más importante es que todo el mundo se mantenga en la posición asignada. Ése es el momento en el que tendréis vuestra oportunidad de darles duro desde un lado para sobrecargar un escudo. Después una de las dos naves de la pareja de combate podrá causarles algunos daños, ¡y después las dos naves se alejarán a toda velocidad! Los que dispongáis de misiles o torpedos podréis causar daños realmente serios a esas corbetas ligeras del servicio de aduanas.

Han se puso muy serio y contempló a sus tropas durante un largo momento.

—A esas alturas la situación ya se habrá vuelto realmente confusa, chicos —siguió diciendo—. Las naves civiles que se hayan visto atrapadas en la batalla estarán intentando huir, y salvo los cazas, todas nuestras naves ligeras estarán luchando con los imperiales. ¡No perdáis de vista la imagen general de la batalla! ¡Mantened

vuestras posiciones! Aseguraos de que siempre haya alguien que esté escuchando las transmisiones de la unidad de comunicaciones para pasaros las instrucciones que se vayan dando, porque puede que tengamos que trasladaros a otra posición distinta de la que os habíamos asignado en un principio. ¿Lo habéis entendido?

—¡Sí, lo hemos entendido! —gritaron unas cuantas voces.

Han puso cara de perplejidad y se llevó una mano a la oreja.

—Eh, no sé si me estoy quedando sordo o si es que me estoy haciendo viejo. ¡Os he preguntado si lo habíais entendido, chicos!

—¡Sí! ¡Lo hemos ENTENDIDO! —gritaron los contrabandistas, y esta vez la respuesta se pudo oír con una ensordecedora claridad.

—Eso está mejor —dijo Mako, volviendo a tomar la palabra—. Bien, sigamos. Francamente, muchachos, lo que esperamos de vosotros es que acabéis con todos los piquetes y las naves de escaramuza imperiales: dispondremos de la ventaja que da la superioridad numérica, y además estaremos luchando en nuestro terreno. Esperamos destruir por lo menos a la mitad de esas naves, lo cual dejará realmente muy sorprendido a ese almirante imperial. Pero cuando se le hayan pasado los efectos de la sorpresa y empiece a sentir un poquito más de respeto hacia nosotros.—

Mako hizo una pausa melodramática, y el auditorio vibró con los gritos de «¡Oh, sí! y «¡Le enseñaremos que nos merecemos un poco de respeto!».

—¡Desde luego que sí! —gritó Han, y después dio un paso hacia atrás para permitir que Mako siguiera hablando.

—De acuerdo, pero lamento tener que deciros que ese almirante imperial no se va a quedar boquiabierto en un rincón durante mucho rato. Oh, no. Lo que hará será preguntarse cómo nos hemos atrevido a ser tan malos, y luego hará avanzar a sus navíos de primera línea. Podemos esperar un mínimo de dos o tres cruceros pesados, puede que con uno o dos destructores para que les echen una mano. Esos muchachotes dispondrán de escudos y blindajes más gruesos, y también tendrán baterías de un calibre bastante más grande. Francamente, chicos, nosotros sólo disponemos de un puñado de naves que sean capaces de enfrentarse a ellos..., y ya no hablemos de hacerles daño.

Un silencio repentinamente solemne se extendió por el auditorio. Han había temido perder a su público en aquel momento pero, para gran alivio suyo, enseguida vio que nadie se levantaba y se iba.

—Pero no hay por qué ponerse nerviosos —siguió diciendo Mako—. Todavía nos queda una carta escondida en la manga, chicos. Si podemos causar daños realmente serios aunque sólo sea a un par de esos pesos pesados, nuestros imperiales no podrán terminar su trabajo..., y eso quiere decir que entonces podremos estar prácticamente seguros de que se retirarán, porque la doctrina imperial deja muy claro que si no puedes vencer lo que debes hacer es salir huyendo y reducir tus pérdidas al mínimo.

—¿Y cómo podemos hacerles daño, Mako? —gritó un contrabandista humano.

—Buena pregunta. Hemos planeado una estrategia que nos permitirá darles una buena paliza. Escuchadme con atención, muchachos: cuando esos matones de gran tonelaje vengán hacia nosotros, fingiremos que nos retiramos para dejarles pasar. Usaré la unidad de comunicaciones para ordenar a todas las naves que se retiren hasta quedar entre Nar Shaddaa y Nal Hutta. ¡Pero, y os lo pido por los sagrados tirantes de Doellin, que no se os ocurra virar en formación y salir corriendo en cuanto los cruceros imperiales inicien su ataque! Tenemos que conseguir que la retirada parezca lo más convincente posible, ya que de lo contrario los imperiales empezarán a sospechar.

—¿Y qué hemos de hacer? —preguntó un bothano—. ¿Quedarnos rondando por allí e invitarles a tomar una copa?

Mako fulminó con la mirada a la peluda criatura.

—Un poco de seriedad, payaso. Os estoy diciendo que debéis retroceder, pero que debéis hacerlo como si se os acabara de ocurrir que el hacerlo es la única manera de salvar el pellejo..., y no como si estuvierais obedeciendo órdenes. ¿Que viráis y salís corriendo como alimañas aterrorizadas? Perfecto, porque queremos que los imperiales os persigan. ¿Lo habéis entendido?

—¡Sí! —gritaron los contrabandistas.

—Eh, te aseguro que sabremos fingir que estamos asustados..., ¡más que nada porque lo estaremos! —chilló el bromista.

Una carcajada general siguió a sus palabras.

—Muy bien —dijo Mako—. Y ahora, justo aquí... —utilizó el puntero para señalar un punto en el espacio cercano a Nar Shaddaa, situado en una línea recta entre la luna y el planeta—, estarán esperando nuestras naves más grandes. Ah, y tenemos una pequeña sorpresa para nuestros

amigos los imperiales. —Se volvió hacia uno de los extremos del escenario y agitó la mano—. Ya puedes salir, Xaverri.

Xaverri entró en el escenario, vestida con un mono de piloto. Su negra cabellera estaba recogida en una larga trenza sujeta a la cabeza, y apenas llevaba maquillaje. Han le había sugerido que se pusiera su traje de ilusionista para aquella parte de la presentación, pero a Xaverri no le había parecido muy buena idea.

—No, Han —había dicho—. Si quiero que confíen en mí y en lo que puedo hacer, he de parecer una contrabandista.

Mako volvió a tomar la palabra.

—Pilotos y tripulaciones, quiero presentaros a Xaverri. Esta hermosa dama es la persona que va a ganar esta batalla para nosotros. Algunos de vosotros ya la conocéis. Para aquellos que no la conozcan, permitidme que os diga que es la mejor de la

galaxia en lo que hace..., y que lo que hace es crear ilusiones. ¿Xaverri?

Con una elegante ondulación de la mano, Xaverri hizo que las luces del auditorio parpadearan de repente y después, sin ningún aviso previo, el aire empezó a vibrar con los chillidos de los silbadores de Kayven. El truco formaba parte de su espectáculo pero incluso Han, que lo estaba esperando, tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no agacharse cuando una de las terribles criaturas aladas se lanzó directamente contra su cabeza.

Los contrabandistas chillaron y se encogieron..., y después empezaron a aplaudir estruendosamente cuando Xaverri hizo que los silbadores desaparecieran con una segunda ondulación de la mano.

Mako actuó como director de orquesta para la multitud, mostrando su aprobación con aplausos y patadas en el suelo. Xaverri se quedó inmóvil y sonrió serenamente, pero no se inclinó ante su público.

—Esta mujer es muy buena en lo que hace, chicos —dijo Mako—. Y Xaverri va a crear su obra maestra única y exclusivamente para nosotros. Cuando las naves imperiales de primera línea estén aquí, que es el sitio en el que queremos que estén —volvió a señalar aquel punto del espacio—, Xaverri creará la ilusión de que una gran flota procedente de Nal Hutta está avanzando hacia los imperiales. Después, cuando los imperiales viren para disparar sus baterías delanteras contra esa flota fantasma..., ¡los atacaremos desde atrás y desde los flancos con todo lo que tengamos!

Un estallido de vítores brotó de la multitud.

Han dio un paso hacia adelante cuando el estruendo se hubo disipado.

—Ah, y también debéis saber que la capitana Renthall y sus naves de combate estarán esperando con Mako y el Elemento del Ataque Principal. Capitana Renthall... —Han giró sobre sus talones y extendió una mano hacia el asiento de la primera fila ocupado por una robusta mujer de piel pálida y cabellos rojizos surcados por una banda dorada que lucía un severo corte de pelo al estilo militar—. ¿Querría levantarse, por favor?

Los contrabandistas también la aplaudieron, lo cual era sorprendente, ya que algunos de ellos sin duda habrían tenido encuentros más que desagradables con el Puño de Renthall o alguna de las otras naves que formaban su flota pirata.

—Capitana Renthall, sus naves de combate tendrán que abrir paso a sus alas Y, y a nuestros cazas y navíos de ataque —dijo Mako—. Cualquier crucero imperial ligero que pueda encontrarse entre nuestra fuerza y los flancos de esos navíos de primera línea será su objetivo. Sus baterías turboláser de gran calibre y sus torpedos protónicos deberían bastar para dejarlos fuera de combate. Si tenemos que estar esquivando andanadas procedentes de demasiadas direcciones a la vez, nunca podremos atacar a esos cruceros pesados —concluyó el veterano contrabandista en beneficio de su público.

Urea Renthall, que había repasado el plan de batalla con Han y Mako en muchas ocasiones, asintió.

—Cumpliré con mi parte del trato —dijo con una hermosa y límpida voz de soprano—. Me contrataron para impedir que los imperiales se acercaran excesivamente a Nal Hurta. Después de haber visto su plan de batalla, estoy de acuerdo con ustedes en que ésta es la mejor forma de conseguirlo. —Se volvió hacia los contrabandistas—. ¡Eso quiere decir que pueden contar conmigo y con mi flota, y que lucharemos junto a ustedes hasta el final!

Hubo más vítores. Renthall alzó el puño, y la multitud pareció enloquecer.

—Muy bien —siguió diciendo Han en cuanto el nivel de ruido hubo descendido un poco—, los cazas que no dispongan de misiles o torpedos nos servirán de escoltas. Tendréis que mantener a esos TIE alejados de nosotros mientras hacemos nuestro trabajo, chicos. —El corelliano señaló al resto de los contrabandistas con un gesto de la mano—. Los demás escogeremos como blanco a un par de cruceros pesados. Cuando llegue el momento, Mako os transmitirá vuestras órdenes. Tendremos que acercarnos lo más posible a su popa, y luego les atizaremos una andanada concentrada justo en los motores. Nada de contenerse, muchachos... ¡Cuando llegue ese momento, dejad que prueben hasta el último átomo de potencia de fuego que tengáis!

Un nuevo estallido de vítores brotó de la multitud. Saber que contarían con la ayuda de la ilusión de Xaverri y con el apoyo de una flota entera de navíos piratas muy bien armados había producido un efecto obviamente beneficioso sobre la moral de los contrabandistas.

—Bien, muchachos, sólo una cosa más —dijo Mako—. Si lo que estamos intentando hacer da resultado, tendréis que alejaros a toda prisa. Esos cruceros pueden llegar a producir una explosión realmente grande. Supongo que no querréis veros atrapados por ella, ¿verdad?

—¡No! —rugieron los contrabandistas.

—Y si esto no da resultado... —Mako se encogió de hombros—. Bueno, entonces tendremos que seguir intentándolo. Después de todo, no podemos permitirnos el lujo de hacer las maletas y largarnos a otro sitio.

La multitud le contempló, todavía animada pero devuelta repentinamente a la seriedad de la situación por sus últimas palabras. Han volvió a colocarse detrás del atril.

—Bien, ése es el plan —dijo—. Volveremos a repasarlo una y otra vez hasta que os lo hayáis aprendido de memoria. ¿Alguna pregunta?

Para gran asombro de Han, a lo largo de los días siguientes Xaverri y Salla se convirtieron en las mejores amigas imaginables. El corelliano y Mako estaban muy

ocupados organizando maniobras de combate para sus pilotos y tripulaciones del escuadrón de defensa de Nar Shaddaa, por lo que Han no disponía de muchos ratos libres que pasar en el granero espacial de Shug, pero cada vez que iba allí se encontraba con que Xaverri y Salla estaban trabajando codo a codo para crear la «obra maestra» de la ilusionista.

—Esta distracción sólo resultará efectiva durante dos o tres minutos, Solo —le advirtió Xaverri—. Los imperiales verán cómo esas naves se lanzan sobre ellos y también verán datos que se corresponderán con sus avistamientos visuales apareciendo en sus paneles de instrumentos. Pero quiero que esas naves den la impresión de estar prácticamente encima de ellos a fin de que su reacción inmediata sea hacer virar las naves para poder emplear sus baterías de tiro delantero. Eso les volverá vulnerables a vuestro ataque por el flanco.

Xaverri tomó un sorbo de la taza de té estimulante que había cogido de la bandeja que Han acababa de traer para Shug, Salla, Chewie, Jarik y los otros técnicos voluntarios que se estaban esforzando para conseguir que la ilusión de Xaverri llegara a ser una «realidad».

—Pero las naves parecerán una amenaza tan grande únicamente porque surgirán muy cerca de ellos. En cuanto hayan pasado un par de minutos y los imperiales comprendan que ninguna de sus naves ha sido alcanzada por las andanadas que parecen surgir de esa fuerza enemiga, enseguida comprenderán que se han dejado engañar por una ilusión.

Han asintió.

—Nos conformamos con un par de minutos, Xaverri, y te agradecemos enormemente que vayas a proporcionarnos esa diversión. Nos hemos puesto en contacto con la capitana de mercenarios que contrataron los hutts. Te acuerdas de Drea Renthal, ¿verdad? Bien, pues su navío insignia, el Puño de Renthal, estará escondido «detrás» de Nar Shaddaa —es decir, al otro lado de la luna de Nal Huna— junto con el resto de su flota. Cuando esos navíos de primera línea imperiales dejen atrás la luna y viren para enfrentarse con tu flota ilusoria, Renthal y Mako caerán sobre ellos con todo lo que tienen.

Jarik Solo, visiblemente cansado, trató de limpiarse la suciedad de la cara con una mano todavía más sucia.

—¿Con qué efectivos cuenta exactamente esa flota de mercenarios, Han? ¿Crees que nos van a ser de mucha ayuda?

Han volvió a asentir.

—Pues sí, Jarik —dijo—. El Puño de Renthal es una corbeta corelliana. Ha sido sometida a muchas modificaciones, y dispone de un armamento muy poderoso. Incluso tiene lanzadores de torpedos protónicos en la parte delantera, por cierto... El único problema es que no disponen de muchos torpedos. Renthal no puede permitirse

fallar.

—¿Con qué otras naves podemos contar? —quiso saber Xaverri.

—Renthal también dispone de un carguero pesado, el Sueños Dorados, que ha sido reconvenido para que pueda transportar cazas. Estamos hablando de un transporte SoroSuub del tipo medio, lo cual quiere decir que es bastante grande. Pero su blindaje no es gran cosa, desde luego... Lanzará sus Cazadores de Cabezas Z-95, y luego se mantendrá en la retaguardia y dejará que el Puño de Renthal dirija el ataque. Después también tenemos al Demasiado Tarde y al Menestra. El primero es un navío de patrulla imperial capturado. Renthal sustituyó una de las torretas láser por un cañón fónico, por lo que si tenemos un poco de suene quizá podrá dejar fuera de combate a algunos de los cruceros imperiales. El Menestra es una corbeta ligera Rendili Impulso Estelar. Es una nave bastante buena, y la han modificado añadiendo cohetes de alta potencia explosiva y cañones iónicos a las torretas láser originales.

—Bueno, pues me parece que es una flota bastante considerable —dijo Xaverri—. Claro que apenas sé qué diferencia hay entre un cañón fónico y un cohete de alta potencia explosiva, pero...

—Cuando empecé a dedicarme al contrabando yo tampoco lo tenía muy claro —dijo Salla, y se echó a reír—. Pero cuando esas patrulleras imperiales empiezan a usar su armamento contra ti, enseguida aprendes a diferenciar una cosa de otra.

Las dos mujeres se sonrieron. Han aún no había logrado acostumbrarse a la rapidez con que se habían hecho amigas, y a decir verdad incluso se sentía un poco celoso. En muchos aspectos, Salla y Xaverri parecían haber establecido una relación más íntima de la que cualquiera de las dos había tenido con él por separado. El corelliano se preguntó si hablarían de él cuando estaban a solas. ¿Comparaban sus anotaciones, quizá?

El pensarlo hizo que su rostro enrojeciera de repente. Jarik le proporcionó una distracción muy bienvenida.

—Eh, Han... ¿Podría hablar un momento contigo?

Han apuró su taza de té estimulante y asintió.

—Claro, Jarik. ¿Quieres que vayamos al despacho de Shug para que no estorbemos a los demás?

—De acuerdo —dijo el muchacho—. ¡Si intentamos hablar aquí, alguien acabará atropellándonos con una elevadora antigravitatorio!

—¡Sí! —gritó la multitud—. ¡Acabaremos con esos TIE!

—¡Bien! Recordad que por el momento todavía estamos en las primeras fases de la batalla. Atacaremos a esos piquetes de reconocimiento empleando lo que los imperiales creerán son todas las fuerzas de que disponemos. Con un poco de suene, conseguiremos dejar fuera de combate a esos piquetes imperiales y a unos cuantos TIE de reconocimiento, y puede que incluso logremos dejar incapacitados a un par de

navíos de la clase Galeón..., a pesar de que Latido no apostaría ni un crédito por nuestras posibilidades de conseguirlo.

Mako esperó hasta que la carcajada general provocada por su observación se hubo disipado.

—Eh, Lando, ¿qué probabilidades de vencer nos has adjudicado? —le gritó uno de los contrabandistas al joven jugador.

Han volvió a tomar la palabra.

—En algún momento de esta fase el comandante imperial ordenará a sus navíos de escaramuza más ligeros que inicien un ataque a máxima velocidad, porque pensará que ya ha visto todas las fuerzas de que disponemos y decidirá que ya puede acabar con nosotros. Probablemente mantendrá en reserva a los grandes cruceros, ya que planeará hacer que entren en acción cuando se disponga a bombardear Nar Shaddaa. Cuando los piquetes y los navíos de reconocimiento entablen combate con vosotros, lo más importante es que todo el mundo se mantenga en la posición asignada. Ése es el momento en el que tendréis vuestra oportunidad de darles duro desde un lado para sobrecargar un escudo. Después una de las dos naves de la pareja de combate podrá causarles algunos daños, ¡y después las dos naves se alejarán a toda velocidad! Los que dispongáis de misiles o torpedos podréis causar daños realmente serios a esas corbetas ligeras del servicio de aduanas.

Han se puso muy serio y contempló a sus tropas durante un largo momento.

—A esas alturas la situación ya se habrá vuelto realmente confusa, chicos —siguió diciendo—. Las naves civiles que se hayan visto atrapadas en la batalla estarán intentando huir, y salvo los cazas, todas nuestras naves ligeras estarán luchando con los imperiales. ¡No perdáis de vista la imagen general de la batalla! ¡Mantened vuestras posiciones! Aseguraos de que siempre haya alguien que esté escuchando las transmisiones de la unidad de comunicaciones para pasaros las instrucciones que se vayan dando, porque puede que tengamos que trasladaros a otra posición distinta de la que os habíamos asignado en un principio. ¿Lo habéis entendido?

—¡Sí, lo hemos entendido! —gritaron unas cuantas voces.

Han puso cara de perplejidad y se llevó una mano a la oreja.

—Eh, no sé si me estoy quedando sordo o si es que me estoy haciendo viejo. ¡Os he preguntado si lo habíais entendido, chicos!

—¡Sí! ¡Lo hemos ENTENDIDO! —gritaron los contrabandistas, y esta vez la respuesta se pudo oír con una ensordecedora claridad.

—Eso está mejor —dijo Mako, volviendo a tomar la palabra—. Bien, sigamos. Francamente, muchachos, lo que esperamos de vosotros es que acabéis con todos los piquetes y las naves de escaramuza imperiales: dispondremos de la ventaja que da la superioridad numérica, y además estaremos luchando en nuestro terreno. Esperamos destruir por lo menos a la mitad de esas naves, lo cual dejará realmente muy

sorprendido a ese almirante imperial. Pero cuando se le hayan pasado los efectos de la sorpresa y empiece a sentir un poquito más de respeto hacia nosotros.—

Matra hizo una pausa melodramática, y el auditorio vibró con los gritos de «¡Oh, sí! y «¡Le enseñaremos que nos merecemos un poco de respeto!».

—¡Desde luego que sí! —gritó Han, y después dio un paso hacia atrás para permitir que Mako siguiera hablando.

—De acuerdo, pero lamento tener que decirles que ese almirante imperial no se va a quedar boquiabierto en un rincón durante mucho rato. Oh, no. Lo que hará será preguntarse cómo nos hemos atrevido a ser tan malos, y luego hará avanzar a sus navíos de primera línea. Podemos esperar un mínimo de dos o tres cruceros pesados, puede que con uno o dos destructores para que les echen una mano. Esos muchachotes dispondrán de escudos y blindajes más gruesos, y también tendrán baterías de un calibre bastante más grande. Francamente, chicos, nosotros sólo disponemos de un puñado de naves que sean capaces de enfrentarse a ellos..., y ya no hablemos de hacerles daño.

Un silencio repentinamente solemne se extendió por el auditorio. Han había temido perder a su público en aquel momento pero, para gran alivio suyo, enseguida vio que nadie se levantaba y se iba.

—Pero no hay por qué ponerse nerviosos —siguió diciendo Mako—. Todavía nos queda una carta escondida en la manga, chicos. Si podemos causar daños realmente serios aunque sólo sea a un par de esos pesos pesados, nuestros imperiales no podrán terminar su trabajo..., y eso quiere decir que entonces podremos estar prácticamente seguros de que se retirarán, porque la doctrina imperial deja muy claro que si no puedes vencer lo que debes hacer es salir huyendo y reducir tus pérdidas al mínimo.

—¿Y cómo podemos hacerles daño, Mako? —gritó un contrabandista humano.

—Buena pregunta. Hemos planeado una estrategia que nos permitirá darles una buena paliza. Escuchadme con atención, muchachos: cuando esos matones de gran tonelaje vengán hacia nosotros, fingiremos que nos retiramos para dejarles pasar. Usaré la unidad de comunicaciones para ordenar a todas las naves que se retiren hasta quedar entre Nar Shaddaa y Nal Hutta. ¡Pero, y os lo pido por los sagrados tirantes de Doellin, que no se os ocurra virar en formación y salir corriendo en cuanto los cruceros imperiales inicien su ataque! Tenemos que conseguir que la retirada parezca lo más convincente posible, ya que de lo contrario los imperiales empezarán a sospechar.

—¿Y qué hemos de hacer? —preguntó un bothano—. ¿Quedarnos rondando por allí e invitarles a tomar una copa?

Mako fulminó con la mirada a la peluda criatura.

—Un poco de seriedad, payaso. Os estoy diciendo que debéis retroceder, pero que debéis hacerlo como si se os acabara de ocurrir que el hacerlo es la única manera de

salvar el pellejo..., y no como si estuvierais obedeciendo órdenes. ¿Que viráis y salís corriendo como alimañas aterrorizadas? Perfecto, porque queremos que los imperiales os persigan. ¿Lo habéis entendido?

—¡Sí! —gritaron los contrabandistas.

—Eh, te aseguro que sabremos fingir que estamos asustados..., ¡más que nada porque lo estaremos! —chilló el bromista.

Una carcajada general siguió a sus palabras.

—Muy bien —dijo Mako—. Y ahora, justo aquí... —utilizó el puntero para señalar un punto en el espacio cercano a Nar Shaddaa, situado en una línea recta entre la luna y el planeta—, estarán esperando nuestras naves más grandes. Ah, y tenemos una pequeña sorpresa para nuestros amigos los imperiales. —Se volvió hacia uno de los extremos del escenario y agitó la mano—. Ya puedes salir, Xaverri.

Xaverri entró en el escenario, vestida con un mono de piloto. Su negra cabellera estaba recogida en una larga trenza sujeta a la cabeza, y apenas llevaba maquillaje. Han le había sugerido que se pusiera su traje de ilusionista para aquella parte de la presentación, pero a Xaverri no le había parecido muy buena idea.

—No, Han —había dicho—. Si quiero que confíen en mí y en lo que puedo hacer, he de parecer una contrabandista.

Mako volvió a tomar la palabra.

—Pilotos y tripulaciones, quiero presentaros a Xaverri. Esta hermosa dama es la persona que va a ganar esta batalla para nosotros. Algunos de vosotros ya la conocéis. Para aquellos que no la conozcan, permitidme que os diga que es la mejor de la galaxia en lo que hace..., y que lo que hace es crear ilusiones. ¿Xaverri?

Con una elegante ondulación de la mano, Xaverri hizo que las luces del auditorio parpadearan de repente y después, sin ningún aviso previo, el aire empezó a vibrar con los chillidos de los silbadores de Kayven. El truco formaba parte de su espectáculo pero incluso Han, que lo estaba esperando, tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no agacharse cuando una de las terribles criaturas aladas se lanzó directamente contra su cabeza.

Los contrabandistas chillaron y se encogieron..., y después empezaron a aplaudir estruendosamente cuando Xaverri hizo que los silbadores desaparecieran con una segunda ondulación de la mano.

Mako actuó como director de orquesta para la multitud, mostrando su aprobación con aplausos y patadas en el suelo. Xaverri se quedó inmóvil y sonrió serenamente, pero no se inclinó ante su público.

—Esta mujer es muy buena en lo que hace, chicos —dijo Mako—. Y Xaverri va a crear su obra maestra única y exclusivamente para nosotros. Cuando las naves imperiales de primera línea estén aquí, que es el sitio en el que queremos que estén — volvió a señalar aquel punto del espacio—, Xaverri creará la ilusión de que una gran

flota procedente de Nal Hutta está avanzando hacia los imperiales. Después, cuando los imperiales viren para disparar sus baterías delanteras contra esa flota fantasma..., ¡los atacaremos desde atrás y desde los flancos con todo lo que tengamos!

Un estallido de vítores brotó de la multitud.

Han dio un paso hacia adelante cuando el estruendo se hubo disipado.

—Ah, y también debéis saber que la capitana Renthall y sus naves de combate estarán esperando con Mako y el Elemento del Ataque Principal. Capitana Renthall...

—Han giró sobre sus talones y extendió una mano hacia el asiento de la primera fila ocupado por una robusta mujer de piel pálida y cabellos rojizos surcados por una banda dorada que lucía un severo corte de pelo al estilo militar—. ¿Querría levantarse, por favor?

Los contrabandistas también la aplaudieron, lo cual era sorprendente, ya que algunos de ellos sin duda habrían tenido encuentros más que desagradables con el Puño de Renthall o alguna de las otras naves que formaban su flota pirata.

—Capitana Renthall, sus naves de combate tendrán que abrir paso a sus alas Y, y a nuestros cazas y navíos de ataque —dijo Mako—. Cualquier crucero imperial ligero que pueda encontrarse entre nuestra fuerza y los flancos de esos navíos de primera línea será su objetivo. Sus baterías turboláser de gran calibre y sus torpedos protónicos deberían bastar para dejarlos fuera de combate. Si tenemos que estar esquivando andanadas procedentes de demasiadas direcciones a la vez, nunca podremos atacar a esos cruceros pesados —concluyó el veterano contrabandista en beneficio de su público.

Urea Renthall, que había repasado el plan de batalla con Han y Mako en muchas ocasiones, asintió.

—Cumpliré con mi parte del trato —dijo con una hermosa y límpida voz de soprano—. Me contrataron para impedir que los imperiales se acercaran excesivamente a Nal Hurta. Después de haber visto su plan de batalla, estoy de acuerdo con ustedes en que ésta es la mejor forma de conseguirlo. —Se volvió hacia los contrabandistas—. ¡Eso quiere decir que pueden contar conmigo y con mi flota, y que lucharemos junto a ustedes hasta el final!

Hubo más vítores. Renthall alzó el puño, y la multitud pareció enloquecer.

—Muy bien —siguió diciendo Han en cuanto el nivel de ruido hubo descendido un poco—, los cazas que no dispongan de misiles o torpedos nos servirán de escoltas. Tendréis que mantener a esos TIE alejados de nosotros mientras hacemos nuestro trabajo, chicos. —El corelliano señaló al resto de los contrabandistas con un gesto de la mano—. Los demás escogeremos como blanco a un par de cruceros pesados. Cuando llegue el momento, Mako os transmitirá vuestras órdenes. Tendremos que acercarnos lo más posible a su popa, y luego les atizaremos una andanada concentrada justo en los motores. Nada de contenerse, muchachos... ¡Cuando llegue

ese momento, dejad que prueben hasta el último átomo de potencia de fuego que tengáis!

Un nuevo estallido de vítores brotó de la multitud. Saber que contarían con la ayuda de la ilusión de Xaverri y con el apoyo de una flota entera de navíos piratas muy bien armados había producido un efecto obviamente beneficioso sobre la moral de los contrabandistas.

—Bien, muchachos, sólo una cosa más —dijo Mako—. Si lo que estamos intentando hacer da resultado, tendréis que alejaros a toda prisa. Esos cruceros pueden llegar a producir una explosión realmente grande. Supongo que no querréis veros atrapados por ella, ¿verdad?

—¡No! —rugieron los contrabandistas.

—Y si esto no da resultado... —Mako se encogió de hombros—. Bueno, entonces tendremos que seguir intentándolo. Después de todo, no podemos permitirnos el lujo de hacer las maletas y largarnos a otro sitio.

La multitud le contempló, todavía animada pero devuelta repentinamente a la seriedad de la situación por sus últimas palabras. Han volvió a colocarse detrás del atril.

—Bien, ése es el plan —dijo—. Volveremos a repasarlo una y otra vez hasta que os lo hayáis aprendido de memoria. ¿Alguna pregunta?

Para gran asombro de Han, a lo largo de los días siguientes Xaverri y Salla se convirtieron en las mejores amigas imaginables. El corelliano y Mako estaban muy ocupados organizando maniobras de combate para sus pilotos y tripulaciones del escuadrón de defensa de Nar Shaddaa, por lo que Han no disponía de muchos ratos libres que pasar en el granero espacial de Shug, pero cada vez que iba allí se encontraba con que Xaverri y Salla estaban trabajando codo a codo para crear la «obra maestra» de la ilusionista.

—Esta distracción sólo resultará efectiva durante dos o tres minutos, Solo —le advirtió Xaverri—. Los imperiales verán cómo esas naves se lanzan sobre ellos y también verán datos que se corresponderán con sus avistamientos visuales apareciendo en sus paneles de instrumentos. Pero quiero que esas naves den la impresión de estar prácticamente encima de ellos a fin de que su reacción inmediata sea hacer virar las naves para poder emplear sus baterías de tiro delantero. Eso les volverá vulnerables a vuestro ataque por el flanco.

Xaverri tomó un sorbo de la taza de té estimulante que había cogido de la bandeja que Han acababa de traer para Shug, Salla, Chewie, Jarik y los otros técnicos voluntarios que se estaban esforzando para conseguir que la ilusión de Xaverri llegara a ser una «realidad».

—Pero las naves parecerán una amenaza tan grande únicamente porque surgirán

muy cerca de ellos. En cuanto hayan pasado un par de minutos y los imperiales comprendan que ninguna de sus naves ha sido alcanzada por las andanadas que parecen surgir de esa fuerza enemiga, enseguida comprenderán que se han dejado engañar por una ilusión.

Han asintió.

—Nos conformamos con un par de minutos, Xaverri, y te agradecemos enormemente que vayas a proporcionarnos esa diversión. Nos hemos puesto en contacto con la capitana de mercenarios que contrataron los hutts. Te acuerdas de Drea Renthall, ¿verdad? Bien, pues su navío insignia, el Puño de Renthall, estará escondido «detrás» de Nar Shaddaa —es decir, al otro lado de la luna de Nal Huna— junto con el resto de su flota. Cuando esos navíos de primera línea imperiales dejen atrás la luna y viren para enfrentarse con tu flota ilusoria, Renthall y Mako caerán sobre ellos con todo lo que tienen.

Jarik Solo, visiblemente cansado, trató de limpiarse la suciedad de la cara con una mano todavía más sucia.

—¿Con qué efectivos cuenta exactamente esa flota de mercenarios, Han? ¿Crees que nos van a ser de mucha ayuda?

Han volvió a asentir.

—Pues sí, Jarik —dijo—. El Puño de Renthall es una corbeta corelliana. Ha sido sometida a muchas modificaciones, y dispone de un armamento muy poderoso. Incluso tiene lanzadores de torpedos protónicos en la parte delantera, por cierto... El único problema es que no disponen de muchos torpedos. Renthall no puede permitirse fallar.

—¿Con qué otras naves podemos contar? —quiso saber Xaverri.

—Renthall también dispone de un carguero pesado, el Sueños Dorados, que ha sido reconvenido para que pueda transportar cazas. Estamos hablando de un transporte SoroSuub del tipo medio, lo cual quiere decir que es bastante grande. Pero su blindaje no es gran cosa, desde luego... Lanzará sus Cazadores de Cabezas Z-95, y luego se mantendrá en la retaguardia y dejará que el Puño de Renthall dirija el ataque. Después también tenemos al Demasiado Tarde y al Menestra. El primero es un navío de patrulla imperial capturado. Renthall sustituyó una de las torretas láser por un cañón fónico, por lo que si tenemos un poco de suene quizá podrá dejar fuera de combate a algunos de los cruceros imperiales. El Menestra es una corbeta ligera Rendili Impulso Estelar. Es una nave bastante buena, y la han modificado añadiendo cohetes de alta potencia explosiva y cañones iónicos a las torretas láser originales.

—Bueno, pues me parece que es una flota bastante considerable —dijo Xaverri—. Claro que apenas sé qué diferencia hay entre un cañón fónico y un cohete de alta potencia explosiva, pero...

—Cuando empecé a dedicarme al contrabando yo tampoco lo tenía muy claro —

dijo Salla, y se echó a reír—. Pero cuando esas patrulleras imperiales empiezan a usar su armamento contra ti, enseguida aprendes a diferenciar una cosa de otra.

Las dos mujeres se sonrieron. Han aún no había logrado acostumbrarse a la rapidez con que se habían hecho amigas, y a decir verdad incluso se sentía un poco celoso. En muchos aspectos, Salla y Xaverri parecían haber establecido una relación más íntima de la que cualquiera de las dos había tenido con él por separado. El corelliano se preguntó si hablarían de él cuando estaban a solas. ¿Comparaban sus anotaciones, quizá?

El pensarlo hizo que su rostro enrojeciera de repente. Jarik le proporcionó una distracción muy bienvenida.

—Eh, Han... ¿Podría hablar un momento contigo?

Han apuró su taza de té estimulante y asintió.

—Claro, Jarik. ¿Quieres que vayamos al despacho de Shug para que no estorbemos a los demás?

—De acuerdo —dijo el muchacho—. ¡Si intentamos hablar aquí, alguien acabará atropellándonos con una elevadora antigraavitatoria!

El granero espacial se había convertido en una auténtica colmena de actividad. Los contrabandistas estaban por todas partes y trabajaban contra reloj para reparar sus naves y, en algunos casos, las modificaban para obtener un poco de velocidad suplementaria de los motores o añadiendo un láser o un lanzador de misiles extra.

Han y Jarik pasaron junto a la Viajera del Borde y saludaron a Shug cuando éste levantó su protector facial para limpiarse el sudor de la cara. Han se detuvo un momento para hacer bocina con las manos y hablar a gritos con el jefe de mecánicos,

—¡Esta nave cada vez tiene mejor aspecto, Shug! ¡Tú y Salla les vais a dar una sorpresa muy desagradable a esos imperiales!

Cuando no estaban ayudando a Xaverri a crear la mayor ilusión de toda su carrera, Shug y Salla, con la ayuda de Rik Duel, dedicaban sus ratos libres a modificar la Viajera del Borde y trataban de instalar un par de lanzadores de cohetes de alta potencia explosiva camuflados en la popa. El navío de contrabando de Salla era un carguero ligero CorelliEspacio de la clase Gymsnor-4 y, como prácticamente todas las naves que usaban los contrabandistas, había sido considerablemente modificado. La nave había acabado adquiriendo un curioso aspecto de ala volante o —si querías mostrarte insultante y conseguir que Salla te diera un puñetazo en la nariz— de mynock. Han había depositado una gran confianza en ella con vistas a la inminente batalla.

El corelliano sabía que Salla tendría muchas más probabilidades de causar daños realmente serios a las naves imperiales que él. La Bria era una nave razonablemente veloz, pero no podía ni soñar con igualar las velocidades que podían alcanzar el Halcón Milenario o la Viajera del Borde. Además, su armamento tampoco era tan

potente.

Cuando Han y Jarik llegaron al despacho de Shug, tuvieron que sacar varios componentes y equipos recubiertos de grasa de las sillas antes de poder sentarse. En cuanto estuvieron cómodos, Han dejó escapar un largo suspiro.

—Me alegro de que quisieras hablar conmigo, chico, porque creo que no me había sentado en todo el día —dijo—. Tanto Mako como yo no hemos parado de correr de un lado a otro para organizar esta batalla.

—Sí, yo también he estado muy ocupado —dijo Jarik—. Cuando no estaba ayudando a la dama Xaverri, estaba echando una mano a Chewie con la Brfa o a Shug con la Viajera del Borde.

—Shug me ha dicho que te estás convirtiendo en un mecánico excelente, Jarik —dijo Han—, y también te estás convirtiendo en un buen piloto y un artillero muy fiable. Me alegrará poder contar contigo como artillero, Chewie es bueno, pero dos artilleros resultan más del doble de efectivos que uno solo.

—Eh... Han, yo... Precisamente quería hablarte de eso. —Los apuestos y jóvenes rasgos de Jarik se habían ensombrecido—. Nunca... Nunca he tomado parte en una batalla, ¿sabes? —Tragó saliva—. Anoche me quedé dormido mientras estaba limpiando las manchas de carbono de los flancos de la Bria, y..., y tuve un sueño que... Bueno, la verdad es que fue una pesadilla...

—¿Sí? ¿Qué fue lo que soñaste?

—Soñé que estábamos luchando con los imperiales y... —Tragó saliva—. Bueno, Han... La verdad es que nos hacían pedazos. Yo tenía a un TIE en mis miras y..., y de repente me quedaba como paralizado. No disparaba, ¿entiendes? Y entonces veía el trazo verde de la andanada láser que venía directamente hacia mí, y no podía hacer nada para detenerlo. Soñé que..., que moría.

Un temblor incontrolable recorrió el rostro de Jarik.

—Han... Tengo miedo —dijo, y se estremeció—. No sé si seré capaz de luchar. ¿Qué pasará si cometo un error y hago que nos maten a todos, tal como ocurría en mi sueño?

—Lo que realmente me preocuparía es que no tuvieras miedo, Jarik —replicó Han—. Cuando entré en combate por primera vez pilotando un TIE, estaba tan asustado que faltó poco para que vomitara dentro de mi casco. Por suerte ya tenía puesto el arnés de seguridad y me hallaba en el vacío, así que sabía que si vomitaba... Bueno, en ese caso me ahogaría en mi propio vómito y moriría. Eso me permitió retener lo que había comido, ¿entiendes? Y de repente alguien disparó contra mí y, sin ni siquiera pensarlo, me encontré devolviendo el fuego. El entrenamiento tomó..., tomó los controles.

—¿De veras? Jarik parecía no estar muy seguro de si lo que le estaba contando Han debía tranquilizarle o si debía asustarle todavía más de lo que ya lo estaba—.

Pero Han... Todo el mundo dice que eres muy valiente. Es lo primero que dicen siempre que hablan de ti... «¡Es todo un valiente!» Hasta ahora nadie ha dicho eso de mí. ¿Qué pasará si resulta que soy un cobarde? ¿Cómo puedo correr el riesgo de fallaron a todos?

Han contempló al muchacho en silencio durante unos momentos antes de volver a hablar.

—Jarik, te estás enfrentando a algo con lo que todos tenemos que enfrentarnos. Los que vivimos en Nar Shaddaa no somos ciudadanos. Vivimos al margen de la ley, y eso resulta peligroso por definición. Los cobardes nunca aguantan mucho tiempo en Nar Shaddaa, porque se los comen vivos.

—Bueno... Sí, sé defenderme con una hoja vibratoria o en una pelea a puñetazos —admitió Jarik—. Pero eso no es lo mismo que el que te conviertan en átomos. Bum, y ya sólo eres historia...

—Te he estado observando, chico, y lo único que puedo decirte es que tienes lo que se necesita. Sí, a veces las personas se quedan paralizadas durante una batalla... Pero ésa es la razón por la que Mako y yo hemos estado obligando a todo el mundo a pasar tantas horas a bordo de las naves durante los simulacros de combate.

Han se encogió de hombros.

—Cuando estaba con los imperiales hacíamos exactamente lo mismo. Te entrenas y te entrenas y te entrenas, y la razón por la que tienes que repetirlo todo tantas veces es que cualquiera puede quedarse paralizado cuando debe enfrentarse a un combate de verdad..., incluso los veteranos que han entrado en combate muchas veces. Pero si te sabes la rutina de memoria, hay muchas probabilidades de que aunque tu cerebro se quede congelado, tus manos y tu cuerpo no lo hagan. Pondrán el piloto automático y seguirán haciendo lo que se te ha enseñado a hacer, y saldrán adelante incluso si tu mente deja de darles instrucciones durante unos cuantos segundos.

.Pero si te han entrenado bien y si sabes qué has de hacer —y puedo asegurarte que tú sabes muy bien qué has de hacer, chico, porque te he estado observando—, entonces tarde o temprano tu cerebro volverá a funcionar. El miedo seguirá estando ahí, pero entonces serás capaz de dar una especie de rodeo y esquivarlo. Eso hará que el miedo deje de frenarte y seguirás haciendo todo lo que tienes que hacer..., y lo harás bien.

Jarik se humedeció los labios.

—Pero... ¿Y si te fallo? Quizá deberías buscarte otro artillero, Han. Preferiría morir antes que fallarte.

—Si quieres que lo haga, entonces lo haré —dijo Han—. Pero preferiría poder contar contigo, chico. Te conozco, y sé que funcionamos bien juntos. Nos hemos entrenado juntos, ¿no? Pero la decisión es tuya. Lo único que te pido es que me

avises con tiempo, ¿de acuerdo?

El muchacho asintió.

—Gracias. Yo... Pensaré en ello, Han.

Han le dio una palmadita en el hombro al pasar junto a él.

—Duerme un poco, chico. Todos empezamos a estar un poco agotados.

Jarik intentó sonreír.

—De acuerdo, Han.

Lando Calrissian no soportaba tener que ensuciarse, pero estaba empezando a acostumbrarse a hacerlo. Dejar preparado el Halcón Milenario para un combate realmente serio era un trabajo francamente sucio y grasiento, pero alguien tenía que hacerlo. La semana anterior, Shug le había ayudado a encontrar e instalar una .nueva» torreta artillera en el lado de estribor del Halcón, detrás de la cabina y justo encima de la rampa de acceso. Pero todavía quedaba mucho por hacer. Lando sabía que Han, Chewie y Salla habrían estado más que dispuestos a ayudarle, pero todos estaban muy ocupados echando una mano a Xaverri con los preparativos de su ilusión holográfica o reparando sus propias naves.

Lando tenía la impresión de que la relación que había unido a Han y Xaverri ya pertenecía al pasado. Mientras usaba una llave hidráulica para apretar las tuercas de la montura de su nuevo láser, el joven jugador se encontró pensando en Xaverri. No cabía duda de que era una mujer realmente magnífica, inteligente, atractiva, con un excelente sentido del humor y que sabía vestir muy bien, cualidades todas que Lando encontraba irresistibles. Lando se preguntó si Xaverri podría estar interesada en iniciar una nueva relación similar a la que había mantenido con Han. Resultaba obvio que Xaverri se sentía atraída por los bribones y los tipos que vivían al margen de la ley, ya que de lo contrario nunca habría llegado a estar tanto tiempo con el corelliano.

«Quizá debería probar a dejarme bigote —pensó Lando—. Eso podría darme un aspecto más... aventurero.» Las comisuras de la boca

del jugador se fueron elevando hasta formar una leve sonrisa. Cuando todo aquello hubiera acabado, Xaverri quizá estaría dispuesta a viajar con él.

Lando estaba pensando en volver al sistema de Oseón. Había concebido un par de planes para ganar dinero que quería poner a prueba, y además necesitaba mejorar sus ya considerables habilidades como jugador de sabacc. Dentro de seis meses se iba a celebrar un campeonato de sabacc en la Ciudad de las Nubes de Bespin, y las apuestas serían realmente astronómicas. Lando tenía muchas ganas de tomar parte en aquel campeonato. Pero necesitaba reunir una considerable suma de dinero para ser admitido como participante, y la forma más sencilla y rápida de conseguir ese dinero era volver a Oseón. Allí todos parecían vivir de una manera mucho más osada y aventurera que en el resto de la galaxia.

Y Lando pensó que sería muy agradable tener a una hermosa dama como

compañera en sus viajes por el espacio.

El único problema era que no sabía si Xaverri todavía estaba enamorada de Han, y tampoco tenía ni idea de qué diría Han cuando viera que su antigua novia iniciaba una relación de naturaleza tan íntima con su mejor amigo.

«Bueno, con su mejor amigo humano —se autocorrigió Lando—. No cabe duda de que el mejor amigo de Han es Chewbacca...»

Lando acabó sumergiéndose hasta tal punto en fantasías donde se veía cenando con Xaverri en los mejores restaurantes del sistema de Oseón después de haber hecho saltar la banca en todos los casinos que consiguió golpearse los nudillos de la mano libre con la llave hidráulica. Soltó un juramento y se dispuso a chuparse los dedos lesionados, pero tenía la mano tan sucia que enseguida desistió de ello.

—¿Amo? —preguntó Vuffi Raa, saliendo de debajo de la quilla del Halcón. El pequeño androide sostenía varias herramientas en cada uno de sus cinco brazos de dígitos tentaculares. Su único ojo rojizo se alzó hacia Lando—. ¿Qué ha ocurrido, amo?

—¿Cuántas veces te he dicho que no quiero que me llames «amo», Vuffi Raa? —preguntó Lando, que seguía deseando poder chuparse el nudillo golpeado.

—Quinientas sesenta y dos veces, amo —se apresuró a replicar el pequeña androide.

—Acabo de hacerme daño en un nudillo, montoncito de chatarra —gruñó Lando—. No te preocupes, sobreviviré... Y ahora volvamos al trabajo. Hemos de conseguir que el Halcón esté en condiciones de volar para esta noche. Mako ha organizado otra serie de maniobras.

—Muy bien —dijo Vuffi Raa:

—¡Eh, Vuffi Raa! —gritó Lando.

El pequeño androide, que ya estaba volviendo a deslizarse debajo de la nave, se quedó inmóvil.

—¿Sí, amo?

Lando decidió fingir que no había oído cómo el androide volvía a llamarle «amo».

—¿Estás seguro de que podrás pilotar el Halcón durante esta batalla?

—Supondrá un considerable esfuerzo para mis circuitos, amo, porque como ya sabe he sido programado para no dañar a ninguna criatura viva, especialmente si es inteligente. Pero dado que usted se encargará de disparar, creo que seré capaz de pilotar la nave. Lo único que le pido es que no me ordene que embista a otra nave, porque en ese caso no podría obedecerle.

—¡Espero que no tenga que llegar a dar esa orden! —exclamó Lando—. Muy bien, mi pequeña aspiradora, volvamos al trabajo...

—Sí, amo.

Han y Mako no le habían revelado a casi nadie en qué momento planeaba atacar Greelanx. Algunos de los integrantes del «Alto Mando» de los contrabandistas sabían que Han y Mako estaban al corriente de los detalles más concretos de la operación imperial, pero aceptaban la decisión tomada por los dos ex imperiales de que era preferible que éstos siguieran siendo ignorados por la mayoría de los contrabandistas.

Lando, Shug, Salla, Rik Duel, Azul y Jarik eran muy conscientes de que cada salida al espacio para entrenarse y hacer maniobras podía acabar convirtiéndose en una auténtica batalla. Los demás contrabandistas lo ignoraban.

Han y Mako tenían que ir con mucho cuidado a la hora de entrenar a sus tropas. No querían que los contrabandistas se hartaran y empezaran a tomarse a broma la rutina, cosa que podía ocurrir si se entrenaban excesivamente. Por otra parte, sabían que su escuadrón de contrabandistas iba a necesitar montones de adiestramiento. La clave para que tuvieran una posibilidad de derrotar a la flota imperial estribaba en que los contrabandistas siguieran fielmente el plan de batalla concebido por Han y Mako.

Todos los contrabandistas de Nar Shaddaa eran individualistas endurecidos por la vida, y no estaban acostumbrados a actuar como parte de un gran grupo organizado.

—Es como tratar de pastorear un rebaño de gatos-vro —le dijo Han a Xaverri un día en el que se sentía realmente agotado—. Todos están convencidos de que saben lo que hay que hacer mucho mejor que tú, y quieren discutir cada maldita decisión que adoptamos. ¡Empiezo a estar más que harto de ellos!

—Sí, pero la última vez que diste la señal de iniciar las maniobras —observó Xaverri, intentando animarle—, todos ocuparon sus posiciones y llevaron a cabo los trayectos en una tercera parte del tiempo que habían necesitado la primera vez.

—Cierto —admitió Han con una notable falta de entusiasmo, y suspiró—. Pero están consiguiendo que me salgan canas, cariño.

Xaverri sonrió y fingió inspeccionar su cuero cabelludo. Han todavía llevaba los cabellos muy conos debido a su reciente visita al almirante Greelanx.

—Pues yo no veo ninguna —anunció pasados unos momentos. Han intentó devolverle la sonrisa, cosa que le costó bastante. —Bien, pues entonces será que me están saliendo canas por dentro. Xaverri le dio unas palmaditas en la mano.

—No te preocupes, Solo. Todo terminará bien.

—Eso espero, Xaverri —dijo—. Y... Bueno, cariño, yo...

—¿Sí?

—Quería agradecerte que hayas venido a ayudarnos. Sin ti no tendríamos ni una sola posibilidad.

Xaverri sonrió maliciosamente.

—No me habría perdido esto por nada del mundo. Sólo el conocer a Salla ya ha

hecho que valiera la pena venir hasta aquí.

—Sí, ya me he dado cuenta de que os habéis hecho muy buenas amigas —dijo Han en un tono más bien cauteloso—. Bueno... ¿Y de qué habláis las dos mientras estáis trabajando juntas y os lo pasáis tan bien?

Xaverri soltó una risita.

—¡Eres el vagabundo del espacio más egocéntrico que he conocido en toda mi vida, Solo] Piensas que hablamos de ti, ¿verdad? Han meneó la cabeza.

—¿De mí? ¡Por supuesto que no!

—¡Oh, por supuesto que lo piensas! —La visible incomodidad de Han hizo que Xaverri se echara a reír—. ¡Admítelo, Solo!

Han se negó tozudamente a admitirlo. Pero en su fuero interno se estaba preguntando si su relación con Salla podría seguir igual que antes cuando todo aquello hubiera terminado. Ya se había dado cuenta de la forma en que Lando solía mirar tanto a Xaverri como a Salla, y sabía que Calrissian no se lo pensaría dos veces a la hora de presentarse como candidato ante Salla si creía que la contrabandista estaba buscando a otro hombre con el que compartir su vida.

Han se preguntó si Salla le quería de la misma manera en que lo habían hecho Xaverri y Bria, y tuvo que admitir que no lo sabía. Nunca hablaban de aquel tipo de cosas. Se divertían, lo pasaban bien juntos y formaban un buen equipo. Nunca habían tratado de analizar sus sentimientos o de hablar de un futuro juntos, y Han sospechaba que ese silencio era el resultado de una especie de pacto mutuo.

Y, de todas maneras, ¿qué sentía él exactamente hacia Salla?

Han no estaba muy seguro. Normalmente estaba demasiado ocupado para poder pensar en aquel tema, aunque sí sabía que aún no estaba preparado para hacer lo que estaba a punto de hacer Roa.

Han estaba sentado en el granero espacial de Shug cuando Chewie fue hacia él y le recordó con un gruñido que tenía cosas que hacer. Han alzó la mirada hacia el wookiee.

—¡Oh! La reunión, claro... ¡He perdido la noción del tiempo!

Han y el wookiee fueron a toda prisa al auditorio del *Castillo del Azar*. Ya iba siendo hora de que volvieran a repasar el plan de batalla para asegurarse de que todos los contrabandistas habían comprendido el papel que tendrían que interpretar dentro de su estrategia global.

Dos horas después, Han se tropezó con Shug Ninx cuando los contrabandistas estaban saliendo del auditorio. El mestizo iba acompañado por Salla Zend. Cuando Han echó a andar junto a ellos, Salla le apretó el brazo y después le dio un beso en la mejilla.

—Estuviste magnífico —dijo—. Siempre estás magnífico, Han. Eres un líder nato.

El corelliano sonrió, sintiéndose un poco avergonzado.

—Quién, ¿yo?

Salieron del auditorio, y Shug se volvió hacia Han.

—¿Cuándo será el próximo entrenamiento?

—No lo sé —mintió Han—. Mako ya lo convocará cuando lo crea oportuno. ¿Está preparada la *Viajera del Borde*? ¿Habéis colocado los holoproyectores y tenéis listas las boyas de tráfico?

—Todo está a punto —le confirmó Shug—. ¿Sabes una cosa, Han? Cuando todo esto haya terminado, y si no estoy muerto, dormiré una semana seguida.

Salla golpeó el brazo de su amigo con el puño.

—¡No digas esas cosas! Da mala suerte.

—¿Encontraste un artillero de cola? —preguntó Han.

—Sí —replicó Salla—. Rik se ofreció voluntario para manejar esos lanzadores de misiles posteriores. Me dijo que es un buen artillero.

—Y lo es —dijo Han—. Pero... No le dejes a solas en tu nave, no le prestes dinero y no le proporciones los códigos de acceso de seguridad a nada que consideres tiene algún valor, ¿de acuerdo?

Salla sonrió.

—Sí, va me han advertido de que es un tipo un tanto peligroso en ese aspecto —dijo—. No sabe mantener las manos quietas ni siquiera cuando está con otros contrabandistas, ¿eh?

—Pues por decirlo suavemente..., sí —replicó Han—. ¿Te he dicho que hay algunas buenas noticias?

—No. ¿De qué se trata?

—Mako había planeado mandar a la resistencia desde el Puño de Rentkal, pero hace un par de días nos dimos cuenta de que habíamos tenido un golpe de suerte. ¿A qué no adivinas qué futura mamá está tan absorta en los deleites del embarazo que se le ha olvidado enviar un piloto para que lleve su yate de vuelta a Nal Hutta? Ah, y adivina quién no ha conseguido ponerse en contacto con su piloto favorito debido a lo terriblemente sobrecargadas que están todas las comunicaciones entre Nal Hutta y Nar Shaddaa últimamente...

Los labios de Salla empezaron a curvarse en una gran sonrisa.

—¿Quieres decir que el *Perla de Dragón* sigue aquí?

—Sí. Y a diferencia de su sobrino Jabba, Jiliac siempre se ha tomado muy en serio todo lo referente al mantenimiento para que su yate esté en condiciones de combatir en cualquier momento. El *Perla de Dragón* dispone de seis Cazadores de Cabezas, y ya los hemos inspeccionado..., y todos se encuentran en perfecto estado. También disponemos de pilotos para ellos y de una dotación artillera para Mako, y hemos convencido a Azul para que pilote el yate. Su nave es demasiado lenta para

que pueda sernos de mucha ayuda, pero Azul es tan buena pilotando que no podemos permitirnos el lujo de no contar con ella. De esa manera: Mako podrá concentrarse en sus pantallas tácticas y mantenerse al corriente de todo lo que ocurra.

Shug dejó escapar un suave silbido.

—Ese yate va a ser una gran ayuda. Su blindaje no es nada del otro mundo, pero tiene un armamento magnífico y unos escudos muy potentes.

—Pero si lo hacen pedazos, Jiliac se quedará con el pellejo de alguien para adornar una de sus paredes... —murmuró Salla con voz pensativa—. Aun así, supongo que tendremos que correr el riesgo. Necesitamos hasta el último gramo de potencia de fuego que podamos conseguir.

—Bueno, de momento hemos decidido que la composición de las dotaciones del Perla de Dragón se mantendrá en secreto —dijo Han—. Y si Mako tiene que disfrutar de unas largas vacaciones en la Luna de los Contrabandistas mientras a Jiliac se le pasa el enfado, ya ha dicho que está preparado para ello. —El corelliano sonrió—. Azul le prometió que conseguiría que su estancia allí fuera... interesante.

Shug meneó la cabeza, y Salla soltó un bufido.

—¡Apuesto a que lo conseguirá!

Envuelto en un traje de vuelo presurizado, Roa estaba inmóvil sobre el permacreto de la pista de descenso y bajaba la mirada hacia la hermosa mujer de largos cabellos rubios que le contemplaba con los ojos llenos de lágrimas.

—Vamos, Lwyll, no te lo tomes así —dijo—. No te preocupes. Tendré mucho cuidado.

—Oh, sí, Roa, por favor... —dijo Lwyll, apretándole los antebrazos con las manos—. Prométeme que volverás conmigo. La vida no valdría gran cosa sin ti.

—Te prometo que volveré —le juró el veterano contrabandista—. La Lwyll es una buena nave. Cuidará de mí tan bien como lo harías tú. Por eso elegí ponerle tu nombre.

Roa se inclinó sobre ella y la besó.

—Y además esto no es más que otro ejercicio de entrenamiento, cariño. A estas alturas ya has venido a despedirme con un beso ocho veces, y siempre he estado de vuelta al cabo de media hora como mucho. Esta vez todo irá igual que las otras.

Lwyll asintió, pero un par de lágrimas lograron escapar de sus ojos y se deslizaron por sus mejillas.

—Te amo, Roa.

—Yo también te amo, Lwyll. Voy a volver, cariño... Voy a dejar esta clase de vida para convenirme en un ciudadano respetuoso de la ley, y cuando vuelva nos casaremos. Ya lo verás... Todo irá bien.

Lwyll asintió.

—De acuerdo. Y ahora será mejor que te vayas, Roa.

—Tienes razón. ¡No quiero llegar tarde al entrenamiento!

Sonriendo, Roa introdujo su robusto cuerpo en la cabina de la Lwyll, un navío de exploración modificado de la clase Espino Rojo muy rápido y maniobrable, pero cuyo armamento estaba limitado a una batería triple de cañones láser que disparaban hacia adelante. La pequeña nave tenía la forma de un cilindro rematado por una aguja al que se hubiera añadido una gruesa ala del tipo delta. Siendo casi tan rápida como un caza TIE, los escudos con que contaba la Lwyll le proporcionaban una abrumadora ventaja en las situaciones de combate individual.

Roa bajó la mirada hacia su futura esposa, que permanecía inmóvil sobre el permacreto mientras le saludaba con la mano, y le sonrió y levantó el pulgar para indicarle que todo iba bien.

Después comprobó sus instrumentos, se puso el arnés de seguridad y se caló el casco. Roa quería obtener la máxima velocidad posible y proporcionar un nivel de energía muy elevado a su armamento, por lo que había decidido no desviar ni una sola partícula del suministro energético a los sistemas de apoyo vital.

Empujó la palanca de control hacia adelante, activó las toberas ventrales e hizo que su nave empezara a subir en un veloz ascenso. Roa miró hacia abajo e intentó distinguir la silueta de Lwyll, pero ésta ya se había perdido en la lejanía.

El veterano contrabandista se dirigió rápidamente hacia las coordenadas asignadas. Roa era uno de los pocos pilotos que no volarían en pareja. Su misión consistía en utilizar la elevada velocidad de la Lywll para llevar a cabo una operación de reconocimiento que les mantuviera informados de los movimientos de la flota imperial. Roa podía utilizar un canal de comunicaciones especial que le permitiría informar a Mako de cuanto descubriera.

A medida que la atmósfera se iba volviendo cada vez más tenue a su alrededor y el cielo iba pasando del azul grisáceo al cobalto primero y a una negrura tachonada de estrellas después, Roa se fue relajando poco a poco. Siempre le había encantado volar y pilotar la Lwyll, rápida y obediente, era una experiencia realmente deliciosa.

Roa fue hacia las coordenadas asignadas, dejó atrás la cúspide de Nar Shaddaa y llegó a ellas en sólo unos minutos de tiempo de vuelo. Mientras se aproximaba a su posición, Roa esperaba con impaciencia el momento en el que sus auriculares cobrarían vida para emitir el mismo mensaje que ya le había oído transmitir tantas veces a Mako. «Atención, flota, atención: volved a la base. Esto ha sido un ejercicio de entrenamiento. Que todas las naves vuelvan a la base en cuanto hayan completado la rutina asignada...»

Unos segundos después, y tal como había esperado, el veterano contrabandista oyó la voz de Mako.

—Atención. Atención. Escuchadme, vagabundos del espacio: ahora va en serio. Los imperiales acaban de aparecer en nuestros sensores. Esto no es un ejercicio de

entrenamiento. Repito: esto no es un ejercicio de entrenamiento. Esta vez va de verdad, chicos... Preparaos para enfrentaros al enemigo.

Roa puso ojos como platos. «¿Eh? Pero si no es un ejercicio de entrenamiento, entonces...»

Mientras la voz de Mako se iba desvaneciendo en sus oídos, Roa, el cuerpo envarado por el miedo, vio cómo los primeros navíos imperiales emergían del hiperespacio...

Capítulo 14

La batalla de Nar Shaddaa

Lo primero que vio el almirante Winstel Greelanx cuando el *Destino Imperial* emergió del microsalto hiperespacial fue una diminuta nave de exploración que viraba a toda velocidad y se alejaba frenéticamente de él. El almirante sonrió sarcásticamente. «Bueno, me imagino que hoy veré muchas maniobras como ésta...»

El pensamiento le deprimió. Conseguir ser derrotado por aquel hatajo de delincuentes iba a resultar realmente muy difícil. ¿Cómo se las iba a arreglar para hacerlo?

—El escuadrón ha emergido del hiperespacio, señor —anunció su segundo de a bordo, el comandante Jelon.

La rutina asumió el control de la mente del almirante, y Greelanx se encontró empezando a dar órdenes de manera automática. —Ordene al escuadrón que inicie el despliegue.

Greelanx sabía qué estaba ocurriendo, y no se molestó en volverse hacia las pantallas. Los siete navíos de combate de primera línea adoptaron la formación de cuña prescrita por el plan del almirante, con el *Destino* como punta de la cuña. Después venían dos cruceros pesados, el *Paralizador* y el *Liquidador*, seguidos por el *Protector de la Paz* y el *Orgullo del Senado*. Los últimos dos cruceros pesados, el *Irresistible* y el *Inexorable*, formaban la retaguardia. Los destructores lanzaron sus cazas TIE, que se apresuraron a desplegarse para envolver a la cuña.

Los dos navíos de reconocimiento de la clase Galeón, el *Vigilancia* y el *Avanzada*, se colocaron delante del escuadrón y lanzaron sus cazas TIE de reconocimiento. Los dieciséis navíos de escaramuza, corbetas de la clase Guardián del servicio aduanero, ya habían adoptado su formación toroidal y estaban preparados para bloquear todas los vectores de huida de la Luna de los Contrabandistas.

El despliegue se produjo de manera tan rápida como fluida, y no se cometió ni un solo error. Greelanx había obligado a sus comandantes a aprenderse de memoria hasta el último apartado de su plan de batalla.

—El escuadrón ha sido desplegado siguiendo sus órdenes, almirante —anunció Jelon unos minutos después.

—Muy bien. Ordene al escuadrón que avance tal como se había planeado.

—Sí, almirante.

El escuadrón empezó a avanzar a las velocidades especificadas, con los piquetes dirigiéndose hacia Nar Shaddaa a velocidad de flanqueo, la hilera de navíos de escaramuza avanzando a velocidad de crucero y los navíos de combate de primera línea avanzando a velocidad de flanqueo.

Greelanx volvió la mirada hacia el ventanal del puente y después echó un vistazo a los sensores de largo alcance, y enseguida vio que Nar Shaddaa estaba rodeada por centenares, y quizá incluso millares, de fragmentos de basura espacial. El almirante pensó que sus navíos de primera línea nunca podrían atravesar aquel mar de obstáculos, especialmente si los contrabandistas llegaban a ofrecer alguna clase de resistencia. Cuando estuvieran cerca de la luna, tendría que ordenar que alteraran su vector de aproximación directa para describir una curva que los alejara de aquellos restos.

Greelanx permaneció inmóvil con las manos entrelazadas a la espalda mientras contemplaba los parpadeos del diminuto puntito visible en el repetidor táctico que indicaba la situación de la minúscula nave que acababa de iniciar una frenética huida. El pequeño navío de exploración ya se encontraba muy cerca de los restos flotantes cuando otras dos naves no muy grandes, que Greelanx supuso serían cargueros, se unieron a su aterrorizada fuga.

El almirante suspiró. Su plan de batalla preveía que toda la confrontación terminara en menos de quince minutos. Greelanx pensó que sería mejor que empezara a pensar cómo se las iba a arreglar para ser derrotado...

Durante el primer minuto, Roa tuvo que hacer un tremendo esfuerzo de voluntad para no sucumbir al pánico y saltar al hiperespacio. La visión del escuadrón imperial emergiendo del hiperespacio le había dejado francamente aterrorizado. El veterano contrabandista ya sabía que el escuadrón imperial estaría formado por docenas de naves, algunas de las cuales serían tan enormes que a su lado cualquiera de las que había pilotado a lo largo de su vida parecería un insecto insignificante, pero ese conocimiento era de naturaleza meramente intelectual y no le había preparado para la terrible experiencia de estar a punto de chocar con ellas.

Casi sin enterarse de que lo hacía, Roa se encontró virando y dirigiéndose hacia Nar Shaddaa a máxima velocidad. Se obligó a hacer varias inspiraciones de aire lo más profundas posible, y trató de controlar su miedo. La rutina aprendida en los ejercicios de entrenamiento fue volviendo a su mente mientras la Lwyll surcaba el espacio a toda velocidad. «Informar... He de informar del contacto. Estás pilotando una nave de exploración, ¿recuerdas?»

Conectó su comunicador y sintonizó la frecuencia especial codificada que habían preparado.

—Centro de Defensa, aquí la Lwyll —dijo—. Adelante, Centro de Defensa...

La voz de Mako resonó dentro de su casco.

—Te recibimos, Lwyll. ¿Los has localizado?

—Afirmativo, Centro de Defensa. —Roa echó un vistazo a sus sensores y a su pantalla táctica trasera—. Los imperiales se han desplegado, y están avanzando.

—Estupendo, Roa. Recuerda que eso es justo lo que queremos que hagan, así que sigue animándoles a seguir adelante. Si puedes hacerlo sin que sospechen, deberías reducir un poco la velocidad. Voy a enviar al Interludio Elegante y al Viajero Estelar para que te ayuden a atraer por lo menos a uno de esos piquetes al sitio en el que queremos que estén.

—Recibido, Centro de Defensa.

Roa redujo levemente la velocidad, asegurándose de que lo hacía de manera gradual. La rapidez con la que se estaban aproximando los navíos de la clase Galeón le había dejado asombrado. «¡Qué naves tan veloces!» Roa se alegró de que Mako hubiera enviado a las dos naves de que disponía para que le echaran una mano. Las dos eran muy rápidas, y tanto Danith Jalay como Renna Strego eran capitanes con mucha experiencia.

Roa respiró hondo. El miedo seguía allí, agazapado en algún lugar de su ser, pero ya no suponía ninguna amenaza para sus procesos mentales.

Roa se acomodó en su asiento y se concentró en lo que tenía que hacer.

En el puente del *Perla de Dragón*, Mako Spince observaba los sensores y las pantallas tácticas con tanta atención que apenas se atrevía a parpadear. El *Perla* era demasiado grande para poder ocultarse entre los restos y cascos que flotaban a la deriva de la manera en que sí podían hacerlo algunas de las naves más pequeñas, pero ya había ordenado a Azul que colocara el navío de tal manera que las naves de la clase Galeón no podrían detectar su presencia hasta que los imperiales estuvieran donde querían que estuvieran.

Mako vio que una nave de la clase Galeón, la *Avanzada*, había alterado su curso para dirigirse hacia el otro lado de Nar Shaddaa, donde la *Vigilancia* seguía avanzando hacia la emboscada. Era una decisión bastante lógica, ya que Greelanx no podía saber dónde decidirían librar batalla los contrabandistas. En cuanto éstos lanzaran su ataque, la *Avanzada* probablemente se limitaría a mantener su posición sin tomar parte en el combate, y permanecería allí para informar de la presencia de cualquier nave de los contrabandistas que intentara escapar del ataque imperial y, posiblemente, se encargaría de impedir que huyera.

La otra nave de la clase Galeón, aquella cuya firma de emisión la identificaba como la *Vigilancia*, seguía avanzando hacia la posición de Mako.

«Ya casi te tenemos, preciosa —pensó Mako, limpiándose el sudor de las palmas en los pantalones—. Un poquito más...»

Falan Iniro había nacido en Corellia, y sus amigos solían decirle que era demasiado impulsivo y temerario. Iniro replicaba a sus críticas observando que

normalmente su rapidez a la hora de actuar era una virtud, ya que solía proporcionarle los negocios más lucrativos, los cargamentos más apetecibles y las mejores manos de sabacc.

Y en aquel momento, mientras esperaba a bordo del ¡Ahí va eso, su carguero ligero de la clase YT-1210 modificado, Iniro estaba empezando a ponerse bastante nervioso. «Oh, maldita sea —pensó—. ¿Qué demonios estará pasando?»

Tener que esconderse en la sombra del casco medio destrozado de un carguero, adherido a su flanco mediante una garra magnética, resultaba francamente frustrante. Iniro volvió a inspeccionar sus instrumentos, y esta vez algo atrajo su atención. Algo realmente grande se estaba aproximando a ellos..., y ya estaba muy, muy cerca.

«Tiene que ser una nave imperial», pensó Iniro. Por un momento deseó haber instalado sensores nuevos del tipo moderno, cuya capacidad identificatoria era mucho mayor.

—Eh, Gadaf, tengo alguna clase de contacto en los sensores —dijo, volviendo la cabeza hacia su artillero, un rodiano llamado Gadaf—. Prepárate para abrir fuego.

—De acuerdo, capitán —replicó el rodiano—. Estoy preparado para disparar.

Algunos contrabandistas habían comentado que el ¡Ahí va eso/ disponía de tan poco armamento que nunca podría enfrentarse a un navío imperial, pero Falan hilito estaba convencido de que sus habilidades de pilotaje —que eran considerables— compensarían más que sobradamente el hecho de que sólo contara con un láser instalado en una torreta superior.

—Ojalá... —empezó a decir el rodiano en un tono levemente preocupado.

—¿Ojalá qué? —le interrumpió Iniro.

—Ojalá hubiéramos tenido tiempo de calibrar las miras del láser, jefe. Insiste en disparar demasiado hacia la derecha, y siempre he de estar compensando la desviación.

miro no estaba de humor para quejas.

—No es una desviación que cueste mucho de compensar, Gadaf. Estoy harto de dar en el blanco con ese láser.

—Ya lo sé, jefe —dijo el rodiano—. Y creo que yo tampoco lo hago demasiado mal, ¿eh?

—No, no...

Miro, cada vez más irritado, se removió nerviosamente en su asiento. «¿Cuándo vamos a recibir nuestras malditas órdenes?»

Todo su cuerpo se envaró de repente cuando oyó una voz brotando de sus auriculares. Era la voz de Mako Spince y quedaba bastante deformada por la distancia y los restos espaciales que se interponían entre el emisor y el receptor, pero aun así seguía siendo reconocible.

—Elemento del Primer Ataque, aquí Centro de Defensa. Preparaos para...

miro dejó escapar un grito de alegría, y un instante después cayó en la cuenta de que no había entendido la última palabra. Pero seguramente tenía que ser «atacar», ¿no? De hecho, miro estaba prácticamente seguro de que la última palabra del mensaje había sido «atacar».

Durante un momento pensó en activar su comunicador para pedir al Centro de Defensa que le repitiera el mensaje, pero al final no lo hizo. ¡Todo el mundo se reiría de él, y se quedaría rezagado mientras los demás atacaban!

—¡Vamos allá! —aulló, y desactivó su agarradera magnética.

miro salió de detrás de la masa de chatarra espacial y vio que había otras dos naves con él. ¿Sólo dos? En el nombre de los Esbirros de Xendor, ¿dónde estaban las demás?

miro no tuvo tiempo para seguir preguntándose dónde podían haberse metido, porque fue atacado casi al instante. Alguna variedad de caza TIE acababa de abrir fuego contra él.

Una andanada chocó con su escudo delantero. miro compensó los sistemas, y sintió cómo la nave vibraba cuando Gadaf disparó contra el TIE. El disparo, excesivamente desviado hacia la izquierda, se perdió en el vacío.

«¡El muy idiota ha calculado mal la compensación!», pensó miro mientras usaba toda la energía motriz de que podía disponer para hacer que el ¡Ahí va eso! describiera un vertiginoso viraje.

—¡Acaba con él, Gadaf! —gritó.

Un haz rojizo surgió del cañón láser y pasó rozando al TIE, que también estaba virando.

miro soltó un juramento e inició la persecución, algo que no resultaba nada fácil entre aquel montón de restos espaciales. El corelliano tenía que poner la nave en posición vertical prácticamente a cada momento, y se veía obligado a recurrir a maniobras todavía más drásticas para no chocar con algún pecio.

—¡Vector de... tiro... inminente! —gritó—. ¡Prepárate, Gadaf!

Tal como le había prometido a su artillero, un instante después el caza TIE y el ¡Ahí va eso! quedaron alineados en una trayectoria totalmente despejada sin que nada se interpusiera entre ellos. Otro haz rojizo hendió el vacío, ¡y esta vez empaló al caza TIE de reconocimiento justo por el centro del fuselaje!

La explosión desplegó su fognazo amarillo durante una fracción de segundo, y después empezó a expandirse para formar una flor blanca que creció y creció...

... hasta que el TIE desapareció, y allí donde había estado sólo quedaron chispas de restos llameantes y cenizas que flotaban en el vacío.

Pero antes de que miro pudiera celebrar su victoria, algo que acababa de aparecer en la pantalla táctica atrajo su atención. ¡Aquel «algo» era francamente grande y se estaba aproximando, y dentro de un segundo lo tendría justo encima!

El capitán miro se retorció frenéticamente en su asiento de pilotaje, manipulando sus controles casi a puñetazos en un desesperado intento de huir mientras trataba de ver qué se le venía encima. Un instante después pudo entreverlo por el rabillo del ojo. «Esbirros de Xendor, es realmente enor...»

Falan miro nunca pudo llegar a completar el pensamiento. Las baterías de cañones turboláser de gran calibre del crucero ligero de la clase Galeón envolvieron al pequeño carguero en una oleada de fuego verdoso, desintegrando por completo al ¡Ahí va eso! en menos tiempo del que necesita un ser humano para abrir y cerrar los ojos.

Diez segundos después, incluso la nubecilla de polvo espacial se había disipado.

Escasos segundos después de haber seguido al ¡Ahí va eso! de Falan miro fuera de su escondite, Niev Jaub ya sabía que había cometido un terrible error. El diminuto sullustano estaba pilotando el Bnef Nlle, su pequeño carguero ligero (modificado, por supuesto), y cuando vio que el ¡Ahí va eso! salía a toda velocidad de entre los restos espaciales, supuso que no había logrado recibir la orden de Mako y siguió a la otra nave. Apenas estuvo «en campo abierto», Jaub se dio cuenta de que sólo había otra nave con ellos. La conclusión obvia era que se habían adelantado y que el ataque todavía no había empezado.

Durante un momento pensó en volver atrás para esconderse de nuevo, pero ya era demasiado tarde. La andanada de energía verdosa disparada por el caza TIE más próximo casi le chamuscó los bigotes. Jaub hizo que su pequeño carguero (cuyo aspecto general recordaba a uno de los reptiles provistos de caparazón de su mundo natal) se desviara bruscamente hacia la derecha en una maniobra evasiva.

A diferencia de la inmensa mayoría de los defensores de Nar Shaddaa, Jaub era un comerciante honrado que, casualmente, hacía negocios en la Luna de los Contrabandistas, donde entregaba cargamentos de manjares exóticos a los antiguamente elegantes hoteles-casino. Nar Shaddaa contaba con un enclave sullustano bastante grande, y el pequeño alienígena tenía parientes y amigos viviendo allí. Como consecuencia de todo ello, cuando Mako lanzó su petición de auxilio, Jaub pensó que debía responder a ella. ¡Después de todo, no podía quedarse cruzado de brazos y permitir que su familia y sus amistades murieran sin tratar de hacer algo para evitarlo!

«¿Y ahora qué? —se preguntó mientras disparaba contra un caza TIE—. ¡No puedo competir con estos pilotos! ¡En toda mi vida de comerciante ni siquiera he disparado mi armamento salvo en las prácticas de tiro!»

Pero ya no podía volverse atrás. El crucero ligero de la clase Galeón acababa de unirse al combate, y los ya enormes ojos de Jaub se volvieron todavía más gigantescos cuando vio cómo el ¡Ahí va eso! desaparecía entre una explosión verdosa de fuego turboláser.

Jaub, horrorizado, contempló cómo la nave corelliana quedaba convertida en vapor.

Si hubiera creído que podía dejar atrás a cualquiera de aquellas naves, Jaub tal vez habría intentado huir. Pero sabía que nunca lo conseguiría. El diminuto sullustano pensó que lo único que podía hacer era seguir con vida y, tal vez, darle a algún blanco si la suerte se ponía de su parte. ¡Malta ya no podía tardar en ordenar el inicio del ataque general!

Jaub volvió a alterar su curso mientras un TIE, aparentemente surgido de la nada, pasaba rugiendo junto a él. La maniobra evasiva hizo que entrara en el radio de alcance de los cañones turboláser del navío de la clase Galeón. El piloto sullustano dejó escapar un graznido del más puro terror cuando una casi imperceptible chispita verde rozó el casco de su navío.

«Estoy bien —pensó—. No me ha dado, no me ha dado, no me ha... Oh, dioses... Sí que me ha dado...»

Los niveles de sus indicadores de energía estaban bajando a toda velocidad. La andanada casi no le había rozado, pero debía de haber volatilizado sus escudos posteriores y le había dejado sin motores. El Bnef Nlle seguía avanzando a toda velocidad impulsado por las garras de la inercia, pero sus motores ya no funcionaban.

Jaub comprobó sus toberas de maniobra y vio que todavía estaban en condiciones de funcionar. No podía frenar ni acelerar, pero sí podía virar.

Miró a su alrededor y vio que dos cazas TIE se estaban lanzando sobre su popa. Dentro de unos segundos lograrían alcanzarle y lo convertirían en una nube de átomos.

El navío de la clase Galeón no parecía tener ningún deseo de desperdiciar el poderío de sus cañones turboláser de gran calibre con un minúsculo carguero averiado. La gigantesca nave imperial continuaba surcando majestuosamente el vacío, siguiendo un curso paralelo al de Jaub y avanzando un poco por detrás de él.

«Segundos... Sólo me quedan segundos. Haz que sirvan de algo», pensó Jaub. No se consideraba particularmente valiente, pero los sullustanos eran famosos por ser una especie muy práctica.

Jaub hizo que su nave iniciara una veloz serie de toneles, usando sus toberas de maniobra a máxima potencia de manera totalmente deliberada para que la Bnef Nlle girase incontrolablemente sobre su eje. Las estrellas y los restos espaciales giraron en su ventanal, haciendo que el estómago de Jaub amenazara con rebelarse.

—¡Bnef nlle a todo el mundo! —gritó mientras se lanzaba contra el flanco del navío de la clase Galeón.

“Bnef nlle” significaba «buena suerte» en sullustano.

Al principio Jaub pensó que no iba a conseguirlo, que el navío de la clase Galeón iba demasiado deprisa..., pero entonces dispuso de un último segundo para

comprender que lo había logrado, y que iba a estrellarse contra uno de los escudos de babor de la gigantesca nave.

Una inmensa oleada de alegría se extendió por todo su ser, y un instante después ya sólo hubo fuego por todas partes...

—¡Condenados estúpidos! ¿Por qué no han esperado a recibir mi orden? —gritó Mako mientras clavaba los ojos en las lecturas de su pantalla táctica y se preguntaba por qué aquellas naves no habían podido tener un poco más de paciencia.

Quizá no le habían entendido. Mako les había dicho que se prepararan para esquivar al enemigo, y apenas acababa de hablar cuando aquellos tres cargueros impetuosos habían salido a toda velocidad de sus escondites. Mako se había quedado paralizado delante de la pantalla, soltando un torrente de maldiciones en muchas lenguas distintas mientras veía cómo dos de sus naves eran hechas pedazos.

Por lo menos el segundo piloto, fuera quien fuese, había conseguido que su muerte sirviera para algo, e incluso el idiota que había causado todo aquel lío había conseguido eliminar a un TIE de reconocimiento.

La tercera nave venía a toda velocidad hacia ellos, con un TIE pisándole los talones en una feroz persecución.

—¡Estupendo! —aulló Mako—. ¡Muy bien, llévalos justo al sitio en el que nos estamos escondiendo! ¡Si sobrevives a esta batalla, te aseguro que te estrangularé con mis propias manos!

—Si no hacemos algo acabarán con él en cuestión de segundos, Mako —dijo Azul en un tono lleno de tensión.

—Debería dejar que ese imbécil pagara su error —gruñó Mako. Pero un último vistazo a sus pantallas tácticas le convenció de que el navío de la clase Galeón ya se había internado en el mar de restos lo suficiente para le resultara imposible virar lo bastante deprisa y huir antes de que abrieran fuego contra él. «De hecho, está muy cerca...», pensó.

—Muy bien —le dijo a Azul y a la dotación artillera—. ¡Vamos a salvarle el pellejo a ese inútil!

Mako conectó su comunicador.

—¡Iniciad el ataque! —ordenó—. ¡Chicos y chicas del Elemento del Primer Ataque, adelante! Acabad con esos cazas TIE y yo me ocuparé de ese navío de la clase Galeón. ¡Estad preparados para echarme una mano! ¡Vamos a acabar con ese monstruo!

Azul estaba sacando el Perla de Dragón de su escondite y el carguero que huía a toda velocidad los vio y alteró su curso para ir hacia ellos, como un niño que se apresura a esconderse debajo de las faldas de su madre. Azul dio una seca orden a sus artilleros, y las seis potentes baterías turboláser del yate hutt emitieron torrentes de destrucción verde para empalar al caza TIE.

El TIE desapareció en una espectacular explosión.

—Qué desperdicio de energía... —gruñó Mako—. Esos malditos trastos ni siquiera tienen escudos.

El Perla estaba avanzando hacia el navío de la clase Galeón, que acababa de darse cuenta de que tenía un nuevo enemigo.

—¡Lanza esos Cazadores de Cabezas, Azul! —gritó Mako.

—¡Los lancé hace dos minutos! —replicó Azul, igualmente a gritos—. ¡Deja de decirme cómo he de hacer mi trabajo!

El Vigilancia alteró su curso para dirigirse hacia el yate, y los dos navíos iniciaron su batalla espacial.

El navío de la clase Galeón, naturalmente, contaba con una considerable ventaja inicial. Su blindaje era mucho más grueso que el del yate, y además disponía de mejores escudos y de un armamento más potente. También era más rápido, aunque no por mucho.

Sin embargo, la tripulación de Mako contaba con dos factores que podían anular esa ventaja e invertirla a su favor. Azul estaba acostumbrada a maniobrar por entre los restos espaciales de Nar Shaddaa, en tanto que el piloto del navío de la clase Galeón no lo estaba. El yate hutt también era más pequeño, lo cual quería decir que podía moverse con más agilidad.

Azul explotó al máximo esos dos factores, avanzando a toda velocidad para disparar primero y forzando hasta el último remache del gran yate espacial hutt para esquivar las andanadas de represalia a continuación.

Después de haberse visto lanzado a la cubierta cuando la gravedad artificial dejó de funcionar durante una fracción de segundo a causa de un impacto, Mako aprendió la lección y se puso el arnés de seguridad. Estando sentado veía las manchas de color que se reflejaban en el ventanal a cada nueva andanada láser y los destellos de fuego láser que bailoteaban sobre sus escudos cuando éstos repelían un haz de energía, pero no podía ver al Vigilancia desde su centro de mando.

Mako había estado temiendo que el Vigilancia fuera uno de los nuevos modelos imperiales mejorados que habían sido equipados con rayos tractores, pero al parecer carecía de ellos.

El yate hutt tembló una y otra vez bajo las repetidas andanadas de fuego turboláser.

—Estamos perdiendo los escudos de estribor —anunció Azul—. Otro impacto en esa zona, y...

¡WHAM!

El Perla se bamboleó con espantosa violencia, como un animal herido súbitamente derribado por las garras de un depredador. Azul masculló una maldición.

—¡Fuego a discreción! —gritó—. ¡Atizadles bien fuerte con todo lo que tenemos!

El yate de Jiliac se estremeció cuando las baterías turboláser lanzaron dos andanadas casi seguidas.

Mako ardía en deseos de levantarse y ver con sus propios ojos qué estaba ocurriendo, pero la nave había empezado a temblar con tal violencia que el hacerlo habría resultado muy peligroso. Su situación ya era bastante apurada para que la complicara todavía más rompiéndose un brazo..., o el cuello.

¡WHAM-WHAM!

—Condenación... —dijo Azul—. Hemos perdido tres monturas turboláser.

¡WHAM!

—Corrección: hemos perdido cuatro monturas turboláser.

—¿Qué demonios está pasando, Azul? —aulló Mako, tratando de hacerse oír por encima de la siguiente andanada—. ¿Les estamos haciendo algún daño?

—Sí, les estamos haciendo daño —gruñó Azul—. ¡Disparad, chicos! ¡Vamos, otra vez!

Incapaz de seguir soportando el suspense por más tiempo, Mako se quitó el arnés de seguridad y cruzó tambaleándose la cubierta sacudida por las vibraciones para averiguar qué estaba ocurriendo.

—Sus escudos de babor se están debilitando —le explicó Azul—, y nuestros escudos de estribor han desaparecido.

La contrabandista maniobró el yate hutt de tal manera que los escudos de popa, que se hallaban relativamente intactos, quedaran dirigidos hacia el Vigilancia.

—Los motores casi no responden —dijo Mako, percibiendo el gran esfuerzo que tenía que hacer la nave para obedecer las órdenes de los controles.

—Cuéntamelo a mí —replicó secamente Azul.

El Perla disparó, y volvió a disparar, y entonces...

Mako dejó escapar un alarido de alegría cuando vio, en vez de la salpicadura de fuego turboláser extendiéndose sobre un escudo, cómo una enorme mancha negra aparecía sobre el flanco blindado del navío de la clase Galeón.

—¡Sus escudos de babor han dejado de funcionar!

—Igual que nuestros escudos de estribor —gruñó Azul.

—¡Pero ahora ya son nuestros, pequeña! ¡Inicia las maniobras evasivas!

Mako volvió corriendo a su centro de comunicaciones.

—¡Escuchadme, chicos! ¡Demasiado Tarde, Menestra! Aquí Centro de Defensa. ¡Venga, responded de una vez!

Mako estaba intentando establecer contacto con dos de los navíos mercenarios que sabía habían sido asignados a aquellas coordenadas. El Demasiado Tarde era una patrullera imperial capturada y modificada, y el Menestra era una corbeta ligera imperial capturada. Las dos habían pasado a lucir la insignia de la «garra llameante» que las identificaba como naves piratas.

—Aquí Menestra: te recibimos, Mako —dijo una voz.

—Aquí Demasiado Tarde, igualmente.

—¡Tengo buenas noticias, muchachos! ¡Acabamos de cargarnos los escudos de babor del Vigilancia!

—Ya hemos puesto rumbo hacia allí para terminar el trabajo —dijo la voz del capitán del Menestra—. Hemos visto que os han dado una buena paliza, Mako. Será mejor que salgáis de ahí antes de que aparezcan más imperiales.

—Será un placer —dijo Azul.

El Perla de Dragón empezó a alejarse del escenario de la batalla con laboriosa lentitud. Mako echó un vistazo a sus sensores de diagnóstico y soltó un juramento. «Nos hemos quedado sin escudos de estribor, los motores sublumínicos apenas funcionan, hemos sufrido daños en el casco y además estamos perdiendo un poco de atmósfera. Jiliac se va a poner hecho una furia...»

Las dos naves pirata ya habían llegado, y tanto ellas como los cargueros estaban convergiendo sobre la mole herida del Vigilancia igual que carroñeros atraídos por una presa que hubiera empezado a tambalearse. Mako vio cómo el navío de la clase Galeón sufría un impacto tras otro, hasta que llegó un momento en que el blindaje fue incapaz de soportar más andanadas y un enorme agujero apareció en las planchas de babor. Los contrabandistas concentraron sus andanadas sobre los motores primero y sobre el puente después, y en cuestión de minutos el navío de la clase Galeón quedó flotando a la deriva en el espacio. Los módulos salvavidas empezaron a brotar del casco del Vigilancia, lo cual indicaba que una parte de la tripulación estaba abandonando la nave.

Mako sonrió.

—¡Os habéis portado estupendamente, muchachos! Bien, mi nave no podrá seguir tomando parte en el combate, por lo menos hasta que hayamos reparado algunos daños, así que pondré rumbo al Punto de la Ilusión antes de lo previsto. No os mováis de las coordenadas asignadas, chicos. ¡Esos navíos de escaramuza deberían llegar en cualquier momento!

El almirante Greelanx estaba mirando fijamente al comandante Je-Ion, visiblemente perplejo ante el informe de su subordinado.

—¿Me está diciendo que el Vigilancia ha quedado fuera de combate y que el capitán Eldon ha muerto?

—Sí, almirante. Lamento tener que decírselo, señor, pero...

—¿Y sus cazas TIE?

—Todos han sido destruidos, señor.

Greelanx era un militar demasiado disciplinado para permitirse maldecir en voz alta, pero lo hizo mentalmente.

—Ordene a las naves de escaramuza que avancen a velocidad máxima, y que dos

escuadrones de cazas TIE las acompañen. Cuando se encuentren con el enemigo, que entablen combate inmediatamente.

—Sí, señor!

Durante un momento Greelanx incluso pensó hacer entrar en combate al otro navío de la clase Galeón, el Avanzada, pero acabó decidiendo reservarlo. Su escuadrón podía necesitar al Avanzada más tarde para terminar las operaciones de limpieza, y Greelanx no quería arriesgar el único navío de reconocimiento que le quedaba.

«Vamos a darles una buena lección a esos malditos criminales», pensó Greelanx con súbita irritación, olvidando por completo, al menos de momento, que se suponía que aquella batalla debía terminar con la derrota de las fuerzas imperiales..

El capitán Soontir Fel clavó los ojos en la diminuta silueta holográfica del almirante Greelanx, que parecía estar encaramada al tablero de comunicaciones del Orgullo del Senado, y sintió como si un puño invisible acabara de hundirse en su estómago.

—¿Eldon ha muerto?

Greelanx asintió con una breve inclinación de la cabeza. —Desgraciadamente, sí.

—Comprendo, señor... ¿Me da permiso para hablar, almirante? —Adelante —dijo Greelanx de bastante mala gana.

—Quizá deberíamos tomarnos un poco más... en serio a esos contrabandistas, señor. Creíamos que se limitarían a hacer unos cuantos disparos al azar, pero al parecer son capaces de organizar un ataque coordinado.

—He tomado nota de su comentario, Fol. Aquí Greelanx, corto y cierro.

La diminuta silueta holográfica se desvaneció con un chasquido casi inaudible.

Soontir Fel permaneció inmóvil durante unos momentos con la cabeza inclinada. El capitán Darv Eldon había sido uno de sus compañeros de clase en la Academia, y los dos habían sido buenos amigos durante casi diez años. Su muerte era tan dolorosa como una herida de hoja vibratoria.

Fel tragó saliva y después irguió los hombros. Ya tendría tiempo para llorar la pérdida de su amigo más tarde. En aquel momento, su deber era aniquilar al mayor número de contrabandistas posible...

Al principio tener que disparar contra los cazas TIE en vez de pilotarlos hizo que Han Solo se sintiera bastante raro. Apenas Mako hubo dado la orden de entrar en acción al Elemento del Primer Ataque, Han, con Chewie y Jarik en las torretas artilleras alares del Bria, entabló combate con varios TIE. De momento había logrado destruir a dos y estaba recorriendo la zona de restos, buscando más enemigos por los alrededores.

El Bria tenía un escudo posterior algo debilitado, lo cual suponía un considerable

riesgo para sus motores en el caso de que recibieran otro impacto de lleno en esa zona, pero básicamente seguía intacto, gracias en gran parte a la capacidad de pilotaje de Han.

Han era uno de los pocos contrabandistas que volaban sin pareja. Mako quería que estuviese lo más libre posible para que pudiera supervisar las acciones de la flota y acudir al sitio en el que fuera necesario sin verse estorbado por la presencia de un compañero. Han enseguida comprendió que la decisión de Mako era todo un homenaje a sus cualidades de piloto, y se sintió muy complacido.

Volvió la cabeza hacia la torreta artillera izquierda del Bria y vio a Jarik instalado en el asiento móvil y con los auriculares puestos. Hasta el momento el chico no se había portado demasiado bien. Jarik estaba muy nervioso y reaccionaba demasiado deprisa, y se las había arreglado para no acertar a ninguno de los objetivos que apuntaba. Han ya había empezado a pensar que quizá no hubiera debido animarle a ir con ellos en aquella misión.

Chewbacca se había portado considerablemente mejor, ya que había dejado fuera de control a un caza TIE. Unos segundos después su incontrolable dar tumbos por el vacío se había interrumpido de repente cuando el caza chocó con un resto espacial de gran tamaño y estalló. En cuanto a Han, había conseguido eliminar a otro TIE con sus cañones láser gemelos instalados en la proa.

La voz de Mako surgió de repente de sus auriculares.

—¡Atención, chicos! ¡Los navíos de escaramuza acaban de llegar y están disparando contra todo lo que ven! ¡Que todo el mundo esté alerta!

Han acababa de decidir que intentaría localizar a alguno de los navíos de escaramuza cuando de repente un caza TIE se lanzó sobre ellos con todos sus cañones láser escupiendo fuego.

—¡Chewie, Jarik! —aulló el corelliano—. ¡Cuidado!

Han esquivó las andanadas en una reacción automática, y lanzó una salva de réplica con sus cañones de proa...

... y falló el blanco por una considerable distancia. Han soltó un juramento.

Otro TIE venía hacia ellos en lo que era un obvio intento de atraparles en un fuego cruzado. Flan lanzó una andanada láser contra aquel nuevo enemigo al mismo tiempo que iniciaba una veloz maniobra evasiva, y vio que el TIE se bamboleaba. ¡Le había dado!

El primer TIE inició una segunda pasada, y esta vez Chewbacca reaccionó al instante, disparando, disparando...

Y un instante después un aullido wookiee lleno de rabia y frustración resonó en los auriculares de Han. Lo primero que pensó el corelliano fue que Chewie acababa de ser alcanzado y notó que se le formaba un nudo en la garganta, pero cuando volvió la cabeza hacia la derecha vio a Chewie dando saltos sobre su asiento móvil, rugiendo,

maldiciendo y agitando sus largos brazos peludos, obviamente furioso..., pero ileso.

«¿Qué demonios le ocurre?», se preguntó Han, y un instante después volvió a mirar a su amigo y comprendió qué estaba pasando.

El sistema de control artillero del Bria, con sus cables suspendidos en el vacío, colgaba de las manos-patas de Chewie. En su entusiasmo por acabar con el TIE, Chewbacca no se había acordado de que debía controlar su enorme fuerza de wookie..., ¡y había arrancado limpiamente el sistema de control de la montura artillera!

Esta vez le tocó el turno a Han de empezar a maldecir. —¡Chewie, condenado idiota peludo! ¡Mira lo que has hecho!

Chewbacca respondió con un gruñido que hizo vibrar los auriculares de Han y que le dejó muy claro que era perfectamente consciente de lo que había hecho. Han nunca le había oído usar aquel tipo de lenguaje a su peludo amigo anteriormente.

¡Whump! La andanada disparada por un caza TIE acababa de esparcirse sobre el escudo central del Bria.

«¡Eh, Solo! ¡Concéntrate en pilotar esta nave o acabarás consiguiendo que te maten!» Han meneó la cabeza, y comprendió que a partir de aquel momento tendría que actuar como si su costado derecho acabara de sufrir una grave lesión, y que debería defenderlo lo mejor que pudiera.

—¡Jarik! —gritó por su micrófono—. ¡Escúchame con atención, chico! ¡Chewie acaba de arrancar el maldito control artillero de la torreta derecha! ¡Ahora esos cazas TIE son todos tuyos!

Jarik respondió con un tembloroso hilo de voz.

—¿Que yo he de...?

—¡Sí, tú! ¡Y ahora abre bien los ojos, porque ya volvemos a tenerlo encima!

Jarik estaba encogido en su asiento móvil de la torreta artillera, paralizado por el terror. «¡Mi peor pesadilla acaba de convenirse en realidad! —pensó—. ¡Voy a conseguir que nos maten a todos!»

Se obligó a erguirse y volvió la cabeza de un lado a otro, intentando localizar al TIE. La parrilla de puntería flotaba en el aire delante de él. ¿Conseguiría llegar a centrarla en algo? No lo sabía. Hasta el momento había fracasado miserablemente.

«¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido...?»

Y de repente lo vio: allí estaba, surgiendo de la nada en una veloz curva iniciada desde arriba que le permitiría girar sobre sí mismo y, una vez en esa posición, disparar sus cañones contra la proa del Bria.

«No podré hacerlo... ¿Y qué pasará si no soy capaz de hacerlo?», aulló la mente de Jarik. Pero sus manos ya se estaban moviendo, y un instante después su cuerpo las estaba imitando y empezaba a girar en su asiento. La parrilla de puntería estaba allí y el TIE estaba allí, y de repente..., de repente las dos imágenes se fundieron y se

convirtieron en una sola.

Y sin que su voluntad interviniera para nada en ello, el pulgar de Jarik presionó el gatillo activador del mecanismo de disparo.

Un haz rojizo brotó del láser, acertando de lleno al TIE en el centro de su pequeña silueta.

Y el TIE estalló, volatilizándose en una explosión magníficamente silenciosa.

Jarik sintió que se quedaba paralizado y contempló el espacio sin poder creer en lo que acababa de ver. «¿Yo... he hecho eso?» La voz de Han resonó en sus oídos.

—¡Un disparo magnífico, chico! —gritó el corelliano—. ¡Vamos a repetirlo ahora mismo!

«¿He...? ¿He sido yo quien ha hecho eso? ¡Sí, he sido yo! ¡Lo he hecho! ¡Puedo hacerlo!»

Jarik «Solo» sonrió y sintió cómo una irresistible oleada de satisfacción y orgullo se iba extendiendo por todo su ser.

—¡De acuerdo, Han!

Jarik comprobó el nivel de carga de su arma y después, mientras el Bria iniciaba un nuevo viraje, empezó a escrutar el espacio en busca de más objetivos...

Salla Zend comprobó su posición a bordo de la Viajera del Borde y después lanzó un rápido vistazo al ventanal para asegurarse de que su pareja de vuelo se encontraba en la posición correcta. La Viajera del Borde era tan rápida como el Halcón Milenario, por lo que Mako había decidido emparejarla con Lando y el extraño y diminuto androide que el joven jugador había elegido como piloto.

Salla tenía que admitir que Vuffi Raa estaba demostrando ser muy eficiente. Nunca había oído hablar de un androide capaz de pilotar una nave, pero suponía que Vuffi Raa tenía que ser un tipo de androide muy especial procedente de alguna parte de la galaxia totalmente distinta a cuantas conocía. Resultaba obvio que no era el típico androide astromecánico con el que te encontrabas cada día. Desde el momento en que iniciaron el despliegue táctico, Vuffi Raa no sólo había logrado mantener la formación de una manera impecable, ¡sino que en algunos momentos incluso la había superado claramente en las maniobras!

—¿Has detectado a alguna de esas naves de escaramuza en tus sensores, Vuffi? —preguntó, acercando los labios a su micrófono.

—Hasta el momento no he detectado a ninguna, dama Salla —respondió el pequeño androide—. Y le recuerdo que me llamo Vuffi Raa, y que le agradecería que me llamara por mi nombre.

—No hay problema, Vuffi Raa —replicó Salla—. ¿Y qué significa ese nombre?

—En el lenguaje de quienes me programaron, es un número.

—Ah. —Salta estaba llevando a cabo una inspección visual mientras atravesaban la masa de restos. Por el momento los navíos de escaramuza no eran visibles por parte alguna, pero sus sensores mostraban un grupo de naves bastante grande que avanzaba a través de la «nube» de restos que envolvía a Nar Shaddaa. El avistamiento visual ya sólo era cuestión de tiempo—. No apartes las manos de tus cañones, Lando. Veo babosas imperiales por todas partes.

—De acuerdo, Salla —dijo Lando.

—Rik, Shug: vamos a tener compañía en cualquier instante. ¿Estáis preparados para entraren acción?

—Estoy listo, Salla —replicó Shug.

—Estamos preparados, hermosa dama —dijo Rik Duel, empleando un tono que se imaginaba era encantadoramente irresistible. Salla torció el gesto y puso los ojos en blanco.

—Un poco de seriedad, Rik. No me parece que éste sea el momento más adecuado para hacerse el simpático.

—¡Eh, Salla, no te lo tomes así! No puedo evitar tener ojos, ¿verdad? —exclamó Rik, fingiendo sentirse muy ofendido—. Ese idiota de Solo no sabe apreciarte en lo que vales. Tú te mereces algo mejor que un vagabundo corelliano. Eres una mujer realmente maravillosa, y Solo...

—Basta de charla, Rik —le interrumpió secamente Salla, harta de su incesante parloteo—. Y procura controlar tus hormonas, ¿de acuerdo? Tu numerito del seductor irresistible está empezando a quedarse un poco anticuado.

—Pero Salla... —protestó Rik, pareciendo muy, muy dolido—. Me enamoré de ti nada más...

—¡Dama Salla! —intervino Vuffi Raa—. ¡Tenemos un contacto inminente!

Salla examinó las imágenes de sus sensores y leyó los códigos de identificación. ¡Un crucero ligero de la clase Guardián del servicio de aduanas imperial, el Guardia de Lianna! Salla alteró su trayectoria de vuelo para dirigir su proa hacia el recién llegado, y un instante después quedó impresionada al ver la rapidez con que sus instrucciones eran obedecidas por Vuffi Raa.

Unos segundos después el Guardia de Lianna se lanzaba sobre ellos disparando andanadas con todos sus cañones láser. Salla sufrió un impacto menor, pero los escudos desviaron el haz de energía. La nave imperial era muy veloz y maniobraba con tanta facilidad como las fragatas: de hecho, se estaban enfrentando a un navío del servicio aduanero, lo cual quería decir que el Guardia de Lianna había sido diseñado para detener y capturar a los contrabandistas.

Shug disparó su batería cuádruple, pero el piloto imperial evadió limpiamente la

andanada láser. «!Ese tipo es realmente bueno! —pensó Salla—. Pero acabaremos con él. La superioridad numérica está de nuestra parte.»

Salla había estado tan absorta en su batalla con el Guardia de Lianna que no se dio cuenta de que sus sensores estaban mostrando tres contactos más, y que todos ellos se estaban aproximando a una velocidad increíble.

—¡Dama Salta! —chilló Vuffi Raa—. ¡Cazas TIE!

Salla sufrió un impacto en la proa, pero sus escudos aguantaron. Shug no paraba de disparar, y lo mismo hacía Lando. Un TIE fue alcanzado y estalló casi al instante. Salla no pudo ver quién se había anotado el tanto.

«¡Acción evasiva!» Salla puso la Viajera del Borde en posición vertical, pero aun así sufrió un nuevo impacto. Los escudos absorbieron la mayor parte del haz de energía, pero el carguero se bamboleó.

—¡Acabad con esos cazas TIE! —aulló.

—¡Lo estoy intentando! —replicaron al unísono las voces de Lando y Shug.

Salla masculló una maldición. «¿Dónde demonios está el Guardia de Lianna?» La situación se estaba volviendo tan confusa que Salla había perdido de vista al navío de la clase Guardián.

¡BAM!

La Viajera del Borde volvió a estremecerse. Salla intentó recuperar el control de su nave, y logró esquivar por los pelos un gigantesco resto espacial. Acababan de darles en el flanco, y los escudos de aquella zona habían quedado seriamente debilitados. A juzgar por la potencia de la andanada, tenía que haber procedido de la patrullera y no de un TIE.

—¡Blaaaaaaanco! —gritó la voz de Lando por sus auriculares, y Salla vio desaparecer otro TIE.

Dos contra dos. ¡Mucho mejor!

Bien, ¿y dónde estaba el Guardia de Lianna? ¿En la cola de Lando? ¡No! ¡Se estaba aproximando justo por detrás de Salla!

—¡Acción evasiva, Salla! —se apresuró a gritar Lando.

—¡Ni lo sueñes! —replicó Salla—. ¡Esto es justo lo que he estado esperando! Rik, maldito sea tu condenado pellejo de inútil... ¡Acaba con esa patrullera!

El capitán Lodrel, del navío imperial Guardia de Lianna, frunció los labios en una sombría sonrisa mientras su nave avanzaba a toda velocidad hacia la popa del carguero con forma de mynock. «¡Ya te tengo!», pensó con sarcástica satisfacción mientras abría la boca para dar la orden de destruir al indefenso navío.

Pero antes de que pudiera hablar, Lodrel vio que había algo francamente extraño en la parte posterior de la nave CorelliEspacio. ¡Dos pequeñas escotillas acababan de abrirse para revelar los orificios gemelos de dos conductos artilleros camuflados en la popa de la nave!

En vez de gritar «¡Fuego!», Lodrel aulló «¡Acción evasiva!». Pero dos misiles de alta potencia explosiva ya venían hacia él.

«¡Eh, eso no es justo!», pensó Lodrel con sorprendida indignación. Y ése fue su último pensamiento...

—¡Yahoooooo! —gritó Salla cuando vio cómo la patrullera quedaba atomizada en la imagen de sus sensores posteriores—. ¡Le hemos dado! ¡Buen tiro, Rik!

—¿Significa eso que me darás un beso cuando volvamos a la base? —preguntó Rik por sus auriculares.

—Ni lo sueñes —replicó Salla alegremente—. ¡Pero te invitaré a una copa!

—Permítame felicitarla, dama Salla —dijo Vuffi Raa con su tono habitual, que siempre oscilaba entre lo quisquilloso y lo excesivamente refinado.

—¡Lo has hecho estupendamente, Salla! —gritó Lando—. Con tantas emociones, me había olvidado por completo de los lanzadores de misiles. ¡Eres el mejor, Shug!

—Sí, Shug. Todos te debemos una —dijo Salla.

—Ha sido muy divertido —afirmó Shug, soltando una risita—. ¿Queréis volver a hacerlo?

—¡Claro! —exclamaron a coro Salla y Lando.

Mako Spince dejó escapar un suspiro de alivio cuando el maltrecho yate hutt Perla de Dragón logró llegar al Punto de la Ilusión y a la relativa protección ofrecida por las naves de mayores dimensiones de la flota mercenaria de Drea Renthal. El veterano contrabandista echó un vistazo a sus sensores mientras escuchaba los informes que iban transmitiendo sus naves.

Los contrabandistas estaban haciendo un buen papel ante los navíos de escaramuza imperiales. Pero también estaban sufriendo bajas, perdiendo naves que no podían permitirse perder. Mako frunció el ceño mientras iba escuchando un informe tras otro. «Hoy estoy perdiendo muchos amigos —pensó con tristeza—. Demasiadas naves magníficas y demasiadas personas buenas se han ido para siempre...»

Solicitó una comprobación de efectivos. Casi un veinticinco por ciento de los efectivos de su flota de contrabandistas habían dejado de existir. Aun suponiendo que ganaran aquella batalla, las operaciones de contrabando con base en Nar Shaddaa se verían gravemente afectadas durante mucho, mucho tiempo.

Pero los imperiales probablemente ya habían perdido la mitad de sus cazas TIE, y casi el cincuenta por ciento de sus navíos de escaramuza.

«La gran pregunta es si Greelanx acabará decidiendo utilizar sus navíos de primera línea», pensó Mako. Los colosos seguían aproximándose, pero todavía se

hallaban fuera del radio de alcance de la flota de contrabandistas.

Lanzó una nerviosa ojeada a sus sensores y vio que dos navíos de escaramuza estaban convergiendo sobre la nave de un contrabandista. «¡Oh, no!»

Una voz llena de pánico brotó de los auriculares de Mako.

—¡Central de Defensa! ¿Podéis enviarme algo de ayuda? He sufrido graves daños, y...

La voz se convirtió en un alarido agónico, y luego se interrumpió de repente. Mako vio cómo el puntito que había indicado su situación desaparecía de la imagen sensora y murmuró una maldición, sin poder hacer nada para evitar aquella nueva pérdida.

—Comandante Jelon, ordene a todos los efectivos de cazas TIE disponibles que se desplieguen y entablen combate —dijo el almirante Greelanx.

—Sí, señor.

Los gigantescos navíos imperiales ya sólo estaban a quinientos kilómetros del caparazón de restos que envolvía a Nar Shaddaa. Greelanx tomó un sorbo de té estimulante y echó otro vistazo a sus sensores. Un instante después pudo ver cómo los doce cazas TIE que les quedaban se dirigían hacia la batalla.

—Ordene a la cuña de navíos de primera línea que ejecute una pasada orbital de aproximación externa, comandante. Vamos a evitar esos restos.

—Sí, señor.

—Y ordene a la cuña que acelere hasta alcanzar la máxima velocidad posible. Vamos a iniciar nuestro ataque.

—¡Sí, señor!

Greelanx volvió a examinar las lecturas tácticas de su escuadrón. La tenacidad de los contrabandistas le había dejado muy impresionado. Greelanx esperaba que a esas alturas ya los habría visto huir hacía un buen rato, pero los contrabandistas seguían luchando..., y además estaban causando daños bastante significativos a las naves de escaramuza del almirante.

Aun así, perder no iba a resultar fácil. Los contrabandistas estaban luchando con gran bravura, desde luego, pero aquellos pequeños cargueros nunca podrían enfrentarse a los navíos de primera línea imperiales. Greelanx suspiró. Entraba dentro de lo posible que tuviera que ordenar a alguna de sus naves que hiciera algo que garantizase el que acabara siendo destruida.

El almirante tomó otro sorbo de té mientras sentía como si un puño invisible se estuviera cerrando lentamente alrededor de su garganta. Había enviado tropas a la muerte en muchas ocasiones, pero nunca de manera deliberada. Greelanx no estaba

seguro de que fuera capaz de hacerlo...

Pero ¿qué otra elección le quedaba?

“¡Por fin se han decidido!” —se dijo Mako mientras contemplaba sus sensores—. ¡Están acelerando para alcanzar la velocidad de ataque!» El veterano contrabandista tecleó el código de una frecuencia especial privada.

—Han, aquí Mako. ¿Me recibes?

—Sí, Mako —replicó la voz de su amigo, algo deformada pero todavía comprensible—. Te recibo. ¿Qué está ocurriendo?

—Greelanx acaba de transmitir la orden de ataque a sus naves de primera línea. ¿Querrías hacerme un favor, amigo?

—Claro.

—Quiero que tú y Chewie ocupéis la posición de retaguardia durante la retirada. Quedaos atrás y vigilad a ese rebaño de vagabundos espaciales, ¿de acuerdo? Procura que no hagan ninguna locura, Han. No dejes que vayan demasiado despacio, pero asegúrate de que tampoco huyen demasiado deprisa. Queremos que esos imperiales puedan pisarles los talones durante todo el trayecto.

—Seremos tus pastores, Mako —dijo Han—. ¿Qué tal vamos?

—En conjunto, no demasiado mal Pero hemos perdido a unos cuantos amigos.

—Lo sé. Ya he visto los restos —murmuró Han en un tono repentinamente ensombrecido.

—Aquí Mako, corto y cierro.

Mako tecleó el código de otra frecuencia especial.

—¿Capitana Renthall?

—Aquí Renthall.

—Voy a dar la orden de retirada. Esté preparada.

—Estamos preparados. Avisaré al Menestra de que debe estar listo para entrar en acción.

—¿Qué hay del Demasiado Tarde?

—Lo hemos perdido.

—Oh...

—Aquí Renthall, corto y cierro.

Mako tecleó el código de su frecuencia general.

—Chicos y chicas, aquí la Central de Defensa. Lo habéis hecho muy bien, mis vagabundos del espacio, pero la fiesta ha terminado y ya va siendo hora de irse a dormir. Que todas las naves inicien la retirada siguiendo el vector asignado. Recordad las rutinas de los ejercicios de entrenamiento, ¿de acuerdo? Repito: debéis retiraros siguiendo el vector asignado, y debéis iniciar la retirada ahora mismo. Aquí Central de Defensa, corto y cierro.

Xaverri estaba en una sección acordonada del granero espacial de Shug Ninx, los ojos clavados en la pantalla táctica que le mostraba las imágenes transmitidas por el Perla de Dragón. Vio cómo los contrabandistas viraban de repente y huían de las gigantescas naves de primera línea imperiales y los navíos de escaramuza supervivientes. Sus amigos estaban huyendo en lo que parecía una ciega desbandada, pero en realidad su fuga era una retirada bajo el fuego enemigo meticulosamente ensayada y puesta en práctica. Mako y Han habían repetido los entrenamientos una y otra vez para que todos los contrabandistas supieran a qué distancia de la flota imperial debían mantenerse, y les habían hecho entender que debían permanecer dentro del radio de acción de su armamento. Eso significaba que los «rezagados» tenían que llevar a cabo maniobras evasivas para no acabar hechos pedazos si la suerte decidía ponerse del lado de los artilleros imperiales.

La ilusionista se lamió los labios con nerviosa expectación mientras pensaba que aquella era su gran ocasión. Nunca volvería a tener una oportunidad de acabar con tantos imperiales al mismo tiempo.

«Eso es —pensó, viendo cómo la culta se iba acercando más y más a las coordenadas del Punto de la Ilusión—. Vamos, venid. Perseguidlos. Sí, perseguidlos hasta que os hayáis metido en la trampa...»

Con el cuerpo tan tenso como un togoriano en plena cacería, Xaverri siguió manteniendo la mirada clavada en la pantalla táctica hasta que le ardieron los ojos y se vio obligada a parpadear.

¡Y cuando pudo volver a ver con claridad, allí estaban! ¡Toda la cuña de navíos de primera línea acababa de llegar a las coordenadas del Punto de la Ilusión!

Xaverri sonrió, curvando los labios en una mueca de depredadora en la que no había nada de agradable. Después activó el comunicador en una frecuencia especial.

—Mako, aquí Xaverri.

—Aquí Mako, Xaverri. Te recibo.

—Activando la ilusión..., ahora —dijo Xaverri.

Cortó la conexión y después, moviendo la mano con deliberada lentitud, presionó el gran botón rojo de su consola, aquel encima del

que había escrito ¡NO TOCAR A MENOS QUE SEAS XAVERRI!

—Y ahora, morid —murmuró.

El Destino Imperial dejó atrás la cúspide de Nar Shaddaa y, tal como se había ordenado, describió un gran viraje para esquivar los restos espaciales que flotaban alrededor de la Luna de los Contrabandistas. Mientras viraban, el almirante Greelanx por fin pudo contemplar Nal Hutta, descomunal incluso vista desde 123.000

kilómetros de distancia. Su navío insignia dirigía la carga contra las naves de los contrabandistas y sus navíos de primera línea avanzaban en una formación impecable, con los cazas TIE y los navíos de escaramuza supervivientes flanqueando la cuña.

Greelanx, inmóvil en el centro de su puente de mando, vio cómo se lanzaban sobre su presa y contempló los trazos rojos y verdes de los cañones láser y las baterías turboláser imperiales que llovían sobre la abigarrada aglomeración de cargueros. El almirante se preguntó cómo iba a lograr que aquella operación tan sencilla terminara con una derrota y una retirada mínimamente realistas.

Greelanx tenía que admitir que los contrabandistas habían opuesto una feroz resistencia, pero resultaba obvio que la visión de sus navíos de primera línea los había aterrorizado. Los contrabandistas estaban tan asustados que cualquier deseo de seguir luchando que pudieran haber albergado se había esfumado por completo.

Todas sus naves estaban huyendo como vrelts corellianos perseguidos por una jauría de canoides.

—¡Almirante Greelanx! —exclamó de repente el operador de sensores—. Estoy captando algo, señor, pero no sé... ¡Tengo varios contactos aproximándose, almirante!

Greelanx echó un rápido vistazo a los sensores y después se volvió hacia el ventanal..., y faltó poco para que se le salieran los ojos de las órbitas.

Viniendo directamente hacia ellos desde Nal Hutta había centenares de natos contrabandistas de todos los tamaños imaginables..., ¡entre los que había varias corbetas corellianas! »Mercenarios —pensó Greelanx—. ¡Los contrabandistas no disponen de ningún contingente tan grande!»

—¿De dónde han salido? —preguntó Jelon, volviéndose hacia el operador de sensores—. ¿Por qué no los ha detectado antes?

—¡Tienen que haber despegado de Nal Hutta ahora mismo, señor! ¡Había concentrado toda mi atención en vigilar a la flota de los contrabandistas tal como se me había ordenado que hiciera, comandante!

Greelanx frunció el ceño. Sus instintos, aguzados por décadas de servicio en la Armada Imperial, le hicieron preguntarse si podían estar ante alguna clase de truco.

—¡Sondeo de sensores completo! —ordenó secamente.

—¡Sí, señor!

Unos instantes después el operador de sensores mostró los resultados de su examen. Greelanx los estudió. »Los hutts deben de haber mantenido en reserva a estos mercenarios y ahora los han lanzado al espacio en un acto de desesperación», decidió.

Greelanx carraspeó para aclararse la garganta.

—Comandante Jelon, ordene a la cuña y a nuestros cazas que lleven a cabo un viraje de ciento ochenta grados en el eje Y, y que se preparen para enfrentarse a los

recién llegados. ¡Cuando hayan completado la maniobra, podrán abrir fuego a discreción!

Mako Spince dejó escapar un alarido de triunfo cuando vio aparecer a la flota fantasma en el mismo instante en que las naves imperiales empezaban a virar.

—¡Sí! ¡Han mordido el anzuelo! —Activó su comunicador—. ¡Capitana Renthall!

—Ya los veo —replicó Renthall—. Hasta ahora no creía que hiera a dar resultado, pero he de admitir que... ¡Voy a atacar a máxima velocidad!

—¡Acabe con ellos!

Tal como le había pedido Mako, Han Solo se había mantenido detrás de los otros contrabandistas mientras las naves serpenteaban a toda velocidad por entre los restos durante la retirada. En cuanto hubieron dejado atrás la cúspide de Nar Shaddaa, Han les ordenó que virasen y que salieran del campo de restos. De esa manera Greelanx podría ver con toda claridad a los contrabandistas durante toda su huida, y continuaría persiguiéndolos hasta meterse en la trampa.

Cuando Han salió por fin del caparazón de restos, se encontró detrás de la flota imperial. Podía ver sus naves desplegadas por delante de él, y durante un momento incluso jugueteó con la posibilidad de adelantadas a máxima velocidad para poder tomar parte en el ataque que lanzarían en cuanto hubieran llegado a las coordenadas del PI.

Sus sensores le mostraron que había un par de naves delante de él, y cuando comprobó sus identificaciones Han se sorprendió al descubrir que aquella pareja de rezagados eran Salla y Lando, a bordo de la Viajera del Borde y el Halcón respectivamente.

El corelliano se preguntó si uno de ellos habría recibido un impacto realmente serio y necesitaba ayuda.

—Central de Defensa, aquí Han —dijo, activando su comunicador—. Adelante, Mako.

Han ya había salido del campo de restos espaciales, por lo que cuando Mako respondió el corelliano pudo oír su voz con mucha más claridad que antes.

—Aquí Mako, Han. Los imperiales ya casi han llegado al punto de intercepción.

—Tengo a Salla y a Lando en mis sensores, Mako, y todos estamos detrás de la flota imperial.

—De acuerdo —dijo Mako—. Les pedí que se lo tomaran con calma porque pensé que quizá necesitaríais un poco de ayuda si os tropezabais con algún navío de

escaramuza que se hubiera quedado rezagado.

—¿Eso quiere decir que están bien?

—Que yo sepa sí.

—¿Puedes sintonizar mi frecuencia con la suya?

—Claro.

Mako quería que las frecuencias se mantuvieran lo más despejadas posible, por lo que había canalizado todo el flujo de comunicaciones a través de sus monitores salvo en el caso de las parejas como la que formaban Lando y Salla. Unos momentos después Han oyó la voz de Lando.

—¡Han, viejo amigo!

—Estoy justo detrás de ti, Lando, y me he estado preguntando cómo podría rebasar a los imperiales para volver a disfrutar de un poco de diversión.

—Salla y yo nos estábamos haciendo justo esa misma pregunta. No quiero perderme la ocasión de añadir unos cuantos navíos de escaramuza imperiales más a mi lista de triunfos. Salla y yo hemos acabado con unos cuantos —dijo Lando orgullosamente.

—Con tres cruceros ligeros de la clase Guardián, para ser exactos —intervino Salla.

—¡Eh, os felicito!

—¿Desea que altere la trayectoria de vuelo para que podamos volver a tomar parte en la batalla con el capitán Solo, amo? —preguntó Vuffi Raa con su inconfundible precisión quisquillosa de androide.

—Pues sí, Vuffi Raa. ¿Por qué no haces eso? Oh, y... No me llames amo.

—Sí, amo.

Han ya se encontraba lo suficientemente cerca de sus amigos para poder verlos en la lejanía mientras éstos frenaban y viraban para reunirse con él. Han soltó una risita.

—¿De qué sistema perdido en los confines de la galaxia has sacado a ese androide, Lando?

—Es una historia muy larga.

Unos momentos después las tres naves estaban volando en formación. Han se alegraba enormemente de que sus amigos estuvieran bien. Volar juntos, unidos contra los imperiales, era una sensación realmente maravillosa.

El corelliano volvió a activar su comunicador.

—Bien, chicos, ¿cómo vamos a rebasar a la flota imperial para llegar al PI?

De repente Chewie, que había abandonado su torreta artillera inutilizada para actuar como copiloto y artillero de los cañones de proa del Bria, dejó escapar un apremiante gruñido y señaló los sensores.

Han volvió la mirada hacia ellos y vio que la cuña de navíos de primera línea reducía la velocidad y empezaba a ejecutar un lento y majestuoso viraje, sin que la

maniobra les obligara a abandonar su impecable formación en ningún momento.

—¡Bien por Xaverri! —gritó, y activó su comunicador—. ¡Lando, Salla! ¡Echad un vistazo a vuestros sensores delanteros!

Las naves imperiales ya habían salido del radio de alcance visual. Han se encontró deseando que hubiera alguna manera de alcanzarlas para poder causar más daños entre sus filas.

—¡Están viendo la flota fantasma! —exclamó Lando—. ¿Por qué no podemos verla nosotros?

—Porque estamos detrás de ella —dijo Han—. Es algo relacionado con el ángulo de los rayos de luz. Resulta bastante complicado, pero sé de qué estoy hablando. ¡Los imperiales están viendo una flota descomunal que viene directamente hacia ellos!

La flota imperial seguía ejecutando su viraje. «No quiero quedarme atrapado aquí... —pensó Han—. ¡Quiero tomar parte en la acción, demonios!»

Y de repente, ver la dirección hacia la que estaba virando la flota le dio una idea. El corelliano activó su comunicador.

—¡Lando, Salla! Nos encontramos lo suficientemente cerca de la cuña para poder efectuar un microsalto hiperespacial de dos segundos que nos lleve justo al centro de la ilusión. ¡Si alteramos ligeramente nuestro vector de aproximación justo antes del salto, volveremos al espacio real dentro de un sendero de aproximación que nos permitirá acompañar a esos fantasmas..., con todos nuestros cañones escupiendo fuego! ¡Vamos a proporcionarle unos cuantos dientes de verdad a la flota de Xaverri!

—¡Han! —protestó Salla—. ¡Por si no te habías dado cuenta, estamos justo en el centro de un pozo gravitatorio!

—Pero estamos lo suficientemente cerca del punto en el que los dos cuerpos se equilibran el uno al otro —insistió Han—. ¡Podemos hacerlo, chicos! ¡Venga, seguidme!

El corelliano alteró ligeramente la dirección de su vector de vuelo, y le complació ver que el Halcón Milenario y la Viajera del Borde le seguían.

—¡Bien, todos listos! —dijo con la voz enronquecida por la tensión—. ¡Y ahora, a por el microsalto!

—¡Eh, Han, esa ilusión sólo seguirá surtiendo efecto durante un par de minutos como mucho! —protestó Lando—. ¡Nunca podremos introducir una trayectoria en los ordenadores de navegación disponiendo de tan poco tiempo!

—Ya he estado pensando en ese problema y tengo la solución —dijo Han—. Ordénale a ese androide tan exótico que llevas a bordo que calcule nuestro microsalto de tal manera que coloque a nuestras tres naves justo delante de esa flota. Luego podrá introducir las cifras en nuestros ordenadores de navegación mediante el comunicador. Supongo que podrás hacerlo, ¿verdad, Vuffi Raa?

—Soy un androide de clase dos, y por supuesto que estoy más que capacitado

para llevar a cabo cálculos de una naturaleza tan elemental —replicó Vuffi Raa, pareciendo un poco ofendido al ver que alguien dudaba de sus capacidades—. Pero debo observar que su sugerencia presenta un riesgo considerable, capitán Solo.

El tono que había empleado el pequeño androide hizo que Han tuviera una vívida imagen mental de sus tentáculos retorciéndose frenéticamente ante la mera idea de dar aquel salto.

—¡Vamos, Lando! ¡Ordénale que lo haga!

Han pudo oír el suspiro de Lando por el comunicador.

—De acuerdo, corelliano chiflado. ¡Oh, Vuffi Raa, maravilloso genio mecánico, haz lo que dice Han!

Vuffi Raa sólo tardó unos momentos en volver a hablar.

—Curso trazado —anunció, casi en un susurro.

—¡A toda máquina! —chilló Han, haciendo que sus acciones acompañaran a sus palabras.

Las estrellas se estriaron a su alrededor durante una fracción de segundo, ¡y un instante después se encontró yendo directamente hacia la flota imperial!

Volvió la cabeza primero a un lado y luego a otro, y vio que Lando y Salla seguían manteniendo la formación. La ilusión de Xaverri se desplegaba por detrás de ellos y a ambos lados. Han por fin podía verla, y aunque había estado preparándose para algo realmente grande, quedó muy impresionado.

—¡Magnífico! —gritó—. ¡Gracias, Vuffi Raa!

Cuando la flota fantasma estuvo un poco más cerca de la cuña imperial, los gigantescos navíos de primera línea abrieron fuego. Han enseguida comprendió que formar parte de una ilusión encerraba una inmensa ventaja. Con tantas naves contra las que disparar, había muchas probabilidades de que ningún artillero centrara sus miras en los tres únicos navíos reales.

Aun así, decidió estar preparado para iniciar las maniobras evasivas con la mayor rapidez posible.

—¿Estás preparado, Jarik? —preguntó.

—¡Listo, Han!

—¿Estás preparado para utilizar esos dos cañones láser gemelos, Chewie?

—¡Hrrrrrrnnnnnn!

Han escogió como objetivo el destructor situado más a la izquierda, que también era el que estaba más cerca de ellos.

—Voy a ir a por ese destructor de ahí delante —dijo por el comunicador mientras echaba un vistazo a la identificación de la nave—. Es el... Protector de la Paz.

—Seguiremos a tu lado —dijo Lando—. Así podremos cubrirnos el uno al otro.

—¡Estupendo! —Han nunca se lo había pasado tan bien—. Esto es muy divertido, ¿verdad, chicos?

—¿Qué planeas hacer, Han? —preguntó Salla en un tono más bien preocupado.

—Oh, se me ha ocurrido que podría pasar junto al puente del Protector de la Paz y saludar al capitán agitando la mano —dijo Han alegremente. Sólo será una pequeña visita amistosa para...

—¡Han! —protestó Salla—. ¡Preferiría que todos saliéramos con vida de esto!

—Corelliano chiflado... —masculló Lando.

—Eh, eh... ¿A qué viene tanta preocupación? —exclamó Han—. ¡Cuidaré de vosotros, chicos!

El capitán Reldo Dovlis, al mando del destructor imperial Protector de la Paz, meneó la cabeza.

—¡Alto el fuego! —ordenó, visiblemente disgustado—. No es real. No puede serlo. Nuestros disparos no han destruido ni una sola nave, y ninguno de sus disparos nos ha causado el más mínimo daño. Lo único que estamos consiguiendo con todo esto es malgastar nuestros disparos y nuestro tiempo.

Su operador de sensores alzó la mirada hacia él.

—Los sensores continúan indicando que lo que estamos viendo es real, señor.

—Pues entonces los sensores están mintiendo —gruñó Dovlis. Estudió la pantalla táctica y vio que varias naves se aproximaban a gran velocidad a la popa del Protector de la Paz—. Navíos aproximándose por el vector posterior —anunció—. Viren para que nuestras baterías turboláser delanteras puedan abrir fuego contra ellos. Activen lo sistemas de armamento, y prepárense para disparar en cuanto lo ordene.

La gigantesca nave empezó a virar lentamente. Dovlis no apartaba los ojos de la pantalla que le iba mostrando la aproximación de aquellas naves, y sintió un gran alivio cuando vio que tendría tiempo de disparar varias andanadas contra ellas. A juzgar por sus dimensiones, eso debería bastar para...

Y entonces su piloto dejó escapar un chillido ahogado, y el Protector de la Paz se estremeció violentamente. Trazos rojizos de fuego láser chisporrotearon y ardieron sobre el escudo delantero del Protector de la Paz.

Una fracción de segundo después una nave pasó a toda velocidad por delante de ellos, deslizándose tan cerca del ventanal del puente que incluso Dovlis gritó y se encogió instintivamente. La nave, un pequeño y más bien maltrecho carguero SoroSuub, ejecutó un rizo interior impecable y se preparó para iniciar una segunda pasada.

«¡No todas son fantasmas!», comprendió Dovlis.

—¡Inviertan el viraje! —aulló—. ¡Disparen contra esa nave!

El *Protector de la Paz* empezó a virar en sentido contrario. Dovlis enseguida

pudo volver a ver a la flota de los contrabandistas, y dejó escapar un jadeo de sorpresa al darse cuenta de lo cerca que estaba.

Un diluvio de andanadas láser surgió de otros dos cargueros y se abatió sobre el Protector de la Paz.

—¡Centren las miras en esas naves! —ordenó el capitán—. ¡Fuego a discreción!

La tripulación de Mako Spince había conseguido efectuar algunas reparaciones en el Perla de Dragón, y el yate hutt volvía a disponer de una protección de escudos parcial a estribor. Las filtraciones del casco también habían sido selladas. La propulsión sublumínica seguía sin funcionar al cien por cien, pero Mako estaba dispuesto a correr el riesgo de volver a tomar parte en la batalla. La capitana Renthall le había asignado un ala-Y para que les acompañara, y la veloz y potente navecilla volaba junto a ellos, preparada para impedir que los imperiales atacaran su debilitado flanco de estribor.

Mako echó un vistazo a los sensores y a las pantallas tácticas y vio que ya estaban cerca de su objetivo, el crucero pesado imperial Liquidador. La nave todavía tenía la popa dirigida hacia los piratas y los contrabandistas que iban hacia ella, lo cual significaba que todavía era vulnerable al ataque.

—Ya podemos abrir fuego, Mako —dijo Azul.

—¡Estupendo! —exclamó Mako, dirigiendo una inclinación de cabeza a la hermosa contrabandista—. Voy a dejar que el ala-Y se encargue de hacer la primera pasada, y luego tendremos ocasión de divertirnos. Ordena a la dotación arcillen que centre los disparos sobre su deflector posterior izquierdo, justo encima de su sala de motores. Queremos darle en el mismo sitio que el ala-Y.

—De acuerdo —murmuró Azul, y transmitió la orden.

Mako agradecía poder disponer de aquel ala-Y para que le cubriera el flanco de estribor. El pequeño caza, tan veloz como moderno, no sólo estaba equipado con cañones láser, sino que también disponía de torpedos protónicos..., y éstos no tardarían en demostrar su gran utilidad.

El veterano contrabandista activó su comunicador en la frecuencia del artillero pirata del ala-Y.

—Aquí Mako. ¿Estáis preparados?

—¡Estamos preparados!

—¡Pues adelante!

Mako observó la maniobra del ala-Y en sus sensores. La pequeña nave avanzó y lanzó cuatro torpedos protónicos contra el objetivo designado antes de virar y empezar a alejarse.

—Bien, Mako, los escudos han cedido o están a punto de hacerlo —dijo el artillero mientras el ala-Y trazaba un círculo para volver a reunirse con el yate—.

¡Ahora os toca a vosotros!

—¡Será un placer!

Mako se volvió hacia Azul e inclinó la cabeza. La contrabandista incrementó la velocidad al máximo (que seguía sin ser gran cosa) y avanzó hacia el Liquidador mientras abría fuego con todas sus baterías turboláser.

Nada más ver los efectos de la primera andanada, Mako comprendió que los escudos del crucero habían dejado de funcionar. Los artilleros del Perla machacaron repetidamente a su objetivo con las dos baterías turboláser que les quedaban antes de que el lento y poco maniobrable navío imperial pudiera virar para utilizar sus poderosas baterías delanteras.

Unos instantes después todo el flanco derecho de la nave imperial y la sala de motores que había debajo de él quedaron convertidos en una masa de restos humeantes. El Liquidador empezó a girar lentamente en el vacío, indefenso y perdiendo atmósfera.

La capitana Trea Renthall se inclinó hacia adelante en su sillón de mando. «¡Por fin voy a tener ocasión de entrar en acción!», pensó con creciente excitación. Dirigir a sus naves en sus complicadas trayectorias a través de la batalla había sido un auténtico desafío, pero aun así no se parecía en nada a aquello. Por fin mandaba su propia nave, y no tardaría en cobrarse alguna presa.

Su objetivo era otro de los cruceros pesados, el Paralizador. Aquellas naves, que ya se habían quedado muy anticuadas, eran lentas y poco maniobrables y no disponían de unos escudos lo suficientemente potentes. Comparado con el crucero, el Puño de Retaba era una esbelta máquina de destrucción poderosamente armada. Además de sus dos baterías turboláser gemelas situadas en una torreta superior y otra inferior, la corbeta corelliana disponía de cuatro torretas láser gemelas situadas en los flancos para defenderse de dos cazas y de un par de lanzadores de torpedos protónicos de alto calibre instalados en la parte delantera, debajo del puente.

Tal como había predicho Han, su suministro de torpedos protónicos era limitado. Renthall sólo disponía de cuatro. Los torpedos protónicos resultaban extremadamente difíciles de conseguir.

Pero mientras se aproximaba al crucero imperial, Renthall estaba decidida a sacar el máximo provecho posible de cada uno de esos cuatro torpedos.

—Preparados para lanzar torpedos uno y dos —dijo, volviéndose hacia su dotación artillero cuando estaban a punto de entrar en el radio de acción del armamento—. Centrad las miras en la popa. ¡Me encantaría provocar una sobrecarga de reactores!

—¡Sí, capitana!

Renthall sonrió. Le encantaba que la llamaran »capitana». —¡Fuego! —gritó

mientras el Puño de Renthall iniciaba un rápido viraje.

Su nave sufrió dos leves sacudidas, y los torpedos protónicos surgieron de los conductos de lanzamiento entre una oleada de llamas azules.

El primer torpedo volatilizó los escudos del crucero. El segundo atravesó el casco y causó serios daños.

—¡Que todas las baterías turboláser abran fuego! —ordenó Renthall, iniciando el viraje para efectuar una segunda pasada de ataque.

El Paralizador se estaba bamboleando bajo el efecto de los impactos. Los haces turboláser se internaron todavía más en sus entrañas, buscando su corazón: el reactor que alimentaba a sus motores.

Renthall nunca supo qué fue lo que la advirtió. Quizá fuera el instinto, desarrollado por veinte años de combates. Pero de repente la mercenaria hizo que su nave virase bruscamente y empezó a acelerar a toda velocidad.

Y un instante después el Liquidador estalló detrás de ella, quedando tan completamente volatilizado como cualquiera de los frágiles cazas TIE.

Renthall sonrió beatíficamente. «Vaya, vaya... ¡Esto sí que ha sido realmente divertido!»

Mako prorrumpió en vítores mientras veía cómo cinco de los alas-Y de Renthall descargaban un diluvio de fuego láser sobre la popa del destructor Protector de la Paz, centrando sus disparos sobre la altamente vulnerable zona motriz y rociándola con salvas de torpedos protónicos.

Los destructores eran unos blancos mucho más difíciles de aniquilar que los lentos y poco maniobrables cruceros pesados, pero Mako estaba empezando a pensar que quizá tuvieran una posibilidad de acabar con aquél.

Al parecer Han, Salla y Lando habían puesto en práctica con gran éxito alguna de sus típicas ideas de chalados para mantener ocupado al Protector de la Paz hasta que los alas-Y pudieran intervenir. Mako podía ver sus señales de contacto siguiendo a los alas-Y, y supuso que estarían esperando a que alguno de aquellos torpedos protónicos se ocupara de los escudos para no desperdiciar sus disparos contra el gigantesco navío.

El veterano contrabandista se encontró haciendo algunos cálculos mentales mientras los alas-Y seguían lanzando oleada tras oleada de destrucción sobre el destructor imperial. «Dos salvas de dos torpedos cada una, procedentes de cinco alas-Y... ¡Eso equivale a veinte impactos de torpedo!»

La cifra parecía enormemente elevada, pero Mako había servido a bordo de un destructor imperial cuando se estaba entrenando y sabía hasta qué punto eran sólidas aquellas viejas naves.

«Allá va la primera salva... Eso hace un total de diez torpedos..., y diez impactos...»

Mako hizo unos cuantos cálculos aproximados más, y acabó decidiendo que a esas alturas los escudos de popa del Protector de la Paz ya debían de estar pasándolo realmente mal.

Mientras los alas-Y viraban para iniciar su segunda pasada, una serie de agujeros ennegrecidos empezó a aparecer en el costado de estribor del navío imperial, justo allí donde se encontraban sus gigantescos motores.

Los escudos habían dejado de existir, y otros contrabandistas estaban atacando entusiásticamente toda la popa del destructor. Mako se dio cuenta de que el capitán imperial estaba intentando virar para poder abrir fuego contra ellos, pero su nave ya tenía visibles dificultades para obedecer las órdenes de pilotaje.

Y entonces un potente fogonazo iluminó todo el costado de estribor, y la emisión lumínica de los motores del Protector de la Paz se desvaneció de repente.

Mako dejó escapar un suave silbido. «Me parece que van a tener serios problemas...»

—¡El reactor de estribor estaba empezando a sobrecargarse, señor! Los sistemas de seguridad lo han desconectado! —informó el segundo de a bordo de Reldo Dowlis—. ¡Nos hemos quedado sin energía de propulsión, señor!

Dowlis miró a su alrededor, sintiéndose invadido por una creciente desesperación. Las naves de los contrabandistas eran demasiado pequeñas para poder causarle daños realmente serios en cuestión de segundos, pero si disponían del tiempo suficiente podían ir cortando su nave en pedacitos, empezando por toda la sección de estribor trasera desprotegida y avanzando poco a poco a lo largo del casco con rumbo al puente, destruyendo un escudo detrás de otro, agujereando su nave con sus pequeños haces láser...

—Tenemos que volver a poner en marcha esos motores o acabarán con nosotros —dijo, sabiendo muy bien hasta qué punto eran ciertas sus palabras—. Desconecten los sistemas de seguridad. ¡Necesitamos energía!

—Pero capitán...

El rostro del joven oficial se había vuelto de un color gris ceniza a causa del miedo. Dowlis no le culpaba. Los reactores no eran algo con lo que se pudiera jugar. Pero ¿qué otra alternativa le quedaba? Los otros navíos imperiales estaban demasiado ocupados para ayudarle, y no creía que una petición de ayuda a Greelanx pudiera ser atendida lo bastante deprisa.

Dowlis acabó decidiendo correr el riesgo de volver a conectar la propulsión, basándose en la suposición de que los sistemas protectores de seguridad de los reactores habrían sido diseñados para que entraran en acción mucho antes de que hubiera un auténtico peligro de explosión.

—Le he dado una orden, oficial —dijo mientras fulminaba a su subordinado con

una mirada que se había vuelto repentinamente acerada e impasible.

—¡Sí, señor!

«Si consiguiéramos mantener conectados los motores durante el tiempo suficiente para que pudiéramos acercarnos un poco más a las otras naves...», pensó Dovlis. Si quedaba a la deriva, el Protector de la Paz tendería a ser atraído por la gravedad de Nar Shaddaa.

Dovlis oyó cómo los motores de su nave se activaban y trataban de funcionar, y se sintió desgarrado por una aguda punzada de dolor al pensar en lo que les estaba haciendo. Pero todas sus vidas estaban en juego.

El Protector de la Paz vibró y se bamboleó, y después empezó a avanzar lentamente...

... y una fracción de segundo después todo el casco del destructor fue recorrido por un espasmo de agonía cuando su motor de estribor estalló. Pero el motor de babor seguía funcionando, ¡y la repentina desigualdad de los vectores de propulsión hizo que el destructor empezara a girar vertiginosamente!

—¡Apaguen los motores! —gritó Dovlis, pero descubrió que su segundo de a bordo ya se había adelantado a la orden.

El Protector de la Paz siguió girando en silencio, dando una vuelta tras otra.

La gravedad artificial todavía funcionaba gracias a las células de energía de emergencia, pero éstas no eran lo suficientemente potentes para proporcionar energía a las Loberas de maniobra del destructor. La tripulación del Protector de la Paz ya no podía hacer absolutamente nada para detener aquella rotación. Volver a conectar el motor de babor sólo serviría para que los giros se volvieran todavía más veloces y violentos.

Reldo Dovlis, totalmente aterrorizado, contempló cómo las estrellas desfilaban por delante del ventanal del puente para ser seguidas por la superficie de Nar Shaddaa, levemente borrosa debido a la distorsión producida por el escudo planetario de la luna, y cómo ésta era sustituida por las estrellas, que desaparecieron casi enseguida para dejar paso nuevamente a la luna...

«¡Haz algo! —aulló su mente—. ¡Estamos siendo atraídos por la gravedad de la luna! ¡Dentro de un minuto chocaremos con el escudo de energía de Nar Shaddaa!»

¡Y la explosión que se produciría a continuación sería realmente digna de verse!

Estrellas... Luna... Estrellas... Luna...

Todo giraba en una vertiginosa confusión, moviéndose en un torbellino implacable que no podía ser detenido...

Estrellas... Luna... Estrellas... Luna... Estrellas... Luna, ya muy cerca... Dovlis intentó aferrarse a su dignidad. Después de todo, era un oficial imperial.

—¿A alguien se le ocurre algo que podamos hacer? —preguntó, manteniendo su voz firme y tranquila.

La dotación de su puente le contempló en silencio. En este caso, la ley de la gravedad era tan cruel e inexorable como cualquiera de las impuestas por el Emperador.

Estrellas... Luna... Estrellas... Luna, ya tan terriblemente cerca... Y un instante después ya sólo había luna, tirando de ellos con brazos invisibles para atraerlos hacia su escudo.

Y un instante después ya no había nada en absoluto...

Uno de los contrabandistas que habían llegado corriendo para poder disparar sus armas sobre la mole agonizante del Protector de la Paz era Roa, que se estaba sintiendo bastante osado. El veterano contrabandista llevaba algún tiempo preguntándose si no estaría empezando a hacerse viejo y temía haber perdido los reflejos, pero aquel día había librado dos combates individuales con cazas TIE y había salido victorioso de ambos.

«¡Eh, todavía tengo lo que hay que tener!», pensó mientras hacía que la Lwyll se lanzara en pos del destructor atrapado en su vertiginosa rotación. Meramente porque le parecía emocionante, Roa hizo que la Lwyll se deslizara por debajo del navío imperial que se precipitaba hacia la luna y salió del viraje con una brusca maniobra, sintiendo cómo las fuerzas gravitatorias tensaban sus garras invisibles a su alrededor, tan potente era la tracción...

... y entonces el Protector de la Paz chocó con el escudo de Nar Shaddaa.

La explosión que destruyó la gigantesca nave volatilizó una sección del escudo planetario, y una masa de restos llameantes fue absorbida a través de ella para caer sobre los estratos superiores de la atmósfera.

Y Roa se vio absorbido junto con ellos.

La onda expansiva le dejó aturdido, y Roa tuvo que hacer un gran esfuerzo para despejarse. No le resultó fácil. Oleadas de negrura fluían sobre él como un mar oscurecido por la noche.

Pero Roa era un luchador nato. Siguió esforzándose y se negó a darse por vencido, firmemente decidido a abrir los ojos, parpadear y erguir la cabeza.

Unos segundos después fue capaz de volver a ver con claridad, y comprendió dónde se encontraba y qué estaba haciendo. Estaba cayendo como una piedra, descendiendo a toda velocidad en una incontrolable caída hacia la sucia atmósfera de Nar Shaddaa.

Roa parpadeó. Había algo en sus ojos. ¿Sangre? Parecía la respuesta más probable.

Meneó la cabeza y sintió una aguda punzada de dolor. Tratar de moverse trajo consigo una auténtica agonía. Su panel de instrumentos había quedado reducido a un estado lamentable, pero algunas partes aún estaban iluminadas y seguían

funcionando. Su traje de suelo había perdido la capacidad de mantener a raya al vacío, pero Roa ya no se encontraba rodeado de vacío.

Obligándose a moverse y a enfrentarse con su situación, Roa empuñó los controles y empezó a pilotar la pequeña nave de exploración en su vertiginoso descenso a través de la atmósfera, utilizando hasta el último átomo de habilidad que poseía para conseguir que la toma de contacto con la superficie de Nar Shaddaa se llevara a cabo con la máxima suavidad posible.

Aunque de hecho, Roa se conformaba con un aterrizaje forzoso..., o con cualquier clase de aterrizaje.

La Lwyll hizo un valiente esfuerzo para responder a sus órdenes. Roa consiguió levantar su morro, y logró colocar algo de aire debajo de sus alas. La caída libre se fue volviendo un poco menos vertiginosa.

Roa empezó a comprobar sus toberas de frenado y maniobra, y descubrió que no respondían demasiado bien. Seguía cayendo, pero por lo menos se trataba de una caída relativamente controlada.

Podía ver una plataforma de descenso debajo de él. Usando sus toberas de maniobra, Roa consiguió dirigir a la Lwyll hacia ella y se fue acercando lentamente hasta que estuvo seguro de que acabaría posándose sobre la pista, en vez de precipitarse dando tumbos por el abismo que se abría entre los edificios.

El permacreto subía hacia él, acercándose muy deprisa... ¡Demasiado deprisa!

Roa se enfrentó a la gravedad de la misma manera en que se habría enfrentado a un oponente humano en un combate de lucha libre, utilizando hasta el último gramo de habilidad que poseía.

Roa tensó el cuerpo mientras el permacreto subía a toda velocidad hacia él...

Después nunca recordaría el momento del impacto.

¿Cuánto tiempo tardó en parpadear y en volver lentamente al estado consciente? ¿Segundos? ¿Minutos? ¿Horas?

Roa no lo sabía, y le daba igual lo que hubiera tardado en conseguirlo. El cuerpo le dolía en un centenar de sitios distintos, pero un miedo más visceral que cualquiera de los que hubiera conocido jamás logró despejarle por completo.

Olor a quemado... La Lwyll estaba ardiendo. La nave estallaría de un momento a otro, y entonces todos sus esfuerzos para llegar a la pista de descenso razonablemente entero no habrían servido de nada...

Ignorando las cuchilladas de las astillas de glasita que seguían empalando su cuerpo, Roa estiró el brazo y pulsó el control que abriría su cabina. Después, manoteando y debatiéndose torpemente, se quitó las tiras del arnés de seguridad. Consiguió incorporarse hasta salir del asiento, y luego cayó y acabó medio doblado sobre el borde de la cabina. Roa agitó las piernas, intentando reunir las fuerzas necesarias para conseguir que rebasaran el borde.

Y de repente unas manos le agarraron y tiraron de él, levantándolo por los aires. Varias voces balbucearon en sus oídos, tenues y casi inaudibles debido al casco.

Le estaban apartando de la nave.

Oyó ruido de pasos sobre el permacreto. Alguien corría. Roa estaba siendo sacudido y bamboleado de un lado a otro casi tan violentamente como cuando se había visto atrapado por la onda expansiva de la explosión.

Logró levantar la cabeza unos centímetros y volvió la mirada hacia la Lwyll justo a tiempo para ver cómo su amada navecita volaba en mil pedazos.

«Pero estoy vivo —pensó confusamente—. Estoy vivo, y sigo teniendo a la verdadera Lwyll...»

Y con ese último pensamiento, Roa se hundió en la negrura.

A pesar de que acababa de ver cómo sus deseos se convertían en realidad, el almirante Winstel Greelanx no se sentía muy feliz. Volvió la mirada hacia sus pantallas y sus sensores, vio los daños que había sufrido su escuadrón..., y sintió que una furia ciega y abrasadora se adueñaba de él.

Aquellos condenados contrabandistas... ¿Cómo se atrevían a hacerle aquello?

Un destructor atomizado. Un crucero de la clase Galeón del que sólo podrían recuperarse algunos sistemas y componentes. Un crucero pesado que no podía moverse, otro que había pasado a formar parte del cascarón de restos y polvo espacial que flotaba alrededor de Nar Shaddaa...

Greelanx tuvo que reprimir el impulso de reagrupar a sus tropas y seguir luchando. Todavía contaba con una fuerza formidable, especialmente contra aquellos contrabandistas. Había bastantes probabilidades, quizá más del cincuenta por ciento, de que pudiera obtener la victoria y ejecutar sus órdenes.

Pero Greelanx no podía hacer eso. Había estado buscando una forma de justificar la retirada, y los contrabandistas acababan de ponerla en sus manos.

El almirante se volvió hacia el comandante Jelon.

—Comunique a nuestras naves que deben retroceder de manera ordenada en una retirada general —dijo—. Cuando se hayan alejado lo suficiente del enemigo, ordéneles que se dirijan hacia nuestras coordenadas hiperespaciales de reunión.

Jelon miró fijamente a su superior sin tratar de disimular su sorpresa.

—¿Retirada, señor?

—Sí, retirada... —replicó Greelanx con voz enronquecida—. No podemos llevar a cabo la directiva concerniente al sistema de Y'Toub. En estos casos la sabiduría táctica establecida prescribe una retirada ordenada mientras todavía conservamos un cierto grado de control sobre la situación.

En circunstancias normales Greelanx habría preferido saltar por una escotilla sin traje espacial antes que justificar las órdenes impartidas aun subordinado, pero el

almirante ya estaba componiendo mentalmente su informe oficial, y quería escuchar qué tal sonaban aquellas frases.

Greelanx Jelon se puso firmes y saludó marcialmente.

—¡Sí, señor!

—¿Retirada? —pensó el capitán Soontir Fel, perplejo y sin entender nada—. ¿Retirada? ¡Todavía podemos vencer!»

No resultaría fácil, pero era factible. Fel estaba seguro de ello. Se sentía sencillamente incapaz de creer que Greelanx pudiera darse por vencido sin emplear todos los recursos disponibles.

—Deben retirarse de manera ordenada —repitió el comandante Jelon—. Ésas son las órdenes del almirante.

Mandar una nave hacía que Fel superase en rango a Jelon, y eso le dio el valor necesario para hablar de una manera mucho más franca de lo que jamás se habría atrevido a hacerlo ante el almirante.

—Pero sigue habiendo muchos cazas TIE ahí fuera —dijo—. ¡No podemos abandonarlos!

—El almirante espera que el escuadrón lleve a cabo el salto al hiperespacio en las coordenadas de reunión dentro del plazo que ha especificado —replicó Jelon en un tono cada vez más seco.

Fel apretó los labios.

—Aquí Fel, corto y cierro —se limitó a decir, y la imagen holográfica de Jelon se esfumó.

Soontir Fel se volvió hacia su segundo de a bordo.

—Envíe una transmisión de emergencia a todos los cazas TIE ordenándoles que se dirijan hacia el Orgullo, comandante Toniv. Me llevaré a todos los que pueda, y seguiremos recogiénolos hasta que nuestros hangares de atraque y muelles de lanzaderas estén llenos. Al mismo tiempo, abandonaremos el combate y nos retiraremos.

—¿A qué velocidad, señor?

—A un cuarto, comandante.

—¿A un cuarto, señor?

—Ya me ha oído.

—¡Sí, señor!

Fel había ordenado que la retirada se llevase a cabo a una velocidad tan ridículamente baja para que el mayor número posible de cazas TIE tuviera ocasión de reunirse con su navío. Técnicamente hablando, estaba obedeciendo las órdenes — Greelanx no había llegado a especificar ninguna velocidad—, pero estaba desobedeciendo su espíritu.

Aunque si hubiera tenido que ser franco, Fel habría confesado que en ese

momento las órdenes le importaban un comino. ¡No iba a abandonar a aquellos pilotos!

Cinco minutos después los hangares de ataque de su nave estaban ocupados por los doce cazas TIE que podían acoger, y sus muelles de lanzaderas contenían tres cazas más. Los sensores no indicaban que hubiera más cazas TIE esperando ser recogidos del espacio, por lo que Fel ordenó al Orgullo que acelerase a toda máquina para alcanzar al resto del escuadrón.

Un minuto después la diminuta imagen holográfica del almirante Greelanx se materializó sobre su tablero de comunicaciones.

—¡Capitán Fel!

Fel no tuvo que hacer ningún gran esfuerzo de voluntad para mantenerse impasible ante su superior. Seguía estando demasiado furioso para poder sentir miedo.

—¿Sí, almirante?

—¡Ha desobedecido deliberadamente mi orden!

—He recuperado a nuestros cazas, almirante, así como a sus pilotos. Pensé que eso era... importante.

La diminuta imagen de Greelanx le fulminó con la mirada.

—Esta decisión podría acabar costándole el mando de su nave, capitán —dijo por fin—. Presentaré un informe completo.

Fel tragó saliva, pero no bajó la vista.

—Y yo también presentaré un informe completo, naturalmente —replicó—. Tal como prescriben los reglamentos, tengo intención de exponer todos los aspectos de la batalla... tal como pude verlos desde mi nave.

Greelanx contempló en silencio a Fel durante un momento interminable. Los dos militares se sostuvieron la mirada sin vacilar. Y el almirante acabó asintiendo.

—Como desee, capitán.

La diminuta imagen holográfica se desvaneció. Soontir Fel se dejó caer sobre un asiento, y reprimió el impulso de sostenerse la cabeza con las manos mientras se preguntaba si las vidas de aquellos pilotos valían una carrera.

Era muy posible que estuviera a punto de averiguarlo.

Soontir Fel suspiró. A veces la vida podía llegar a volverse realmente muy complicada. Pero entonces se dio cuenta de algo que le animó considerablemente.

«Por lo menos no he tenido que ejecutar la directiva Base Delta Cero..., y eso ya es algo.»

Capítulo 15

Despedidas

Veinticuatro horas después de que Han y Chewie hubieran llevado el Bria de regreso a Nar Shaddaa, intacto salvo por la montura artillera y una sección del escudo de popa bastante debilitada encima de la bancada motriz, Han y Xaverri estaban en la plataforma de descenso barrida por los vientos, inmóviles junto a la rampa de acceso del Fantasma. Salla y Chewie los habían acompañado durante la mayor parte del camino, pero luego se habían quedado discretamente rezagados para que tuvieran una oportunidad de poder despedirse en privado.

Han miró a Xaverri, que había vuelto a ponerse su abigarrado atuendo de ilusionista, y meneó la cabeza.

—Odio las despedidas —dijo con voz entristecida—. Nunca sé qué decir, y ésta todavía va a ser peor de lo habitual. ¿Cómo voy a encontrar palabras con las que agradecerte todo lo que has hecho, Xaverri? Tu ilusión nos salvó. Sin ti nunca habríamos podido conseguirlo.

La ilusionista le sonrió, sus oscuros ojos llenos de afecto.

—Eh, Solo... No me lo habría perdido ni por todos los créditos de la galaxia. Lo único que lamento es no haber podido estar en el puente de alguno de esos navíos imperiales para ver su reacción.

Han se echó a reír.

—Tuvieron que llevarse una buena sorpresa, de eso puedes estar segura. —Un impulso repentino le hizo extender los brazos y tomarle las manos, y un instante después se encontró estrechándola apasionadamente contra su cuerpo—. Voy a echarte de menos —dijo, con la voz ahogada por los cabellos de Xaverri—. Volviste a aparecer justo cuando pensaba que me había acostumbrado a vivir sin ti..., y ahora tendré que volver a empezar partiendo de cero. No es justo, Xaverri.

Cuando retrocedió unos centímetros, Xaverri se puso de puntillas y le besó en la boca.

—No te preocupes —dijo, sonriendo—. A Salla no le importará. Esa dama tiene mucha clase.

—Cierto —admitió Han—. Ella y yo tenemos una forma de pensar muy parecida. Xaverri asintió.

—Espero que seáis felices, Solo. Cuidad el uno del otro, ¿de acuerdo? Han asintió.

—Y tú... Bueno, cuídate.

—Lo haré, Solo. No me olvides...

—Nunca —dijo Han, sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta—.

Nunca podré olvidarte, Xaverri.

Xaverri retrocedió, y Han bajó los brazos. La ilusionista subió corriendo por la rampa de acceso, entró en su nave y no miró atrás...

Tres días después de la batalla de Nar Shaddaa (como estaba empezando a ser conocida por todos), Han, Chewie, Salla y Lando asistieron a la boda de Roa. El veterano contrabandista ya casi se había recuperado de sus heridas, gracias a una larga inmersión en un tanque bacta, y Lwyll estaba radiante con su elegante vestido nuevo.

Casi todo el mundo sabía que los cuatro contrabandistas habían jugado un papel decisivo a la hora de invertir el curso de la batalla en favor de Nar Shaddaa, y Han y sus amigos fueron las estrellas de la fiesta. Fueron de un lado a otro engullendo aperitivos, bebiendo una copa detrás de otra, estrechando manos y siendo felicitados por todos aquellos con los que se tropezaban.

Lando fue hacia Roa y deslizó un brazo sobre los hombros del veterano contrabandista.

—Tengo entendido que abandonar el negocio del contrabando ha sido una de las condiciones que te impusieron para que esta boda pudiera llegar a celebrarse, Roa — dijo.

—Así es.

—Bueno, en ese caso vas a necesitar un empleo honrado. ¿Te gustaría trabajar para mí?

—¿Haciendo qué?

Lando se echó a reír.

—¡No pongas esa cara de suspicacia! Podrías ocuparte de mi depósito de naves espaciales usadas. Voy a hacer un largo viaje por toda la Centralidad, y necesito a alguien de confianza que pueda ocuparse del negocio mientras yo esté fuera.

Roa se lo pensó durante unos momentos.

—Bueno... ¡Pues claro que sí! Creo que me gustará ese trabajo. Gracias, Lando. ¿Y por qué te vas? ¿Estás planeando algo?

—Vuffi Raa y yo volveremos a la Centralidad porque tengo la corazonada de que puedo ganar una fortuna en muy poco tiempo transportando cargamentos a esos pobres planetas atrasados. Y... —Lando sonrió, y se acarició su incipiente bigote—. Bueno, si eso no da resultado, siempre me quedarán los casinos del sistema de Oseón. Creo que unas cuantas sesiones prácticas de sabacc no me irían nada mal. Si no juegas, acabas oxidándote. Las partidas que se celebran en Nar Shaddaa son más bien insignificantes. Necesito un poco de acción con apuestas realmente elevadas para

poder acceder a las partidas donde se juega en serio.

Han, que pasaba junto a ellos, se detuvo en cuanto oyó lo que estaba diciendo Lando.

—¿Partidas de sabacc? ¿Apuestas realmente elevadas? ¿Qué está pasando aquí? ¿Quién necesita mejorar su juego?

Lando se rió.

—Yo. Si consigo reunir el dinero necesario, pienso tomar parte en el gran campeonato de sabacc que se celebrará en Bespin dentro de seis meses. La inscripción cuesta diez mil créditos.

—¡Diez mil ,créditos! —Han dejó escapar un suave silbido—. Sí, no cabe duda de que eso es una auténtica partida.

Lando miró a su amigo y le sonrió.

—Eh, Han... Eres un jugador bastante bueno, ¿no? Deberías empezar a pensar en reunir el dinero de tu inscripción.

Han meneó la cabeza.

—¡Ni lo sueñes!

—Por qué no?

—¡Porque conozco mis limitaciones! —replicó Han—. Si consiguiera reunir diez mil créditos, me los gastaría en pagar la entrada de una nave propia.

—De acuerdo, pero podrías ganar el dinero suficiente para comprar una nave —observó Lando.

—No tengo tanta suerte —dijo Han.

—Oh, Han, vamos... —le apremió Lando—. Podrías reunir esa suma. —Miró a Chewbacca—. Chewie te los prestaría. ¿Verdad que lo harías, Chewbacca? Han es tu mejor amigo, ¿no?

Chewbacca dejó escapar un gruñido muy elocuente, y después meneó la cabeza en una enfática negativa.

Han se rió.

—¡No es lo bastante buen amigo para arriesgar diez mil créditos, Lando!

Durga el Hutt estaba hecho un ovillo junto al trineo repulsor de su progenitor, desgarrado por el dolor mientras contemplaba cómo los androides médicos y Grodo, el médico hutt, luchaban denodadamente para salvar a Aruk. Pero incluso él podía ver que sus esfuerzos estaban condenados al fracaso.

Aruk se había desplomado hacía tan sólo unos minutos, jadeando de dolor, gimiendo y vomitando para acabar padeciendo terribles espasmos. Hasta aquel entonces Durga nunca había sentido la desesperada impotencia que experimentó durante los momentos en los que tuvo que ver cómo su progenitor se aferraba a la vida y al aliento.

Aruk el Hutt siempre había sido fuerte..., y muy tozudo. Tardó cuatro horas en morir, cuatro horas de agonía llena de dolor. Durga permaneció inmóvil junto a él todo el tiempo, esperando contra toda esperanza que su progenitor recuperase el conocimiento..., pero Aruk nunca llegó a hacerlo.

Durga sintió un gran alivio cuando el palpitante corazón del líder del clan Besadii acabó decidiendo darse por vencido, pero el que su progenitor por fin se hubiera visto libre de aquellos horribles dolores no impidió que Durga se sintiera terriblemente afectado por su muerte. No sólo había perdido a su padre, sino que también había perdido a su mejor amigo.

Estrechó la flácida mano de Aruk entre sus dedos y contempló los hilillos de babas verdosas que brotaban de la boca aflojada por la muerte y supo, sin saber cómo lo sabía, que en realidad aquella muerte era un asesinato.

¿Quién era el responsable?

¿Quién si no el clan Besilijic se vería beneficiado por la muerte de Aruk?

Durante varios días Durga apenas comió y se fue arrastrando de un lado a otro como un espíritu perdido, demasiado destrozado por el dolor para poder comportarse de una manera racional. Se negó a permitir que el cuerpo de su progenitor fuese enterrado. Aunque las distintas pruebas y análisis del contenido del estómago llevados a cabo por el médico indicaron que no había ningún veneno y que el líder hutt había muerto debido a causas naturales, Durga estaba convencido de que su progenitor había sido asesinado. Hizo que el gigantesco cadáver de Aruk fuera congelado, y decidió contratar a un equipo de especialistas forenses del centro Imperial para que llevara a cabo una concienzuda autopsia tan pronto como la situación se calmara un poco.

El kajidic del clan Besadii sufrió una larga serie de convulsiones. Dos facciones acabaron emergiendo, la pro-Durga y la anti-Durga. Durga tomó ciertas medidas para consolidar su poder. Se puso en contacto con un temible sindicato del crimen, el Sol Negro, dirigido y controlado por el poderoso príncipe Xizor, y le explicó al príncipe los beneficios mutuos que sus organizaciones podían extraer de su colaboración.

A lo largo de las tres semanas siguientes, tres poderosos líderes del clan Besadii murieron: dos perecieron al estrellarse sus lanzaderas, y el tercero se ahogó cuando su barcaza fluvial chocó con una roca que no aparecía en los mapas y se hundió.

Después de aquello, la facción anti-Durga apenas si volvió a abrir la boca.

Mientras esperaba la llegada de los especialistas forenses del Centro Imperial, Durga redactó una lista de posibles sospechosos. Tenía que haber alguna pista oculta en algún lugar que le permitiera descubrir quién había asesinado a Aruk..., y cómo lo había hecho.

Durga decidió empezar con los registros financieros. Siendo un hutt, poseía una comprensión intuitiva de todo lo relacionado con las finanzas y los beneficios,

Inspeccionaría la situación financiera de cada miembro del clan Desilijic, y luego haría lo mismo con los del clan Besadii y, finalmente, con los de los otros clanes. Buscaría alguna clase de pauta. Si sabías cómo percibirla, siempre había alguna pauta oculta en las finanzas...

Poco a poco, día a día, el joven líder hutt fue encontrando las fuerzas necesarias para seguir adelante sin su progenitor.

»Alguien pagará por esto —se juraba cada mañana cuando contemplaba el holograma de Aruk que adornaba la pared de su cámara—. Y lo pagará muy caro...»

Capítulo 16

Recompensas

Esta vez el desdenoso secretario administrativo acompañó a Han hasta el santuario privado del almirante Greelanx sin ponerle ninguna objeción. Han enseguida comprendió que su llegada era ansiosamente esperada. El corelliano permitió que sus labios se curvaran en una hosca sonrisa mientras entraba en el despacho, y se dijo que si estuviera en el lugar de Greelanx él también se alegraría de ver llegar a alguien que iba a entregarle una fortuna.

El almirante estaba inmóvil delante del ventanal y contemplaba el panorama espacial con expresión sombría. Greelanx se volvió cuando Han entró en el despacho y le saludó con una inclinación de la cabeza, pero no sonrió.

—¿Las ha traído? —preguntó.

—Sí, señor. Aquí están, exactamente tal como había especificado... —dijo Han.

Apartó con gran cuidado todos los objetos que ocupaban el centro del escritorio de Greelanx y después vació la bolsita que había traído consigo en el hueco que acababa de despejar.

Greelanx contempló la fortuna centelleante en joyas varias de procedencia perfectamente legal a las que nadie podría seguir la pista, y sus ojos se iluminaron.

—Los hutts saben hacer honor a su palabra —dijo—. Pero supongo que no le importará que... —añadió, mostrándole un amplificador. —Adelante —dijo Han.

El almirante dedicó los minutos siguientes a examinar varias de las gemas más hermosas y de mayor tamaño, entre las que había joyas arco iris de Gallinore, piedras corusca y perlas de dragón krayt de varios tamaños y matices.

—Ha llegado justo a la hora convenida, por lo que me imagino que encontró su lanzadera esperándole en el punto de cita —dijo mientras las examinaba.

—Sí, almirante. Todo se ha hecho exactamente tal como usted dijo.

Greelanx alzó la mirada hacia él, con el amplificador todavía delante de su rostro. Su ojo derecho, visto a través de la lente, parecía inmenso.

—¿Cómo planea salir de mi nave? —preguntó, y en su tono sólo había una leve curiosidad.

Han se encogió de hombros.

—Tengo un socio que vendrá a recogerme.

—Muy bien, joven. Estas piedras cumplen todos los requisitos que especifiqué. Le ruego que comunique a sus amos huta que estoy muy satisfecho.

Han asintió, pero no pudo resistir la tentación de corregir al almirante.

—No son mis amos. Sólo trabajo para ellos.

—Bueno, da igual —dijo Greelanx, y pareció titubear—. ¿Sabe una cosa? —

murmuró por fin—. Nunca creí que pudieran conseguirlo, ni siquiera disponiendo del plan de batalla...

—Lo sé —dijo Han—. Pero era eso o morir. Estábamos luchando por nuestras vidas, y ustedes luchaban por los créditos de sus pagas. Hay una gran diferencia entre una cosa y otra.

—Esa ilusión holográfica fue una idea táctica realmente brillante. Han sonrió y se inclinó ante el almirante en una pequeña reverencia.

—Gracias.

Greelanx pareció sorprenderse.

—¿Fue usted quien la creó?

—No. Recurrí a..., a un experto en la materia. Pero la idea fue mía.

—Ah. —El almirante pareció reflexionar durante unos momentos antes de seguir hablando—. Me desprecia, ¿verdad, joven? —añadió después, con una leve sombra de melancolía en la voz.

Han le miró fijamente, muy sorprendido.

—En absoluto. Si me pagan lo suficientemente bien, yo también puedo llegar a hacer montones de cosas que no me gustan demasiado.

—Pero hay algunas cosas que no está dispuesto a hacer. Han estuvo pensando durante un instante antes de responder.

—Sí, tiene razón.

—Bien, pues yo...

Greelanx se interrumpió cuando la puerta se abrió de repente y su secretario apareció en el umbral, los ojos desorbitados y llenos de terror.

—¡Almirante! ¡Señor!

—¿Qué ocurre? —preguntó Greelanx, visiblemente irritado.

—Señor, la dotación del muelle de atraque acaba de informarme de que..., de que su nave acaba de posarse en la cubierta. Al parecer se trata de una inspección por sorpresa. ¡Ahora mismo viene hacia aquí para hablar con usted!

Greelanx respiró hondo y luego despidió al secretario con un gesto de la mano.

—Supongo que debería habérmelo imaginado, dadas las circunstancias —murmuró.

Han vio cómo iba hacia la pared, caminando tan deprisa que le faltaba poco para correr. Detrás de un diploma al mérito militar había una pequeña caja de seguridad mural. Greelanx permaneció inmóvil delante de ella durante un momento, permitiendo que la unidad examinara sus retinas. La puerta de la caja de seguridad giró sobre sus goznes. El almirante cogió dos puñados de joyas, las metió en la caja y después se volvió hacia el escritorio, recogió las últimas joyas con la palma de la mano y las metió dentro de la caja.

Mientras ocurría todo aquello, Han permanecía inmóvil, totalmente perplejo ante

las acciones del almirante.

—¿Qué...? —empezó a preguntar.

—No hay tiempo —dijo Greelanx, cerrando la caja—. Tendrá que esperar aquí. No puedo permitir que le vea, naturalmente, porque si llegara a verle... —El almirante se mordió el labio inferior y después abrió la puerta que llevaba al despacho de su secretario. La pequeña habitación estaba a oscuras—. Entre aquí, y no haga el más mínimo ruido. Nada de ruidos, ¿entendido?

—No —dijo Han, cada vez más confuso—. No entiendo...

Greelanx ni siquiera intentó explicarle qué estaba ocurriendo. El almirante se limitó a agarrar a Han del brazo, tiró de él hasta meterlo en el pequeño despacho y cerró la puerta.

Han permaneció inmóvil en la oscuridad, preguntándose qué demonios estaba pasando. ¿Quién había llegado en aquella nave? ¿A juzgar por su comportamiento, parecía como si Greelanx estuviera esperando ver aparecer alguna clase de monstruo surgido de un programa infantil de la trivisión!

Han fue de puntillas hacia la puerta, luchando con la tentación de salir del despacho y despedirse con un «Hasta siempre». Una vez delante de ella, descubrió que el sello de bloqueo no había quedado totalmente activado. Pudo oír cómo Greelanx iba de un lado a otro, y un instante después oyó ruido de objetos desplazados a toda prisa.

«Está dejando su escritorio exactamente tal como estaba cuando entré», comprendió.

Después oyó un suave chirrido cuando Greelanx volvió a sentarse en su mullido sillón de piel de lagarto. Han casi pudo ver cómo el almirante se esforzaba por adoptar una expresión lo más tranquila y normal posible.

El sello de la puerta del despacho se desactivó con un suave siseo. Han oyó un caminar lento y pesado, y el susurro de algo que quizá fuera tela. El corelliano se preguntó si el recién llegado llevaría una túnica, o quizá alguna clase de capa.

Después hubo otro sonido que Han reconoció casi al instante: estaba oyendo una curiosa especie de ruidoso jadeo entrecortado, una respiración que necesitaba ser estimulada artificialmente por alguna clase de máquina diseñada para mantener con vida a quienes no podían respirar por sus propios medios. Una máscara respiradora... El visitante llevaba una máscara respiradora.

Han no hubiera sabido explicar por qué, pero aquella ruidosa respiración sibilante resultaba un tanto ominosa. El corelliano tragó saliva, y procuró no hacer absolutamente ningún ruido.

—¡Qué placer tan inesperado, mi señor! —exclamó Greelanx, empleando un tono deliberadamente afable y jovial en el que se suponía que sólo debía haber una

complacida sorpresa, pero que en realidad estaba impregnado de terror—. El Borde Exterior se siente muy honrado por vuestra presencia. Supongo que desearéis llevar a cabo una inspección general, ¿verdad? Debéis comprender que acabamos de librar una dura batalla y...

—Tu estupidez no tiene nada que envidiar a tu codicia, Greelanx —le interrumpió una voz ronca y gutural amplificada por alguna clase de sistema mecánico que le erizó el vello de la nuca a Han nada más oírla—. ¿Realmente creías que el Alto Mando no descubriría tu traición?

Greelanx ya no intentaba ocultar su miedo.

—¡Mi señor, os lo ruego...! No lo entendéis. Se me ordenó...

La voz de Greelanx se convirtió en un grito estrangulado. Han cerró los ojos y pensó que no habría abierto la puerta que daba al despacho de Greelanx ni por todas las perlas de dragón de la galaxia.

Silencio, salvo por aquella áspera respiración entrecortada. Silencio, durante muchos segundos. Y luego... un golpe sordo producido por algo que acababa de caer sobre la gruesa moqueta.

—Ah, pero es que da la casualidad de que lo entiendo perfectamente, almirante... —dijo luego la voz amplificada.

El misterioso visitante pasó por delante de la puerta detrás de la que se escondía Han, pero no se detuvo. Después el corelliano oyó el suave chasquido producido por la activación del sello de la puerta del despacho del almirante.

Silencio.

Han esperó casi cinco minutos antes de atreverse a abrir la puerta y echar un vistazo. Ver a Greelanx derrumbado sobre la moqueta no le sorprendió excesivamente. Le buscó el pulso y no lo encontró, lo cual tampoco era muy sorprendente.

Lo que sí resultaba sorprendente era que no había ninguna señal visible en el cuerpo. Al no oír el inconfundible chasquido de un desintegrador, Han supuso que el visitante había utilizado una hoja vibratoria. Un asesino realmente experto podía usar esa clase de armas para matar derramando muy poca sangre y sin dejar rastros de que hubiese habido lucha.

Pero Greelanx no tenía ni una sola señal...

Han permaneció inmóvil durante unos momentos con la mirada bajada hacia el rostro del almirante, contemplando sus muertas facciones paralizadas en una expresión del terror más absoluto imaginable. El corelliano se estremeció. «¿Quién diablos era ese tipo?»

Fue hasta la pared y examinó el sistema de cierre de la caja, pero enseguida vio que era del tipo que había esperado encontrar: el modelo era de excelente calidad, y

se activaba mediante un sensor de identificación retiniana. Aun suponiendo que extrajera uno de los globos oculares de Greelanx de su cuenca —lo cual sería una tarea francamente desagradable, desde luego—, el almirante ya llevaba demasiado tiempo muerto. Las pautas retinianas no serían reconocidas por la unidad.

«Me largo de aquí», decidió. Volvió sobre sus pasos, pasó por encima de los dedos engarfiados de la mano de Greelanx y luego se detuvo cuando algo que acababa de ser empujado por la punta de su pie rodó sobre la moqueta.

Han se inclinó y cogió aquel objeto, sintiéndose invadido por una repentina exultación. ¡Era una perla de dragón krayt! No era muy grande, desde luego, pero a simple vista parecía un ejemplar perfecto. Su color, un negro opalescente, era uno de los más valiosos.

Han se metió la joya en un bolsillo interior y echó a correr.

Diez minutos después ya había terminado los preparativos de la huida. Han estaba junto a la escotilla de la cubierta de los módulos salvavidas, terminando una apresurada manipulación de los controles del sistema de eyección de la cápsula.

Y entonces el corelliano se quedó totalmente inmóvil cuando oyó ruido de pasos y una voz que le resultaba muy familiar.

—No te muevas, Han. Date la vuelta... despacio.

Han así lo hizo y, tal como había esperado por la voz, se encontró contemplando a su viejo amigo Tedris Bjalín.

Tedris le estaba apuntando con un desintegrador.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó—. Te vi en el pasillo, y te vi entrar en el despacho del almirante. ¿Por qué fuiste a hablar con él? ¿Qué está pasando?

«Van a pensar que he asesinado a Greelanx —comprendió Han—. ¡Primero me fusilarán y luego harán las preguntas!»

—Eh, Tedris, tranquilízate —dijo, curvando los labios en una sonrisa torcida mientras daba un cauteloso paso hacia adelante—. Ya sabes que nunca serías capaz de disparar contra tu viejo amigo, ¿verdad?

—No te muevas de donde estás, Solo —dijo Bjalín, pero la mano que empuñaba el desintegrador empezó a temblar de manera casi imperceptible. Después de todo, él y Han habían sido muy buenos amigos—. ¿Por qué llevas ese uniforme? ¿Quién...?

—Si tienes preguntas que hacerme, deberíamos ir a algún sitio tranquilo donde pudiéramos hablar con calma de todo esto —dijo Han—. Puedo responder a todas...

Interrumpiéndose a mitad de la frase, Han se lanzó sobre Tedris y utilizó un truco de combate callejero corelliano realmente sucio. Bjalín se derrumbó y quedó inmóvil sobre la cubierta, intentando tragar aire entre jadeos entrecortados y con una mirada acusadora en los ojos. Han se inclinó sobre su antiguo amigo, cogió el desintegrador y después puso una rodilla en el suelo junto a Bjalín.

—Escúchame, Tedris —dijo en voz baja y suave—. No vas a morir, aunque lo

pasarás bastante mal durante un rato. Quiero que sepas una cosa: no fui yo, ¿de acuerdo? Lo único que quiero es que no lo olvides. Y... ¿Sabes una cosa, Tedris? Eres un tipo demasiado decente para seguir sirviendo en esta asquerosa Armada Imperial que sólo sabe matar inocentes y masacrar planetas indefensos. Sigue mi consejo y lárgate mientras todavía puedas hacerlo.

Después dejó inconsciente a su amigo con una descarga aturdidora y pasó por encima de Tedris. Han arrastró al oficial imperial hasta otra cápsula salvavidas, y luego se aseguró de que la escotilla no quedaba bloqueada para que la cápsula no pudiera ser expulsada accidentalmente.

Han se metió por la escotilla de la cápsula salvavidas que había recableado, y unos momentos después fue expulsado al espacio. Había manipulado los sistemas para que pareciese que la eyección se había producido de manera accidental. Dadas las circunstancias, eso no tenía nada de sorprendente. Después de todo, el Destino acababa de tomar parte en una batalla...

Durante unos minutos le preocupó que los imperiales pudieran tratar de recuperar la cápsula, pero no lo hicieron. Han supuso que el asesinato de Greelanx tenía muy ocupado a todo el mundo.

Chewie le recogió una hora después mientras el corelliano flotaba la deriva en el espacio, todavía intentando entender qué le había ocurrido a Greelanx.

El wookiee introdujo la cápsula salvavidas robada en la bodega de carga del Bria, y luego empezó a soltar gemidos y gruñidos. Chewie le explicó que tenían que irse a toda prisa, porque había cazas TIE de reconocimiento rondando por la zona.

Han estaba totalmente de acuerdo con él, y los dos fueron corriendo al puente. Ya habían recorrido la mitad de camino cuando oyeron el primer ¡WHUMP! Unos segundos después el estrépito de aquel primer impacto fue seguido por otro ¡WHUMP! de tal violencia que Han y Chewie perdieron el equilibrio y acabaron a cuatro patas sobre la cubierta.

—¡Están disparando contra nosotros, Chewie! —gritó Han—. ¡Ve a la montura arcillara!

Han se dejó caer en el asiento del piloto y vio a dos cazas TIE de reconocimiento que estaban virando para iniciar una segunda pasada de ataque..., y un instante después vio el parpadeo de una luz roja en su tablero de control.

—¡El reactor se está sobrecargando, Chewie! ¡Nos han dado justo en esa sección de escudo que había quedado debilitada! ¡Tenemos que abandonar la nave!

Han se levantó de un salto, fue corriendo a la torreta artillera y sacó al wookiee de ella. Chewbacca meneó la cabeza y empezó a protestar, pero Han ya había tomado una decisión.

—¡No seas idiota, montaña de pelos! ¡Esta nave va a estallar de un momento a otro!

Cuando llegaron a la cubierta de carga, el wookiee mostró una cierta reluctancia al darse cuenta de que tendrían que meterse en la cápsula salvavidas imperial, pero Han insistió.

—¿Es que no lo entiendes, Chewie? ¡El Bria está acabado! ¡Ésta es nuestra única posibilidad de sobrevivir! ¡Ahora entra de una vez y ponte esa máscara respiradora!

En cuanto Chewie estuvo dentro de la cápsula, Han se puso un traje espacial y abrió las puertas de la bodega de carga. ¡WHUMP! ¡WHUMP-WHUMP!

«Oh, vamos, dejadlo ya... —pensó Han mientras adhería una unidad antigraavitatoria a la cápsula, haciendo que flotara en el aire, y empezaba a empujarla hacia las puertas de la bodega de carga—. De todas maneras estamos condenados, así que no hace falta que os esforcéis tanto.» Golpeó el ventanal de la cápsula con la mano y le explicó al wookiee por señas lo que planeaba hacer. Chewie, que ya se había puesto el respirador, asintió.

Después Han empujó la cápsula hacia la abertura con una rápida flexión de los brazos en el mismo instante en que Chewie abría la escotilla y tiraba de él hasta meterlo dentro.

Toda la secuencia de acciones exigió apenas cinco segundos, y no llegó a durar el tiempo suficiente para que la descompresión explosiva pudiera abrirse paso a través de la dura piel del wookiee. Un segundo después la escotilla ya estaba cerrada y asegurada, y la atmósfera volvía a llenar el interior de la cápsula.

La cápsula apenas acababa de dejar atrás las puertas de la bodega de carga cuando el Bria estalló.

La onda expansiva hizo que el pequeño módulo salvavidas empezara a girar locamente en el vacío. Han se agarró aun mamparo, medio temiendo ver cómo uno de los cazas TIE se lanzaba sobre ellos pero, tal como había esperado, la explosión ocultó su huida.

El corelliano y el wookiee apenas disponían de espacio para moverse. Han consiguió quitarse el cuco, y luego él y Chewie se quedaron inmóviles, prácticamente el uno en brazos del otro, y se miraron fijamente durante unos segundos para acabar volviendo los ojos hacia los restos llameantes que habían sido su nave.

—Lando se va a poner furioso —dijo Han en un tono lleno de melancolía.

El Bria siempre había sido una nave tan temperamental como poco fiable, pero Han había acabado acostumbrándose a ella.

Chewie dejó escapar un suave gruñido. Han le miró y se encogió de hombros.

—¿Quieres saber qué vamos a hacer ahora? Bueno, amigo, creo que conoces la situación tan bien como yo. Nos encontramos en un sistema habitado, lo cual quiere decir que los controles de la cápsula salvavidas deberían llevarnos hasta algún sitio en el que podamos encontrar un medio de transporte...

Chewie emitió un gimoteo.

—Oh, claro. Quieres saber qué vamos a hacer ahora que nos hemos quedado sin nave, ¿eh? —Han suspiró—. Buena pregunta, amigo. Sí, es una buena pregunta...

«Aruk ha muerto —pensó Teroenza con incredulidad mientras contemplaba el mensaje procedente de Nal Hutta—. Ha dado resultado... ¡Casi no puedo creer que por fin nos hayamos librado de él!»

Durante una fracción de segundo el Gran Sacerdote sintió una tenue punzada de culpabilidad, pero ésta enseguida desapareció bajo una incontenible oleada de excitación. Con Aruk eliminado y los créditos del clan Desilijic afluyendo a sus arcas, ya no había nada que le impidiera asumir el control de toda la operación ylesiana. Durga tendría que permanecer en Nal Hutta, y estaría más que ocupado intentando controlar al clan Besadii. Kibbick, como sabía todo el mundo, era idiota.

Teroenza se imaginó su colección, y después se la imaginó tal como no tardaría en ser. ¡Construiría un edificio independiente para que la acogiera!

Y traería a su compañera a Ylesia. Se acabaron los días de soledad y las noches solitarias. Teroenza y su compañera se revolcarían en las ciénagas de barro, y serían inimaginablemente ricos...

Teroenza dedicó unos cuantos minutos más a adoptar una expresión adecuadamente lúgubre, y después el t'landa Til fue en busca de Kibbick para informarle de que su tío había muerto.

El Moff Sarn Shild estaba solo en su majestuosa residencia de Teth y se preguntaba qué había ido mal. El ataque a Nal Hutta había sido un gran error, eso era obvio. Y en cuanto a Greelanx... Bueno, Greelanx había fracasado, y el almirante había acabado muriendo en circunstancias altamente sospechosas.

Salvo por los androides, Shild estaba totalmente solo en la casa.

Todos sus sirvientes de carne y hueso se habían marchado, no sabía adónde. Bria... Bria también se había ido, y ya habían transcurrido varios días desde su desaparición. Ni siquiera se había despedido de él.

El día anterior el Emperador había convocado a Shild al Centro

Imperial para que compareciese ante la comisión que estaba investigando el infortunado ataque al sistema de Y'Toub. El mensaje de Palpatine había dejado muy claro que el Emperador se hallaba considerablemente disgustado.

Shild siguió sentado en la soledad de su despacho, haciendo esfuerzos desesperados para tratar de entender todo aquello. Hacía tan sólo unos días se encontraba en la cima de la galaxia, y de repente ya ni siquiera podía recordar qué motivo le había impulsado a hacer todo lo que había hecho. Casi parecía como si hubiera sido poseído por una entidad alienígena.

Bajó la mirada hacia su hermoso escritorio tallado. Delante de él había un desintegrador, y junto a él había un frasquito de veneno. Shild hizo una profunda inspiración de aire. Ya no se hacía ilusiones respecto a su futuro, y sabía que ir al Centro Imperial sólo serviría para retrasar lo inevitable.

Cualquier cosa sería preferible a tener que enfrentarse a la ira de Palpatine.

Pero ¿qué debía utilizar, el desintegrador o el veneno?

Shild siguió reflexionando durante un rato, pero se sentía incapaz de decidirse. Finalmente, impulsado por la desesperación, buscó refugio en un recuerdo de la infancia. Desplazando un dedo de un medio de muerte (y de huida) a otro en un lento ir y venir, empezó a canturrear en voz alta:

—Wonga, wuinga, cingi woré... ¿A cuál de los dos elegiré?

Epílogo

Seis meses más tarde, Han estaba pensando que volver a pisar el suelo de Corellia después de haber estado tantos años lejos de su mundo natal hacía que se sintiera un poco raro. Las calles le resultaban familiares y extrañas al mismo tiempo, y parecían tan pronto reconfortantes como amenazadoras. Y tampoco había que olvidar que en su mundo natal le habían ocurrido tantas, tantas cosas malas...

Pero quizá —y sólo quizá—, por fin podría ver cambiar su suerte. Mientras avanzaba por la calle, Han acarició el bolsillo que contenía la pequeña perla de dragón y una estatuilla de oro con rubíes por ojos. La estatuilla representaba a un palador, un animal corelliano ya extinguido. Años antes, Han había escondido la estatuilla, que había robado de la colección de Teroenza, en una caja de seguridad de su mundo natal.

Han planeaba vender tanto la estatuilla como la perla de dragón. Había hecho sus cálculos, y pensaba que valían unos diez mil créditos. El gran campeonato de sabacc de Bepin empezaría dentro de diez días...

El corelliano sintió un gran alivio cuando vio que la tienda de Galidon Okanor seguía estando donde siempre. Okanor pagaba muy bien pero, al igual que a todos los peristas, le encantaba regatear.

«Diez mil créditos —se dijo Han—. Nunca pensé que llegaría a estar lo suficientemente desesperado para arriesgarlo todo en una partida de sabacc con ese nivel de apuestas..., especialmente teniendo en cuenta que además deberé enfrentarme aun tipo tan listo como bando...»

Pero necesitaba tener su propia nave, y no se le ocurría ninguna otra forma de conseguir los créditos con los que adquirirla.

Han se detuvo delante de la entrada de la tienda de Okanor y respiró hondo. «Bien, vamos allá...

Después, con todas sus esperanzas y sus sueños firmemente sujetos entre los dedos de su mano sudorosa, abrió la puerta y entró en la tienda...